

Autor y serie superventas de 'The New York Times'
Número 1 en ventas en Estados Unidos

JIM BUTCHER

«Los libros de Butcher
combinan la magia y la
diversión de Harry Potter
con un tono y una
actitud más oscuros»
—Los Angeles Times

MÁSCARAS DE MUERTE

Harry Dresden

Lectulandia

Harry Dresden, el único mago que ejerce de forma profesional en Chicago, debería estar contento porque el negocio va muy bien para variar. Pero puede que ahora tenga más trabajo de lo que esperaba: tiene que batirse en duelo con el campeón de la Corte Roja de los vampiros, que quiere matarlo para poner así fin a la guerra entre vampiros y magos; unos asesinos profesionales lo usan como diana en sus prácticas de tiro; el Sudario de Turín desaparece; hay un cadáver sin manos ni cabeza que la policía de Chicago tiene que identificar...

Eso sin mencionar la vuelta de su ex novia, Susan, que sigue luchando contra su naturaleza medio vampírica y que además tiene un hombre nuevo en su vida... Hay días que más vale no levantarse de la cama. No importa cuánto puedas ganar.

Lectulandia

Jim Butcher

Máscaras de muerte

Harry Dresden 03

ePub r1.0

capitancebolleta 06.08.13

Título original: *Death Masks*
Jim Butcher, 2003
Traducción: Rebeca Rueda Salacies
Fecha Traducción: 03/2010

Editor digital: capitancebolleta
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

En recuerdo de Plumicon y Ersha, héroes caídos.

Capítulo 1

Hay cosas que no se pueden mezclar: el agua y el aceite, el zumo de naranja y la pasta de dientes...

Los magos y la televisión.

Los focos me cegaban y, debido al calor, me corrían por la cara regueros de sudor que amenazaban con formar surcos en la gruesa capa de maquillaje con la que minutos antes me habían embadurnado a toda prisa. Las luces que hay encima de las cámaras comenzaron a lucir de forma intermitente, sonaron los primeros compases de la sintonía del programa y el público del estudio se lanzó a corear: «Laaarry, Laarryy, Laarryy».

Larry Fowler, un hombre bajo, vestido con un traje immaculado, salió de unas puertas situadas en la parte de atrás del estudio y caminó hacia el escenario, deslumbrando con su sonrisa de porcelana y estrechando, según avanzaba, las manos de una docena de personas sentadas en la parte exterior de las gradas. Mientras tanto, el público silbaba y chillaba. El ruido hizo que me estremeciera en mi asiento del escenario y sentí como una gota de sudor resbalaba por mis costillas, oculta bajo la chaqueta y la camisa blanca. Por un momento pensé en huir de allí despavorido.

No es que tenga pánico escénico ni nada de eso, no. Es que hacía mucho calor allí arriba. Me humedecí los labios y busqué con la mirada todas las salidas de emergencia, por si acaso. Uno nunca sabe cuándo tendrá que salir por piernas. Con las luces y el ruido me resultaba difícil mantener la concentración y sentí que el hechizo que había tejido a mi alrededor se tambaleaba. Cerré los ojos durante un segundo hasta estabilizarlo.

En la silla de al lado se sentaba un hombre rechoncho y medio calvo de cuarenta y muchos años, vestido con un traje que parecía mucho mejor que el mío. Mortimer Lindquist esperaba pacientemente con una educada sonrisa en los labios. De repente murmuró entre dientes:

—¿Te encuentras bien?

—He estado en incendios más agradables que esto.

—Fuiste tú quien pidió esta reunión, no yo —dijo Mortimer. Frunció el ceño mientras Fowler se entretenía algo más de la cuenta estrechando la mano de una mujer joven—. Mira cómo se tira el pisto.

—¿Crees que esto durará mucho? —le pregunté a Morty.

Él miró de reojo el asiento vacío que había a su lado y luego el que había junto a mí.

—Dos invitados sorpresa. Puede que sí dure. Suelen grabar material extra, luego lo editan y emiten solo lo mejor.

Suspiré. Salí en *El programa de Larry Fowler* nada más comenzar a trabajar

como detective y fue un error. Tuve que esforzarme mucho para compensar la ola de infamia que cayó sobre mí por dejar que me asociaran con el programa.

—¿Qué has averiguado? —pregunté.

Mort me lanzó una mirada rápida y nerviosa, luego dijo:

—No mucho.

—Venga, Mort.

Abrió la boca para contestar, pero en ese momento alzó la vista hacia Larry Fowler que subía las escaleras del escenario al trote.

—Ahora no. Espera a los anuncios.

Larry Fowler salvó el último escalón de un salto, estrechó mi mano y luego la de Morty con el mismo exagerado entusiasmo.

—Bienvenidos al programa —dijo al micrófono que sostenía en una mano. Después se volvió a la cámara más cercana—. El tema de hoy es: «Magia y brujería, ¿fraude o fábula?». Para darnos su opinión hemos invitado al médium y consejero en temas paranormales, Mortimer Lindquist.

El público aplaudió con educación.

—Y a su lado, Harry Dresden, el único mago profesional de Chicago.

Esta vez junto con los aplausos también se escucharon unas risillas burlonas. No puedo decir que me sorprendiera. La gente ya no cree en lo sobrenatural. Lo sobrenatural da miedo. Es mucho más cómodo instalarse en la convicción de que nadie puede utilizar la magia para matarte, que los vampiros solo existen en las películas y los demonios son meros trastornos psicológicos.

Totalmente incorrecto, pero mucho más reconfortante.

A pesar del tibio rechazo, me sonrojé. Detesto que la gente se ría de mí. Una vieja y silenciosa amargura se mezcló con los nervios que ya sentía y tuve que esforzarme para mantener el hechizo de contención.

Sí. He dicho hechizo. Porque soy un mago de verdad. Hago magia. Me las he visto con vampiros, demonios y demás, y tengo cicatrices que lo demuestran. El problema es que la tecnología no parece llevarse muy bien con la magia. A mi alrededor los ordenadores se estropean, las bombillas se funden y las alarmas de los coches empiezan a emitir su ronco sonido sin razón aparente. Por eso creé el hechizo de contención, para ocultar la magia que hay en mí, al menos de forma temporal, y evitar así que todas las luces y las cámaras del estudio explotaran, y que saltaran las alarmas contra incendios.

Se trata de un hechizo bastante delicado y extremadamente difícil de mantener en su sitio. De momento iba bien, pero entonces reparé en que el cámara más cercano hacía un gesto extraño y se quitaba los auriculares. Un lastimero pitido metálico de acople escapó de sus cascos.

Cerré los ojos y dejé a un lado mi incomodidad y vergüenza para centrarme en el

conjuro. El pitido cesó.

—Muy bien —dijo Larry tras medio minuto de comentarios intrascendentes—. Morty, has venido a este programa en varias ocasiones. Por favor, cuéntanos un poco a qué te dedicas.

Mortimer abrió mucho los ojos y susurró.

—Veo muertos.

El público rió.

—No, en serio. Dirijo sesiones de espiritismo, Larry —dijo Mortimer—. Hago lo que puedo para ayudar a aquellos que han perdido a un ser querido o que necesitan contactar con alguien para solucionar asuntos que esa persona dejó sin resolver aquí, en la Tierra. Además tengo un servicio de predicciones que ayuda a mis clientes a tomar decisiones acerca de sucesos inminentes. También los intento prevenir de posibles peligros.

—¿Ah sí? —dijo Larry—. ¿Nos puedes hacer una demostración?

Mortimer cerró los ojos y apoyó los dedos de la mano derecha en el entrecejo. Después, con voz hueca dijo:

—Los espíritus me dicen... que pronto llegarán dos invitados más.

El público rió y Mortimer asintió con gesto cómplice. Sabía ganarse a la gente.

Larry sonrió a Mortimer con benevolencia.

—¿Y por qué estás aquí hoy?

—Larry, quiero que la gente conozca mejor el mundo de los médiums y los fenómenos paranormales. Según un reciente sondeo, casi el ochenta por ciento de los estadounidenses adultos cree en la existencia de espíritus y fantasmas. Mi objetivo es ayudar a que todo el mundo comprenda que están ahí, y que hay personas que han tenido extraños e inexplicables encuentros con ellos.

—Gracias, Morty. Y Harry... ¿te puedo llamar Harry?

—Claro, no te cortes —respondí.

La sonrisa de Larry pareció vacilar.

—¿Nos puedes contar a grandes rasgos a qué te dedicas?

—Soy mago —contesté—. Encuentro objetos perdidos, investigo sucesos paranormales y ayudo a aquellas personas que recientemente han desarrollado algún poder extraño, para que aprendan a vivir con él.

—¿No es cierto que también colaboras con el Grupo de Investigaciones Especiales de la policía de Chicago?

—De vez en cuando —contesté. No quería hablar de aquello a menos que fuera imprescindible. Lo último que necesitaba el Grupo de Investigaciones Especiales era que lo asociaran con *El programa de Larry Fowler*—. Muchos departamentos de policía acuden a nosotros cuando todo lo demás falla.

—¿Y por qué estás aquí hoy?

—Porque estoy sin blanca y tu productor me paga el doble de mi tarifa.

El público volvió a reír, esta vez con mayor cordialidad. Los ojos de Larry Fowler me miraron con impaciencia tras sus gafas y su sonrisa se convirtió en un rechinar de dientes.

—No, en serio Harry, ¿por qué?

—Por la misma razón que Mort... que Morty —contesté. Lo cual era cierto. Estaba allí para encontrarme con Mort y sacarle algo de información. Él estaba allí para reunirse conmigo porque se negaba a que nos vieran juntos en la calle. Se podría decir que tengo fama de tipo peligroso.

—Y afirmas que haces magia —dijo Larry.

—Sí.

—¿Nos lo puedes demostrar? —preguntó.

—Sí, Larry, pero no me parece una buena idea.

Larry asintió y lanzó una mirada de complicidad al público.

—¿Y eso por qué?

—Porque seguramente destrozaría todos los aparatos del estudio.

—Claro —dijo Larry. Guiñó un ojo a la audiencia—. Y eso sería terrible, ¿verdad?

Se oyó más de una risa y unos cuantos abucheos. Me vinieron a la cabeza escenas de *Carrie* y *Ojos de fuego*, pero logré controlarme y mantuve el hechizo de contención. El maestro de la autodisciplina, ese soy yo. Aún así contemplé con anhelo durante un momento la salida de emergencia.

Larry prosiguió con el programa e introdujo temas como los cristales, las percepciones extrasensoriales y las cartas del tarot. Morty fue el que más participó. Yo intercalé unos cuantos monosílabos aquí y allá.

Después de varios minutos, Larry dijo:

—Volveremos después de los anuncios. —Unas manos alzaron varios carteles donde se leía «Aplausos» y las cámaras se volvieron y enfocaron al público que silbaba y vitoreaba.

Larry me lanzó una mirada de reprobación y bajó del escenario. Una vez detrás del decorado, se quejó a gritos de su peinado a una maquilladora.

Yo me incliné hacia Mort y dije:

—Vale, ¿qué has averiguado?

El rechoncho médium negó con la cabeza.

—Nada concreto. Todavía no estoy en plena forma en lo que a contactar con los muertos se refiere.

—Aun así, tienes más experiencia en ese campo que yo —repuse—. Mis fuentes no siguen la cuenta de la gente que ha muerto recientemente, por eso tengo que buscar información por otro lado. ¿Me puedes decir si está viva?

Asintió.

—Está viva. Eso sí lo sé. En Perú.

—¿Perú? —Sentí un gran alivio al escuchar que no había muerto, pero ¿qué coño hacía Susan en Perú?— Es territorio de la Corte Roja.

—En parte —admitió Mort—. Aunque la mayoría está en Brasil y el Yucatán. Intenté descubrir en qué lugar se encontraba exactamente, pero me bloquearon.

—¿Quién?

Mort se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Lo siento.

Negué con la cabeza.

—No, no importa. Gracias, Mort.

Me recliné en la silla para rumiar las noticias.

Susan Rodríguez trabajaba como reportera para un periódico sensacionalista local llamado *Midwestern Arcane*. Se interesó por mí justo cuando comenzaba a trabajar como detective y me hostigaba sin descanso para que le mostrara todo aquello que cobraba vida por la noche. Comenzamos a salir y en nuestra primera cita acabó desnuda en el suelo, bajo una terrible tormenta, mientras los rayos freían a un demonio con pinta de sapo hasta convertirlo en un montón de trozos pegajosos. Después de aquello, convirtió un par de encuentros con criaturas de mis casos en una sección fija de su periódico.

Un par de años más tarde y a pesar de mis advertencias, me siguió hasta la guarida de unos vampiros que celebraban una gran reunión. Una noble de la Corte Roja la secuestró y se propuso transformarla en vampiro. Quería vengarse de mí. La vampira en cuestión creía que su condición de noble de la Corte Roja la hacía intocable, pensaba que no me enfrentaría a toda la Corte. Me advirtió que si intentaba recuperar a Susan, iniciaría una guerra a escala mundial entre el Consejo Blanco de los magos y la Corte Roja de los vampiros.

Y eso hice.

Los vampiros no me han perdonado que les arrebatara a Susan, probablemente porque un grupo de ellos, entre los que figuraba un aristócrata de alta alcurnia, acabó incinerado en el proceso. Por eso Morty no quería que lo vieran conmigo. Él no estaba involucrado en la guerra y quería seguir así.

En cualquier caso y aunque Susan no completó su transformación, los vampiros le contagiaron su sed de sangre. Si alguna vez se rendía y la saciaba, entraría a formar parte de la Corte Roja. Le pedí que se casara conmigo y le prometí que encontraría la forma de devolverle su humanidad. Ella declinó mi oferta y se marchó con la idea de resolver el problema a su manera, supongo. Sigo buscando una forma de curarla, pero desde que se fue solo he recibido una tarjeta y dos o tres postales.

Hace dos semanas, su editora me llamó para decirme que la columna que solía

enviar al *Arcane* iba con retraso y para preguntarme cómo podía ponerse en contacto con ella. No la pude ayudar, pero inicié la búsqueda. Al no descubrir nada, recurrí a Mort Lindquist; quizá sus contactos en el mundo de los espíritus resultaran más productivos que los míos.

No había averiguado gran cosa, pero al menos sabía que estaba viva. Los músculos de mi espalda se relajaron un poco.

Alcé la vista para contemplar como Larry subía al escenario al ritmo de la música. Los altavoces pitaron y chirriaron cuando comenzó a hablar y entonces me di cuenta de que me había relajado demasiado. El hechizo de contención era mucho más complicado de lo que creía y cada vez resultaba más difícil de sostener. Me concentré y de los altavoces solo salió la música de fondo.

—Bienvenidos de nuevo al programa —dijo Larry a la cámara—. Hoy estamos charlando con dos entendidos en fenómenos paranormales que han venido aquí para compartir sus puntos de vista con el público presente en el estudio y con los espectadores que nos ven desde casa. Para adentrarnos un poco más en estos temas, he pedido a un par de expertos con opiniones contrarias que se unan a nosotros, y aquí están.

El público aplaudió cuando aparecieron dos hombres, cada uno por un lado del escenario.

El primer invitado se sentó en la silla junto a Morty. Era delgado y algo más alto que la media; su piel, quemada por el sol, parecía de cuero. Tendría entre cuarenta y sesenta años, y el pelo gris, bien peinado. Vestía un traje negro y llevaba un alzacuellos que compartía espacio con un rosario y un crucifijo. Sonrió, nos saludó a Mort y a mí con una inclinación de cabeza y estrechó la mano de Larry.

Larry dijo:

—Les quiero presentar al padre Vincent que ha venido desde el Vaticano para estar aquí con nosotros hoy. Dentro de la Iglesia católica es un reconocido experto y estudioso de la brujería y la magia, tanto desde una perspectiva histórica como psicológica. Padre, bienvenido al programa.

La voz de Vincent era un poco ronca, pero hablaba inglés con un cultivado acento que revelaba una exquisita educación de pago.

—Gracias, Larry. Estoy muy contento de estar aquí.

Dejé al padre Vincent y me fijé en el segundo hombre que se había sentado a mi lado mientras Larry decía:

—Y desde la Universidad de Brasil, en Río de Janeiro, por favor den la bienvenida al doctor Paolo Ortega, renombrado investigador y experto en desenmascarar supuestos fenómenos paranormales.

Larry comenzó a decir algo más, pero ya no lo escuché. No podía dejar de mirar al hombre sentado junto a mí, su cara me sonaba. Era de estatura media y algo

corpulento, con anchas espaldas y pecho robusto. Moreno de piel, llevaba el pelo negro bien peinado y su traje gris y plata me pareció elegante y refinado.

Un duque de la Corte Roja... un vampiro viejo y mortífero que me sonreía a tan solo medio metro de distancia. Mi frecuencia cardiaca pasó de sesenta a ciento cincuenta millones y el miedo me llegó a las extremidades como un relámpago.

Las emociones tienen poder. Alimentan mucha de mi magia. El pánico me dio de lleno y la presión sobre el hechizo de contención se duplicó. Se produjo un fogonazo y una nube de humo se elevó de la cámara más cercana. El operador se apartó del aparato y se quitó los auriculares mientras soltaba un taco de los que luego tienen que cortar en las emisiones en horario infantil. La cámara despedía humo y olor a goma quemada, pero además se debió de producir otro acoplamiento porque los monitores del estudio comenzaron a pitar.

—Vaya, —dijo Ortega entre dientes—. Me alegro de verte otra vez, Dresden.

Tragué saliva y busqué en mi bolsillo un par de artilugios de mago que uso como defensa personal. Ortega posó una mano sobre mi brazo. Aunque no pareciera que hacía ningún esfuerzo, sus dedos se cerraron sobre mi muñeca como esposas con la fuerza suficiente para lograr que el dolor me subiera hasta el codo y el hombro. Miré a mi alrededor, pero todo el mundo observaba la cámara rota.

—Tranquilo —dijo Ortega con un acento grave y vagamente portugués—. No he venido para matarte en televisión, mago. Estoy aquí para hablar contigo:

—Suéltame —dije. Mi voz sonó débil y temblorosa. ¡Puñetero pánico escénico!

Me soltó y aparté el brazo. Alguien del equipo se llevó la cámara y un tipo con auriculares y pinta de mandar hizo señales a Larry para que prosiguiera. Larry asintió y se volvió a Ortega.

—Siento lo que ha pasado. Revisaremos esa parte después.

—No importa —respondió Ortega.

Larry hizo una pausa y luego dijo:

—Doctor Ortega, bienvenido al programa. Tiene usted fama de ser uno de los principales estudiosos de fenómenos paranormales del mundo. Ha logrado demostrar que ciertos sucesos considerados sobrenaturales no eran más que fraudes. ¿Nos puede hablar un poco de eso?

—Por supuesto. Hace ya varios años que investigo este tipo de sucesos, y aún no he encontrado alguno que no tenga una explicación perfectamente natural. Los círculos en los sembrados, supuestamente hechos por los alienígenas, demostraron ser solo el pasatiempo favorito de un grupo de granjeros británicos, por ejemplo. Es cierto que con mucha frecuencia se producen hechos extraños, pero no por eso tienen que ser sobrenaturales. Incluso aquí mismo, en un parque de Chicago, tuvo lugar una lluvia de sapos de la que fueron testigos docenas si no cientos de personas. Y al final resultó que un extraño vendaval los había traído de algún otro lugar para dejarlos caer

sobre esta ciudad.

Larry asintió con expresión seria.

—Entonces usted no cree en nada de eso.

Ortega sonrió a Larry con suficiencia.

—Me encantaría creer que esas cosas pasan de verdad, Larry. Al mundo le vendría bien un poco de magia. Pero me temo que, aunque en parte a todos nos gustaría creer en seres maravillosos y poderes fantásticos, la realidad es que todo se reduce a simples y primitivas supersticiones.

—Entonces, según su opinión, los médiums y los magos...

—Charlatanes —dijo Ortega sin dudar—. Aunque no pretendo ofender a tus invitados, por supuesto. Todos los que se hacen pasar por médiums, suponiendo que no estén perturbados, no son más que hábiles actores que conocen a la perfección el funcionamiento de la psicología humana y sacan provecho de ello. Embaucan fácilmente a los ingenuos y les hacen creer que pueden contactar con los muertos, leer sus pensamientos o incluso que son seres sobrenaturales. De hecho, con unos minutos de preparación y el decorado adecuado, les aseguro que podría convencer a todos los que están en esta sala de que yo mismo soy un vampiro.

El público rió de nuevo. Yo lo miré furioso y sentí que mi frustración crecía al tiempo que aumentaba la presión sobre el hechizo de contención. El aire a mi alrededor comenzó a calentarse.

Un segundo cámara gritó y se apartó de un manotazo los auriculares de los que escapaba un pitido estridente mientras su cámara comenzaba a girar lentamente sobre su podio, haciendo que los cables se enrollaran en torno a la carcasa de acero en la que descansaba.

La luz de «en el aire» se apagó. Larry bajó hasta el borde del escenario gritando al pobre cámara. Entonces apareció el realizador por un lado del decorado con cara de consternación y Larry se cebó con él. El hombre aguantó el chaparrón con la paciencia de un buey y luego examinó el aparato. Murmuró algo en el pequeño micrófono de sus auriculares y luego él y el técnico afectado comenzaron a empujar la cámara.

Larry cruzó los brazos impaciente, luego se volvió a los invitados y dijo:

—Lo siento. En un par de minutos tendremos una cámara de repuesto. Solo será un momento.

—No pasa nada, Larry —repuso Ortega—. Mientras tanto charlaremos un poco.

Larry me miró intrigado.

—¿Estás bien, Dresden? —preguntó—. Te veo pálido. ¿Necesitas alguna cosa, algo de beber quizá?

—Yo desde luego sí —respondió Ortega clavando los ojos en mí.

—Pediré que traigan algo —dijo Larry y se bajó del escenario en busca de su

peluquero.

Mort charlaba en voz baja con el padre Vincent, dándome la espalda descaradamente. Yo me volví a Ortega, tenso, con la espalda rígida, mientras luchaba por apaciguar la ira y el miedo que sentía. Generalmente el miedo irracional me suele resultar útil. La magia procede de las emociones y el pánico es un buen combustible, pero aquel no era el lugar para invocar torbellinos, ni relámpagos de fuego. Había demasiada gente y alguien podía resultar herido, incluso muerto.

Dicho lo cual, Ortega tenía razón. No era un buen sitio para pelear. Si estaba allí era porque quería hablar. Si no, simplemente me habría acorralado en el aparcamiento.

—Vale —dije por fin—. ¿De qué quieres hablar?

Se inclinó un poco más hacia mí para no tener que subir la voz. Yo sentí que se me encogía el alma, pero no me aparté.

—He venido a Chicago para matarte, Dresden. Pero tengo una propuesta que me gustaría que escucharas antes.

—Tienes que mejorar esa introducción —dije—. Una vez leí un libro sobre negociaciones, si quieres te lo puedo dejar.

Me sonrió con desgana.

—La guerra, Dresden. La guerra entre tu gente y la mía nos está saliendo muy cara a todos.

—En general, ir a la guerra es una decisión bastante idiota —repuse—. Yo jamás la quise.

—Pero la iniciaste —dijo Ortega—. Comenzaste una guerra a cuenta de tus principios.

—La comencé para salvar una vida humana.

—¿Y cuántas salvarías si la lucha cesara ahora? —preguntó Ortega—. Los magos no son los únicos que sufren. Debido a la guerra disponemos de menos recursos para controlar a los elementos subversivos de nuestra Corte. Condenamos las muertes gratuitas, pero algunos de los nuestros, sobre todo cuando caen heridos o están desorientados, con frecuencia matan sin necesidad. Si pusiéramos fin a la guerra salvaríamos cientos, quizá miles de vidas.

—Y si matáramos a todos los vampiros del planeta también. ¿Adónde quieres llegar?

Ortega sonrió, mostrándome la dentadura. Eran unos dientes normales, no tenía colmillos enormes, ni nada de eso. Los vampiros de la Corte Roja parecen humanos... justo hasta que se convierten en algo salido de una pesadilla.

—Lo que quiero decir, Dresden, es que la guerra resulta costosa y perjudicial. Tú estás en la raíz de su inicio y simbolizas el punto de fricción entre nuestro pueblo y el Consejo Blanco. Contigo muerto, el Consejo aceptará que se negocie la paz, y la

Corte también.

—¿Y lo que me pides es que me tumbe y me muera? Como oferta no es gran cosa. De verdad, creo que deberías leer el libro.

—Mi oferta es la siguiente: enfrentémonos en combate, solos tú y yo.

No llegué a reírme en su cara.

—¿Por qué cojones iba a hacer eso?

Sus ojos eran inexpresivos.

—Porque si lo haces, los guerreros que he traído a Chicago no se verán obligados a ir a por tus amigos y aliados. Y los asesinos que hemos contratado no tendrán que recibir las confirmaciones finales para matar a los clientes que han solicitado tus servicios durante los últimos cinco años. Seguro que recuerdas sus nombres.

El miedo y la ira que ya estaban casi apaciguados, resurgieron de golpe.

—Eso es innecesario —contesté—. Si tu guerra es conmigo no mezcles a nadie más.

—Por mí encantado —respondió Ortega—. No apruebo esas tácticas. Enfrentémonos según las leyes del duelo fijadas en los Acuerdos.

—Y después de que te mate ¿qué? —dije. No sabía si podía hacerlo, pero esa no era razón para dejarle pensar que no confiaba en mis posibilidades—. ¿Aparece el siguiente campeón de la Corte Roja y me propone lo mismo?

—Si me derrotas, la Corte me ha asegurado que declarará esta ciudad terreno neutral, y todos sus habitantes, incluidos tú, tus amigos y colaboradores, quedaréis libres de cualquier amenaza mientras permanezcáis dentro de sus límites.

Lo miré intensamente durante un momento.

—¿*Chicago blanca*, eh?

Arqueó una ceja desconcertado.

—Da igual. Te pilló ya mayor. —Aparté la vista de él y me lamí el sudor que me bañaba el labio superior. Alguien del equipo se acercó con un par de botellas de agua y nos dio una a cada uno. Eché un trago. La presión del hechizo hizo que viera puntitos de colores flotando ante mí.

—Enfrentarse a mí es poco inteligente —le dije—. Aunque acabaras conmigo, mi hechizo de muerte caería sobre ti.

Se encogió de hombros.

—La Corte es más importante que yo. Me arriesgaré.

Maldita sea. Los pirados abnegados, honrados, valientes y dispuestos a sacrificarse son, con diferencia, los peores adversarios que uno se puede encontrar. Intenté un último regate con la esperanza de que diera sus frutos.

—Eso lo tendría que ver por escrito. Y el Consejo debería recibir una copia. Quiero que todo sea oficial y esté reconocido por los Acuerdos.

—¿Si lo consigo aceptarás mi oferta?

Respiré hondo. Lo último que me apetecía era vérmelas con otro matón sobrenatural. Los vampiros me dan miedo. Son fuertes, increíblemente rápidos y tienen además un repugnante as en la manga. Su saliva es un narcótico adictivo al que me he visto expuesto lo suficiente para preguntarme qué sentiría si me dieran otro lametón.

Por aquella época apenas salía de noche, principalmente porque no quería encontrarme con más vampiros. Un duelo implicaba que el combate sería justo, y yo odio los combates justos. Como dijo una vez una mortífera reina hada, son muy fáciles de perder.

Por supuesto, si no aceptaba la oferta de Ortega, tendría que enfrentarme a él de todas formas, probablemente en el lugar y en el momento que él escogiera... y tenía la sensación de que Ortega no iba a mostrar la arrogancia y el exceso de confianza que había visto en otros vampiros. Había algo en él que me decía que le daba igual la forma, pero tenía que matarme. Y no solo eso, también parecía del tipo capaz de cebarse con mi gente, si eludía el enfrentamiento.

Así que, resumiendo: era el típico malo por excelencia. Además de un negociador bastante bueno.

Me gustaría decir que sopesé con cuidado todos los factores, razoné una conclusión sensata y tomé la decisión lógica de asumir un riesgo calculado, pero no. Lo cierto es que imaginé a Ortega y a sus amigos atacando a las personas que quiero y de repente me sentí lo bastante enfadado como para comenzar la pelea allí mismo. Lo miré a la cara, con los ojos entornados y ni me molesté en controlar la ira. El hechizo de contención comenzó a resquebrajarse y me dio completamente igual. Cuando se disipó del todo, la gran cantidad de energía almacenada se liberó de repente y se extendió de forma invisible por todo el estudio.

Escuchamos un chasquido de energía estática procedente de los micrófonos del escenario, y después, dejaron de funcionar entre potentes estallidos. Los focos del techo, de repente, comenzaron a dar fogonazos y a soltar chispas que acabaron cayendo sobre los que estábamos en el escenario. Una de las dos cámaras que aún sobrevivían, se incendió. Las llamas azuladas asomaron por encima de la carcasa metálica, y los enormes enchufes de las paredes comenzaron a expulsar chispas verdes y naranjas. Larry Fowler gritó y dio un salto mientras se daba manotazos al cinturón en un intento por deshacerse de su teléfono móvil al rojo vivo. Se fue la luz y la gente comenzó a gritar presa del pánico.

Ortega, iluminado solo por la lluvia de chispas, ofrecía un aspecto feroz, incluso ávido; las sombras bailaban sobre su rostro y sus ojos parecían enormes y oscuros.

—Genial —dije—. Dámelo por escrito y trato hecho.

Las luces de emergencia se encendieron, la alarma de incendios comenzó a sonar y el público se dirigió en estampida hacia las salidas. Ortega sonrió satisfecho, luego

bajó del escenario y desapareció tras el decorado.

Yo me puse en pie un poco tembloroso. Algo había caído del techo y le había golpeado a Mort en la cabeza. Tenía una brecha en la coronilla de la que emanaba abundante sangre. Cuando quiso ponerse en pie se tambaleó peligrosamente, así que el padre Vincent y yo ayudamos al pequeño médium cogiéndolo cada uno de un brazo y lo condujimos hacia la salida de emergencia.

Lo bajamos por las escaleras y lo sacamos del edificio. La policía de Chicago ya había llegado con sus sirenas y sus luces azules y rojas. Un camión de bomberos y dos o tres ambulancias aparecieron en ese mismo momento. Sentamos a Mort junto a otras personas que tenían heridas leves y nos apartamos. Los dos jadeábamos todavía cuando el personal sanitario comenzó a clasificar a los heridos según su gravedad.

—En realidad, señor Dresden —dijo el padre Vincent—, debo confesarle una cosa.

—¡Eh! —respondí—. No crea que no he pillado la ironía de esas palabras, padre.

Los resecos labios del padre Vincent desaparecieron en una amplia sonrisa.

—En realidad no he venido a Chicago solo para aparecer en el programa.

—¿Ah no? —dije.

—No, la verdad es que estoy aquí para...

—Hablar conmigo —lo interrumpí.

Arqueó las cejas.

—¿Cómo lo sabe?

Suspiré y saqué las llaves del coche del bolsillo.

—Es la tónica del día.

Capítulo 2

Comencé a caminar hacia mi coche e invité al padre Vincent a que me siguiera. Así lo hizo y aceleré el ritmo, de modo que tuvo que esforzarse si no quería quedarse atrás.

—Debe comprender —dijo— que le exija una total confidencialidad si le cuento los detalles de mi problema.

Fruncí el ceño y dije:

—Teniendo en cuenta que me considera un excéntrico en el mejor de los casos, o un charlatán en el peor, no entiendo por qué quiere mi ayuda.

No es que fuera a rechazarlo. Quería coger su caso. Bueno, para ser más exactos, quería coger su dinero. Mi situación económica no era tan precaria como el año pasado, pero eso solo significaba que con un sencillo bate de béisbol me bastaba para ahuyentar a los acreedores; ya no necesitaba la picana eléctrica.

—Me han dicho que es usted el mejor detective para este asunto —dijo el padre Vincent.

Lo miré arqueando una ceja.

—¿Tiene algún problema de tipo sobrenatural?

Puso los ojos en blanco.

—No, claro que no. No soy tan simple, señor Dresden. Pero tengo entendido que usted sabe más sobre la comunidad ocultista que ningún otro detective de la ciudad.

—¡Ah! —dije—, eso.

Pensé en ello durante un momento y deduje que probablemente tenía razón. La comunidad ocultista de Chicago a la que se refería estaba compuesta por un puñado de seguidores de la Nueva Era que veían el futuro en bolas de cristal, echaban las cartas o leían las líneas de la mano. La mayoría era gente inofensiva y muchos incluso tenían conocimientos de magia. Si añadimos a eso unos cuantos artistas de *feng-shui*, lo sazonomos abundantemente con *wiccanos* de diferentes sabores y lealtades, incorporamos algunos aficionados con cierto talento que gustan de mezclar religión y magia, echamos algo de vudú, unos cuantos santeros y otros pocos seguidores de Satán, y lo servimos todo con una guarnición de gente joven que viste de negro, tenemos lo que muchos conocen como «la comunidad ocultista».

Por supuesto, camuflados en aquel batiburrillo había brujos, nigromantes, monstruos y demonios. Para los que realmente cortaban el bacalao, para los malos, aquellos aficionados eran más o menos lo que para un chaval de diez años un parque de atracciones de pan de jengibre. Mi sistema mental de detección de peligro hizo saltar la alarma.

—¿Quién le dio mi nombre, padre?

—Oh, un sacerdote de aquí —respondió Vincent. Sacó una libreta de notas del

bolsillo, la abrió y leyó—: el padre Forthill, de Santa María de los Ángeles.

Lo miré sorprendido. El padre Forthill y yo no compartíamos el mismo punto de vista en lo que a religión se refiere, pero era un buen hombre. Un poco estirado quizá, pero me caía bien... además le debía algún que otro favor.

—Haber empezado por ahí.

—¿Se hará cargo del caso? —preguntó el padre Vincent mientras entrábamos en el aparcamiento.

—Antes quiero saber todos los detalles, pero si Forthill cree que lo puedo ayudar, lo haré. —Y añadí enseguida—: Pero le voy a cobrar igual.

—Naturalmente —dijo el padre Vincent. Jugó con el crucifijo que colgaba de su cuello—. ¿Entonces debo suponer que no me hará ningún truquito de magia?

—Eso es para los ilusionistas, padre —respondí.

—¿A qué se refiere?

—Los ilusionistas hacen trucos de magia. Los magos como yo hacemos magia de verdad.

Suspiró.

—No necesito magos, señor Dresden. Solo quiero un detective.

—Y yo no necesito que me crea, padre. Solo que me pague. Nos llevaremos estupendamente.

Me miró un tanto vacilante y luego dijo:

—Ah.

Llegamos a mi coche, un viejo y castigado Volkswagen al que llamo *Escarabajo Azul*. Tiene lo que muchos consideran «carácter» y yo denomino «un montón de piezas de repuesto mal puestas». Puede que el coche original fuera azul, pero ahora tenía parches en verde, blanco y rojo de otros Volkswagen, que fui añadiendo para reemplazar las partes dañadas. El capó se mantenía en su sitio gracias al alambre de una percha que evitaba que se abriera y cerrara cuando el coche cogía algún bache y el parachoques delantero estaba abollado desde que intenté atropellar a un monstruo el verano pasado. Quizá si el trabajo de Vincent daba dinero, podría arreglarlo.

El padre Vincent contempló extrañado el *Escarabajo* y preguntó:

—¿Qué le ha pasado?

—Me di contra unos árboles.

—¿Chocó contra un árbol?

—No. Árboles, en plural. Y luego contra un contenedor. —Lo miré un tanto avergonzado y añadí—: Eran árboles pequeños.

La perplejidad en su rostro dio paso a la preocupación.

—Ah.

Levanté el cierre de la puerta del conductor. No es que temiera que me fueran a robar el coche. De hecho, una vez un ladrón me ofreció cambiármelo por algo mejor

por un módico precio.

—Imagino que querrá hablar de su problema en algún lugar donde tengamos más intimidad.

El padre Vincent asintió.

—Sí, claro. Si me lleva a mi hotel, allí tengo unas fotos y...

Escuché a alguien arrastrar los pies por el suelo de hormigón y me volví justo a tiempo de ver por el rabillo del ojo a un pistolero que salía de entre dos coches aparcados una fila más allá. Las tenues luces hicieron brillar su arma y me lancé sobre el capó del Escarabajo, para alejarme de él. Choqué contra el padre Vincent, que dejó escapar un grito de sorpresa y los dos caímos al suelo al tiempo que el matón comenzaba a disparar.

Los disparos de la pistola no desgarraron el aire con un gran estruendo, como ocurre normalmente. Las armas son mucho más ruidosas que cualquier cosa que la gente pueda escuchar de forma habitual. Esta pistola no atronó, no rugió, ni siquiera hizo *bang*. Emitió un sonido más sordo. Como si alguien golpeará un diccionario enciclopédico contra una mesa. El pistolero usaba silenciador.

Una bala alcanzó mi coche y rebotó en la curva del capó. Otra pasó por encima de mi cabeza mientras forcejeaba con el padre Vincent y una tercera destrozó el parabrisas de un deportivo muy chulo que estaba aparcado al lado.

—¿Qué ocurre? —balbuceó el padre Vincent.

—Silencio —gruñí. El pistolero se estaba moviendo. Podía oír sus pisadas mientras rodeaba mi coche. Me acerqué a uno de los faros delanteros del Escarabajo y sin dejar de presionar el capó, agarré el alambre que lo mantenía cerrado. El hombre seguía acercándose. Por fin lo desenganché, el capó se abrió y pude acceder al maletero.

Alcé la vista a tiempo de ver a un individuo de estatura y complexión medias, de unos treinta años, con pantalones y chaqueta oscuros que sostenía una pistola de pequeño calibre con un pesado silenciador en su extremo. Disparó, pero no tuvo tiempo de apuntar bien y aunque estaba a menos de seis metros, falló.

Saqué la escopeta del maletero del coche, le quité el seguro y metí una bala en la recámara. Los ojos del matón se abrieron como platos y se dio media vuelta para salir corriendo. Volvió a disparar y rompió una de las luces delanteras del Escarabajo. Después siguió disparando mientras huía por el mismo camino por el que había venido.

Me oculté detrás del coche y agaché la cabeza mientras intentaba contar los tiros. Cuando llegué a once o doce, la pistola enmudeció. Me incorporé con la escopeta preparada al hombro y bajé un poco el cañón. El pistolero se colocó detrás de una columna de hormigón y luego siguió corriendo.

—¡Mierda! —susurré—. Suba al coche.

—Pero... —tartamudeó el padre Vincent.

—¡Al coche! —grité. Me levanté, volví a colocar el enganche de la percha en el capó y me monté. Vincent se sentó en el asiento del acompañante y le lancé la escopeta—. Sujete esto.

La cogió torpemente, con los ojos como platos, mientras yo ponía en marcha el Escarabajo que volvió a la vida con un rugido. Bueno, exactamente con un rugido no. Un Volkswagen Escarabajo no ruge. Digamos que gruñó, y metí primera antes de que el sacerdote tuviera tiempo de cerrar la puerta.

Me dirigí hacia la salida del aparcamiento, tomando curvas y rampas a toda velocidad.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el padre Vincent.

—Ese tío no trabaja solo —contesté—. Seguro que tienen todas las salidas vigiladas.

Derrapamos en la última curva y nos dirigimos hacia la salida. Escuché a alguien gritar casi sin aliento y vi como un par de hombres enormes y con cara de pocos amigos salían de un coche aparcado al otro lado de la calle. Uno de ellos sostenía una escopeta y el otro una potente semiautomática, puede que una Desert Eagle.

No reconocí al de la escopeta, pero el tercer matón era un tío enorme con el pelo rojo, sin cuello y traje barato: Cujo Hendricks, la mano derecha del jefe del crimen organizado de Chicago, *Caballero* Johnny Marccone.

Tuve que subir el Escarabajo a la acera en la salida del aparcamiento para sortear la barrera de seguridad, llevándome unos arbustos decorativos en el proceso. Salvé la curva a trompicones y volví a la carretera mientras giraba todo el volante a la derecha y hundía el pie en el acelerador.

Eché la vista atrás y vi al primer tirador en la salida de emergencia apuntándonos con su pistola con silenciador. Disparó varias veces más, aunque solo pude escuchar los últimos tiros debido a que el silenciador comenzaba a desgastarse. No le ofrecimos un blanco fácil, pero tuvo suerte y me destrozó el cristal trasero. Tragué saliva y torcí en la primera curva. Una luz me cegó y casi chocamos contra un camión de mudanzas U-Haul, pero aun así, no dejé de acelerar.

Un par de bloques más allá, mi corazón bajó el ritmo lo suficiente para dejarme pensar. Reduje la marcha a algo parecido al límite de velocidad, di las gracias a mi buena estrella de que el hechizo de contención se deshiciera en el estudio y no dentro del coche, y bajé la ventanilla. Saqué la cabeza durante unos segundos para ver si Hendricks y sus esbirros nos seguían, pero no vi a nadie, así que decidí creer que estábamos a salvo.

Metí la cabeza dentro del coche y me encontré con el cañón de mi escopeta apuntándome a la barbilla, mientras el padre Vincent, con el rostro pálido, murmuraba para sí algo en italiano.

—¡Eh! —dije y aparté el cañón de mi cara—. Cuidado con eso. ¿Quiere matarme? —Alargué el brazo y conseguí ponerle el seguro—. Bájela. Si nos ve la policía nos meteremos en un buen lío.

El padre Vincent tragó saliva e intentó bajar la escopeta al nivel del salpicadero.

—¿Es un arma ilegal?

—Esa es una palabra muy fuerte —murmuré.

—¡Virgen santísima! —dijo el padre Vincent con un nudo en la garganta—. Esos hombres... —añadió—. Esos hombres han intentado matarlo.

—A eso se dedican los asesinos profesionales —dije.

—¿Cómo sabe que lo son?

—El primer tío llevaba un arma con silenciador. De los buenos, un silenciador de metal y cristal, no la clásica chapuza hecha con una botella de plástico. —Volví a mirar por la ventana—. Además el arma era de calibre pequeño y pretendía acercarse lo máximo posible antes de disparar.

—¿Y eso es importante?

Parecía que no había nadie. Las manos me temblaban y me sentía un poco débil.

—Sí, porque significa que usaba munición ligera. Subsónica. Si la bala rompe la barrera del sonido, no tiene mucho sentido usar silenciador. Cuando vio que yo también estaba armado, huyó. Se mantuvo a cubierto y buscó ayuda. Es un profesional.

—¡Madre de Dios! —dijo de nuevo el padre Vincent. Estaba un poco pálido.

—Además reconocí a uno de los hombres que esperaban a la salida.

—¿Había alguien en la salida? —preguntó el padre Vincent.

—Sí. Dos esbirros de Marcone. —Miré el cristal roto de atrás y suspiré—. Mierda. Bueno, ¿adónde vamos?

El padre Vincent me dio unas indicaciones con voz inexpresiva y yo me concentré en la conducción, intentando ignorar los quejidos de mi estómago y el continuo temblor de mis manos. Nunca he llevado muy bien que me disparen.

Hendricks. ¿Por qué habrá enviado Marcone sus matones a por mí? Marcone era el amo de los bajos fondos de Chicago, pero por lo general no solía usar ese tipo de violencia. Decía que era malo para el negocio. Yo creía que Marcone y yo teníamos un pacto... o al menos un acuerdo tácito de no meternos en los asuntos del otro. Entonces, ¿a qué venía aquello?

Quizá en algún momento traspasé una raya que no sabía que existía.

Miré al acongojado padre Vincent.

Aún no me había dicho qué quería, pero fuera lo que fuera, debía de ser lo bastante importante como para que el Vaticano enviara a uno de sus funcionarios en misión secreta a Chicago. Quizá también fuera lo bastante importante como para matar a un mago cotilla.

Joder.

El día estaba resultando un asco.

Capítulo 3

El padre Vincent me llevó hasta un motel al norte de O'Hare. Pertenecía a una cadena nacional, era barato, pero limpio, y las puertas de las habitaciones daban todas al aparcamiento. Conduje hasta la parte de atrás del edificio, apartada de la calle, sin dejar de fruncir el ceño. No parecía la clase de sitio donde se hospedaría alguien como Vincent. El sacerdote bajó del coche casi antes de que echara el freno de mano, caminó a toda prisa hacia la puerta más cercana y se metió dentro en cuanto fue capaz de abrir el cerrojo.

Lo seguí. Vincent cerró la puerta, echó el cerrojo y luego se peleó con las cortinas hasta que consiguió cerrarlas. Señaló con la cabeza la pequeña mesa de la habitación y dijo:

—Por favor, siéntese.

Lo hice y estiré las piernas. El padre Vincent abrió el cajón de una modesta cómoda y sacó una carpeta cerrada con un elástico. Se sentó frente a mí, apartó el elástico y dijo:

—La Iglesia está interesada en recuperar algo que le han sustraído.

Me encogí de hombros y repuse:

—¿No debería encargarse de eso la policía?

—Ya hay una investigación en marcha y he ofrecido al Departamento de Policía de Chicago mi ayuda para lo que necesiten. Pero... ¿cómo decir esto educadamente? —Frunció el ceño—. La historia es una gran maestra.

—No se fía de la policía —dije—. Vale.

Hizo una mueca de desagrado.

—Es que en el pasado la policía de Chicago se ha visto asociada con numerosas figuras del crimen organizado.

—Eso ya solo se ve en las películas, padre. Quizá no se haya enterado, pero lo de Al Capone pasó hace muchos años.

—Puede que sí —dijo—. Puede que no. Yo solo pretendo hacer todo lo que esté en mi poder para recuperar el artículo robado. Y eso incluye contratar a un discreto detective privado.

Ajá. Así que no confiaba en la policía y quería que yo trabajara para él en secreto. Por eso estábamos en aquel motel barato y no en el lugar donde realmente se hospedaba.

—¿Qué quiere que encuentre?

—Una reliquia —contestó.

—¿Una qué?

—Un objeto sagrado, señor Dresden. Una antigüedad que pertenece a la Iglesia desde hace siglos.

—Oh, eso —dije.

—Sí. Se trata de un artículo delicado y muy antiguo y creemos que quienes lo tienen ahora no lo cuidan como deberían. Hay que recuperarlo lo antes posible.

—¿Qué sucedió?

—Lo robaron hace tres días.

—¿De dónde?

—De la catedral de San Juan Bautista, en el norte de Italia.

—Eso está muy lejos.

—Creemos que lo trajeron aquí, a Chicago, para venderlo.

—¿Por qué?

Sacó de la carpeta una foto de veinte por veinticinco, en blanco y negro, y revelada en brillo. Me la ofreció. En ella se veía a un cadáver bastante destrozado. Yacía sobre los adoquines de la calle; la sangre había corrido entre las piedras y se había acumulado ligeramente alrededor del cuerpo. Creo que se trataba de un hombre, aunque no estaba seguro. Pero fuera quien fuera, le habían dejado la cara y el cuello hechos jirones, literalmente. Presentaba cortes profundos, limpios y rectos. El trabajo de un experto en arma blanca. *Puag*.

—Este individuo es Gastón LaRouche. El cabecilla de una banda de ladrones que se llaman a sí mismos Ratones de Iglesia. Se especializan en robar en santuarios y catedrales. Encontraron su cuerpo cerca de un pequeño aeropuerto la mañana siguiente al robo. En su maletín había varios documentos de identificación estadounidenses falsificados y billetes de avión con destino a Chicago.

—Pero de lo robado ni rastro.

—Así es. Exacto. —El padre Vincent sacó otro par de fotos. También eran en blanco y negro, pero ofrecían una imagen más tosca, como si las hubieran ampliado varias veces. En ellas se veía a dos mujeres de constitución y altura medias, pelo negro y gafas oscuras.

—¿De las cámaras de vigilancia? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Facilitadas por la Interpol. Son Anna Valmont y Francisca García. Pensamos que colaboraron con LaRouche en el robo, luego lo mataron y salieron del país. La Interpol recibió el chivatazo de que Valmont había sido vista aquí, en el aeropuerto.

—¿Sabe quién es el comprador?

Vincent negó con la cabeza.

—No. Y este es el caso. Quiero que encuentre al resto de la banda y recupere lo robado.

Fruncí el ceño mientras contemplaba las fotos.

—Sí. Y eso es lo que quieren ellos también.

Vincent me miró sorprendido.

—¿Qué quiere decir?

Negué con la cabeza impaciente.

—Está claro. Mire bien la foto. LaRouche no murió allí.

Vincent frunció el ceño.

—¿Por qué dice eso?

—Hay muy poca sangre. He visto hombres hechos trizas y desangrados. Ahí falta un huevo de sangre. —Hice una pausa—. Perdona la expresión.

El padre Vincent se santiguó.

—¿Y por qué encontraron su cuerpo allí?

Me encogí de hombros.

—Es el trabajo de un profesional. Fíjese en los cortes. Son metódicos. La víctima probablemente estaba inconsciente o drogada porque no es fácil mantener inmovilizado a un hombre mientras le destrozas la cara con un cuchillo.

El padre Vincent se puso una mano en el estómago.

—Oh.

—Así que tiene un cadáver abandonado en una calle cualquiera con un letrero que básicamente dice: el botín está en Chicago. De modo que, o el culpable es increíblemente idiota, o alguien pretendía atraerlo hasta aquí. Esto es obra de un profesional. El cadáver es una trampa.

—Pero ¿quién haría algo así?

Me encogí de hombros.

—Eso es lo que deberíamos averiguar. ¿Tiene alguna foto mejor de estas dos mujeres?

Negó con la cabeza.

—No, y jamás las han detenido. No tienen antecedentes.

—Pues entonces es que son buenas. —Cogí las fotos. Unidas a las fotos con un clip había unas hojas de papel donde figuraba una lista de alias conocidos, lugares... pero nada realmente útil—. Esto me va a llevar un tiempo.

—Es lo que suele ocurrir cuando el objetivo merece la pena. ¿Qué necesita de mí, señor Dresden?

—Un adelanto —contesté—. Con unos mil bastará. Y también una descripción de la reliquia, cuanto más detallada mejor.

El padre Vincent asintió como si todo le pareciera muy lógico y sacó del bolsillo un fajo de billetes cogido por un clip de acero. Contó diez retratos de Ben Franklin y me los ofreció.

—El objeto robado es un lienzo de lino, rectangular, de cuatro metros con seis centímetros de largo y un metro con diez centímetros de ancho, tejido a mano en forma de sarga de cuatro en espiga. Presenta una serie de parches y manchas y...

Alcé una mano y fruncí el ceño.

—Un momento. ¿Dónde dice que se produjo el robo?

—En la catedral de San Juan Bautista —respondió el padre Vincent.

—En el norte de Italia —dije.

Asintió con la cabeza.

—En Turín, para ser exactos —añadí.

Volvió a asentir con aire misterioso.

—¿Han robado el puñetero Sudario de Turín? —pregunté.

—Sí.

Me recosté en la silla mientras le echaba otro vistazo a las fotos. Eso cambiaba las cosas. Eso cambiaba mucho las cosas.

El Sudario. Supuestamente la tela con la que José de Arimatea envolvió el cuerpo de Cristo tras la crucifixión. Aquello eran palabras mayores. También se dice que Jesús llevaba el paño cuando resucitó, y que quedaron impresos en él su imagen y su sangre.

—*Uau* —dije.

—¿Qué sabe del Santo Sudario, señor Dresden?

—No mucho. Que enterraron a Cristo con él. En los años setenta lo sometieron a varias pruebas, pero nadie pudo demostrar que fuera un fraude. Hace unos años casi se quemó cuando se declaró un incendio en la catedral. Algunos dicen que tiene el poder de sanar, o que lo custodian un par de ángeles. Y alguna otra cosa que ahora mismo no recuerdo.

El padre Vincent dejó caer las manos sobre la mesa y se inclinó hacia mí.

—Señor Dresden. El Sudario es quizá la reliquia más importante de la Iglesia. Es un gran símbolo de fe en el que creen muchas personas. También tiene trascendencia política. Es absolutamente crucial para Roma que el Sudario vuelva a estar bajo la custodia de la Iglesia a la mayor brevedad posible.

Lo miré fijamente durante un segundo e intenté escoger mis palabras con cuidado.

—¿Se sentiría muy ofendido si le dijera que el Sudario es además *hum...* importante en términos mágicos?

Vincent apretó los labios.

—Yo no creo en fantasías, señor Dresden. Es un pedazo de tela, no una alfombra mágica. Su valor deriva únicamente de su importancia histórica y simbólica.

—*Ajá* —respondí. Caray, pues de ahí es de donde procede gran parte de la magia. El sudario era antiguo, estaba considerado como algo especial y la gente creía en él. Eso bastaría para otorgarle cierto poder.

»Hay muchos que no opinarán como usted —dije.

—Por supuesto —convino—. Por eso su conocimiento de la comunidad ocultista de Chicago puede resultar muy útil.

Asentí pensativo. Aquello podría ser algo totalmente normal. Alguien podría

haber robado un paño viejo y mohoso para vendérselo a algún pirado que creyese que era una sábana mágica. Podría resultar que el Sudario no fuera más que un símbolo, una antigüedad, una reliquia histórica... interesante, pero poco significativa.

Claro está que también existía la posibilidad de que el Sudario fuera auténtico. Que hubiera envuelto el cuerpo del Hijo de Dios cuando volvió de entre los muertos. Aparté ese pensamiento.

Sin entrar a valorar el cómo ni el porqué, si el Sudario era algo especial en términos mágicos, significaba que nos encontrábamos ante un nuevo y sucio juego del ratón y el gato. De todos los poderes extraños, oscuros y malignos que podían haberse llevado el Sudario, no se me ocurrió ninguno que fuera hacer algo bonito con él. Puede que allí estuvieran involucrados toda clase de intereses sobrenaturales.

Incluso dejando a un lado esa posibilidad, la búsqueda mortal del Sudario parecía una misión bastante peligrosa. John Marcone quizá tuviera algo que ver, así como la policía de Chicago y probablemente la Interpol y el FBI. Aunque carecieran de poderes sobrenaturales, cuando se trataba de encontrar personas, los *polis* eran muy buenos. Probablemente, localizarían a los ladrones y darían con el Sudario en unas semanas.

Miré las fotos, luego el dinero y pensé en cuantas facturas pagaría con aquel dulce y contundente adelanto del padre Vincent. Si tenía suerte, quizá no fuera tan peligroso como parecía.

Ja.

¿A quién pretendo engañar?

Me metí el dinero en el bolsillo. Luego cogí las fotos.

—¿Cómo puedo localizarlo?

El padre Vincent apuntó un número de teléfono en una hoja con el logo del motel y me lo pasó.

—Tome. Puede llamarme a ese número mientras estoy en la ciudad.

—Muy bien. No le prometo nada concreto, pero veré lo que puedo hacer.

El padre Vincent se puso en pie y dijo:

—Gracias, señor Dresden. El padre Forthill habla muy bien de usted.

—Es un buen tipo —dije y me levanté.

—Si me perdona, tengo otros asuntos que atender.

—Ya imagino. Aquí tiene mi tarjeta por si necesita ponerse en contacto conmigo.

Le di la tarjeta de visita, le estreché la mano y me marché. Al llegar al Escarabajo, cogí la escopeta, saqué el cartucho de la recámara, le puse el seguro y la volví a guardar en el maletero. Después cogí un palo de madera algo más largo que mi antebrazo adornado con runas y sellos tallados. Me servía para dirigir mi magia con mayor precisión. Arrojé la chaqueta de mi traje sobre la escopeta y saqué del bolsillo un brazalete de plata del que colgaban una docena de pequeños escudos de estilo

medieval. Me lo coloqué en el brazo izquierdo, me puse un anillo de plata en la otra mano y después cogí mi varita mágica y la dejé en el asiento del acompañante al entrar en el coche.

Con el nuevo caso, el asesino a sueldo y el desafío de Ortega, quería estar seguro de que no me volvían a pillar con la guardia baja.

Me fui a casa en el Escarabajo, a mi apartamento. Tengo alquilado un sótano en un viejo y destartado edificio reconvertido en casa de vecindad. Cuando por fin llegué era pasada la medianoche y el aire de finales de febrero estaba salteado con ocasionales copos de nieve húmeda que se derretía nada más tocar el suelo. El subidón de adrenalina causado por lo que ocurrió en *El programa de Larry Fowler* y luego por el ataque de los matones profesionales se había disipado, dejándome dolorido, cansado y preocupado. Salí del coche con la idea de ir directo a la cama y levantarme temprano al día siguiente para trabajar en el caso de Vincent.

Una gélida y repentina estela de energía y un par de ruidos sordos procedentes de las escaleras que conducían a mi apartamento me hicieron cambiar de idea.

Saqué mi varita mágica y preparé el brazalete escudo que llevaba en la muñeca izquierda, pero antes de poner un pie sobre las escaleras, un par de siluetas las subieron volando y aterrizaron pesadamente sobre la gravilla medio congelada del aparcamiento. Lucharon y rodaron hasta que una de las dos figuras, la que se quedó tumbada boca arriba, alzó una pierna y empujó a la que estaba encima.

La segunda figura recorrió unos seis metros en el aire, aterrizó sobre la gravilla con un sonido sordo y una exhalación. Después se incorporó y salió corriendo.

Con el escudo listo, di un paso adelante antes de que el intruso que quedaba pudiera levantarse. Canalicé mi voluntad a través de la varita y las runas que la cubrían se encendieron con una luz roja. El fuego se concentró en el extremo, refulgente como una bengala, y avancé hacia el intruso mientras le apuntaba con ella:

—Como te muevas te frío.

La luz roja iluminó a una mujer.

Iba vestida con vaqueros, una chaqueta de cuero negra, una camiseta blanca y guantes. Su pelo era negro como la noche y lo llevaba recogido en una cola de caballo. Sus ojos oscuros y rasgados me fulminaron tras las largas pestañas. Su hermoso rostro tenía una expresión de comedia divertida.

Mi corazón me aporreó el pecho con una mezcla de dolor y emoción.

—Bueno —dijo Susan fijando su atención en mí en lugar de en la varita—, sé que donde hubo fuego quedan brasas, pero esto es ridículo.

Capítulo 4

Susan.

Me quedé bloqueado durante unos diez segundos eternos mientras contemplaba a mi antigua amante. Podía percibir el aroma de su pelo y su sutil perfume mezclado con el olor a cuero nuevo de su chaqueta y algo más, un jabón distinto quizá. Sus ojos oscuros me miraron inseguros y nerviosos. Tenía un pequeño corte en la comisura de los labios del que salía una sangre que parecía negra a la luz roja de mi varita.

—Harry —dijo Susan con voz tranquila y firme—. Harry. Me estás asustando.

Salí de mi estupor y bajé la varita al tiempo que me inclinaba hacia ella.

—¡Piedras y estrellas!, Susan, ¿estás bien?

Le ofrecí una mano, la aceptó y se levantó fácilmente del suelo. Tenía los dedos muy calientes y de su piel escapaban remolinos de vaho.

—Algo magullada —dijo—, pero bien.

—¿Qué era eso?

Susan miró en la dirección en que había huido su atacante y negó con la cabeza.

—De la Corte Roja. No he podido verle la cara.

La miré atónito.

—¿Ahuyentaste a un vampiro? ¿Tú sola?

Me lanzó una sonrisa mezcla de cansancio y cierto orgullo. Aún no había apartado su mano de la mía.

—He estado entrenándome.

Miré alrededor e intenté detectar con mis sentidos cualquier resto de la perturbadora energía que solía rodear a los rojos. Nada.

—Se ha ido —le informé—. Pero será mejor que no nos quedemos aquí.

—¿Entonces entramos?

Iba a decir que sí cuando de repente me detuve. Una terrible sospecha me invadió. Le solté la mano y di un paso atrás.

Una línea apareció en su frente.

—¿Harry?

—He tenido un año muy malo —dije—. Quiero hablar contigo, pero no te invitaré a pasar.

El rostro de Susan reflejaba compresión y dolor. Cruzó los brazos sobre el estómago y asintió.

—Ya. Lo entiendo. Y haces bien en ser precavido.

Di otro paso hacia atrás y comencé a caminar hacia mi puerta de acero reforzado. Ella se apartó un poco y se puso a mi lado, donde yo pudiera verla. Bajé las escaleras y abrí la puerta. Después concentré mi voluntad para desactivar los hechizos de protección de mi casa que eran el equivalente a una mina y una alarma antirrobo

combinadas.

Entré, miré al candelabro de pared junto a la puerta y murmuré:

—*Flickum bicus*. —Sentí una pequeña corriente de energía abandonar mi cuerpo y la vela se encendió, iluminando mi apartamento con una suave luz anaranjada.

Mi casa es básicamente una cueva con dos habitaciones. La más grande es el cuarto de estar. En las paredes hay un montón de estanterías llenas de libros, y el escaso espacio restante, lo adorné con varios tapices y un póster de *La guerra de las galaxias*. Varias alfombras cubren el suelo. Las hay de todos los tipos, desde alfombras hechas a mano por los indios navajos, a una negra de medio metro y con la cara de Elvis que puse en el centro de la habitación. Como con el Escarabajo, supongo que algunos considerarían aquella mezcla de alfombras un ejemplo de estilo ecléctico. Pero para mí solo son algo que me aísla del frío suelo de piedra.

Con los muebles pasa más o menos lo mismo. Casi todos son de segunda mano. Ninguno pega con los demás, pero resultan muy cómodos. De todas formas mantengo la iluminación siempre tenue para no fijarme demasiado en ellos. En un pequeño nicho en la pared están el fregadero, la nevera y la despensa. En la chimenea siempre hay restos de leña renegrida y gris, porque sé que bajo las cenizas, quedan ascuas encendidas. Una puerta da a mi pequeño dormitorio y al cuarto de baño. Puede que fuera una birria de apartamento, pero todo estaba limpio y muy ordenado.

Me volví para mirar a Susan mientras seguía sosteniendo mi varita mágica. Las criaturas sobrenaturales no pueden traspasar el umbral de una casa si la persona o personas que viven en ella no los invitan. Los malos a veces se hacen pasar por otros, y no era tan improbable que alguno de ellos hubiera decidido acercarse a mí fingiendo ser Susan.

Un ser sobrenatural lo pasaría muy mal intentando cruzar un umbral sin ser invitado. Si lo que tenía delante en lugar de Susan era alguna especie de *metamorfo*, o si, Dios no lo quisiera, Susan se hubiera convertido en vampiro, no podría entrar. Si era la Susan verdadera, no ocurriría nada. O al menos, el umbral no le haría daño. Que su ex novio se pusiera todo paranoico y no se fiara de ella, probablemente sí que tendría consecuencias.

En mi favor diré que estábamos en guerra y que no creo que a Susan le hiciera gracia saber que la había palmado por no tomar las debidas precauciones. Más vale prevenir que desangrarse.

Susan no se detuvo ante la puerta. Entró tranquilamente y dio media vuelta para cerrarla. Luego echó el cerrojo y preguntó:

—¿Más tranquilo?

Desde luego. Una ola de alivio combinado con una repentina explosión de sentimientos me recorrió todo el cuerpo. Era como despertar después de días de angustia para descubrir que el dolor había desaparecido. Donde antes se acumulaba la

pena, ahora no había nada, y otros sentimientos fluyeron para ocupar el vacío. Para empezar, nervios, esa temblequera adolescente que acompaña siempre al deseo. Y luego una mezcla de emoción, dicha y felicidad, todo envuelto en un grito de alegría.

Y a la sombra de todo aquello, unas cuantas cosas más oscuras, pero no por ello menos estremecedoras. Puro y genuino placer sensual al olerla, al contemplar su rostro, su pelo negro. Necesitaba sentir su piel bajo mis manos, su cuerpo pegado al mío.

Era más que simple necesidad, era avidez. Ahora que la tenía ante mí, la necesitaba, a toda ella, tanto como comer, beber o respirar, posiblemente más. Quería decirle, quería que supiera lo que significaba para mí que estuviera allí. Pero nunca he sido un tío con mucha labia.

Cuando Susan se dio la vuelta, prácticamente ya me tenía encima. Dejó escapar un ahogado quejido de sorpresa, pero me incliné con cuidado sobre ella, la sujeté por los hombros y la empujé contra la puerta.

Acerqué mi boca a la suya y sentí sus labios suaves, dulces y muy calientes. Ella se puso tensa por un momento, pero luego dejó escapar un gemido profundo y me rodeó el cuello y los hombros con sus brazos mientras me devolvía el beso. Podía sentir el calor y la tersura de su cuerpo delgado y fuerte. Mi deseo se hizo más profundo, al igual que mis besos, y mi lengua rozó la suya, estimulándola. Ella respondió tan ardientemente como yo, sus labios ávidos, casi desesperados, mientras suaves gemidos vibraban entre su boca y la mía. Comencé a sentirme un poco mareado y desorientado, y aunque algo en mí dio la voz de alarma, me pegué aún más a ella.

Deslicé una mano hasta su cadera, por debajo de la cazadora y levanté la camiseta para aferrarme a su suave cintura. Su respiración se volvió más rápida. La atraje hacia mí y ella respondió subiendo una pierna y enrollándola en torno a mi pantorrilla, apretándome contra ella. Comencé a besarle el cuello, a saborear su piel con la lengua y ella arqueó la espalda, mostrándome más piel. Dibujé una línea de besos hasta llegar a la oreja y la mordí con suavidad, haciendo que se estremeciera mientras su cuerpo vibraba contra el mío. De su garganta escapaban gemidos de deseo. Volví a encontrar sus ávidos labios y sus dedos se aferraron a mi pelo, atrayéndome aún más hacia ella.

La sensación de mareo creció. Una especie de pensamiento coherente pasó fugaz por mi cerebro. Luché por atraparlo, pero el beso lo hizo imposible. La lujuria y el deseo acabaron con mi sentido común.

Un repentino y agudo bufido me asustó, y me aparté de Susan mirando como un loco a mi alrededor.

Mister, mi gato bobtail curtido en mil batallas, había saltado a las piedras que había delante de la chimenea y no apartaba sus luminosos ojos verdes de Susan.

Mister pesa unos trece kilos, y trece kilos de gato pueden hacer un ruido considerable.

Susan se estremeció, apoyó la palma de su mano contra mi pecho y volvió la cabeza. Mis labios ardían por acariciar otra vez los suyos, pero cerré los ojos y respiré lenta y profundamente. Después me aparté de ella. Pensé en avivar el fuego, no ese fuego, sino el de verdad, pero la habitación me daba vueltas y lo único que pude hacer fue caer sobre el sillón.

Mister saltó a mi regazo con una elegancia que en ese momento me pareció fuera de lugar y se frotó la cara contra mi pecho mientras ronroneaba. Alcé con desgana una mano, lo acaricié y después de un par de minutos la habitación dejó de girar.

—¿Qué coño ha pasado? —murmuré.

Susan emergió de entre las sombras, cruzó la habitación a la luz de una única vela y cogió el atizador de la chimenea. Removió las cenizas hasta que encontró algunas brasas y entonces comenzó a añadir troncos de leña que guardaba en un viejo cubo de hierro junto a la chimenea.

—Lo estaba notando —dijo después de un minuto—. Sentía que te estaba haciendo efecto. Y... —se estremeció—, me gustaba.

Y a mí. Y seguro que habría sido aún mejor sin tanta ropa entremedias. En voz alta solo dije:

—¿El qué?

Me miró por encima del hombro con expresión enigmática.

—El beso —dijo con calma—. Ellos lo llaman el beso.

—Bueno, desde luego no los culpo. Suena mucho más romántico que saliva narcótica. —Parte de mí deseaba dejar de hablar de tonterías y retomar cualquier línea de pensamiento que terminara con nuestra ropa esparcida por la habitación. Ignoré esa imagen.

—Recuerdo que cuando nos besamos antes de que te fueras no me afectó tanto.

Susan negó con la cabeza y se sentó sobre las piedras de la chimenea con la espalda recta y las manos sobre el regazo. El fuego comenzó a crecer, prendiendo en la nueva leña, y aunque aquella luz se arremolinaba en torno a ella como lenguas doradas, su rostro permaneció sumido en la oscuridad.

—No. Lo que Bianca me hizo me ha cambiado en algunos aspectos. Físicamente, ahora soy más fuerte. Mis sentidos son más agudos, y... —vaciló.

—El beso —balbuceé. A mis labios no les gustó la palabra. Hubieran preferido ponerla en práctica. Los ignoré también.

—Sí —dijo—. No es tan potente como el suyo, pero, surte efecto.

Me pasé la mano por la cara.

—¿Sabes que me vendría bien? —*Una Susan desnuda y ardiendo de deseo o una ducha de nitrógeno líquido*—. Una cerveza. ¿Quieres una?

—Paso —dijo—. No creo que reducir mis inhibiciones sea lo más conveniente ahora mismo.

Asentí, me levanté y me acerqué a la nevera. Era de esas antiguas, de las que funcionan con barras de hielo y no con freón. Saqué una botella marrón oscura de la cerveza casera de Mac, la abrí y le di un buen trago. Mac se llevaría las manos a la cabeza si me viera bebiendo su cerveza fría. Él se enorgullecía de prepararla como en el viejo mundo, pero yo siempre guardaba un par en la nevera por si me apetecían fresquitas. ¿Qué puedo decir? Soy un mago americano ignorante y bárbaro. Me bebí casi la mitad y luego apoyé la botella fría contra la frente.

—Bueno —dije—. Supongo que no has venido a...

—¿Arrancarte la ropa y aprovecharme descaradamente de ti? —sugirió Susan. Su voz sonó tranquila de nuevo, pero me pareció detectar algo de su propio deseo. No estaba seguro de si debería preocuparme o alegrarme—. No, Harry. Eso es... es un riesgo que no quiero correr contigo. Da igual cuánto lo deseemos.

—¿Por qué no? —pregunté. Yo ya sabía la respuesta, pero las palabras pasaron del cerebro a la boca antes de poder detenerlas. Miré la botella con desconfianza.

—No quiero perder el control —dijo Susan—. Nunca. Ni contigo, ni con nadie. Pero contigo menos. —Se produjo un silencio y solo escuchamos el crepitar del fuego—. Harry, si te hiciera daño no lo soportaría.

Exactamente, pensé, y puede que yo tampoco porque probablemente me mataría. Piensa en ella en lugar de en ti mismo, Harry. Venga, espabila. Solo fue un beso. Olvídalo.

Me bebí el resto de la cerveza que ni de lejos me supo tan buena como otras cosas que había saboreado aquella noche. Miré dentro de la nevera y pregunté a Susan:

—¿Una Coca-Cola?

Asintió con la cabeza mientras miraba a su alrededor. Sus ojos se detuvieron sobre la repisa de la chimenea donde estaban la tarjeta y las tres postales que me había enviado, junto con el pequeño estuche gris donde guardaba el anillo diminuto y barato que rechazó.

—¿Vives con alguien más?

—No. —Saqué un par de latas y le ofrecí una. La cogió sin rozarme los dedos—. ¿Por qué lo preguntas?

—El apartamento está estupendo —dijo—. Tu ropa huele a suavizante. Y tú no le has echado suavizante a la ropa en tu vida.

—Oh, eso. —No puedes ir contando por ahí que un grupo de hadas te hace la casa porque eso las cabrea y se marchan—. Es una especie de servicio de limpieza.

—Tengo entendido que has estado demasiado ocupado para limpiar —dijo Susan.

—Hay que ganarse la vida.

Susan sonrió.

—Me han dicho que salvaste al mundo de una terrible hecatombe. ¿Es verdad?

Jugué nervioso con mi lata:

—Más o menos.

Susan rió.

—¿Cómo se salva al mundo más o menos?

—Solo lo salvé al estilo Greenpeace. Si la hubiera cagado, habría habido una terrible tormenta, pero no creo que nadie se hubiera percatado del desastre hasta treinta o cuarenta años después... los cambios climáticos llevan su tiempo.

—Da miedo —dijo Susan.

Me encogí de hombros.

—En realidad mi primer objetivo era salvarme yo. Lo del mundo vino por añadidura. Quizá me esté volviendo cínico, pero tengo la impresión de que lo único que hice fue evitar que las hadas se cargaran el planeta para poder joderlo nosotros.

Me senté de nuevo en el sillón, abrimos las latas y bebimos en silencio durante un rato. Mi corazón por fin se calmó un poco.

—Te he echado de menos —dije por fin—. Y tu jefa también. Me llamó hace un par de semanas. Me dijo que ya no enviabas los artículos.

Susan asintió.

—Esa es una de las razones por las que he venido. No puedo darle una explicación por carta o por teléfono.

—¿Vas a dejarlo? —pregunté.

Asintió.

—¿Has encontrado otro trabajo?

—Más o menos —dijo. Se apartó el pelo de la cara con una mano—. No puedo contártelo todo ahora mismo.

La miré desconfiado. Desde que la conocía, la obsesión de Susan siempre había sido descubrir la verdad y compartirla con la gente. Su trabajo en el *Arcane* había logrado que abandonara su obstinada negativa a creer en las cosas que veía, y que antes tachaba de locuras. Era una de esas pocas personas que observaba y meditaba sobre las cosas, incluso sobre las más raras o esperpénticas, en lugar de desecharlas de inmediato. Así fue como nos conocimos.

—¿Estás bien? —pregunté—. ¿Andas metida en algún lío?

—En realidad no —dijo—. Pero tú sí. Por eso he venido, Harry.

—¿A qué te refieres?

—He venido para avisarte. La Corte Roja...

—Ha enviado a Paolo Ortega para liquidarme. Lo sé.

Suspiró.

—Pero lo que no sabes es dónde te estás metiendo. Harry, Ortega es uno de los nobles más peligrosos de la Corte. Es un caudillo. Desde que comenzó la guerra, ha

matado a media docena de centinelas del Consejo Blanco en Sudamérica y él fue quien planeó y ejecutó el ataque a Arcángel el año pasado.

Al escuchar aquello me incorporé de repente, completamente pálido.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Soy periodista de investigación, Harry. He investigado.

Jugueteé con la lata de Coca-Cola sin dejar de fruncir el ceño.

—Eso no cambia nada. Vino aquí pidiendo un duelo. Un combate justo. Si va en serio, lo aceptaré.

—Pero eso no es todo —dijo Susan.

—¿Ah no?

—La opinión de Ortega sobre cómo combatir esta guerra no es la más popular en la Corte Roja. Unos cuantos vampiros de la élite apoyan su modo de pensar. Pero la mayoría están a favor de un largo y constante derramamiento de sangre. También les atrae la idea de cargarse para siempre a todo el Consejo Blanco. Creen que si se libran de los magos de una vez por todas, no tendrán que seguir ocultándose.

—¿Y eso por qué tendría que interesarme?

—Piensa —dijo Susan—. Harry, el Consejo Blanco lucha en esta guerra con poca convicción. Si tuvieran una buena excusa, le pondrían fin. Ese es el plan de Ortega. Os batís en duelo, te mata y entonces el Consejo Blanco pide la paz. Pagarán algún tipo de compensación que no implique la muerte de ninguno de sus miembros y ya está. La guerra habrá terminado.

La miré sorprendido.

—¿Cómo has averiguado...?

—Hola, Tierra llamando a Harry. Ya te lo he dicho, he investigado.

Fruncí el ceño hasta que me dolieron los músculos de la cara.

—Vale, vale. Bueno, como plan la verdad es que no está mal —dije—. Salvo la parte en la que me mata.

Me dedicó una pequeña sonrisa.

—La mayoría de la Corte Roja prefiere que sigas respirando. Mientras estés vivo, tienen la excusa perfecta para continuar con la guerra.

—Genial —dije.

—Intentarán evitar cualquier duelo. Pensé que debías saberlo.

Asentí.

—Gracias —respondí—. Yo...

Justo entonces alguien llamó con fuerza a la puerta. Susan se puso tensa y se incorporó con el atizador en la mano. Yo me levanté mucho más despacio, abrí el cajón de la mesita junto al sillón y saqué la pistola que guardaba en casa; una Magnum como la de Harry el Sucio que pesaba una tonelada. También cogí un cordón de seda de un metro de largo y me lo enrollé alrededor del cuello de manera que

podiera quitármelo rápidamente si fuera necesario.

Así la pistola con las dos manos, apunté al suelo, la amartillé y dije:

—¿Quién es?

Hubo un momento de silencio y luego una voz de hombre dijo con calma:

—¿Está Susan Rodríguez?

Miré a Susan. Ella se puso aún más rígida, sus ojos ardían de rabia, pero volvió a colocar el atizador en su sitio junto a la chimenea. Después se acercó a mí y dijo:

—Tranquilo, lo conozco.

Desmonté la pistola, pero no bajé la guardia mientras Susan cruzaba el cuarto y abría la puerta.

Un hombre con el aspecto más anodino que había visto nunca apareció en el umbral. Mediría alrededor de uno ochenta y pesaría unos ochenta kilos. Tenía el pelo castaño claro y los ojos del mismo color. Llevaba unos pantalones vaqueros, una cazadora marrón tres cuartos y zapatillas de tenis desgastadas.

Su rostro era insulso, ni atractivo, ni feo. No parecía particularmente fuerte, ni cobarde, ni listo ni... no parecía particularmente nada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó a Susan sin más preámbulos. Su voz era como el resto de su anatomía, tan excitante como un formulario de Hacienda.

Susan contestó:

—Ya te dije que tenía que hablar con él.

—Podías haber llamado por teléfono —repuso el hombre—. Esto no tiene sentido.

—Hola —dije en voz alta, y me acerqué a la puerta. Yo era bastante más alto que Sosoman y además tenía una pistola muy grande aunque ahora apuntara con ella al suelo—. Soy Harry Dresden.

Me miró de arriba abajo y luego se volvió a Susan.

Susan suspiró.

—Harry, este es Martin.

—Hola, Martin —dije, me pasé la pistola a la mano izquierda y le ofrecí la derecha—. Encantado de conocerte.

Martin contempló mi mano y luego dijo:

—Yo no doy la mano. —Según parece aquella era la única contestación que me merecía, porque luego se volvió de nuevo a Susan y dijo—: Mañana tenemos que madrugar.

¿Tenemos? ¿Tenemos?

Observé como Susan se sonrojaba de vergüenza. Miró furiosa a Martin y luego a mí.

—Tengo que irme, Harry. Ojalá pudiera quedarme más.

—Espera —dije.

—Ojalá pudiera —repuso—. Intentaré llamarte antes de que nos vayamos.

Ahí estaba de nuevo la primera persona del plural.

—¿Iros? Susan...

—Lo siento. —Se puso de puntillas y me besó en la mejilla con aquellos labios suaves y calientes. Después se apartó y pasó junto a Martin dándole un empujón que le obligó a echar un pie atrás para no perder el equilibrio.

Martin me saludó con una inclinación de cabeza y también se marchó. Después los seguí el tiempo suficiente para ver como se subían a un taxi.

¿Tenemos que irnos?

—Pero qué coño... —murmuré y volví a meterme en casa. Cerré con un portazo tras de mí, encendí una vela, entré en mi diminuto cuarto de baño y abrí el grifo de la ducha. El agua solo sale a un par de grados por encima de cero, pero me desnudé y me metí de todas formas. La sangre me hervía, lleno de frustración.

Tenemos que irnos.

Tenemos, tenemos, tenemos. Es decir, ella y alguien más, dos. Alguien que no era yo. ¿Estaban...? ¿Susan y el Vengador Sabiondo? No podía ser. Quiero decir, por favor, pero si ese tío era un soso. Un triste, un muermo.

Y quizá también un tipo serio.

Afróntalo, Harry. Quizá seas un tío interesante. Puede que hasta fascinante. Pero muy serio no.

Metí la cabeza debajo del chorro de agua helada y me quedé así un rato. Susan no había dicho que estuvieran juntos. Ni tampoco él. Quiero decir que él no era la razón por la que interrumpió el beso. Para eso tenía otro motivo bastante convincente, desde luego.

Pero bueno, nosotros ya no estábamos juntos. Ella se marchó hacía más de un año.

Y en un año pueden cambiar muchas cosas.

Sus labios, en cambio, seguían igual. Y sus manos. Y la curva de su cintura. Y la abrasadora sensualidad de sus ojos. Y los suaves gemidos que hizo al pegarse a mí, pidiéndome con su cuerpo que...

Miré hacia abajo, suspiré y giré el grifo para que el agua saliera aún más fría.

Salí de la ducha tiritando y medio azul, me sequé y me metí en la cama.

Acababa de conseguir que la manta se calentara lo suficiente para dejar de temblar, cuando sonó el teléfono.

Juré en arameo, dejé el calor de la cama por el ambiente helador de la casa, cogí el teléfono y gruñí:

—¿Qué? —Luego, pensando en el improbable caso de que fuera Susan, me obligué a calmarme y dije—: Quiero decir, ¿sí?

—Siento despertarte, Harry —dijo Karrin Murphy, la jefa del Grupo de

Investigaciones Especiales de la policía de Chicago. El IE se encargaba de todos aquellos delitos que no encajaban en ningún otro grupo policial, además de los casos raros que nadie más quería. Como resultado, acabaron investigando toda clase de cosas que no tenían una fácil explicación. Su misión era resolver la papeleta y luego redactar un bonito informe.

A veces Murphy acudía a mí en busca de ayuda cuando tenía entre manos algún caso difícil que no sabía cómo resolver. Hacía tiempo que trabajábamos juntos y Murphy y el IE ya tenían suficiente experiencia para enfrentarse a los típicos rifirrafes sobrenaturales de todos los días. Pero de vez en cuando se topaba con algo que la superaba. Tenía mi número en marcación automática.

—Murph —dije—, ¿qué pasa?

—Es un asunto extraoficial —contestó—. Me gustaría saber tu opinión sobre una cosa.

—Extraoficial significa no remunerado, supongo —dije.

—¿Te apetece investigar de oficio un rato? —Hizo una pausa y luego añadió—: Quizá sea importante para mí.

Qué coño. De todas formas ya me habían jorobado la noche.

—¿Dónde nos vemos?

—En el depósito del condado de Cook —dijo Murphy—. Quiero que veas un cadáver.

Capítulo 5

Los depósitos de cadáveres nunca tienen ventanas. De hecho, si la geografía lo permite, los suelen construir bajo tierra. Supongo que en parte se debe a que es mucho más fácil conservar el frío de un puñado de cámaras del tamaño de ataúdes en una sala aislada bajo la superficie. Pero no creo que esa sea la única razón. Bajo tierra implica algo más que la altitud relativa. Es donde acaban todas las cosas muertas. Las tumbas están bajo tierra. Y el Infierno, el Gehena, el Hades, y una docena de submundos más.

Quizá eso diga algo de las personas. Quizá para nosotros, bajo tierra es un concepto sutil y profundo. Quizá la tierra sea como una barrera simbólica, una construcción artificial que nos recuerda que estamos vivos. Quizá nos ayude a apartar la sombra de la muerte de nuestras vidas.

Yo vivo en un sótano y me gusta. ¿Qué dice eso de mí?

Probablemente que le doy demasiadas vueltas a las cosas.

—Estás muy pensativo —dijo Murphy mientras caminábamos por el pasillo desierto del hospital, hacia la morgue del condado de Cook. Tuvimos que dar un buen rodeo para no pasar por zonas del hospital donde hubiese equipo médico electrónico. El cuero de mi guardapolvos susurraba, al rozarme las piernas. La varita mágica me golpeaba la pierna acompasadamente, atada al forro de mi guardapolvos. Había cambiado los pantalones del traje por unos vaqueros azules y mis zapatos de los domingos por unas botas de senderismo.

Murphy no tenía el aspecto de una valquiria cazadora de monstruos. Murphy parecía más bien la hermana pequeña de alguien. Medía metro y medio, pesaba unos cuarenta y cinco kilos y tenía una constitución atlética, pura fibra. El pelo rubio le caía sobre los ojos azules y lo llevaba más corto por detrás que por delante. Iba mejor vestida de lo habitual: una blusa rojo oscuro y un traje pantalón de color gris; además llevaba más maquillaje del acostumbrado. Tenía toda la pinta de una mujer de negocios.

Dicho esto, Murphy era una valquiria cazadora de monstruos. Era la única persona que conocía que de hecho mató a uno con una motosierra.

—He dicho que pareces pensativo, Harry —repitió, en voz algo más alta. Negué con la cabeza y le contesté—: No me gustan los hospitales.

Asintió.

—Y a mí las morgues me dan repelús. Las morgues y los perros.

—¿Los perros? —pregunté.

—No los que son del tipo beagle, o cocker, sino los grandes.

Asentí con la cabeza.

—A mí me gustan. *Mister* se los zampa como tentempié. Murphy me sonrió.

—Te he visto asustado antes y no tenías la misma cara que ahora.

—¿Y qué cara tengo? —pregunté.

Murphy frunció los labios como si midiera sus palabras.

—De preocupación. Y algo de frustración. Y culpa. Ya sabes, como si tuvieras problemas de pareja.

La miré con amargura y algo de ironía, y luego asentí.

—Susan ha vuelto.

Murphy silbó.

—*Uau*. ¿Está... bien?

—Sí. Todo lo bien que puede estar.

—Entonces, ¿por qué parece que te ha sentado mal la cena?

Me encogí de hombros.

—Ha venido para dejar el trabajo. Y está con alguien.

—¿Con un tío? —preguntó Murphy.

—Sí.

Me miró extrañada.

—¿Ha venido con él o está con él?

Sacudí la cabeza.

—Creo que ha venido con él, pero no lo sé.

—¿Va a dejar el trabajo?

—Eso parece. Tenemos que hablar, creo.

—¿Eso te dijo?

—Me dijo que me llamaría y que ya hablaríamos.

Murphy entornó los ojos y dijo:

—¿Eso dijo, eh?

—¿*Hum*?—exclamé volviéndome hacia ella.

Alzó las manos con las palmas hacia arriba y añadió:

—No es asunto mío.

—Venga ya, Murph.

Suspiró, esquivó mi mirada y no habló durante unos segundos. Por fin dijo:

—Cuando le dices eso a un tío no suele ser para nada bueno, Harry.

Contemplé su perfil y luego fijé la mirada en mis pies durante un rato. Ninguno de los dos dijo nada.

Llegamos al depósito. Murphy presionó un botón en la pared y dijo al altavoz situado junto a una puerta:

—Soy Murphy.

Un segundo después, se escuchó un zumbido y luego un *clic* metálico. Abrí la puerta y la sostuve para que entrara, con lo que me gané una mirada de desaprobación cuando pasó frente a mí. Murphy no responde muy bien a los gestos caballerosos.

La morgue era como todas las que había visto antes: fría, limpia y con una potente iluminación de tubos fluorescentes. Las puertas metálicas de varias cámaras refrigeradoras cubrían toda una pared. En medio de la habitación había una mesa de autopsias sobre la que descansaba un cadáver oculto bajo una sábana. A su lado, un carro médico y otro junto a un escritorio de oficina barato.

Una polca, con profusión de acordeones y clarinetes, resonaba alegre por toda la sala desde un pequeño radiocasete que había en el escritorio. Sentado frente a él estaba un hombre bajo con una salvaje caballera negra. Llevaba el uniforme de médico y unas pantuflas de conejo de color verde, con orejas incluidas. Tenía un bolígrafo en una mano y escribía algo con rapidez sobre una pila de formularios.

Cuando entramos, alzó una mano hacia nosotros y terminó lo que estaba escribiendo con un estudiado garabato antes de incorporarse de un salto y dedicarnos una generosa sonrisa.

—¡Karrin! —dijo—. *Uau*, esta noche estás estupenda. ¿A qué se debe?

—Los peces gordos del Ayuntamiento andan merodeando por el departamento —dijo Murphy—, así que tenemos que ir vestidos de domingo y sonreír un montón.

—Cabrones —dijo alegremente el hombrecillo, luego me miró—. E imagino que tampoco deberías gastar dinero público en expertos en temas sobrenaturales. Tú debes de ser Harry Dresden.

—Eso es lo que pone en mis calzoncillos —respondí.

Sonrió.

—Bonita chupa, me gusta.

—Harry —dijo Murphy—, este es Waldo Butters. Ayudante del forense.

Butters me estrechó la mano y luego se acercó a la mesa de autopsias. Se puso unos guantes de látex y una mascarilla.

—Encantado de conocerte, Dresden —dijo por encima del hombro—. Parece que siempre que ayudas a los de IE mi trabajo se vuelve más interesante.

Murphy me dio un puñetazo en el brazo y siguió a Butters. Yo la imité.

—Hay mascarillas en el carrito de la izquierda. Manteneos a medio metro de la mesa y por amor de Dios no tiréis nada al suelo. —Nos pusimos las mascarillas y Butters retiró la sábana.

Había visto muertos antes. Qué coño, incluso soy responsable de unos cuantos. He visto restos de personas quemadas vivas o despedazadas por animales. He visto cadáveres con un boquete en el pecho, porque el corazón les había explotado: cortesía de la magia negra.

Pero jamás había visto nada como aquello. Intenté aparcas esa idea en lo más profundo de mi mente y concentrarme solamente en los detalles. No era conveniente pensar demasiado con aquello delante. Si pensaba demasiado acabaría manchando el suelo de Butters.

La víctima era un hombre de algo más de uno ochenta y constitución delgada. Su pecho parecía una enorme hamburguesa cruda. Unas finas marcas, como de parrilla, se extendían en vertical desde la clavícula hasta el estómago, y en horizontal de lado a lado del cuerpo. Los cortes estaban separados unos quince milímetros entre sí y el dibujo de parrilla grabado sobre la carne era continuo. Los cortes eran profundos y tuve la inquietante sensación de que si frotaba mi mano contra la superficie de aquel cuerpo destrozado, acabarían cayendo al suelo taquitos de carne. Por lo menos la incisión en «Y» de la autopsia estaba cerrada. Su costura desfiguraba la precisión de los cortes.

Lo siguiente que me llamó la atención fueron los brazos del cuerpo. O mejor dicho, los trozos que le faltaban. El brazo izquierdo estaba mutilado unos centímetros por encima de la muñeca. La carne de alrededor parecía desgarrada y por ella asomaba un fragmento de hueso renegrido. El brazo derecho presentaba una amputación justo por debajo del codo, con resultados igualmente repugnantes.

Sentí que se me revolvía el estómago y respiré hondo para contener una arcada. Cerré los ojos por un segundo y luché para reprimir esa reacción. *No pienses, Harry. Observa. No pierdas detalle. Esto ya no es un hombre. Es solo su envoltura. Vomitar no hará que vuelva.*

Abrí los ojos de nuevo, aparté la vista de su pecho y sus manos mutiladas y comencé a estudiar otras partes del cadáver.

No pude.

Además le habían arrancado la cabeza.

Me quedé mirando el muñón desgarrado del cuello. La cabeza no estaba. Y allí es donde suelen ir las cabezas. Había pasado lo mismo que con las manos.

Una persona debe tener cabeza. Una persona debe tener manos. No podían desaparecer así como así.

Sentí que me invadía una profunda desazón, algo iba muy mal. Una vocecilla en mi interior comenzó a gritar mientras huía despavorida. Observé de nuevo el cadáver y mi estómago amenazó de nuevo con la insurrección.

Contemplé el lugar donde debería estar la cabeza, pero lo único que dije en voz alta fue:

—Caray. Me preguntó qué lo mató.

—Qué no lo mató —me corrigió Butters—. Hay una cosa que sí tengo clara, no murió desangrado.

Miré a Butters extrañado.

—¿Qué quieres decir?

Butters levantó uno de los brazos del cadáver y señaló unas manchas oscuras sobre la carne grisácea, justo donde la espalda del cuerpo tocaba la mesa.

—¿Ves eso? —preguntó—. Livideces. Si este tío hubiera muerto desangrado por

las muñecas o el cuello, no habría habido suficiente sangre en el cuerpo para que aparecieran. El corazón habría seguido empujando la sangre hacia fuera, hasta causarle la muerte.

Gruñí.

—Si no murió por las heridas, ¿entonces por qué?

—¿Mi opinión? —dijo Butters—. Por enfermedad.

Lo miré perplejo.

—Por enfermedad —repitió—. O para ser más exactos, por varias enfermedades. Por dentro parece el modelo ideal para un libro sobre enfermedades infecciosas. Aún me falta el resultado de algunas pruebas, pero hasta el momento ha dado positivo en todas. Tenía de todo, desde peste bubónica a faringitis. Y he descubierto algunas señales en su cuerpo que no concuerdan con ningún mal que yo conozca.

—¿Estás diciendo que murió por enfermedad? —pregunté.

—Enfermedades. En plural. Y no te pierdas esto. Creo que también tenía viruela.

—Creía que la viruela ya no existía —dijo Murphy.

—Y así es. Solo quedan unas cepas en algunas cámaras acorazadas y en algunos arsenales de armas biológicas, nada más.

Contemplé a Butters durante un segundo.

—¿Y por qué estamos junto a este cuerpo infestado de miasmas?

—Tranquilo —dijo Butters—. Los bichos malos no se propagan por el aire. He desinfectado el cadáver a conciencia. Mientras llevéis las mascarillas y no lo toquéis, todo irá bien.

—¿Y qué pasa con la viruela? —pregunté.

La voz de Butters sonó sarcástica.

—Estás vacunado.

—Aún así esto es peligroso, ¿no? Me refiero a tener el cuerpo aquí así...

—Sí —dijo Butters con franqueza—. Pero no tenemos sitio y lo único que ocurriría si informara de un caso de viruela es que encargarían un segundo examen.

Murphy me lanzó una mirada de aviso y dio un paso para colocarse entre Butters y yo.

—¿Tienes la hora de la muerte?

Butters se encogió de hombros.

—Hace unas cuarenta y ocho horas, como mucho. Parece que todas las enfermedades surgieron exactamente al mismo tiempo. Creo que la causa de la muerte fue choque o fallo sistèmico generalizado y necrosis de algunos de los órganos principales, además de daños en los tejidos causados por una fiebre altísima. Es imposible saber qué órgano llegó el primero a la meta. Los pulmones, los riñones, el corazón, el hígado, el bazo...

—Nos hacemos una idea —dijo Murphy.

—Déjame terminar. Es como si todas las enfermedades con las que este hombre había entrado en contacto se reunieran y decidieran cuál era el mejor momento para atacarlo. Es imposible. Probablemente tenía más gérmenes que células sanguíneas.

Fruncí el ceño.

—¿Y una vez muerto lo mutilaron?

Butters asintió.

—En parte. Aunque los cortes del pecho no son post mórtem. Estaban llenos de sangre. Lo torturarían antes de morir, supongo.

—*Puaj* —dije—. ¿Por qué?

Murphy contempló el cadáver sin permitir que emoción alguna asomara a sus fríos ojos azules.

—Quien le hizo los cortes también le amputaría las manos para dificultar su identificación. Es la única razón lógica que se me ocurre.

—Y a mí —dijo Butters.

Bajé la vista hacia la mesa.

—¿Por qué evitar la identificación de una persona que ha muerto por enfermedad? —Butters comenzó a bajar el brazo de la víctima lentamente y mientras lo hacía descubrí algo—. Espera, no lo muevas.

Alzó la vista hacia mí. Me acerqué a la mesa y pedí a Butters que volviera a subir el brazo. Apenas visible por el color putrefacto de la piel y situado en la cara interna del bíceps había un tatuaje de unos seis centímetros. No era nada del otro mundo. La tinta era de un verde descolorido y tenía la forma de un ojo abierto, no muy distinto del logotipo de la cadena de televisión CBS.

—¿Veis esto? —pregunté. Murphy y Butters observaron el tatuaje.

—¿Lo reconoces, Harry? —preguntó Murphy.

Negué con la cabeza.

—Parece egipcio, pero con menos trazos. Eh, Butters, ¿tienes un papel por ahí?

—Mejor —respondió Butters. Cogió una vieja cámara instantánea de la estantería inferior de uno de los carros médicos e hizo varias fotos al tatuaje. Le pasó una a Murphy que la agitó un poco mientras se revelaba la imagen. Me dio otra a mí.

—Vale —dije, pensando en voz alta—. Un tío muere de tropecientas enfermedades que de alguna manera contrajo al mismo tiempo. ¿Cuándo crees que ocurrió?

Butters se encogió de hombros.

—Ni idea. Es decir, las posibilidades de que contrajera todas esas enfermedades al mismo tiempo son casi nulas.

—¿Hace días? —pregunté.

—Pues, puestos a hacer conjeturas —repuso Butters—, yo diría que más bien horas. Quizá menos.

—Vale —dije—. Y durante esas horas, alguien utiliza un cuchillo para convertir su pecho en pastillas para hacer caldo. Después, cuando ha terminado, se lleva las manos y la cabeza, y se deshace del cuerpo. ¿Dónde apareció?

—Bajo un puente de la autopista —dijo Murphy—. Y estaba así, desnudo. Negué con la cabeza.

—¿Y han pasado el caso al IE?

El rostro de Murphy mostró cierto fastidio.

—Sí. Homicidios nos lo ha largado porque llevan un caso de más postín que tiene a todo el Ayuntamiento babeando.

Me aparté un paso del cadáver mientras lo estudiaba e intentaba colocar todas las piezas en su sitio. Pensé que no había tanta gente por ahí que torturara a sus víctimas cuadriculándoles la piel a tajos antes de matarlas. Al menos eso esperaba.

Murphy me observó con expresión seria.

—¿Qué, Harry? ¿Se te ocurre algo?

Miré a Murphy, luego a Butters y después otra vez a Murphy.

Butters alzó las manos y se encaminó hacia las puertas mientras se quitaba los guantes y los arrojaba a un contenedor adornado con signos de peligro biológico.

—Vosotros quedaos aquí y meditaad sobre este *Expediente X*. Yo tengo que salir al pasillo, volveré en cinco minutos.

Observé cómo se alejaba y cuando las puertas se cerraron, dije:

—Pantuflas de conejo y polcas.

—No te confundas —dijo Murphy—, es bueno en su trabajo. Quizá demasiado.

—¿Qué quieres decir?

Se apartó algunos metros de la mesa de autopsias y la seguí, luego dijo:

—Butters fue el que se ocupó de los cuerpos encontrados tras el incendio del Velvet Room.

El que yo provoqué.

—Oh.

—Ajá. En su primer informe decía que algunos de los restos recuperados de la escena eran humanoides, pero desde luego no humanos.

—Ya —dije—. Vampiros rojos.

Murphy asintió.

—Pero no puedes escribir eso en un informe y esperar que la gente reaccione de forma normal. Butters pasó tres meses en un hospital psiquiátrico. Cuando salió, intentaron despedirlo, pero su abogado los convenció de que no podían. Así que en lugar de eso, perdió su antigüedad y se quedó atrapado en el turno de noche. Pero sabe que ocurren cosas extrañas, y cuando le llega algo así, me llama.

—Parece majo. Salvo por lo de las polcas.

Murphy sonrió de nuevo y dijo:

—¿Qué sabes?

—No te lo puedo contar —repuse—. Prometí no revelar esa información.

Murphy me miró inquisitiva por un momento. Hubo un tiempo en el que esa contestación me habría costado una amarga discusión. Pero supongo que las cosas cambian.

—Está bien —dijo—. ¿La información que ocultas podría poner en peligro la vida de alguien?

Negué con la cabeza.

—Todavía no lo sé.

Murphy asintió con los labios apretados. Me pareció que sopesaba sus opciones y luego dijo:

—Sabes lo que haces.

—Gracias.

Se encogió de hombros.

—Espero que me avises si se convierte en algo que deba saber.

—Claro —dije mientras contemplaba su perfil. Murphy acababa de hacer algo muy poco habitual en ella: confiar en el buen juicio de otra persona. Yo esperaba amenazas y exigencias. En ese terreno sabía manejarme. Pero esto era casi peor. Un sentimiento de culpa comenzó a devorarme las entrañas. Me había comprometido a no decir nada, pero detestaba hacerle eso a Murphy. Se había jugado la vida por mí en más de una ocasión.

Pero ¿y si no le decía nada? ¿Y si me limitaba a dirigirla en la dirección adecuada para que diera por sí sola con la información que acabaría descubriendo de todas formas?

—Oye, Murph. Me comprometí con mi cliente a no hablar de esto con nadie. Pero... si decidiera ayudarte, te diría que hablaras con la Interpol con respecto al asesinato de un francés llamado LaRouche.

Murphy alzó la vista hacia mí, sorprendida.

—¿La Interpol?

Asentí.

—Si decidiera ayudarte.

—Ya —dijo—. Si decidieras ayudarme. Lástima que seas un cabrón tan discreto.

Le dediqué una sonrisa de medio lado.

—Mientras tanto, veré si encuentro algo sobre ese tatuaje.

Asintió con la cabeza.

—¿Crees que se trata de alguna especie de brujo?

Me encogí de hombros.

—Quizá. Pero si consigues que alguien enferme mediante magia, suele ser para quitártelo de encima sin que parezca un asesinato; la idea es que pase por una muerte

natural. Toda esta mezcla... no sé. Podría ser obra de un demonio.

—¿Un demonio de verdad? ¿Cómo el de *El exorcista*?

Negué con la cabeza.

—Esos son los caídos. Antiguos ángeles. Son diferentes.

—¿Ah sí?

—Los demonios son seres inteligentes procedentes de algún lugar del Más Allá. En general no les interesa el mundo de los mortales, suponiendo que sepan de su existencia. Los que aparecen por aquí suelen ser los más chungos y cabreados. Y el que los convoca lo hace para encargarles algún trabajito sucio. Como hizo Leonid Kravos.

Murphy se estremeció.

—Ya me acuerdo. ¿Y los caídos?

—A ellos sí les interesa nuestro mundo. Pero no tienen libertad de acción, como los demonios.

—¿Por qué no?

Me encogí de hombros.

—Eso depende de con quién hables. Yo he oído de todo, desde teorías sobre resonancia mágica avanzada hasta «porque Dios así lo quiere». Un caído no podría hacer esto a no ser que tuviera permiso de la víctima.

—Vale. ¿Y cuánta gente daría su permiso para que lo infectaran y luego lo torturaran hasta la muerte? —dijo Murphy.

—Ya.

Negó con la cabeza.

—Vaya semanita me espera. Han venido media docena de matones profesionales de la mafia. En la morgue del condado están trabajando a destajo. En el Ayuntamiento nos instan a que perdamos el culo por no sé qué pez gordo europeo o de no sé dónde. Y ahora una especie de monstruo infeccioso deja en la cuneta cuerpos mutilados e imposibles de identificar.

—Por eso te pagan tanta pasta, Murph.

Murphy resopló. Butters entró de nuevo, y yo me despedí. Los párpados cada vez me pesaban más y me dolían partes del cuerpo que no sabía que tenía. Dormir me parecía una gran idea y con tantas cosas que hacer, lo más inteligente era descansar bien para ser todo lo paranoico posible a la mañana siguiente.

Recorrí el largo trayecto de vuelta para salir del hospital, pero encontré el pasillo bloqueado por un paciente conectado a algún tipo de maquinaria de soporte vital. Lo llevaban en camilla de una habitación a otra. Atajé por la cafetería desierta y terminé en un callejón no muy lejos de la salida de urgencias.

Un escalofrío que comenzó en la base de la columna, me subió por la espalda hasta llegar al cuello. Me detuve y miré a mi alrededor mientras buscaba a tientas la

varita mágica. Proyecté mis sentidos de mago lo mejor que pude, y saboreé el aire en un intento por descubrir qué era lo que me había hecho estremecer.

No encontré nada y aquella extraña sensación pasó. Comencé a caminar por el callejón hacia el aparcamiento a media manzana del hospital e intenté mirar en todas las direcciones al mismo tiempo mientras avanzaba. Pasé delante de un vagabundo viejo y pequeño que caminaba con dificultad apoyándose en un grueso bastón de madera. Un poco más adelante, me crucé con un joven negro y alto, vestido con un abrigo viejo y un traje roto que le quedaba demasiado pequeño. En una mano de fuertes nudillos agarraba una botella abierta de vodka. Me miró molesto y yo pasé de largo. La vida nocturna de Chicago.

Seguí avanzando hacia mi coche y escuché pisadas cada vez más cerca, detrás de mí. Intenté tranquilizarme. Quizá fuera otro colaborador de la policía asustado, amenazado, paranoico y con sueño acumulado al que habían pedido que acudiera a la morgue en mitad de la noche.

Vale. Quizá no.

El sonido constante de las pisadas detrás de mí cambió, haciéndose más fuertes y desacompañadas. Di media vuelta para encararme con la persona que me seguía mientras alzaba la varita que sostenía en la mano derecha.

Giré justo a tiempo para ver a un oso, a un puñetero oso *grizzly*, ponerse sobre cuatro patas y cargar contra mí. Yo ya había comenzado a preparar un golpe mágico con la varita y su extremo se iluminó con un resplandor incandescente. Las sombras se apartaron al instante de su luz escarlata y pude distinguir mejor a la cosa que se disponía a atacarme.

No era un oso. No, a no ser que los osos tuvieran seis patas y un par de cuernos de carnero enroscados a ambos lados de la cabeza. No, a no ser que los osos tuvieran un par extra de ojos encima de los dos habituales, de los cuales, dos relucían con una tenue luz anaranjada y los otros dos con un brillo verdoso. No, a no ser que los osos se hicieran ahora tatuajes luminosos de ensortijadas runas en la frente y tuvieran dos filas de dientes serrados, cubiertos de babas.

Aquel montón de kilos de monstruo cabreado corría hacia mí y yo hice lo único que cualquier mago sensato habría hecho en ese momento.

Dar media vuelta y salir pitando.

Capítulo 6

En los años que llevo trabajando como profesional de la magia he aprendido una cosa. Jamás te metas en una pelea cuando los malos son los que la organizan. Los magos podemos invocar relámpagos del cielo, abrir la tierra bajo los pies del enemigo, lanzarlo a otra zona temporal con vientos huracanados y un millón de cosas todavía más desagradables, pero solo si lo planeamos con antelación.

Y no somos mucho más resistentes que la gente normal. Quiero decir que si una criatura malvada me arranca la cabeza, moriré. Es cierto que tengo un potente arsenal mágico al que acudir si lo necesito, pero en más de una ocasión he cometido el error de enfrentarme a seres que estaban preparados para luchar contra mí y eso nunca es una experiencia agradable.

La cosa oso, fuera lo que fuera, me había seguido. Por lo tanto, había elegido el momento y el lugar. Podía haberme quedado y plantarle cara, pero teniendo en cuenta el escaso espacio del callejón, si conseguía esquivar mis golpes me destrozaría antes de que probara suerte con el plan B. Así que huí.

También he aprendido otra cosa. Los magos históricos no son muy buenos corriendo. Por eso he estado entrenando. Salí de allí a la carrera y prácticamente volé por el callejón mientras mi guardapolvos ondeaba tras de mí.

La cosa oso gruñó mientras me perseguía y pude escuchar como iba ganando terreno poco a poco. La entrada del callejón apareció ante mí y hacia ella corrí todo lo rápido que pude. Si lograra salir a la calle y tuviera espacio suficiente para esquivar y poner obstáculos al avance de la cosa, quizá tuviera una oportunidad.

La criatura pareció darse cuenta también porque dejó escapar un terrible y húmedo rugido y luego dio un salto. Escuché como se preparaba para el salto y giré la cabeza lo bastante para verlo por el rabillo del ojo. Se lanzó a por mi espalda. Yo me tiré al suelo y acabé dando vueltas y deslizándome sobre el asfalto. La criatura me adelantó en el aire y aterrizó en la entrada del callejón, a unos seis metros de mí. Derrapé para detenerme y me puse a correr en dirección contraria. Un miedo y una desesperación crecientes dieron alas a mis pies.

Corrí durante unos diez segundos, más o menos, con los dientes apretados mientras la criatura retomaba la persecución. Pero yo no podía mantener aquel ritmo de *sprint* por más tiempo. A no ser que se me ocurriera algo, iba a tener que dar media vuelta y esperar lo mejor.

Casi aplasto al joven negro que había visto antes, cuando salté por encima de un montón informe de cajas de cartón. Gritó sorprendido y yo le contesté con un taco.

—¡Vamos! —le dije, cogiéndole del brazo—. ¡Corre, corre, corre!

Miró por encima de mí y sus ojos se abrieron como platos. Yo me volví y vi los cuatro ojos brillantes de la criatura oso acercándose a nosotros. Empujé al chico para

que se moviera y él se puso en marcha y comenzó a correr junto a mí.

Corrimos durante unos segundos más antes de que el vagabundo viejo y bajito que había visto antes apareciera cojeando con su bastón. Alzó la vista y la tenue luz de la lejana calle se reflejó en sus gafas.

—¡*Agg!* —grité. Empujé a mi compañero de carrera hacia delante, hacia el viejo y grité—: Sácalo de aquí, ¡marchaos los dos!

Di media vuelta para enfrentarme a la criatura y saqué mi varita mágica para apuntarlo con ella. Concentré mi voluntad sobre los canales de energía de la varita, grité «¡fuego!» y lancé una lengua de puro fuego que restalló en el aire.

La llama impactó en el pecho de la criatura oso, obligándolo a encorvarse y a girar la cabeza hacia un lado. Vaciló en su ataque, derrapó para detenerse, y acabó chocando contra un antiguo y castigado cubo de basura metálico.

—Mira por donde —murmuré—, ha funcionado. —Di un paso hacia delante y lancé otra andanada a la criatura con la esperanza de que se derritiera o se largara. La cosa oso gruñó y me devolvió una mirada asesina y llena de odio con sus cuatro ojos.

La visión de su alma comenzó casi de inmediato.

Cuando un mago mira a alguien a los ojos, ve más que el color de su iris. Los ojos son las ventanas del alma. Cuando miro a alguien a los ojos durante demasiado tiempo, o con demasiada intensidad, me asomo a través de esas ventanas a su interior. Nada escapa a la particular visión de un mago. Y él tampoco puede huir. Los dos os veis tal y como sois por dentro, y con una claridad tan intensa que se queda grabado para siempre en la memoria.

La contemplación del alma de alguien es algo que jamás se olvida.

No importa cuántas ganas le pongas.

Sentí que todo daba vueltas, como en un remolino, y de repente caí hacia delante, dentro de los ojos de la criatura. El sello brillante de su frente se convirtió en un resplandor plateado del tamaño del marcador de un estadio deportivo. Estaba empotrado en una pared de acantilado de mármol negro y verde oscuro. Esperaba ver algo horrendo, pero supongo que no se debe juzgar a un monstruo por su aspecto, por muy repugnante que sea. En su lugar lo que vi fue a un hombre delgado y de mediana edad, vestido con harapos. Tenía el pelo largo y liso, y un fino mechón de color gris le caía sobre el pecho. Su postura reflejaba un intenso dolor. Estaba estirado, con el cuerpo dibujando un arco, los brazos separados y sujetos por encima de la cabeza y las piernas estiradas. Seguí la línea de sus brazos y comprendí el porqué de aquella postura.

Lo habían crucificado.

La espalda del hombre se apoyaba contra la pared del acantilado, con el gran sello plateado sobre él. Tenía los brazos doblados hacia atrás en un ángulo imposible y estaban incrustados en la pared de mármol a la altura del codo. Las rodillas estaban

flexionadas y los pies igualmente sepultados en la roca. Se encontraba allí colgado, con el peso de todo su cuerpo sobre los hombros y las piernas. Tenía que ser muy doloroso.

El hombre crucificado se rió de mí, sus ojos relucían con un verde enfermizo. Luego gritó:

—¡No te servirá de nada! ¡Nadie! ¡No eres nadie!

El dolor quebró su voz, convirtiéndola en un quejido. El sufrimiento hizo que su cuerpo se retorciera y las venas resaltaran sobre sus músculos en tensión.

—Estrellas y piedras —susurré. Las criaturas como aquella cosa oso no tenían alma. Eso implicaba que a pesar de las apariencias, aquel ser era un mortal. Un hombre—. ¿Qué coño pasa aquí?

Falto de palabras, el hombre volvió a gritar, esta vez de rabia y angustia. Alcé una mano y di un paso adelante, mi primera reacción era ayudarlo.

Antes de que me acercara más, el suelo comenzó a moverse. La pared del acantilado retumbó y surgieron pequeñas aberturas a través de las cuales se colaba una brillante luz anaranjada. Los huecos se fueron abriendo progresivamente hasta que me encontré frente al segundo juego de ojos, unos ojos del tamaño de túneles del metro, que se abrían sobre el gran acantilado de mármol. Me aparté torpemente varios pasos y la cara en la pared del acantilado resultó ser eso, una cara fría y hermosa, cuyos enormes ojos le conferían un aspecto fiero.

El temblor de tierra se intensificó y una voz, más potente que un concierto de Metallica, habló. La cruda simpleza de sus palabras, la ira y el enconado odio que ocultaban me impactó mucho más que su volumen.

¡Fuera de aquí!

La fuerza de la mera presencia detrás de aquella voz me alcanzó de lleno y me echó hacia atrás violentamente, apartándome del hombre torturado del acantilado y poniendo fin a la contemplación de su alma. La conexión mental se rompió como un espagueti seco y la misma fuerza que había expulsado a mi mente de aquella visión, lanzó a mi cuerpo físico por el aire. Me di contra una vieja caja de cartón llena de botellas vacías y escuché como el cristal se rompía bajo mi peso. El grueso guardapolvos de cuero aguantó y no se me clavó ningún cristal en la espalda.

Durante uno o dos segundos permanecí tumbado boca arriba, atontado. En mi cabeza había un remolino de ideas que no podía parar, ni controlar. Contemplé como la polución lumínica de la ciudad resaltaba contra las nubes bajas, hasta que una vocecilla en mi interior gritó que estaba en peligro. Me encontraba de rodillas, todavía incorporándome, cuando la cosa oso apartó de un manotazo un cubo de basura con una de sus pezuñas y se lanzó de nuevo a por mí.

Aún estaba un poco desorientado por los efectos secundarios de la visión del alma y el ataque psíquico que había roto la conexión. Alcé mi varita, reuní toda la voluntad

que pude a pesar de la confusión, y escupí una palabra que envió otro fogonazo hacia la criatura.

Esta vez no pareció afectarlo. El juego de ojos naranjas resplandeció con un repentino brillo y mi llama chocó contra una barrera invisible, dispersándose alrededor de la criatura como escamas de luz roja. Dejó escapar un terrible gruñido y siguió su torpe avance hacia mí.

Intenté levantarme, pero tropecé y caí a los pies del vagabundo bajito y viejo que apoyado sobre su bastón, miraba a la criatura. A duras penas pude distinguir sus rasgos; asiático, perilla corta y cana, cejas blancas y pobladas, gafas con un cristal corrector que hacía que sus ojos parecieran tan grandes como los de un búho.

—¡Corre, joder! —le grité. Intenté dar ejemplo, pero aún no había recuperado el equilibrio del todo y fui incapaz de levantarme del suelo.

El viejo no hizo ademán de salir corriendo. Se quitó las gafas y me las ofreció.

—Guárdamelas, por favor.

Luego dio un paso hacia delante con su bastón y se colocó entre la criatura y yo.

La cosa oso le dedicó un profundo rugido mientras se alzaba sobre las patas traseras, y luego se lanzó sobre el hombre de pelo cano con las mandíbulas abiertas. Yo era incapaz de hacer nada excepto mirar.

El hombre bajito dio dos pasos hacia un lado con una pirueta de bailarín. El extremo de su bastón de madera salió disparado y golpeó la mandíbula de la criatura con un impacto demoledor. Trozos de dientes amarillos volaron de la boca del monstruo. El hombre bajito dio media vuelta y esquivó sus zarpas por unos centímetros. Se colocó detrás de la criatura que se giró para enfrentarse a él, con sus enormes mandíbulas desencajadas de la rabia.

El hombre se apartó como un relámpago, quedándose a poca distancia de los dientes. A continuación, en un confuso estallido de luz reflejada sobre metal, del bastón emergió un sable, la clásica catana de un solo filo y hoja curva. El acero refulgió ante los ojos de la criatura, pero el hombre lo bajó lo bastante para que su hoja, semejante a una guadaña, solo le rebanase unos centímetros de carne de una oreja.

La criatura lanzó un grito que no se correspondía con la levedad de la herida, un alarido que casi sonó humano. Se apartó, sacudiendo la cabeza mientras un fino surtidor de sangre emanaba de su oreja herida.

En aquel momento, me di cuenta de tres cosas.

Una. La criatura no me prestaba ya ninguna atención. Chachi. La cabeza aún me daba vueltas y si se hubiese lanzado sobre mí, probablemente no habría podido hacer nada.

Dos. La espada del viejo no reflejaba ninguna luz. La emitía. El acero de la hoja, decorada con reflejos de agua, brillaba con un firme resplandor plateado cuya

intensidad iba poco a poco en aumento.

Tres. Podía sentir el zumbido de energía de la espada incluso a varios metros de distancia. Palpitaba con una fuerza invariable, profunda, tan callada y firme como la misma tierra.

En toda mi vida solo había visto una espada imbuida de semejante poder.

Pero sabía que había al menos dos más.

—¡Oí! —gritó el viejo bajito. Luego dijo con un fuerte acento—. ¡Ursiel! ¡Déjalo! ¡No tienes poder aquí!

La criatura oso, Ursiel supongo, centró su mirada de cuatro ojos sobre el anciano e hizo algo inquietante. Habló. Su voz sonó tranquila, suave, melodiosa, y las palabras parecieron deslizarse desde las fauces y la garganta de la bestia.

—Shiro. Mírate, pobre idiota. Eres un viejo. La última vez que nos enfrentamos estabas en el apogeo de tu fuerza. Ahora no me puedes derrotar.

Shiro entornó los ojos, sostenía la espada en una mano y el bastón de madera en la otra.

—¿Has venido aquí para hablar?

Ursiel inclinó la cabeza hacia un lado y luego la fina voz murmuró:

—No, por supuesto que no.

Giró, me miró y se lanzó a por mí. En ese momento, escuché un murmullo de ropa y luego vi como un viejo abrigo giraba en el aire, extendiéndose como si fuera la red de un pescador. Cayó sobre el rostro de Ursiel y el demonio se detuvo en seco con un aullido de frustración. Alzó las pezuñas y desgarró el abrigo a la altura de la cabeza.

Mientras estaba en ello, el negro joven y alto se interpuso entre Ursiel y yo. Ante mis ojos, sacó un largo y pesado sable de una funda que llevaba sujeta a la cadera. La espada vibró con la misma energía que la de Shiro, aunque con una ligera diferencia, como una nota distinta dentro del mismo acorde. La hoja de acero brilló con luz plateada y detrás del demonio, la espada de Shiro respondió con su propio resplandor. El joven se volvió hacia mí y pude ver por un momento sus ojos oscuros e intensos. Después se giró para plantar cara al demonio y le dijo con una voz grave y sonora, aderezada con un fuerte acento ruso:

—Ursiel, déjalo. Aquí no tienes poder.

Ursiel siseó, sus ojos naranjas cada vez brillaban más.

—Sanya. Traidor. ¿De verdad crees que alguno de nosotros teme a las Tres, cuando sois vosotros, seres patéticos, quienes las blandís? Que así sea. Os mataré a todos.

Sanya extendió a un lado la mano que tenía libre, simulando una invitación, pero no dijo nada.

Ursiel rugió y se lanzó a por Sanya. El joven lo embistió con su sable y la hoja

hirió a Ursiel en un hombro, desgarrando músculos y tendones. Sanya aguantó el envite del monstruo sin ceder terreno y, aunque debido al impacto sus pies derraparon unos quince centímetros sobre el hormigón, mantuvo su posición y rechazó el ataque.

Shiro lanzó un potente grito que jamás le habría creído capaz de emitir y Ursiel chilló mientras daba golpes y zarpazos a diestro y siniestro. Sanya dijo algo que me sonó a ruso y avanzó con las dos manos sobre la empuñadura del sable, ganándole terreno a Ursiel que acabó cayendo hacia atrás. Sanya lo siguió de cerca y vi como se lanzaba con todo su peso contra el demonio mientras giraba la empuñadura del sable para clavárselo.

Se precipitó. Las garras de Ursiel lo alcanzaron de lleno en un hombro y escuché el chasquido de huesos que se rompían. El golpe catapultó al joven lejos del demonio, rodó por el suelo hasta chocar contra un muro que finalmente lo detuvo con un grito de dolor por el impacto.

Ursiel se puso en pie, se arrancó el sable del hombro de un manotazo y fue a por Sanya, pero el anciano de la barba blanca lo atacó por un costado, obligándolo a apartarse del hombre herido, y al mismo tiempo, de mí. Durante unos segundos, el viejo y el demonio dieron vueltas uno alrededor del otro. Después, el demonio tomó la iniciativa e intentó herirlo con un remolino de zarpazos.

El viejo esquivó el ataque, cediendo terreno, mientras que su espada relampagueaba y cortaba. Dos veces hirió al monstruo en las patas, pero aunque gritó de rabia, lo único que consiguió fue que se creciera, que estuviera aún más cabreado. La respiración del viejo, sin embargo, era cada vez más agitada.

—Es la edad. —La voz de Ursiel ronroneó en mitad de la lucha—. Se acerca la muerte, viejo. Ahora tu corazón está en sus manos. Y tu vida no ha servido para nada.

—¡Déjalo en paz! —gritó el viejo entre jadeos.

Ursiel rió de nuevo y el par de ojos verdes brillaron con mayor intensidad. Otra voz, esta bastante desagradable, dijo retorciendo y enmarañando las palabras:

—Estúpido predicador. Es hora de morir como hizo el egipcio.

La expresión de Shiro cambió, de una agresividad bajo control e impasible, a algo mucho más sombrío y estoico. Miró cara a cara al demonio por un momento, jadeante, y dijo:

—Que así sea.

El demonio se abalanzó hacia delante y el viejo fue perdiendo terreno hasta acabar acorralado en una esquina del callejón. Parecía que se defendía bastante bien hasta que un zarpazo del demonio alcanzó su espada casi a la altura de la empuñadura y salió volando por los aires. El viejo lanzó un grito ahogado y se pegó al muro, sin aliento y con la mano derecha presionando el lado izquierdo de su pecho.

—Y aquí termina todo, caballero —ronroneó la suave voz demoníaca de Ursiel.

—*Hai* —dijo el anciano completamente resignado. Entonces alzó la vista hacia la

escalera de incendios que estaba a unos tres metros del suelo.

Una sombra se deslizó por la barandilla haciendo rechinar el acero. Se produjo un leve zumbido de poder, un fognazo plateado y el silbido de una hoja cortando el aire. La figura aterrizó en cuclillas al lado de la criatura.

El demonio Ursiel se enderezó al instante, su cuerpo se puso tenso y luego se produjo un golpe sordo.

Entonces su cuerpo se inclinó lentamente hacia un lado, mientras la monstruosa cabeza permanecía inmóvil sobre el suelo del callejón. La luz de sus cuatro ojos se apagó.

El tercer caballero se apartó del cuerpo del demonio. Alto y de anchas espaldas, con el pelo oscuro manchado de canas y cortado al rape, Michael Carpenter apartó la hoja de su espada, *Amoracchius*, con una rápida sacudida que esparció la sangre que la cubría. Luego la envainó mientras contemplaba el cadáver y negaba con la cabeza.

Shiro se incorporó, su respiración era agitada pero controlada, y se acercó a Michael. Agarró al corpulento compañero por un hombro y dijo:

—Había que hacerlo.

Michael asintió. El viejo caballero recuperó su espada, limpió la hoja y la metió de nuevo en su funda de madera.

No muy lejos de mí, el tercer caballero, el joven ruso, se levantó del suelo. Uno de sus brazos colgaba inerte, pero me ofreció la otra mano. La tomé y me levanté con las piernas aún temblorosas.

—¿Estás bien? —me preguntó con calma.

—Chachi —contesté mientras me tambaleaba. El joven arqueó una ceja, luego se encogió de hombros y recogió su espada del suelo.

Los efectos secundarios de ver el alma del monstruo por fin se iban desvaneciendo, y el choque y la confusión comenzaron a dar paso a un terror desmedido. No había sido lo bastante cuidadoso. Uno de los malos me había pillado con la guardia baja y de haber estado solo, el demonio me habría hecho puré. Y no habría sido algo rápido ni indoloro. Sin Michael y sus dos colegas, el demonio Ursiel me habría despedazado, miembro a miembro, y yo no habría podido hacer nada al respecto.

Jamás me había topado con una presencia psíquica de la magnitud de aquella gran cara de piedra en la pared del acantilado. Bueno, al menos no tan de cerca. Mi primer ataque lo sorprendió y lo enfadó, pero para el segundo estaba preparado y se deshizo de mi fuego mágico como si fuera un moscardón. Fuera lo que fuera ese tal Ursiel, se movía en un círculo social diferente al de un pobre mago mortal como yo. Mis defensas psíquicas no son malas, pero acabaron aplastadas como una lata de cerveza bajo una apisonadora. Eso, más que nada, fue lo que me asustó. He puesto a prueba mi fuerza psíquica contra más de un malo y jamás me había sentido tan indefenso.

Oh, sabía perfectamente que había cosas ahí fuera mucho más fuertes que yo...

Pero ninguna de ellas me había atacado en un callejón oscuro.

Sacudí la cabeza y busqué una pared contra la que apoyarme hasta que me hube recuperado un poco. Luego caminé todavía agarrotado hacia Michael. Trozos de cristal roto se desprendieron de los pliegues de mi guardapolvos.

Michael alzó la vista al acercarme.

—Harry —dijo.

—No es que no me alegre de verte —dije—, pero ¿no podías haber saltado y decapitado al monstruo unos pocos minutos antes?

Michael solía encajar bastante bien las bromas. Esta vez, sin embargo, ni siquiera sonrió.

—No, lo siento.

Lo miré extrañado.

—¿Cómo me encontraste? ¿Cómo lo sabías?

—Tenía una pista.

Con lo que podría referirse a que vio mi coche aparcado por allí o que le dio el chivatazo un coro de angelitos. Los caballeros de la Cruz siempre solían aparecer en sitios poco aconsejables cuando más se los necesitaba. A veces resultaba demasiada coincidencia que se presentaran en el lugar y en el momento adecuados. Pero yo prefería no saber nada. Señalé con la cabeza el cuerpo del demonio muerto y dije:

—¿Qué era esa cosa?

—No era una cosa, Harry —contestó Michael, mientras seguía contemplando los restos del demonio. Justo entonces, comenzaron a temblar. Solo unos segundos después, el demonio había desaparecido para revelar la silueta del hombre que había visto al contemplar su alma: delgado, de pelo gris y vestido con harapos. Solo que en mi visión, no tenía la cabeza a un metro del cuerpo. No sabía que una cabeza decapitada pudiera mantener una expresión facial, pero sí podía, y en este caso era de terror absoluto, su boca estaba abierta en un grito silencioso. El sello que había visto en el rostro del precipicio resaltaba en su frente como una cicatriz reciente, oscura y fea.

Se produjo un fogonazo de luz roja anaranjada, el sello desapareció y algo golpeó con ruido metálico el asfalto. Una moneda de plata, un poco más pequeña que la de veinticinco centavos, rodó desde la cabeza del hombre muerto, chocó contra mi pie y allí se quedó. Un segundo después, el cuerpo siseó, como si suspirara y comenzó a convertirse en una especie de moco verde oscuro. El cuerpo se desinfló hasta que solo quedó una nube de vapores tóxicos y un charco de baba asquerosa.

—Ya está —dije mientras contemplaba la escena e intentaba disimular mis temblores—. Creo que con esto he superado el límite de mi *rarómetro*. Me voy a casa, a meterme en la cama. —Me agaché para coger la moneda antes de que se

pringase de baba.

El viejo me golpeó la muñeca con su bastón y gritó:

—¡No!

Me hizo daño. Aparté la mano sacudiendo los dedos y lo miré cabreado.

—¡Estrellas y piedras, Michael! ¿Quién es este tío?

Michael sacó un trozo cuadrado de tela blanca del bolsillo y lo desdobló.

—Shiro Yoshimo. Mi profesor cuando me convertí en caballero de la Cruz.

El viejo me gruñó. Señalé con la cabeza al hombre herido y pregunté:

—¿Y él?

El joven alto y negro alzó la vista hacia mí mientras el anciano le examinaba el brazo. Me miró de arriba abajo sin señal alguna de aprobación, y dijo con el ceño fruncido:

—Sanya.

—El último fichaje de la Orden —añadió Michael. Sacudió la tela y pude ver dos pares de cruces bordadas con hilo de plata. Michael se arrodilló y recogió la moneda con el paño, le dio la vuelta, y luego dobló la tela a su alrededor.

Entonces pude contemplar la moneda. Por una parte había un retrato antiguo, quizá el perfil de un hombre. Por el otro se veía una especie de dibujo oculto bajo una mancha en forma de runa, la que había visto en la frente del demonio Ursiel.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Shiro solo quería protegerte —dijo Michael en lugar de contestar a mi pregunta. Dirigió una mirada a Shiro, que estaba junto al alto Sanya y preguntó—: ¿Cómo está?

—Tiene el brazo roto —contestó el anciano—. Deberíamos marcharnos de aquí.

—Sí —dijo Sanya. El viejo caballero fabricó un cabestrillo con el abrigo hecho jirones y el joven alto introdujo el brazo sin una sola queja.

—Será mejor que nos acompañes, Harry —dijo Michael—. El padre Forthill te buscará cómodo.

—¡Eh, eh! —dije—. Aún no has contestado a mi pregunta. ¿Qué es eso?

Michael frunció el ceño y dijo:

—Es una larga historia y tenemos poco tiempo.

Me crucé de brazos.

—Pues qué mal porque yo no me muevo de aquí hasta que no me digas que demonios está pasando.

El caballero viejo y bajito resopló y dijo:

—Demonios. Eso es lo que está pasando. —Me mostró la palma de la mano y dijo—: Por favor, devuélvemelas.

Lo miré atónito por un momento y luego recordé sus gafas. Se las di, se las puso y sus ojos parecieron saltones y enormemente grandes.

—Un momento —le dije a Michael—. ¿Esto era uno de los caídos?

Michael asintió y noté como un escalofrío me recorría el cuerpo.

—Eso es imposible —dije—. Los caídos no pueden hacer... esas cosas —dije, señalando el charco de mocos—. Lo tienen prohibido.

—Algunos sí pueden —dijo Michael con voz tranquila—. Por favor, créeme. Corres un grave peligro. Sé lo que te han pedido que encuentres y ellos también.

Shiro caminó con sigilo hasta el final del callejón y echó una mirada alrededor.

—Oi. Michael, tenemos que irnos.

—Si no quiere venir, que no venga —dijo Sanya mientras me lanzaba una mirada fulminante. Luego dio media vuelta y siguió a Shiro.

—Michael... —dije.

—Escúchame bien —dijo Michael. Sostuvo en alto el paño blanco doblado—. Hay más de donde vino esto, Harry. Veintinueve para ser exactos. Y pensamos que van a por ti.

Capítulo 7

Seguí la camioneta *pickup* blanca de Michael con mi *Escarabajo Azul* hasta la catedral de Santa María de los Ángeles. Es una iglesia enorme, un símbolo de la ciudad. Si os gusta el estilo gótico en arquitectura, Santa María es un buen ejemplo. Aparcamos cerca de la parte de atrás del edificio y caminamos hasta la entrada de servicio, una sencilla puerta de roble enmarcada por cuidados rosales trepadores.

Michael golpeó la madera un par de veces y escuché como alguien descorría varios cerrojos antes de abrir la puerta.

En el umbral apareció el padre Anthony Forthill. Era un hombre de cincuenta y tantos, calvo y con algo de sobrepeso ganado con los años. El negro de su camisa y sus pantalones hacía resaltar el blanco inmaculado de su alzacuellos. Era más alto que Shiro, pero mucho más bajo que el resto de nosotros y tras las gafas, sus ojos parecían cansados.

—¿Ha salido bien? —preguntó a Michael.

—En parte —respondió, luego alzó el paño doblado y dijo—: Ponga esto en el barril, por favor. Y voy a tener que entablillar un brazo.

Forthill se estremeció y asió el paño doblado con la clase de respeto reverencial que se suele mostrar solo a explosivos o muestras de virus letales.

—Ahora mismo. Buenas noches, señor Dresden. Adelante, pasen todos.

—Padre —contesté—, tiene usted pinta de sentirse tan bien como yo.

Forthill intentó sonreír y luego se alejó en silencio por el pasillo. Michael nos guió por el interior de la iglesia; subimos unas escaleras y llegamos a una especie de almacén donde había un montón de cajas apiladas hasta el techo que tapaban las ventanas, y unas camas plegables. Un par de lámparas antiguas que no hacían juego iluminaban la habitación con una suave luz dorada.

—Traeré comida y algo para beber —dijo Michael en voz baja mientras se dirigía hacia la puerta—. Y tengo que llamar a Charity. Sanya, será mejor que te sientes hasta que examinemos bien ese brazo.

—Estaré bien —dijo Sanya—. Ayudaré con la comida.

Shiro resopló y dijo:

—Siéntate, hijo. —Se encaminó hacia la puerta y cuando estuvo frente a Michael dijo—: Llama a tu mujer, yo me encargaré de lo demás. —Los dos se marcharon juntos y sus voces se convirtieron en ton murmullo conforme se alejaban por el pasillo.

Sanya miró furioso en dirección a la puerta por un momento y luego se sentó en una de las camas. Echó un vistazo a la habitación y dijo:

—Utilizas las fuerzas de la magia, supongo.

Me crucé de brazos y me apoyé contra la pared.

—¿Cómo lo has descubierto?

Me mostró los dientes, blancos en contraste con su oscura piel.

—¿Desde cuándo eres *wiccano*?

—¿Qué soy qué?

—Un pagano, un brujo.

—Yo no soy brujo —contesté mientras miraba la puerta—. Soy mago.

Sanya frunció el ceño.

—¿Cuál es la diferencia?

—Los magos somos más guapos.

Me miró sin comprender nada.

—Nadie me ríe las gracias —murmuré—. La *wicca* es una religión. Algo más deslavada que las demás, pero una religión al fin y al cabo.

—¿Y?

—Y yo no soy un tío religioso. Hago magia, claro, pero es como... ser mecánico. O ingeniero. Hay fuerzas que se comportan de cierta forma. Si sabes lo que haces, puedes conseguir que trabajen para ti y para eso no es necesario meter en el ajo a ningún dios o diosa.

El rostro de Sanya reflejaba sorpresa.

—Entonces no eres creyente.

—No quisiera que ninguna fe tuviera que cargar conmigo como practicante.

El ruso alto me contempló por un momento y luego asintió lentamente.

—Yo siento lo mismo.

Arqueé una ceja al estilo del señor Spock.

—¿Es una broma, no?

Negó con la cabeza.

—No. Soy ateo desde que era niño.

—Tienes que estar de coña. Eres un caballero de la Cruz.

—*Da* —dijo.

—Entonces si no crees en nada, arriesgas tu vida para ayudar a otros porque...

—Porque hay que hacerlo —contestó sin dudar—. Algunos debemos correr ciertos peligros por el bien de la humanidad. Debemos dedicar nuestras vidas y nuestras fuerzas a proteger a la comunidad.

—Un momento —dije—. ¿Te convertiste en un caballero de la Cruz porque eres comunista?

El rostro de Sanya se retorció en una mueca de repulsión.

—Claro que no. Soy trotskista, que es muy distinto.

Contuve como pude el ataque de risa, pero era complicado.

—¿Cómo conseguiste la espada?

Descansó su mano buena sobre la empuñadura del sable, que yacía a su lado en la

cama.

—*Esperacchius*. Me la dio Mijail.

—¿Qué Mijail? ¿Michael? ¿Y cuando ha ido Michael a Rusia?

—No este Michael —repuso Sanya. Señaló con el dedo hacia arriba—. El otro, el arcángel san Miguel.

Lo miré incrédulo por un momento y luego dije:

—Ya, así que un arcángel te da una espada sagrada, te dice que luches contra las fuerzas del mal y aun así, tú sigues siendo ateo. ¿Es eso lo que estás diciendo?

Sanya volvió a fruncir el ceño.

—¿Y no te parece una estupidez monumental?

Su mirada se oscureció durante unos segundos, pero luego respiró hondo y asintió.

—Puede que en realidad sea agnóstico.

—¿Agnóstico?

—Es la persona que se muestra escéptica ante la existencia de un poder divino —dijo.

—Ya sé lo que significa —contesté—. Lo que me sorprende es que digas eso de ti. Porque tú has visto más de un poder divino. Joder, uno de esos poderes te ha roto un brazo hace media hora.

—Hay muchas cosas capaces de romper brazos. Tú mismo dijiste que no necesitas un dios o una diosa para dar sentido a tus experiencias con el mundo sobrenatural.

—Sí, pero no soy agnóstico. Simplemente no tomo partido. En cuestiones teológicas, soy Suiza, así de simple.

—Eso es pura semántica —dijo Sanya—. No comprendo tu postura.

Respiré hondo, todavía luchando contra un posible ataque de risa y dije: —Sanya, mi postura es que hay que ser muy cabezón para sentarte en esa cama y decir, después de ver lo que has visto, que no estás seguro de si existe Dios.

Alzó la barbilla y contestó:

—No necesariamente. Puede que esté loco y todo esto solo sea una alucinación.

Entonces fue cuando me entró la risa. No pude evitarlo. Estaba demasiado cansado y tenso para contenerme. Reí y disfruté del momento a conciencia, mientras Sanya permanecía sentado en su camastro fulminándome con la mirada y con cuidado de no mover el brazo herido.

Shiro apareció en la puerta con una bandeja de sándwiches y verduras en vinagre. Nos miró sorprendido a través de sus gafas de culo de vaso primero a Sanya y luego a mí. Dijo algo a Sanya en un idioma que me pareció ruso. El joven caballero redirigió su mirada de enfado a Shiro, pero asintió en un gesto lo bastante marcado para considerarlo una inclinación de cabeza, luego se levantó, cogió dos sándwiches con

una de sus enormes manos y salió de la habitación.

Shiro esperó a que Sanya se hubiera marchado antes de dejar la bandeja sobre una mesa de jugar a las cartas. Mi estómago se volvió loco al ver los sándwiches. Ese es el efecto que tiene sobre mí la mezcla de esfuerzo extenuante y miedo tremebundo. Shiro señaló la mesa con una inclinación de cabeza y abrió un par de sillas plegables. Me senté, agarré un sándwich y comencé a comer. Pavo y queso. Una delicia.

El viejo caballero cogió otro para él y lo comió con lo que me pareció un apetito bastante similar. Masticamos en silencio durante un rato hasta que dijo:

—Sanya te ha hablado de sus creencias.

Sentí como las comisuras de la boca se me curvaban hacia arriba y contesté: —Sí. Shiro resopló con complacencia.

—Sanya es un buen hombre.

—No entiendo por qué lo reclutaron para ser caballero de la Cruz.

Shiro me miró por encima de sus gafas mientras masticaba. Después de un rato dijo:

—El hombre ve caras, pieles, banderas, asociaciones, listas... —Dio otro mordisco más grande, tragó y añadió—: Dios solo ve corazones.

—Si tú lo dices —dije.

No contestó. Justo cuando terminé mi sándwich, Shiro dijo:

—Buscas el Sudario.

—Es un asunto confidencial —repuse.

—Si tú lo dices —dijo, imitando la inflexión de voz. Las arrugas que rodeaban sus ojos se hicieron más profundas—. ¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué lo buscas? —me preguntó mientras masticaba.

—Si lo estuviera buscando, y no digo que ese sea el caso, lo haría porque me han contratado para eso.

—Es trabajo —dijo.

—Sí.

—¿Lo haces por dinero? —dijo.

—Sí.

—Hum —repuso y empujó las gafas hacia arriba con el dedo meñique—. ¿Te gusta mucho el dinero, mago Dresden?

Cogí una servilleta de un lado de la bandeja y me limpié la boca.

—Antes creía que me gustaba, pero ahora sé que es una cuestión de dependencia.

Shiro dejó escapar una gran carcajada y se levantó entre risas.

—¿El sándwich está bueno?

—Guay.

Michael entró unos minutos después con cara de preocupación. No había ningún

reloj en la habitación, pero debían de ser más de las doce. Pensé que si yo hubiese llamado a Charity Carpenter tan tarde, también tendría esa cara. Era una fiera en lo concerniente a la seguridad de su marido, sobre todo si sabía que yo andaba cerca. Vale, admito que Michael solía volver bastante magullado cada vez que me ayudaba en uno de mis casos, pero aun así, no me parecía justo. Ni que yo lo hiciera a propósito.

—¿Charity no se ha quedado contenta? —pregunté.

Michael negó con la cabeza.

—Está preocupada. ¿Queda algún sándwich?

Había un par. Michael cogió uno, y yo otro más para acompañarlo. Mientras comíamos, Shiro sacó su espada y un estuche de limpieza, y comenzó a frotar la hoja con un paño suave y una especie de aceite.

—Harry —dijo por fin Michael—, tengo que pedirte una cosa. Es muy difícil. Y es algo que ni siquiera consideraría en circunstancias normales.

—Claro, lo que sea —dije mientras masticaba. En aquel momento, era totalmente sincero. Michael había arriesgado su vida por mí en más de una ocasión. Incluso su familia estuvo en peligro en nuestra última aventura juntos. Además lo conocía lo bastante como para saber que no me pediría nada imposible—. Está hecho, te debo más de una.

Michael asintió. Luego me miró fijamente y dijo:

—Abandona el caso, Harry. Vete un par de días fuera de la ciudad. O quédate en casa. Pero no sigas con él, por favor.

Lo miré extrañado.

—¿Quieres decir que no quieres mi ayuda?

—Prefiero que estés a salvo —repuso Michael—. Corres un grave peligro.

—¿Estás de coña? —pregunté—. Michael, me apaño bastante bien. Ya deberías saberlo.

—Te apañas bien sí, ¿cómo esta noche? Harry, si no llegamos a aparecer por allí...

—¿Qué? —grité—. Estaría muerto. Pero eso es algo que pasará antes o después. Hay tantos tíos que me quieren matar que al final alguno de ellos acabará teniendo éxito. Así qué cuéntame algo que no sepa.

—No lo entiendes —dijo Michael.

—Claro que lo entiendo —dije—. Un monstruito salido de los descartes de una *pelí* de terror de serie B ha intentado matarme. Ha pasado antes y probablemente pase de nuevo.

Shiro dijo sin apartar la vista de su espada:

—Ursiel no vino a matarte, Dresden.

Pensé en aquellas palabras durante otro tenso silencio. Las lámparas zumbaban un

poco. El trapo de Shiro susurró al pasarlo por el acero de la espada.

Contemplé el rostro de Michael y pregunté:

—¿Pues qué quería entonces? Habría jurado que era un demonio, pero luego resultó ser un metamorfo. Había un mortal dentro. ¿Quién era?

La mirada de Michael jamás vacilaba.

—Se llamaba Rasmussen. Ursiel lo atrapó en 1849, cuando iba camino de California.

—Lo vi, Michael. Lo miré a los ojos.

Michael se estremeció.

—Eso no lo sabía.

—Era prisionero dentro de su propia alma, Michael. Algo lo retenía. Algo grande. Ursiel, supongo. Es uno de los caídos, ¿verdad?

Michael asintió.

—¿Cómo coño puede ocurrir algo así? Creía que los caídos tenían prohibido interferir en el libre albedrío.

—Y así es —dijo Michael—. Pero lo pueden intentar. Y los denarios tienen más que ofrecer que muchos.

—¿Los denarios? —pregunté.

—La Orden de los Denarios Negros —dijo Michael—. Ven esto como una oportunidad. Un modo de hacer daño.

—Monedas de plata. —Respiré hondo—. Como la que cogiste con el pañuelo bendecido. Treinta piezas de plata, ¿eh?

Asintió.

—Quien toca las monedas queda marcado por el caído que hay dentro. Le tienta, le da poder, el caído lo sepulta cada vez más profundamente bajo su influencia. Jamás le obliga a nada, solo ofrece. Hasta que al final la víctima renuncia a tanto de sí misma que...

—La cosa toma el control —rematé.

Michael asintió.

—Como le pasó a Rasmussen. Intentamos ayudarlos. A veces la persona se da cuenta de lo que ocurre y quiere escapar de su cárcel. Cuando nos enfrentamos a ellos, intentamos desgastar al demonio, dar a la persona cautiva la oportunidad de escapar.

—Por eso le hablabais. Hasta que su voz cambió. Pero Rasmussen no quería que lo liberaran, ¿verdad?

Michael negó con la cabeza.

—Aunque te parezca increíble, Michael, me han tentado en más de una ocasión. Puedo soportarlo.

—No —dijo Michael—. No puedes. Casi ningún mortal se resiste a los denarios.

Los caídos conocen nuestras debilidades. Nuestros puntos flacos. Saben cómo minar nuestra voluntad. Da igual que estés avisado y conozcas su existencia, llevan miles de años destruyendo hombres y mujeres.

—Te digo que estaré bien —refunfuñé.

Shiro gruño:

—El orgullo precede a la caída.

Lo miré con fastidio.

Michael se inclinó hacia delante y dijo:

—Harry, por favor. Sé que no has tenido una vida fácil y que eres un buen hombre, pero también tan vulnerable como los demás. Estos enemigos no te quieren muerto. —Se miró las manos—. Te quieren a ti.

Y eso me asustó. Me asustó de verdad. Quizá porque parecía preocupar mucho a Michael y él no era un hombre que se preocupara con facilidad. Quizá porque había visto a Rasmussen, y su imagen, crucificado, riendo como un loco, quedaría grabada por siempre en mi memoria.

O quizá porque parte de mí se preguntaba si realmente era imposible encontrar el modo de utilizar el poder que ofrecía la moneda. Si a un fulano cualquiera que buscaba oro lo había convertido en una máquina de matar tan tremenda que se necesitó a tres caballeros de la Cruz para aniquilarlo, ¿qué podría hacer con alguien como yo?

Le daré una buena tunda al duque Paolo Ortega, eso para empezar.

Pestañeé y salí de mi ensimismamiento. Michael me observaba con expresión triste y supe que había adivinado mis pensamientos. Cerré los ojos, la vergüenza me estaba revolviendo el estómago.

—Estás en peligro, Harry —dijo Michael—. Deja el caso.

—Si corriera tanto peligro —repuse—, ¿por qué ese tal padre Vincent me contrató?

—Forthill le pidió que no lo hiciera —contestó Michael—. El padre Vincent... tiene una idea diferente a la del padre Forthill sobre cómo abordar los asuntos sobrenaturales.

Me puse en pie y dije:

—Michael, estoy cansado. Estoy muy cansado.

—Harry —me reprendió Michael.

—Muerto —murmuré—. Estoy muerto de cansancio. No puedo con mi alma. —Me dirigí hacia la puerta—. Me voy a casa a dormir un poco. Pensaré en lo que me has dicho.

Michael se puso en pie y Shiro con él, los dos plantándome cara.

—Harry —dijo Michael—. Eres mi amigo. Me has salvado la vida. Uno de mis hijos se llama como tú, pero deja el caso. Si no es por ti, hazlo por mí.

—¿Y si no quiero? —pregunté.

—Entonces tendré que protegerte de ti mismo. En nombre del Señor, Harry, por favor, no me obligues.

Di media vuelta y me marché sin decir adiós.

En esta esquina del cuadrilátero, un Sudario perdido, un cadáver desfigurado a conciencia, un guerrero vampiro eficaz y mortal, tres caballeros sagrados, veintinueve ángeles caídos y la madre que los parió a todos.

Y en la otra esquina, un mago profesional cansado, magullado y mal pagado, amenazado por sus aliados y al que su novia estaba a punto de plantar por el tío más soso del mundo.

¡Oh, sí!

Estaría mucho mejor en la cama.

Capítulo 8

Me pasé todo el camino a casa pensando y maldiciendo mi suerte, mientras el motor del Escarabajo no dejaba de dar nerviosos petardazos. Encontré a *Míster* sentado al inicio de las escaleras y mientras cerraba la puerta del coche dejó escapar un maullido de protesta. Aunque tenía la varita y el brazalete listos por si algún otro matón de la mafia me esperaba en casa con más pistolas con silenciador, estaba casi seguro de que no había ningún bicho *parasubnormal* agazapado en las sombras. *Mister* solía armar bastante barullo justo antes de salir corriendo, cuando había algún peligro sobrenatural oculto.

Lo que demuestra una vez más que mi gato tiene bastante más sentido común que yo.

Mister se enredó en mis piernas y casi consiguió que me cayera por las escaleras. Entré rápidamente y cerré la puerta con cerrojo tras de mí.

Encendí una vela, eché comida y agua fresca en los cuencos de *Mister* y pasé un par de minutos caminando por la habitación arriba y abajo. Contemplé la cama y descarté la idea por inútil. Estaba demasiado nervioso para dormir, a pesar del cansancio. Tenía la sensación de estar con el agua al cuello, mientras un montón de tiburones nadaban a mi alrededor.

—Muy bien, Harry —mascullé—, ya que estás así, al menos aprovecha para trabajar un poco.

Cogí del perchero una cálida y pesada bata, aparté una de las alfombras y abrí la trampilla que conducía al sótano de mi sótano. Una escalera plegable llevaba a la húmeda cámara de piedra donde tenía mi laboratorio. Bajé los escalones de madera arrastrando el dobladillo de la bata.

Una vez allí, encendí varias velas. Mi laboratorio, salvo algún episodio esporádico de locura, suele reflejar mi estado de ánimo; es un lugar confuso, abandonado, desordenado, pero en general muy práctico. El cuarto no es muy grande. Hay tres mesas pegadas a las paredes formando una «U» y una cuarta situada en el centro, con un pequeño pasillo en torno a ella. Por encima de las mesas, varias estanterías metálicas cubren las paredes. Apilados sobre los estantes y las mesas hay una gran variedad de ingredientes mágicos, más un conjunto de herramientas y utensilios que en casas de más postín se suelen guardar siempre en un gran armario de la cocina. Libros, cuadernos, revistas y periódicos se amontonan en las baldas junto a frascos, cajas y bolsas llenas de todo tipo de hierbas, raíces y sustancias mágicas; desde una botella de siseos de serpiente a un vial de extracto de leche de cardo.

Al final de la habitación hay un pequeño espacio completamente despejado: allí está mi círculo de invocaciones, un anillo de cobre insertado en la piedra del suelo.

La experiencia me ha enseñado que uno nunca sabe cuándo necesitará un círculo ritual para defenderse de un ataque mágico, o para retener de forma temporal a un residente del Más Allá, que es su otra aplicación más evidente.

En una de las estanterías suelo guardar menos cosas que en las demás. En sus extremos hay sendos candelabros cubiertos por vieja cera derretida de diferentes colores, de hecho parecen un par de extraños montículos, una especie de Vesubios de cera de abeja en miniatura. Numerosos libros, sobre todo novelas de amor en edición de bolsillo, y algunos pequeños artículos femeninos ocupan el resto de la balda, salvo por la reluciente calavera humana que descansa en su centro. Cogí un lapicero y golpeé con él la estantería.

—Bob, Bob, despierta. Tenemos trabajo.

Dos puntos de luz anaranjada y dorada aparecieron en las oscuras cuencas de la calavera y se fueron haciendo más brillantes mientras yo me encargaba de encender una lámpara de queroseno y media docena de velas repartidas por toda la habitación. La calavera se agitó un poco y luego dijo:

—¿Faltan varias horas para que amanezca y ya te has puesto en marcha? ¿A qué se debe?

Comencé a coger varias cubetas, viales y un pequeño quemador de alcohol.

—Más problemas —dije—. He tenido un día horroroso. —Le conté a Bob, la Calavera, lo del programa de televisión, el desafío del vampiro, el matón, el Sudario perdido y el cuerpo plagado de enfermedades.

—*Uau*. Tú no haces las cosas a medias, ¿verdad, Harry?

—Aconseja ahora; critica después. Necesito sacar algo en claro y preparar una poción o dos, y tú me vas a ayudar.

—Vale —dijo Bob—. ¿Por dónde quieres empezar?

—Empecemos por Ortega. ¿Dónde está mi copia de los Acuerdos?

—En la caja de cartón —dijo Bob—. Tercera estantería, balda inferior, detrás de los tarros.

Encontré la caja y rebusqué dentro hasta que encontré un rollo de pergamino atado con una cinta blanca. Lo desenrollé y eché un vistazo al texto escrito a mano. Comenzaba con la expresión, «a tal efecto» y a partir de ahí la sintaxis se iba oscureciendo gradualmente.

—No entiendo nada de esto —dije—. ¿Dónde está la sección sobre duelos?

—Párrafo quinto desde el final. ¿Quieres la versión abreviada?

Enrollé de nuevo el pergamino.

—Venga.

—Se basa en el Código Duello —dijo Bob—. Bueno, en realidad se fundamenta sobre normas mucho más antiguas que son las que inspiraron el Código Duello, pero bueno, ahora eso da igual. Ortega es el retador y tú eres el retado.

—Eso ya lo sé. Yo soy el que escoge las armas y el lugar ¿no?

—No —dijo Bob—. Tú eliges las armas, pero él escoge el momento y el lugar.

—Mierda —murmuré—. Iba a elegir un parque cualquiera al mediodía. Pero supongo que también puedo escoger la magia como arma.

—Siempre que sea una de las opciones disponibles. En general, lo suele ser.

—¿Quién lo decide?

—Los vampiros y el Consejo escogerán a un emisario neutral de una lista. Es el emisario elegido quien decide.

Asentí.

—Así que si no permiten esa opción estoy jodido, ¿no? Porque bueno, siendo mago, está claro que la magia es lo mío.

—Sí, pero ten cuidado. Debe ser un arma que él también pueda usar. Si escoges una que solo tú conozcas, él la puede rechazar y obligarte a escoger otra —dijo Bob.

—¿Y eso qué significa?

—Eso significa que pase lo que pase, si no quiere enfrentarse a ti con magia, no tendrá que hacerlo. Ortega no ha llegado a caudillo sin pensar bien las cosas, Harry. Lo más probable es que tenga una idea de lo que puedes hacer y haya planeado algo para contrarrestarlo. ¿Qué sabes de él?

—No mucho. Solo que parece un tipo duro.

Las luces de Bob se clavaron en mí por un momento.

—Bueno, Napoleón, dudo mucho que jamás se enfrentara a un genio táctico como tú.

Le di un golpe con el lapicero que rebotó en el agujero de la nariz.

—Ve al grano.

—El grano es que lo mejor para ti es actuar sobre seguro.

—Lo mejor para mí es no combatir, empezando por ahí —dije—. ¿Necesitaré un padrino?

—Sí, los dos —respondió Bob—. Los padrinos son los que establecen los términos del duelo. El suyo se pondrá en contacto con el tuyo cuando proceda.

—Hum, yo aún no tengo padrino.

La calavera se giró un poco hacia la pared y se dio unos golpecitos en la frente.

—Pues tendrás que conseguir uno, pringado. Es evidente.

Cogí otro lapicero y una hoja de papel amarillento y escribí «Cosas pendientes» en la parte superior, y «Preguntar a Michael sobre el duelo» justo debajo.

—Vale, y quiero que averigües todo lo que puedas sobre Ortega antes de que amanezca.

—Entonces —dijo Bob—, ¿me das permiso para salir?

—Aún no. Hay más.

Bob puso las luces en blanco.

—Claro que hay más. Este trabajo es una mierda.

Saqué un bote de agua destilada y una lata de Coca-Cola. Abrí la lata, di un trago y dije:

—El cadáver que me enseñó Murphy. ¿Maldición infecta?

—Probablemente —dijo Bob—. Pero si realmente tenía tantas enfermedades, era de las grandes.

—¿Cómo de grande?

—Mayor que el conjuro que utilizó hace unos años el Hombresombra para desgarrar corazones.

Silbé.

—Y eso que extraía la energía de tormentas y ritos ceremoniales. ¿Qué haría falta para dar fuerza a una maldición como esta?

—En realidad las maldiciones no son lo mío —se excusó Bob—, pero mucha. Algo así como un alineamiento mágico o un sacrificio humano.

Bebí otro trago de Coca-Cola y negué con la cabeza.

—Aquí hay alguien sin escrúpulos que va a por todas.

—Puede que los centinelas quisieran dar una lección a algún agente de la Corte Roja —sugirió Bob meditabundo.

—Imposible —contesté—. Jamás usarían la magia de ese modo. Incluso si técnicamente el tío murió por enfermedad, sería una estupidez quebrantar la Primera Ley.

—¿Quién más tiene ese tipo de poder? —me preguntó Bob.

Busqué una página en blanco y dibujé una versión un tanto burda del tatuaje del cadáver. Lo alcé para mostrárselo a Bob.

—Puede que alguien a quien no le gustara esto.

—El Ojo de Thoth —dijo Bob—. ¿Tenía eso tatuado?

—Sí. ¿Pertenece a algún tipo de club privado?

—Puede. Aunque el ojo es un símbolo muy popular en el ocultismo, así que no puedes descartar que fuera por libre.

—Vale —dije—. ¿Y quién lo usa?

—Muchos grupos. Hermandades relacionadas con el Consejo Blanco, sociedades históricas, un par de grupos marginales de expertos en ocultismo, cultos a la personalidad, psíquicos televisivos, héroes de cómics...

—Vale, ya lo pillo —repuse. Volví la página y de pura memoria, dibujé el símbolo que había visto en la frente del demonio Ursiel—. ¿Reconoces esto?

Las luces de Bob se dilataron.

—¿Estás loco? Harry, rompe ese papel. ¡Quémalo!

Fruncí el ceño.

—Bob, espera un poco...

—¡Ahora!

La voz de la calavera sonaba aterrada, y yo me pongo nervioso cuando Bob se asusta. Hay pocas cosas que inquieten a Bob y lo saquen de su habitual pose de consejero sabelotodo. Rompí el papel.

—Así que lo has reconocido.

—Sí. Y no quiero tener nada que ver con esa chusma.

—De eso nada, Bob. Necesito información. Están en la ciudad, me han tendido una emboscada y estoy seguro de que quieren el Sudario.

—Pues que se lo queden —dijo Bob—. No, en serio. No tienes ni idea de la clase de poder que tiene ese grupito.

—Los caídos, lo sé —respondí—. La Orden de los Denarios Negros. Pero ellos también deben respetar las reglas, ¿no?

—Harry, no son solo los caídos. Las personas que han atrapado son casi tan malas como ellos. Asesinos, envenenadores, guerreros, brujos...

—¿Brujos?

—Las monedas los convierten en inmortales. Algunos miembros de la Orden llevan hasta mil años haciendo magia, puede que más. Con todo ese tiempo, incluso al más modesto de los talentos le salen dientes. No importa todo lo que hayan aprendido con la experiencia o lo que les haya proporcionado mayor fuerza, incluso sin superpoderes infernales, seguirían siendo muy chungos.

Fruncí el ceño y rompí el papel en trozos aún más pequeños.

—¿Lo bastante chungos para realizar la maldición?

—No hay duda de que tienen los conocimientos. Pero son tan chungos que no necesitarían recurrir a algo tan grande.

—Genial —repuse. Me froté los ojos—. Vale, bien. Hay peces gordos por todas partes. Quiero que encuentres el Sudario.

—No puedo —dijo Bob.

—Enróllate un poco, Bob. ¿Cuántos trapos de lino de dos mil años hay en la ciudad?

—No se trata de eso, Harry. El Sudario no...

Bob parecía no encontrar las palabras adecuadas.

—No existe en la misma longitud de onda que yo. Está fuera de mi jurisdicción.

—¿Pero qué dices?

—Soy un espíritu de intelecto, Harry. De razón, de lógica. El Sudario es otra cosa. Es un símbolo de fe.

—¿Qué? —pregunté—. Eso no tiene sentido.

—No lo sabes todo, Harry —dijo Bob—. Ni siquiera sabes mucho. Al Sudario no lo puedo tocar. No puedo ni acercarme. Y si lo intentara, estaría cruzando unos límites prohibidos. No pienso enfrentarme a los ángeles, Dresden, caídos o no.

Suspiré y alcé las manos.

—Vale, vale. ¿Conoces a alguien con quien pueda hablar?

Bob guardó silencio por un momento antes de decir:

—Quizá. Ulsharavas.

—¿Ulsha qué?

—Ulsharavas. Una aliada de los *loa*, es un espíritu oráculo. Tienes los detalles hacia la mitad de tu copia de La guía Dumont de Invocacionadores.

—¿Cómo son sus tarifas?

—Razonables —contestó Bob—. Tienes todo lo necesario para la invocación. Y no es especialmente retorcida.

—¿Ah no?

—Los *loa* son en el fondo buena gente, pero también tienen un lado oscuro. Ulsharavas es una guía muy amable, pero ya ha dado más de una sorpresa. No bajas la guardia.

—No lo haré —dije con el ceño fruncido—. Una cosa más. Pásate por la casa de Marcone y comprueba si hay algo interesante por allí. No tienes que ir en plan inspector Clouseau, solo echa un rápido vistazo.

—¿Crees que Marcone está metido en esto?

—Sus chicos han intentado matarme, así que no está de más investigar un poco. Te doy permiso para que salgas en busca de información, Bob. Vuelve antes del amanecer. Oh, ¿aún tenemos la receta para el antídoto contra la baba de vampiro?

Una nube de luces naranjas salió volando de la calavera, sobrevoló la mesa y subió las escaleras. La voz de Bob, con una extraña reverberación me llegó flotando:

—Cuaderno rojo. No olvides activar las alarmas mientras estoy fuera.

—Sí, sí —mascullé. Le di a Bob un minuto para que atravesara mis escudos y luego bajé el candelabro con tres velas de colores verde, amarillo y rojo. Encendí la verde y dejé el candelabro a un lado. Saqué la Guía Dumont y leí lo que decía sobre Ulsharavas. Parecía muy sencillo, aunque había que andar con ojo siempre que se atraía algo del Más Allá.

Tardé un par de minutos en reunir lo que iba a necesitar. El espíritu oráculo no podía agenciarse un cuerpo por sí solo, ni siquiera una borrosa nube de luz, como Bob. Necesitaba algo sólido para manifestarse en el mundo mortal. Dumont recomendaba un cadáver reciente, pero como el único que probablemente encontraría sería el mío, busqué un sustituto. Lo encontré en otra caja y lo coloqué en el centro de mi círculo de invocaciones.

Añadí una taza de güisqui y una lata recién abierta de tabaco de mascar Prince Albert, el pago requerido para conseguir que Ulsharavas hiciera acto de presencia. Aquel era el último güisqui que me quedaba y las últimas latas de tabaco, así que añadí «Comprar güisqui y tabaco Prince Albert en lata» a mi lista de cosas pendientes

y la guardé en un bolsillo.

Pasé un par de minutos barriendo el suelo alrededor del círculo, para que ningún pelo o pedazo de papel se colara dentro y estropeará la invocación. Después de meditar durante un rato, dibujé con tiza otro círculo por fuera del de cobre. Luego me tomé un momento para repasar lo que ponía en la guía y después intenté librarme de cualquier distracción.

Respiré hondo y reuní fuerza. Me concentré, me agaché y toqué el círculo de cobre, imbuyéndolo de poder con un ligero golpecito. El círculo de invocaciones se cerró. Sentí un leve cosquilleo en la nuca y un tenue calor en el rostro. Repetí el proceso con el círculo de tiza, añadiendo una segunda capa, y luego me arrodillé a su lado, alzando las manos con las palmas hacia arriba.

—Ulsharavas —murmuré, dotando a las palabras de energía. Mi voz tembló de forma extraña, fluctuando de una forma aparentemente aleatoria—. Ulsharavas. Ulsharavas. El perdido en la ignorancia te busca. El ciego por falta de conocimiento quiere tu luz. Ven a mí, guardiana de la memoria, centinela de lo que ha de venir. Acepta esta ofrenda y responde a mi llamada.

Tras el ritual de palabras, liberé la energía que había estado conteniendo, la dirigí hacia el círculo, y a través de él, salió hacia el Más Allá, en busca del espíritu oráculo.

La respuesta fue inmediata. Un repentino torbellino de luz apareció dentro del círculo de cobre e hizo visible la barrera que lo delimitaba como un plano curvo de chispas azules. Las luces descendieron sobre el cuerpo elegido, un momento después se estremeció y a continuación se sentó.

—Bienvenido, oráculo —dije—. Bob, la Calavera me dijo que quizá podrías ayudarme.

La miniatura humana estiró sus brazos regordetes. Después pestañeó y se los miró, entonces se puso en pie y se contempló. Luego me miró, alzando una ceja y preguntó con una fina vocecita:

—¿Una muñeca repollo? ¿Esperas que te ayude con esto puesto?

Era una muñeca muy mona. Unos tirabuzones dorados caían sobre sus hombros de felpa, llevaba un vestido campestre como del siglo pasado, varios lazos a juego y unos zapatos negros que completaban el conjunto.

—Oh ya, lo siento —me excusé—. No tenía otra cosa con dos brazos y dos piernas, y ando mal de tiempo.

Ulsharavas, la Muñeca Repollo suspiró y se sentó dentro del círculo con las piernas estiradas como un osito de peluche. Le costó un poco coger la taza de güisqui que a su lado resultaba descomunal, pero lo consiguió. Parecía que levantase un enorme barril, pero se ventiló el güisqui de un solo trago. No sé adonde fue, ya que la muñeca en realidad no tenía boca ni estómago, pero no derramó ni una gota. Después

metió una manita en la lata de tabaco y se llevó un puñado a la boca.

—Bueno —dijo mientras masticaba—, quieres saber dónde está el Sudario y quién lo ha robado.

La miré sorprendido.

—Pues sí. Vaya, eres muy buena.

—Hay dos problemas.

Fruncí el ceño.

—Vale, ¿cuáles son?

Ulsharavas me miró fijamente y dijo:

—Primero, yo no trabajo para *bokkors*.

—Yo no soy un *bokkor* —protesté.

—Tampoco un *houngun*. Ni un *mambo*. Lo que quiere decir que eres un brujo.

—Un mago —la corregí—. Pertenezco al Consejo Blanco.

La muñeca ladeó la cabeza.

—Estás marcado —dijo—. Detecto magia negra a tu alrededor.

—Es una larga historia —contesté—. Pero la mayoría no es mía.

—Pero hay otra que sí lo es.

La miré molesto y luego asentí.

—Vale, quizá haya tomado un par de decisiones equivocadas.

—También eres sincero —señaló Ulsharavas—. Con eso me vale. El segundo problema es mi tarifa.

—¿Qué tenías pensado?

La muñeca volvió la cabeza para escupir y el tabaco mascado cayó al suelo.

—Una respuesta sincera a una pregunta. Contéstame y te diré lo que quieres saber.

—Sí, claro —dije—. Y ahora es cuando me preguntas mi nombre. Esta ya me la sé.

—No he dicho que tengas que darme una respuesta completa —dijo la muñeca—. Desde luego no pretendo ponerte en peligro. Pero lo que digas, tiene que ser sincero.

Pensé en su propuesta durante un minuto y luego dije:

—Vale, hecho.

Ulsharavas se metió más tabaco en la boca y comenzó a mascar.

—Respóndeme solo a esto. ¿Por qué haces lo que haces?

La miré extrañado.

—¿Te refieres a ahora?

—Me refiero a siempre —contestó—. ¿Por qué eres mago? ¿Por qué no ocultas tu condición? ¿Por qué ayudas a otros mortales?

—Eh... —dije. Me puse de pie y me acerqué a la mesa—. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Exacto —dijo la muñeca, y escupió—. Podrías hacer muchas otras cosas. Podrías buscar un propósito a tu vida de otra forma. Podrías recluirte y estudiar. Podrías utilizar tu habilidad para conseguir bienes materiales y riquezas. Incluso dentro de tu profesión de detective, podrías hacer más por evitar ciertos enfrentamientos. Pero en lugar de eso, vives en una casa pobre, tienes un despacho mísero y te enfrentas a toda clase de enemigos, mortales y sobrenaturales. ¿Por qué?

Me senté sobre la mesa, crucé los brazos y miré pensativo a la muñeca.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una muy importante —dijo—. Y que accediste a contestar con sinceridad.

—Bueno —repuse—, supongo que quería hacer algo para ayudar a la gente. Algo que se me diera bien.

—¿Esa es la razón? —preguntó.

Le di vueltas a la idea durante un momento. ¿Por qué había comenzado con todo aquello? Porque bueno, casi cada pocos meses me veía involucrado en situaciones que podían terminar conmigo asesinado de mil maneras terribles. La mayoría de los magos nunca tenían esos problemas. Se quedaban en casa, se ocupaban de sus asuntos y generalmente, seguían con sus vidas como si nada. No retaban a otras fuerzas sobrenaturales. No hablaban en público de su condición de magos. No se metían en líos por fisgar en los asuntos de otras personas, previo pago o de forma gratuita. No comenzaban guerras, no los retaba en duelo un caudillo de los vampiros, ni les destrozaban las ventanas del coche a balazos.

Entonces, ¿por qué lo hacía? ¿No sería un masoquista con tendencias suicidas? Quizá padeciese algún tipo de disfunción psicológica...

¿Por qué?

—No lo sé —dije por fin—. Supongo que tampoco he pensado mucho en ello.

La muñeca me miró con una intensidad inquietante durante un minuto antes de asentir.

—¿No crees que deberías?

Bajé la mirada hacia mis zapatos y no contesté.

Ulsharavas cogió un último puñado de tabaco, volvió a sentarse y se recolocó el vestido con decoro.

—El Sudario y los ladrones que buscas están en un pequeño barco alquilado, anclado en el puerto. Es un yate de placer llamado *Etranger*.

Asentí y exhalé por la nariz.

—Vale, pues gracias por tu ayuda.

Ulsharavas alzó una manita.

—Una cosa más, mago. Debes saber por qué los caballeros del Dios Blanco quieren que te alejes del Sudario.

Alcé una ceja.

—¿Porqué?

—Les han revelado parte de una profecía. Según dicha profecía, si buscas el Sudario, es casi seguro que morirás.

—¿Es solo una parte de la profecía? —pregunté.

—Sí. Su adversario escondió la otra parte.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque —dijo Ulsharavas— debes escuchar la segunda parte de la profecía si quieres restaurar el equilibrio.

—Ah, vale.

La muñeca asintió y fijó en mí su inquietante mirada.

—Si buscas el Sudario, Harry Dresden, es casi seguro que morirás.

—Ya —dije—. ¿Y qué pasa si no lo busco?

La muñeca se recostó y unas lucecitas comenzaron a abandonar su cuerpo para dirigirse al lugar del Más Allá de donde Ulsharavas había venido. Su voz sonó apagada, como si hablara desde muy lejos.

—Si no lo buscas, todos morirán. Y esta ciudad con ellos.

Capítulo 9

Odio las advertencias crípticas. Ya sé que el concepto de críptico y todo lo que engloba, forma parte del mundo de la magia, pero a mí no me va. Es decir, ¿para qué sirve una advertencia así? Los tres caballeros y la población de Chicago desaparecerían si no me involucraba, y alguien sacaría mi número si lo hacía. Aquello sonaba a profecía autocumplida, o a una chorrada de esas.

Las profecías a veces vienen bien, no me malinterpretéis. Los mortales, incluso los magos, todos existimos en un punto finito dentro del fluir del tiempo. O, con palabras más sencillas, si el tiempo fuera un río, entonces tú y yo seríamos dos cantos rodados. Existimos en un punto y en un momento dado, y nos dejamos llevar por las corrientes. Los espíritus en cambio, no siempre tienen ese tipo de existencia. Algunos se parecen más a un hilo que a una piedra, su presencia es casi indetectable, pero ondean corriente arriba y corriente abajo como parte de su experiencia vital, y de esa forma, aprenden más del río que el canto.

Por eso los espíritus oráculo conocen el futuro y el pasado. Viven en los dos al mismo tiempo y de ahí que sus mensajes sean tan misteriosos. Por eso solo utilizan advertencias breves, sueños enigmáticos, chistes proféticos o el sistema que prefieran para dejar pistas. Si te dicen demasiado, cambiará el futuro que ya están viviendo, así que aconsejan de forma sutil.

Ya. A mí también me da dolor de cabeza.

Yo no me fío mucho de las profecías. Aunque estos espíritus sean muy listos y muy viejos, no lo saben todo. Y con lo chalada que está la gente, no me creo que ningún espíritu sea capaz de concretar de forma irrefutable todos los resultados posibles.

Pero dejando de lado las profecías, verdaderas o no, ahora no podía rechazar el caso. En primer lugar, me habían pagado por adelantado y carecía de la holgura financiera necesaria para renunciar al dinero y pagar las facturas al mismo tiempo.

En segundo, el riesgo de muerte inminente ya no me impactaba tanto como antes. No es que no me asustara. Claro que me daba miedo, y era uno de esos miedos inquietantes y horribles que te bloquean y que no sabes cómo abordar. Pero ya había vivido esa situación antes, y lo podía hacer de nuevo.

¿Quieres saber qué otra razón tenía para no echarme atrás? No me gusta que me manipulen. No me gustan las amenazas. Aunque fueran tan educadas, bienintencionadas y amables como la de Michael, me seguían entrando ganas de pegarle a alguien un puñetazo en la nariz. La profecía del oráculo era otra amenaza, aunque encubierta, y yo no permito que ningún espíritu del Más Allá me diga lo que tengo que hacer.

Y para terminar, si la profecía era cierta, Michael y sus hermanos caballeros

podrían estar en peligro, y no hacía mucho que me habían salvado el culo. Los podía ayudar. Quizá fueran lo más cuando se trataba de enfrentarse a los malos en una pelea, pero no eran detectives. No podían dar con los ladrones como yo. Solo tenía que hacerlos entrar en razón. Una vez convencidos de que la profecía que habían recibido no era del todo correcta, todo iría bien.

Pff, claro.

Aparté aquellos pensamientos y miré el reloj. Quería seguir la pista de Ulsharavas lo antes posible, pero estaba cansado y así era fácil cometer errores. Con todos los malos sueltos por la ciudad, no tenía sentido salir de noche exhausto y sin un plan. Era mejor esperar a que las pociones estuvieran listas y a que Bob regresara de su misión. La luz del sol reduciría considerablemente el peligro ya que tiene el efecto de incinerar a los vampiros de la Corte Roja y dudaba mucho que a los pirados de los denarios les sentara bien.

Establecidas las prioridades, comprobé mis notas y comencé a preparar un par de pociones que me darían unas cuantas horas de protección contra el veneno narcótico de los vampiros de la Corte Roja. Las pociones eran sencillas. Para elaborar cualquier poción se necesita un líquido como base y luego varios ingredientes con los que se consigue que la magia con la que has imbuido la poción tenga el efecto deseado. Se usa un ingrediente ligado a cada uno de los cinco sentidos, luego otro a la mente y otro al espíritu.

En este caso, quería algo que contrarrestara la saliva venenosa de los vampiros de la Corte Roja, un narcótico que tenía el efecto de provocar euforia y abandono. Necesitaba una poción que destruyera las sensaciones placenteras del veneno.

Utilicé café rancio como ingrediente base. Luego añadí pelos de mofeta, por el olfato. Un trozo pequeño de papel de lija, por el tacto. Eché una foto pequeña de Meat Loaf que corté de una revista, por la vista. El canto de un gallo que guardaba en un pequeño cristal de cuarzo, por el oído, y una aspirina en polvo, por el gusto. Recorté el cartelito con la advertencia de sanidad de un paquete de cigarrillos y lo trocéé como ingrediente ligado a la mente. Después encendí un palito de incienso de los que a veces utilizo mientras medito y dirigí algo del humo hacia los dos recipientes, por el espíritu. Una vez que las pociones comenzaron a bullir sobre el quemador, añadí un poco de mi agotada voluntad, liberé la fuerza sobre las mezclas, y las rocié con energía. Burbujearon y subieron con un entusiasmo gratificante.

Las dejé cocer durante un rato, luego las aparté del fuego y las vacié en un par de botellas de plástico. Después me derrumbé sobre un taburete y esperé a que Bob regresara.

Debí de quedarme dormido porque, cuando sonó el teléfono, me levanté sobresaltado y casi me caigo de la silla. Subí la escalera y descolgué.

—Dresden.

—Hoss —dijo una voz ronca y seria desde el otro lado, era Ebenezer McCoy, un antiguo profesor—. ¿Te he despertado?

—No, señor —contesté—. Estaba levantado, trabajando en un caso.

—Suenas tan cansado como la mula de una mina de carbón.

—No me he acostado.

—Ajá —dijo Ebenezer—. Hoss, te llamo para que no te preocupes por la chorrada esa del duelo. Lo vamos a cancelar.

Ebenezer se refería a los miembros del Consejo de Veteranos; siete de los magos más experimentados del Consejo Blanco imbuidos con una autoridad especial que hacían valer sobre todo en los momentos de crisis, cuando había que tomar decisiones rápidamente. Ebenezer había renunciado a formar parte del Consejo de Veteranos durante casi cincuenta años, pero acabó aceptando para bloquear un ataque político potencialmente fatal de los miembros más conservadores del Consejo Blanco contra este que os habla.

—¿Cancelarlo? No, no lo hagáis.

—¿Qué? —preguntó Ebenezer—. ¿Quieres batirte en duelo? ¿Te has golpeado la cabeza, hijo?

Me froté los ojos.

—Sé que parece una locura. Pero ya se me ocurrirá algo para tener alguna opción de ganar.

—Tengo entendido que tienes ya bastante entre manos como para dejar que ese vampiro te apabulle.

—Pero sabía cómo hacerlo —respondí—. Ortega ha traído a un puñado de matones a la ciudad. Vampiros y pistoleros. Dice que si no me enfrento a él, va a matar a mis amigos.

Ebenezer escupió algo en lo que supuse era gaélico.

—Pues más vale que me digas qué ocurrió.

Le conté a Ebenezer mi encuentro con Ortega.

—Oh, y uno de mis contactos dice que la Corte Roja está dividida con respecto a esto. Son muchos los que no quieren que la guerra acabe.

—Pues claro —dijo Ebenezer—. El idiota del Merlín no nos deja pasar a la ofensiva. Cree que sus puñeteras protecciones harán que se rindan.

—¿Cómo están funcionando? —pregunté.

—De momento bien —admitió Ebenezer—. Las protecciones han repelido un gran ataque. Ya no han muerto más miembros del Consejo por asaltos a sus viviendas, aunque los aliados de la Corte Roja están presionando a los nuestros, y unos cuantos centinelas han caído en misiones de espionaje. Pero esto no durará mucho. No puedes ganar una guerra sentado detrás de un muro, esperando que el enemigo se aburra y se vaya.

—¿Qué crees que deberíamos hacer?

—Oficialmente —dijo Ebenezar—, seguir las indicaciones del Merlín. Ahora más que nunca debemos mantenernos unidos.

—¿Y extraoficialmente?

—Piensa un poco —resopló Ebenezar—. Si no hacemos nada, los vampiros ahuyentarán o acabarán con nuestros aliados y luego, tendremos que enfrentarnos a ellos sin ayuda. Oye, Hoss, ¿seguro que quieres batirte en duelo?

—Claro que no —repuse—. Pero en ese momento no tuve más remedio que aceptar. Ya se me ocurrirá algo. Si gano, sería bueno para el Consejo. Un terreno neutral para reunirse y negociar podría venirnos bien.

Ebenezar suspiró.

—Sí. El Merlín pensará lo mismo. —Guardó silencio por un momento y luego dijo—: ¿Esto no se parece en nada a la vida en la granja, eh Hoss?

—No mucho —admití.

—¿Recuerdas el telescopio que montamos en el tejado?

Ebenezar me enseñó todo lo que sé de astronomía durante las largas y oscuras noches de verano que pasamos sentados en la parte de arriba del granero, con las puertas abiertas y millones de estrellas brillando sobre nuestras cabezas, en la oscuridad de las montañas Ozark.

—Lo recuerdo. Y aquel asteroide que descubrimos y luego resultó ser un viejo satélite ruso.

—Asteroide Dresden era un nombre mucho mejor que Kosmos Cinco. —Rió y luego añadió pensativo—: ¿Recuerdas lo que pasó con ese telescopio y con todo lo demás? Siempre quiero preguntártelo, pero al final se me olvida.

—Lo guardamos dentro de un baúl, en el establo.

—¿Con los cuadernos de las observaciones?

—Sí —respondí.

—Oh, muy bien —dijo Ebenezar—. Gracias.

—De nada.

—Hoss, daremos luz verde al duelo si eso es lo que quieres. Pero ten cuidado.

—No tengo pensado morirme todavía —dije—. Pero si me ocurriera algo... —Tosí—. Bueno, si pasara algo, tengo unos papeles en el laboratorio. Sabrás como encontrarlos. Quiero asegurarme de que algunas personas quedan a salvo.

—Por supuesto —dijo Ebenezar—. Pero es probable que me convierta en un viejo gruñón si tengo que subir hasta Chicago dos veces en tan poco tiempo.

—Eso sería terrible.

—Buena suerte, Hoss.

—Gracias.

Colgué el teléfono, me froté los cansados ojos y bajé a trompicones al laboratorio.

Ebenazar no lo había dicho, pero la oferta estaba allí, oculta tras el recuerdo de tiempos pasados. Me había ofrecido santuario en su granja. Y no es que no me gustara Chicago, pero la oferta resultaba muy tentadora. Tras un par de duros años dándome de tortas con malos de todo tipo, pasar uno o dos años tranquilos en la granja cerca de Hog Hollow, Misuri, sonaba de maravilla.

Por supuesto, la seguridad que evocaba aquella imagen era una ilusión. La casa de Ebenazar estaría tan bien protegida como la de cualquier otro mago del planeta, y aunque el viejo podía ser un enemigo terrible, la Corte Roja de los vampiros tenía una gran red de apoyo y generalmente no se molestaban en jugar limpio. El verano anterior destruyeron una fortaleza llena de magos, y si entraron allí, podrían hacer lo mismo con el escondite de Ebenazar en Ozark. Si me marchaba al campo y lo descubrían, la granja de mi amigo sería un objetivo demasiado tentador para dejarlo pasar.

Ebenazar también lo sabía, pero él y yo nos parecemos en una cosa, a él tampoco le gustan los abusos. Me acogería encantado y lucharía hasta la muerte contra los rojos si había que hacerlo. Sin embargo yo no quería complicarle la vida de esa manera. Agradecía su apoyo, pero le debía demasiado como para hacerle esa faena.

Además, en Chicago estaba casi igual de seguro. Mis propios conjuros protectores, pantallas defensivas de magia que protegen el apartamento, me habían mantenido sano y salvo durante el último par de años, y la presencia de una gran población mortal evitaba que los vampiros intentaran nada en público. Aparte de los magos y los vampiros, todos en la comunidad sobrenatural sabían muy bien que los simplones y aburridos mortales eran una de las fuerzas más peligrosas de la naturaleza, y procuraban no llamar demasiado la atención de la población en su conjunto.

La población en su conjunto, mientras tanto, hacía todo lo que podía para ignorar la existencia de todo lo sobrenatural, con bastante éxito por cierto. Los vampiros me habían atacado una o dos veces desde el comienzo de la guerra, pero no fue nada que no pudiera controlar, y siempre se cuidaban mucho de no hacerse notar demasiado.

De ahí el desafío de Ortega.

Y bien, ¿cómo coño iba a combatir en un duelo sin usar la magia?

La cama me llamaba, pero ese pensamiento no logró evitar que me hiciera más preguntas. Caminé intranquilo por el cuarto de estar durante un rato, intentando pensar en algún tipo de arma que me diera la mayor ventaja. Ortega era más fuerte, más rápido, tenía más experiencia, y era más resistente a las heridas que yo. ¿Qué arma podía escoger que compensara todo eso? Pensé que si pudiéramos transformar el duelo en un concurso de comer *pizza*, quizá tuviera una oportunidad, pero tenía la sensación de que la Pizza Especial Súper Extra Mega Top de Luxe no formaba parte del arsenal aprobado.

Miré de nuevo el reloj y torcí el gesto. Solo quedaban unos minutos para el amanecer y Bob aún no había vuelto. Bob era un ser espiritual, un espíritu de intelecto de uno de los rincones más surrealistas del Más Allá. No es que fuera malo, más bien carecía de cualquier tipo de moral, sin embargo al ser un espíritu, la luz del día era una amenaza para él al igual que para los vampiros de la Corte Roja. Si lo atrapaba, podía matarlo.

Faltaban dos minutos para el amanecer cuando llegó Bob. Bajó flotando las escaleras y se dirigió hacia la calavera.

Algo iba mal.

La nube de lucecitas parecida a un remolino de chispas de tenue brillo que era la manifestación de Bob, dio bandazos a izquierda y derecha antes de llegar a la balda donde estaba la calavera. Una estela de gotas púrpura de plasma brillante cayeron de la nube a su paso, convirtiéndose al golpear el suelo en grumos de gelatina transparente. La nube se metió en la calavera y tras un momento, unas tenues llamas violetas aparecieron en sus cuencas vacías.

—*Uau* —dijo Bob con voz cansada.

—¡Madre mía! —mascullé—. Bob, ¿estás bien?

—No.

¿Bob? ¿Monosilábico? Mierda.

—¿Puedo hacer algo para ayudarte?

—No —respondió sin energía—, descanso.

—Pero...

—Debo... informar —dijo Bob.

Vale. Le había enviado a cumplir una misión y tenía ganas de acabar de una vez.

—¿Qué ha pasado?

—Protecciones —respondió Bob—. En casa de Marcone.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Qué?

—Protecciones —repitió Bob.

Me senté sobre el taburete.

—¿Cómo ha conseguido Marcone esas protecciones?

El tono de Bob mostró cierto desdén.

—¿Con magia?

El sarcasmo me tranquilizó un poco. Si tenía humor para hacerse el listo, probablemente no estaba tan mal.

—¿Sabes quién tejió las protecciones?

—No. Demasiado buenas.

Joder. Para dejar así a Bob el conjuro tenía que ser de los potentes. Quizá estuviera peor de lo que pensaba.

—¿Y Ortega?

—En Rothchild —contestó Bob—. Con él hay media docena más de vampiros y unos doce mortales.

Las luces de sus cuencas temblaron y perdieron intensidad. No podía arriesgarme a perder a Bob por exigirle demasiado, y espíritu o no, no era inmortal. No temía a las balas ni a los cuchillos, pero había cosas que podían destruirlo.

—De momento me basta —dije—. Ya me contarás el resto después. Ahora duerme un poco.

Las luces de Bob se apagaron sin decir una palabra más.

Yo miré la calavera preocupado durante un momento y luego negué con la cabeza. Cogí las botellas con las pociones, limpié la zona de trabajo y me di media vuelta dispuesto a marcharme y dejar que Bob descansase.

Me había inclinado sobre las velas escudo para apagarlas cuando la verde siseó y se encogió hasta convertirse en un punto diminuto de luz. La vela amarilla a su lado creció de repente con más brillo que una bombilla encendida.

El corazón comenzó a latirme de forma desaforada y un pánico nervioso bailó sobre mi nuca.

Algo se acercaba al apartamento. Eso es lo que significaba cuando la llama pasaba de la vela verde a la amarilla. Los conjuros de aviso que había extendido a un par de manzanas de mi casa habían detectado actividad sobrenatural hostil.

La vela amarilla se apagó y la vela roja explotó en una llama del tamaño de mi cabeza.

«Piedras y estrellas». El intruso que había disparado el sistema de alarma al que las velas estaban conectadas se acercaba; y era grande. O eran muchos. Y avanzaban rápido, porque la vela roja se encendió enseguida. Ya estarían a escasos metros de mi casa.

Subí la escalera de mi laboratorio como una exhalación y me preparé para luchar.

Capítulo 10

Subí la escalera a tiempo de escuchar como se cerraba la puerta de un coche en la calle. Perdí mi *Mágnam 357* el verano anterior, en una batalla entre las Cortes de las Hadas que tuvo lugar en las nubes sobre el lago Michigan, por eso ahora guardaba la 44 del despacho en casa. Estaba en su cinto, en una percha junto a la puerta, justo encima de una cesta metálica que colgaba de la pared. En ella guardaba agua bendita, un par de cabezas de ajo, viales de sal y esquirlas de hierro; todo pesando como regalo destinado a aquello que asomara por la puerta e intentara chuparme la sangre, llevarme al mundo de las hadas o venderme galletas rancias.

La puerta estaba reforzada con acero y era más resistente que el muro que la rodeaba. Una vez se presentó en casa un demonio, y aquella era una experiencia que no quisiera repetir. Además, no podía comprar más muebles, aunque fueran de segunda mano.

Me puse el cinturón con la pistola, agité mi brazalete escudo y cogí el bastón y la varita mágica. Cualquier cosa que traspasara la puerta tendría que vérselas con mi umbral, el aura de energía protectora de la casa. A la mayoría de los entes sobrenaturales no se les daban bien los umbrales. Después, tendría que atravesar mis escudos, barreras de energía geoméricamente alineadas que bloquearían el paso a cualquier intruso corpóreo o mágico, devolviendo la energía a su fuente. Un pequeño y débil tanteo de mis escudos resultaría en un empuje similar contra aquello que intentaba atravesarlos. Un empuje más violento únicamente serviría para que el atacante recibiera un golpe similar. Entre los escudos había sellos de fuego y hielo, que están pensados para liberar explosiones de energía destructiva casi tan potente como la típica mina antipersonas.

Era una defensa sólida y estratificada. Con suerte, bastaría para evitar que aquello que se acercaba, llegara siquiera a la puerta.

Pero como soy un tío tan suertudo, respiré hondo, apunté la varita hacia la puerta y aguardé.

No tardó mucho. Yo esperaba fogonazos de descargas mágicas, aullidos demoníacos, y quizá algo de pirotecnia cuando la magia maligna chocara contra mis conjuros defensivos. En lugar de eso, llamaron educadamente a la puerta.

Fijé la mirada en la puerta desconfiado y luego pregunté:

—¿Quién es?

Una voz profunda y áspera de hombre gruñó:

—El Archivo.

¡Qué coño!

—¿El Archivo qué más?

Evidentemente el sujeto no tenía mucho sentido del humor.

—El Archivo —repitió la voz con firmeza—. El Archivo ha sido seleccionado como emisario en su disputa y está aquí para hablar con el mago Dresden sobre el duelo.

Fruncí el ceño. Recordé vagamente que en la última reunión del Consejo Blanco a la que asistí, alguien se refirió al tal Archivo como parte neutral. En aquel momento imaginé que se trataba de algún tipo de biblioteca arcana. La verdad es que tenía otras cosas en las que pensar en aquel tiempo y no escuché con mucha atención.

—¿Cómo puedo saber que eres quien dices?

Escuché el roce del papel contra la piedra y la esquina de un sobre apareció por debajo de mi puerta.

—La documentación, mago Dresden —respondió la voz—. Y la solicitud de acogerme a las leyes de la hospitalidad durante mi vista.

Sentí como se reducía algo la tensión en mis hombros. Eso era lo bueno de tratar con la comunidad sobrenatural. Si algo te daba su palabra, podías estar tranquilo. Relativamente.

Aunque bueno, quizá el problema fuera mío. De hecho, de todos los seres que he encontrado, yo he sido el más traicionero en lo que se refiere a mantener mi palabra. Quizá por eso me cuesta tanto confiar en la de los demás.

Recogí el sobre y desdoblé una hoja de papel normal donde se certificaba que su portador había sido escogido por el Consejo Blanco para actuar como emisario en el duelo. Pasé la mano por encima y murmuré un conjuro rápido con la última contraseña que me habían pasado los centinelas, y en respuesta apareció un pequeño y brillante pentáculo en el centro de la hoja como una marca de agua luminiscente. Era auténtico.

Doblé el papel, pero no solté ni el bastón ni la varita, al menos de momento. Quité el cerrojo, levanté los escudos y abrí la puerta lo bastante para echar un vistazo.

Enfrente había un hombre. Era casi tal alto como yo, pero parecía más corpulento, con unas espaldas lo bastante anchas como para hacer que la chaqueta negra y holgada que vestía le estuviera un poco prieta a la altura de los bíceps. Además llevaba una camisa azul marino y estaba colocado de tal forma que desde donde me encontraba, podía ver las arrugas provocadas por la funda de una pistola. Una gorra negra de béisbol le ocultaba en parte el pelo rubio oscuro que de otra manera le habría caído sobre los hombros. No se había afeitado en varios días y tenía una pequeña cicatriz blanca bajo la boca que resaltaba la hendidura de su barbilla. Tenía unos ojos azul grisáceo extrañamente inexpresivos. No es que ocultara lo que sentía. Era más bien como si no hubiera nada ahí dentro.

—¿Dresden? —preguntó.

—Sí. —Lo miré de arriba abajo—. No pareces muy Archivero.

Alzó las cejas, en expresión de tibio interés.

—Soy Kincaid. Vas armado.

—Solo cuando recibo visitas.

—Nunca había visto a nadie del Consejo con un arma. Bien hecho. —Se volvió y agitó la mano—. No tardaremos mucho.

Miré por encima de su hombro.

—¿A qué te refieres?

Un segundo después, una niña pequeña comenzó a bajar las escaleras, agarrándose con una mano a la barandilla. Era una monada, tendría unos siete años, el pelo rubio, liso y fino, como el de los bebés, y lo llevaba sujeto con una diadema. Vestía un sencillo pichi con una blusa blanca, zapatos negros y una parka que parecía algo excesivo para el tiempo que hacía.

Miré a la niña y luego a Kincaid y dije:

—No puedes traer a la cría a estas cosas.

—Claro que sí —dijo Kincaid.

—¿Es qué no encontraste niñera?

La niña se detuvo a un par de peldaños del final de la escalera, de modo que su cabeza y la mía estaban a la misma altura y dijo con una voz seria y marcada por un ligero acento británico:

—Él es mi niñera.

Sentí como las cejas se me disparaban.

—O para ser más precisos, mi conductor —dijo—. ¿Nos dejas pasar? Lo prefiero a quedarme fuera.

Miré fijamente a la cría durante un segundo.

—¿No eres un poco baja para ser bibliotecaria?

—No soy bibliotecaria —repuso la niña—. Soy el Archivo.

—Un momento —dije—. ¿Cómo qué...?

—Soy el Archivo —repitió con voz tranquila y segura—. Supongo que tus escudos detectarían mi presencia. Parecían funcionar bien.

—¿Tú? —dije—. Tienes que estar de coña. —Extendí con cuidado mis sentidos de mago en su dirección. El aire a su alrededor vibraba con energía, diferente de la que esperaba encontrar en torno a un mago, pero igualmente fuerte; era un ronroneo sordo y peligroso como el de las líneas de alta tensión.

Tuve que contener un súbito rictus de aprensión. La niña tenía poder. Tenía un huevo de poder. El suficiente para preguntarme si mis escudos habrían bastado para detenerla si hubiese decidido atravesarlos. El suficiente para hacerme pensar en el pequeño Biily Mummy, el chaval omnipotente de aquel antiguo episodio de *La dimensión desconocida*.

Me contempló con sus implacables ojos azules a los que de repente yo no quería mirar.

—Te lo puedo explicar, mago —dijo—. Pero no aquí fuera. No tengo interés ni deseo alguno en hacerte daño. Más bien lo contrario.

Fruncí el ceño.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo —dijo la niña con solemnidad.

—¿Y que si no, te parta un rayo aquí mismo?

Dibujó una «x» sobre su pecho con el dedo índice.

—Y que si no, me parta un rayo.

Kincaid subió un par de peldaños y miró con prevención la calle.

—Decídate, Dresden, no voy a dejar que se quede aquí fuera por más tiempo.

—¿Y él, qué? —pregunté al Archivo y señalé a Kincaid con la cabeza—. ¿Es de fiar?

—¿Kincaid? —preguntó la niña con cierto desinterés—. ¿Eres de fiar?

—Has pagado hasta abril —contestó el hombre mientras seguía vigilando la calle—. Después puede que consiga alguna oferta mejor.

—Ahí lo tienes —dijo la niña—. Kincaid es de fiar hasta abril. Es un hombre con ética, aunque un tanto particular. —Se estremeció y metió las manos en los bolsillos de su parka. Se encogió de hombros y me miró a la cara.

En general, mis primeras impresiones sobre la gente (salvo que sean mujeres que podrían hacer cosas de mayores conmigo) son bastante acertadas. Creí en la sinceridad del Archivo. Además, era una monada y parecía que empezaba a tener frío.

—Vale —dije—. Pasa.

Me aparté y abrí la puerta. El Archivo entró y le dijo a Kincaid:

—Espera en el coche. Ven a buscarme dentro de diez minutos.

Kincaid la contempló con el ceño fruncido. Luego me miró.

—¿Seguro?

—Sí. —El Archivo pasó junto a mí y comenzó a desabrocharse el abrigo—. Diez minutos. Quiero volver antes de la hora punta.

Kincaid fijó su mirada vacía sobre mí y dijo:

—Sé bueno con la niña, mago. Conozco a los de tu ralea.

—Recibo más amenazas antes de las nueve que la mayoría de la gente en todo un día —respondí, y le cerré la puerta en las narices. Solo por darme el gustazo. Luego eché el cerrojo.

¿Chulo, yo? Qué va.

Encendí un par de velas para tener un poco más de luz en el cuarto de estar, removí el fuego y añadí un poco más de leña en cuanto vi que las brasas se encendían. Mientras estaba en ello, el Archivo se quitó el abrigo, lo dobló con cuidado, lo dejó sobre el brazo de uno de mis cómodos y mullidos sillones y se sentó,

con la espalda recta y las manos sobre el regazo. Sus zapatitos negros se balanceaban adelante y atrás sobre el suelo.

La miré un tanto extrañado. No es que no me gusten los críos ni nada de eso, pero no había tratado a muchos. Ahora tenía a una niña sentada en casa esperando que hablara conmigo sobre un duelo. ¿Cómo coño una niña pequeña, aunque tuviera un rico vocabulario, había sido elegida emisario?

—Bueno, ¿cómo te llamas?

—El Archivo —contestó.

—Sí, eso ya lo sé, pero me refiero a tu nombre. Cómo te llama la gente.

—El Archivo —repitió—. No tengo otro nombre. Soy el Archivo, siempre lo he sido.

—No eres humana —dije.

—Incorrecto. Soy una humana de siete años.

—¿Sin nombre? Todo el mundo tiene nombre —repuse—. Yo no puedo llamarte el Archivo.

La niña inclinó la cabeza a un lado al tiempo que arqueaba una ceja dorada.

—¿Y cómo me quieres llamar?

—Ivy —respondí al instante.

—¿Por qué Ivy? —preguntó.

—¿Eres el Archivo, no? Arch-ivo. Arch-ivito. Ivy.

La niña frunció los labios.

—Ivy —dijo y luego asintió lentamente—. Ivy. Muy bien. —Me observó por un momento y añadió—: Adelante, pregúntamelo, mago. Cuanto antes nos quitemos eso de encima mejor.

—¿Quién eres? —pregunté—. ¿Por qué te llaman el Archivo?

Ivy asintió.

—La explicación completa es demasiado complicada para contártela ahora. Pero la versión corta es que soy el recuerdo viviente de la humanidad.

—¿A qué te refieres con el recuerdo viviente?

—Soy la suma del conocimiento humano que ha pasado de generación en generación, de madre a hija. Cultura, ciencia, filosofía, folclore, tradición. Guardo los recuerdos de mil generaciones de humanos. Soy un compendio de todo lo escrito y hablado. Estudio. Aprendo. Ese es mi objetivo, procurar y conservar el conocimiento.

—¿Quieres decir que si se ha escrito, tú lo sabes?

—Lo sé y lo comprendo.

Me senté muy despacio en el sillón y la miré fijamente. Madre mía. Era un concepto casi imposible de asimilar. El conocimiento es poder, y si Ivy me decía la verdad, sabía más que ningún ser vivo.

—¿Cómo conseguiste el puesto?

—Lo heredé de mi madre al nacer —respondió—. Como ella lo heredó de la suya.

—¿Y tu madre permite que un mercenario cuide de ti?

—Claro que no. Mi madre está muerta, mago. —Frunció el ceño—. Bueno, técnicamente, muerta no. Pero todo lo que sabía y todo lo que era pasó a mí. Ella se convirtió en un recipiente vacío. Está en estado vegetativo. —Su mirada se tiñó de nostalgia, de lejanía—. Ahora es libre. Pero desde luego no está viva en el sentido más vital del término.

—Lo siento —dije.

—Pues no sé por qué. Conozco a mi madre y todo lo que la precedió. —Se puso un dedo en la sien—. Está todo aquí.

—¿Sabes cómo hacer magia? —pregunté.

—Prefiero el cálculo.

—Pero sabes hacerla.

—Sí.

Vaya. Si tomaba la reacción de mis escudos como un indicador, significaba que la cría era al menos tan fuerte como cualquier mago del Consejo Blanco. Probablemente más. Pero si eso era cierto...

—Si sabes tanto —dije—, si eres tan poderosa, ¿por qué tienes que contratar a un guardaespaldas para que te traiga aquí?

—No llego a los pedales.

Me dieron ganas de darme de tortas.

—Ah, claro.

Ivy asintió.

—Necesitaré ciertos datos para preparar el duelo. En primer lugar, dónde puedo encontrar a tu padrino y qué arma prefieres.

—Aún no tengo padrino.

Ivy levantó una ceja.

—Entonces tienes hasta la puesta de sol para encontrar uno. Si no, pagarás con el duelo y con tu vida.

—¿Ah, sí? *Hum*, ¿y quién se cobrará?

La niña me miró durante un momento en silencio. Luego dijo:

—Yo me encargaré.

Tragué saliva y un escalofrío me recorrió el cuerpo. La creí. Sabía que podía hacerlo y que lo haría.

—*Hum*, vale, oye. Tampoco he elegido un arma todavía. Si yo...

—Elige una y ya está, Dresden. Voluntad, destreza, energía o cuerpo.

—Espera —dije—. Creía que podía escoger espadas o pistolas o cosas así.

Ivy negó con la cabeza.

—Lee tu copia de los Acuerdos. Yo soy la que pone las reglas, y quiero que se haga a la antigua. Puedes elegir un duelo de voluntad para saber quién de los dos tiene una mayor firmeza de carácter. Puedes poner a prueba tu destreza frente a la de tu oponente con las armas que elijáis cada uno. Podéis enfrentar vuestros campos de energía. O puedes retarlo a un combate sin armas. —Meditó durante unos segundos—. Aunque esto último no te lo aconsejo.

—Gracias —mascullé—. Escogeré la magia. Energía.

—Supongo que sabes que él lo rechazará y estarás obligado a elegir otra.

Suspiré.

—Sí, pero, hasta entonces, no tengo que decidirme, ¿no?

—No —reconoció Ivy.

Se oyó un golpe en la puerta y me levanté para abrirla. Kincaid me saludó con una inclinación de cabeza, luego se asomó y dijo:

—Diez minutos.

—Gracias, Kincaid —dijo Ivy. Se levantó, sacó una tarjeta de visita de un bolsillo y me la ofreció.

—Cuando tengas padrino llama a este número.

Cogí la tarjeta y asentí.

—Vale.

Justo entonces *Mister* salió de mi dormitorio y arqueó la espalda con pereza. Después se acercó a mí y se frotó el costado contra mi pierna a modo de saludo.

Ivy pareció sorprendida, contempló a *Mister* y su rostro de niña de repente se iluminó con una alegría pura y sencilla.

—¡Gatito! —dijo, e inmediatamente se arrodilló para acariciar a *Mister*. Al minino pareció gustarle. Comenzó a ronronear más alto y rodeó a Ivy, frotándose contra ella mientras ella lo acariciaba y le hablaba con cariño.

Mira tú por dónde. Qué mona. Era solo una niña.

Una niña que sabía más que ningún mortal vivo. Una niña con una terrible cantidad de poder mágico. Una niña que me mataría si escurría el bulto. Pero aun así, una niña.

Alcé la vista hacia Kincaid que miraba con el ceño fruncido como Ivy se deshacía con el gato. Negó con la cabeza y murmuró:

—Esto sí que pone los pelos de punta.

Capítulo 11

Ivy parecía reacia a dejar de acariciar a *Mister*, pero finalmente ella y Kincaid se marcharon sin decir más. Cerré la puerta cuando se fueron, me apoyé sobre ella y escuché con los ojos cerrados hasta que se hubieron alejado. No me sentía tan cansado como debería. Probablemente porque, según mi experiencia, aún me quedaba mucho por delante antes de tener una verdadera oportunidad para recuperarme.

Mister se frotó contra mis piernas hasta que me agaché y lo acaricié, tras lo cual se acercó a su cuenco de comida sin prestarme ya la menor atención. Absorto en mis pensamientos, cogí una Coca-Cola de la nevera mientras él comía, serví un poco en un bol y lo dejé en el suelo, junto a *Mister*. Cuando me terminé la lata, ya tenía claro cuál iba a ser mi próximo paso.

Hacer unas llamadas.

Primero llamé al número que Vincent me había dado. Esperaba escuchar el contestador, pero para mi sorpresa respondió Vincent, que con voz tensa y angustiada dijo:

—¿Sí?

—Soy Harry Dresden —contesté—. Me gustaría hablar con usted.

—Ah sí, un momento —dijo Vincent. Oí como decía algo, escuché una conversación de fondo y después unos pasos, luego el ruido de una puerta que se cerraba—. La policía —dijo—. Llevo toda la tarde trabajando con ellos.

—¿Han tenido suerte? —pregunté.

—Solo Dios lo sabe —respondió Vincent—. Pero tal y como yo lo veo, parece que lo único que han conseguido es ponerse de acuerdo sobre qué departamento llevará la investigación.

—¿Homicidios? —pregunté.

La voz cansada de Vincent sonó cortante.

—Sí. Aunque no imagino cómo han llegado a esa conclusión.

—Es año de elecciones. Y todo está bastante politizado —dijo—. Pero una vez que trate con la policía de verdad, todo irá mejor. Hay buena gente en todos los departamentos.

—Eso espero. ¿Ha descubierto algo?

—Tengo una pista. No sé si es buena. Puede que los ladrones estén en un pequeño barco en el puerto. Ahora mismo salgo para allá.

—Muy bien —dijo Vincent.

—Si al final estoy en lo cierto, ¿quiere que avise a la policía?

—Preferiría que me llamara antes a mí —respondió Vincent—. Aún no estoy seguro de si me puedo fiar de la policía de Chicago. No puedo evitar pensar que quizá esa sea la razón de que los ladrones vinieran aquí, quizá tengan algún contacto o

enchufe con las autoridades. Me gustaría disponer del mayor tiempo posible para decidir en quién puedo confiar.

Fruncí el ceño y pensé en los matones de Marcone que me atacaron. El Departamento de Policía de Chicago tenía injusta fama de corrupto, sobre todo debido a la extendida actividad de la mafia durante los años de la Prohibición. Eso ya no tenía sentido, pero la gente es como es, y en el departamento seguramente habría quien tuviera un precio. Marcone ya había conseguido información clasificada en otras ocasiones con preocupante facilidad.

—Puede que sea lo más inteligente. Comprobaré mi pista y lo llamaré. No creo que tarde más de una o dos horas.

—Muy bien. Gracias, señor Dresden. ¿Alguna cosa más?

—Sí —dije—. Debí haber pensado en esto anoche. ¿Tiene algún pedazo del Sudario?

—¿Algún pedazo? —preguntó Vincent.

—Retales o hilos. Sé que se analizaron varias muestras en los años setenta. ¿Tiene usted acceso a alguno de esos pedazos?

—Posiblemente, ¿por qué?

Entonces recordé que Vincent no creía en los fenómenos sobrenaturales, así que no podía decirle que mi intención era utilizar la taumaturgia para localizar el Sudario.

—Para comprobar su autenticidad cuando lo encuentre. No quiero que me engañen con una falsificación.

—Por supuesto. Haré unas llamadas —dijo Vincent—. Pediré que me envíen una muestra por mensajero. Gracias, señor Dresden.

Me despedí, colgué y me quedé mirando el teléfono durante un minuto. Luego respiré profundamente y tecleé el número de Michael.

Aunque el sol apenas había salido, el teléfono sonó solo una vez antes de que una voz femenina dijera:

—¿Sí?

Aquella mujer era mi pesadilla.

—Oh, *hum*, hola, Charity. Soy Harry Dresden.

—¡Hola! —dijo la voz con alegría—. Pero yo no soy Charity.

Vaya, pues resulta que no era mi pesadilla, sino la hija mayor de mi pesadilla.

—¿Molly? —pregunté—. Caray, pareces mayor por teléfono.

La cría rió.

—Sí, incluso me ha visitado el hada de los pechos^[1] y todo. ¿Quieres hablar con mi madre?

Algunos quizá encuentren significativo que tardara un par de segundos en darme cuenta de que no hablaba de forma literal. A veces odio mi vida.

—Pues, *hum*, ¿está tu padre por ahí?

—Así que no quieres hablar con mi madre, vale —dijo—. Mi padre está trabajando en la obra. Ahora te lo paso.

Dejó el auricular y escuché sus pasos alejándose. De fondo se oía una grabación con voces de niños cantando, el ruido de platos y tenedores, y gente hablando. Luego se produjo un susurro y un golpe seco. Supuse que el auricular del otro lado debió de caerse al suelo. Después escuché el sonido de una respiración suave y pesada.

—Haaaarry —suspiró otra voz desde lo que debía de ser la misma habitación. Se parecía mucho a la de Molly, pero era menos alegre—. No, no cariño, no juegues con el teléfono. Dámelo, por favor. —Escuché más chasquidos y luego una mujer dijo—: ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Por un momento me sentí tentado de no decir nada, o incluso de imitar la grabación de un contestador, pero me armé de valor y rechacé la idea. No podía acobardarme. Estaba seguro de que Charity podía oler el miedo incluso a través del teléfono y eso quizá la induciría a atacar.

—Hola, Charity. Soy Harry Dresden, quería hablar con Michael.

Se produjo un momento de silencio durante el cual imaginé a la mujer de Michael entornando los ojos al oír mi voz.

—Supongo que era inevitable —dijo—. Era de esperar que en una situación tan peligrosa como esta, que requiere la intervención de los tres caballeros, tú salieras arrastrándote del agujero en el que vives.

—En realidad no llamo por eso.

—No me sorprende. Tienes tal sentido de la oportunidad que siempre apareces en el peor de los momentos.

—Oh, venga ya, Charity, estás siendo injusta.

El enfado hacía que su voz se volviera más clara y aguda, además de bastante más potente.

—¿Ah sí? Justo en el momento en el que Michael más necesita estar centrado en su labor, mantenerse alerta y andar con mil ojos, llegas tú para distraerlo.

El cabreo y la culpa luchaban por tomar las riendas en mi cabeza.

—Intento ayudar.

—Tiene cicatrices de la última vez que lo ayudaste, Dresden.

Me entraron ganas de aporrear el auricular contra la pared hasta romperlo, pero me contuve una vez más. Aún así, no pude evitar que la amargura agujoneara mis palabras.

—¿No piensas darme una oportunidad, verdad?

—No te la mereces.

—¿Por eso le pusisteis mi nombre a vuestro hijo? —repuse.

—Fue idea de Michael —dijo Charity—. Yo aún estaba bajo los efectos de la anestesia y me encontré con el papeleo resuelto cuando desperté.

Mantuve la voz calmada. O casi.

—Oye, Charity. Siento mucho que pienses eso, pero tengo que hablar con Michael. ¿Está ahí o no?

La línea hizo *clic* cuando alguien cogió otro auricular y Molly dijo:

—Lo siento Harry, pero mi padre no está. Sanya dice que se fue a comprar unos bollos.

—Molly —dijo Charity en tono cortante—, no te entretengas que tienes que ir a clase.

—¡Oh, oh! —dijo Molly—. Te juro que a veces parece que tenga telepatía o algo así.

Casi pude escuchar como Charity rechinaba los dientes.

—No tiene gracia, Molly. Cuelga ahora mismo.

Molly suspiró y dijo antes de colgar:

—¡Señor, sí señor! —Casi me ahogo con un repentino ataque de risa que intenté reconvertir en varias toses por el bien de Charity.

Pero a juzgar por el tono de su voz, yo diría que no se lo tragó.

—Le daré el mensaje.

Vacilé un momento. Quizá debería preguntar si podía ir allí y esperar a que regresara. Charity y yo no nos profesábamos un gran cariño y si no le daba el mensaje a Michael o si tardaba en hacerlo, quizá yo acabara muerto. Michael y los otros caballeros estaban muy ocupados en su búsqueda del Sudario y solo Dios sabía si podría localizarlo en todo el día. Por otro lado, no tenía el tiempo ni la paciencia de esperar sentado dándome de cabezazos contra la antipatía de Charity hasta que Michael volviera.

Charity se había mostrado manifiestamente hostil desde que la conocí. Quería a su marido con locura y temía por su seguridad, sobre todo cuando trabajaba conmigo. En el fondo, yo sabía que su animadversión tenía cierta lógica. A Michael lo habían zurrado de lo lindo estando conmigo. Durante la última misión, uno de los malos que me tenía en su punto de mira, casi mata a Charity y al bebé que esperaba, el pequeño Harry. Ahora a ella le preocupaba lo que le pudiera pasar también al resto de sus hijos.

Yo lo sabía, pero aún así, me dolía.

Tenía que tomar una decisión, confiar en ella o no. Decidí hacerlo. Quizá no le cayera bien a Charity, pero no era cobarde, ni mentirosa. Sabía que Michael querría que se lo dijera.

—¿Y bien, Dresden? —preguntó Charity.

—Dile que necesito hablar con él.

—¿Con respecto a qué?

Por un segundo dudé en comentarle lo de mi pista sobre el Sudario. Pero Michael

creía que me iban a matar si me involucraba. Se tomaba muy en serio eso de proteger a sus amigos y si sabía que estaba en el ajo, me dejaría inconsciente de un porrazo, me encerraría en un armario, y se disculparía después. Decidí que mejor no.

—Dile que necesito un padrino para antes de que anochezca o pasarán cosas malas.

—¿A quién? —preguntó Charity.

—A mí.

Guardó silencio y luego dijo:

—Le daré tu mensaje.

Y después me colgó.

Hice lo mismo con el ceño fruncido.

—Ese momento de silencio seguramente no quiere decir nada —le dije a *Mister*—. No significa que contemplara la posibilidad de dejar que me mataran para proteger a su marido y a sus hijos.

Mister me observó con la enigmática indiferencia de sus ojos felinos. O quizá así es como mira un gato cuando la actividad de su cerebro está bajo mínimos. En cualquier caso, no ayudaba ni resultaba reconfortante.

—No estoy preocupado —dije—. Ni un poco.

Mister alzó el rabo.

Negué con la cabeza, cogí mis cosas y me marché a investigar la pista del puerto.

Capítulo 12

Cuando llegué a Chicago por primera vez, me imaginaba el puerto como un bol gigantesco de agua, con buques y barcos cerca de la orilla y un lejano horizonte con el difuso contorno de los rascacielos de fondo. Y siempre había imaginado a los políticos subversivos vestidos como indios americanos y dando un buen bocado al margen de beneficios de la Compañía de las Indias Orientales.

El puerto de Burham se parecía al aparcamiento de un centro comercial marítimo. Seguramente podría albergar dos o tres campos de fútbol. Los embarcaderos de color blanco se extendían sobre el agua con barcos de recreo y pequeñas barcas de pesca meciéndose en fila sobre la plácida superficie del agua. El olor del lago era una mezcla de peces muertos, algas pegadas a las rocas y aceite de motor. Estacioné el coche en el aparcamiento de la colina, salí, y comprobé que no me faltaba nada. Llevaba el anillo de fuerza en la mano derecha y mi brazalete escudo en la muñeca izquierda; la varita mágica colgaba del interior de mi guardapolvos de cuero y me golpeaba la pierna al caminar. Además añadí al arsenal un spray de pimienta que guardé en un bolsillo del pantalón. Habría preferido traer la pistola, pero ir por ahí con un arma de fuego constituye un delito. Ir con un spray de pimienta no.

Cerré el coche y sentí como una repentina presión me bajaba por la espalda; la forma que tiene mi instinto de advertirme cuando alguien me está vigilando. Mantuve la cabeza gacha, las manos en los bolsillos y caminé hacia el puerto. No giré la cabeza para ver qué había a mi alrededor, sino que intenté mirarlo todo moviendo solo los ojos.

No vi a nadie, pero aquella sensación de que alguien me observaba no desaparecía. No creí que fuera ningún miembro de la Corte Roja. Aún era temprano y el sol no brillaba con mucha fuerza, pero había suficiente luz como para achicharrar a un vampiro. Eso, sin embargo, no desalentaría a otro tipo de asesinos. Y si los ladrones estaban allí, posiblemente vigilarían a cualquiera que se acercara.

Todo lo que podía hacer era caminar a buen paso y esperar que quien me estuviera observando no fuera uno de los matones de Marcone, un esbirro de los vampiros o un pistolero mercenario apuntándome con un arma a la espalda desde varios cientos de metros de distancia.

Encontré el *Etranger* a los pocos minutos; estaba amarrado no muy lejos de la entrada. Era un barco bonito, un pequeño yate de recreo con espacio suficiente para una cómoda cabina. El *Etranger* ya tenía unos añitos, pero estaba limpio y parecía bien cuidado. Una bandera canadiense ondeaba en un pequeño mástil situado cerca de la popa. Caminé por delante de la embarcación con paso decidido y escuché.

Escuchar es un truco que aprendí siendo niño. No es fácil cogerle el tranquillo, el quid está en bloquear todos los demás sonidos para escuchar mejor uno en particular,

como por ejemplo voces lejanas. Más que magia, creo yo, requiere concentración y disciplina. Aunque la magia también ayuda.

—Inaceptable —dijo una sosegada voz de mujer dentro de la cabina del *Etranger*. Tenía un sutil acento mezcla de español y británico—. El trabajo al final ha requerido unos gastos muy superiores a los estimados en un principio. Hay que subir el precio para que eso quede reflejado, nada más. —Se hizo un breve silencio, y luego la mujer añadió—: ¿Entonces quiere una factura para desgravarlo? Ya le dije que el presupuesto era solo una estimación aproximada. Estas cosas pasan. —Otra pausa y la mujer dijo—: Excelente. Como acordamos entonces.

Fijé la mirada en el lago, como si admirara el paisaje, e intenté escuchar algo más. Evidentemente, la conversación había terminado. Eché un vistazo alrededor, pero no había nadie en el puerto en una mañana de diario de febrero. Respiré hondo para tranquilizarme y me acerqué al barco.

A través de la ventana vislumbré una sombra que se movía en la cabina y escuché una especie de pitido. Era el timbre de un teléfono móvil que se encontraba sobre una mesa junto al cuaderno de notas de un hotel. En la ventana apareció una mujer con un vestido de noche largo de seda negra y cogió el aparato. Lo descolgó, guardó silencio durante un momento y luego dijo:

—Lo siento. Se ha equivocado de número.

Observé como depositaba el móvil sobre una mesa y luego como dejaba que el vestido de noche cayera al suelo. Luego vi bastante más. Pero no por gusto. Aquello era un asunto de trabajo. Reparé en que tenía unas curvas bastante inquietantes. ¿Lo ves? Todo un profesional.

Abrió una puerta y vi como salía una nube de vapor. El sonido del agua a presión me llegó con más claridad. Entró y volvió a cerrar la puerta, dejando la cabina desierta.

Tenía una oportunidad. Solo había visto a una mujer, aunque no la había podido identificar como Anna Valmont o Francisca García, los dos ratones de iglesia que quedaban. Tampoco había visto el Santo Sudario colgado del tendedero, secándose al sol. Aún así, tenía la sensación de que había acudido al lugar indicado. Las tripas me decían que confiara en mi informador espiritual.

Tomé una decisión y me subí a la corta pasarela que conducía al *Etranger*.

Tenía que actuar con rapidez. La mujer del barco quizá fuera algo más que aficionada a las duchas largas. Todo lo que necesitaba era entrar, ver si podía encontrar algo que verificara la presencia del Sudario y luego largarme de allí. Si lo hacía bien, podría entrar y salir sin que nadie se enterara.

Bajé las escaleras hacia la cabina con todo el sigilo del que fui capaz. Los peldaños no crujieron. Tuve que agachar la cabeza un poco cuando entré en la cabina. Me quedé junto a la puerta y eché un vistazo alrededor mientras escuchaba el

golpeteo del agua en la ducha. La habitación no era grande y no había muchos lugares donde esconder el Sudario. Una cama de matrimonio se comía casi un cuarto del espacio disponible. Una lavadora y una secadora pequeñas estaban colocadas una sobre otra en una esquina, y encima de todo había una cesta con ropa. Una encimera y una cocina con un par de neveritas ocupaban el resto.

Fruncí el ceño. ¿Dos neveras? Les eché un vistazo. La primera estaba abarrotada de comida fresca y cerveza. La segunda, en cambio, no era una nevera sino un armarito que contenía una pesada caja fuerte metálica. Bingo.

El agua de la ducha seguía corriendo. Extendí una mano para coger la caja fuerte, pero de repente me detuve. Puede que los Ratonés de Iglesia se hubiesen metido en un buen lío, pero evidentemente eran lo bastante buenos como para esquivar a la Interpol durante varios años. El escondite de la caja fuerte era demasiado torpe y obvio. Cerré la puerta de la falsa nevera y busqué por la habitación. Comenzaba a ponerme nervioso. Me estaba quedando sin tiempo para encontrar el Sudario y salir de allí.

Pues claro. Me acerqué de dos zancadas a la lavadora y a la secadora y cogí la cesta de la ropa. Lo encontré bajo varias toallas mullidas y limpias. Un paquete de plástico opaco, un poco mayor que una camisa doblada. Lo toqué con la mano izquierda. Sentí un cosquilleo en la palma de la mano y el vello del brazo se me erizó.

—Joder, qué bueno soy —murmuré. Cogí el Sudario y di media vuelta para marcharme.

Una mujer vestida con unos pantalones militares negros, chaqueta gruesa y unas castigadas botas de combate me cortaba el paso. Llevaba el pelo teñido de rubio y muy corto, pero aquello no le restaba atractivo a sus rasgos. Tenía una belleza elegante, agradable a la vista.

Sin embargo la pistola que me puso delante de las narices no resultó tan agradable. Era un viejo y feo revólver del calibre 38, una baratija para aficionados.

Tuve mucho cuidado de no moverme. Las armas baratas también matan y no estaba seguro de poder alzar un escudo a tiempo para protegerme. Me había pillado con la guardia baja. No la oí acercarse, ni sentí su presencia.

—Joder, qué buena soy —repitió la mujer con acento británico y un toque de ironía en la voz—. Suelta el paquete.

Se lo ofrecí.

—Toma.

No es que pensara lanzarme a por el arma, pero si daba un paso hacia delante sabría que era una aficionada. No lo hizo, se mantuvo en su sitio, fuera de mi alcance.

—En la encimera, por favor.

—¿Y si no? —dije.

Sonrió con buen humor.

—En ese caso, tendré que pasarme el día desmembrando tu cuerpo y luego limpiando la sangre. Tú decides.

Dejé el paquete sobre la encimera.

—Nada más alejado de mis intenciones que dar tanto trabajo a una señora.

—Eres un encanto —dijo—. Me gusta esa chupa que llevas. Quítatela. Despacio, por favor.

Me quité el guardapolvos y dejé que cayera al suelo.

—Me habéis tendido una trampa —dije—. La segunda llamada eras tú, le dijiste a tu socia que me dejara vía libre.

—Y lo más increíble es que te lo tragaras —dijo la mujer. Siguió dándome órdenes y era evidente que sabía lo que hacía. Me incliné hacia delante y apoyé las manos contra la pared mientras ella me cacheaba. Encontró el espray de pimienta y se lo quedó junto con mi cartera. Me dijo que me sentara en el suelo, sobre las manos, luego cogió mi guardapolvos y se apartó.

—Un palo —dijo mirando mi varita mágica—. Un poco antediluviano ¿no?

Ajá. Quizá fuera una profesional, pero no sabía nada de magia. No creía en lo sobrenatural. De momento no estaba seguro de si eso era bueno o malo. Podría significar que estaría algo menos dispuesta a dispararme. Aquellos que saben lo que puede hacer un mago, se suelen poner muy nerviosos si creen que les van a lanzar un hechizo. Por otra parte, también implicaba que no podía contar con el apoyo del Consejo, ni con la ventaja que me daba el estatus de mago para negociar. Decidí que lo mejor sería actuar como una persona normal, al menos de momento.

La rubia dejó mi chaqueta sobre la encimera y dijo:

—Limpio.

La puerta del cuarto de baño se abrió y la mujer que había visto antes salió. Ahora llevaba un vestido de punto de color burdeos y un par de horquillas le retiraban el pelo de la cara. No era especialmente guapa, pero tenía su atractivo.

—No es Gastón —dijo mientras me miraba con el ceño fruncido.

—No —dijo la rubia—. Ha venido a por la mercancía. Estaba a punto de largarse con ella.

La mujer de pelo oscuro asintió y me preguntó:

—¿Quién eres?

—Dresden —contesté—. Soy detective privado, señora García.

El rostro de Francisca García pareció petrificarse y luego intercambió una mirada con la rubia de la pistola.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Mi cliente me lo dijo. Usted y la señora Valmont están metidas en un buen lío.

Anna Valmont dio una patada a la pared y escupió:

—¡Cojones! —Me miró iracunda, sin dejar de apuntarme con mano firme a pesar

del arranque tan temperamental—. ¿Trabajas para la Interpol?

—Para Roma.

Anna miró a Francisca y dijo:

—Deberíamos rematar la venta ya. El negocio se desmorona.

—Todavía no —dijo Francisca.

—No tiene sentido seguir esperando.

—Yo aún no me voy —dijo la mujer de pelo oscuro. Su mirada era dura—. No sin él.

—No va a venir —dijo Anna—. Y lo sabes.

—¿Quién? —pregunté.

—Gastón —contestó Francisca.

No dije nada. No hizo falta, Francisca lo dedujo por mi expresión. Me miró por un momento y cerró los ojos, su rostro estaba cada vez más pálido.

—¡Oh!, ¡oh, *Dio!*

—¿Cómo? —preguntó Anna. La pistola seguía firme en su mano—. ¿Qué pasó?

—Lo mataron —dije en voz baja—. Y alguien lo dispuso todo para atraer a la policía a Chicago.

—¿Quién haría algo así?

—Mala gente que va tras el Sudario. Asesinos.

—¿Terroristas?

—Ojalá —dije—. Mientras tengan el Sudario en su poder, sus vidas corren peligro. Si vienen conmigo, las dejaré con amigos que las pueden proteger.

Francisca negó con la cabeza y guiñó los ojos un par de veces.

—Se refiere a la policía.

Me refería a los caballeros, pero sabía perfectamente cuál sería su postura una vez que las dos ladronas estuvieran a salvo de cualquier amenaza sobrenatural.

—Sí —admití.

Anna tragó saliva y miró a su socia. La preocupación y la tristeza suavizaron su mirada. Aquellas dos mujeres eran algo más que compinches. Eran amigas. La voz de Anna sonó más calmada cuando dijo:

—Cisca, tenemos que marcharnos. Si este tipo nos ha encontrado, los demás quizá no anden lejos.

La mujer de pelo oscuro asintió y dijo con la mirada perdida:

—Sí. Voy a prepararme. —Se levantó y cruzó la cabina hasta la lavadora. Sacó un par de bolsas de deporte y las depositó sobre la encimera, encima del paquete. Luego se calzó.

Anna la observó durante un momento y luego me dijo:

—Bueno. No podemos dejar que vayas a la policía con el cuento. ¿Qué puedo hacer contigo, Dresden? Lo más sensato sería matarte.

—Pero eso es muy sucio ¿recuerda? Se pasaría el día limpiando —señalé.

Aquello le arrancó una pequeña sonrisa.

—Ah sí, lo había olvidado. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó unas esposas de acero. Eran como las de la policía, no de las que se usan para cosas divertidas. Me las arrojó y las cogí al vuelo—. Ponte una en una muñeca —dijo. Eso hice—. Hay un aro en esa trampa. Pasa la otra por el aro y cierra las esposas.

Vacilé mientras contemplaba como Francisca se ponía un abrigo; su rostro seguía inexpresivo. Me humedecí los labios y dije:

—No saben el peligro que corren, señora Valmont. No tienen ni idea, por favor, déjenme ayudarlas.

—Me parece que no. Somos profesionales, señor Dresden. Quizá seamos ladronas, pero tenemos una ética del trabajo.

—No han visto lo que le hicieron a Gastón LaRouche —dije—. Cómo lo dejaron.

—¿Acaso hay alguna muerte buena? El aro, señor Dresden.

—Pero...

Anna alzó la pistola.

Torcí el gesto y acerqué las esposas al aro de acero que salía de la pared junto a las escaleras.

Como consecuencia, me encontré mirando la cubierta del barco, cuando mi segundo denario en doce horas bajó corriendo las escaleras directo hacia mí.

Capítulo 13

Lo vi acercarse por el rabillo del ojo y apenas tuve tiempo de captar el movimiento y lanzarme a un lado, lo más lejos que pude. El demonio pasó junto a mí como una borrosa sucesión de susurros y murmullos metálicos, llevando consigo el olor a agua del lago y sangre seca. Ninguna de las ladronas gritó, aunque en aquel momento no sabía si era porque no quisieron o porque estaban demasiado sorprendidas.

El demonio era más o menos humano, en términos generales, y femenino para más señas. La curva de sus caderas desembocaba en unas piernas extrañamente articuladas, con las rodillas dobladas hacia atrás, como las de un león. Su piel estaba cubierta por escamas de color verde metálico y sus brazos terminaban en manos de cuatro dedos con garras también metálicas. Como el demonio Ursiel, tenía dos pares de ojos, uno era de un verde brillante y el otro de color rojo cereza, y un sello luminoso que ardía en medio de la frente.

Llevaba el pelo largo. Es decir, que el pelo le medía más de cuatro metros y era como una extraña mezcla de la Medusa y el Doctor Octopus. Daba la sensación de que se lo hubieran cortado en tiras de dos centímetros y medio a partir de una lámina de metal de ochocientos metros. Se retorció a su alrededor como una nube de serpientes vivas, como hilos metálicos que golpeaban las paredes y el suelo del barco, aguantando su peso como una docena de extremidades adicionales.

Anna fue la primera en recuperarse de la sorpresa. Ya tenía una pistola en la mano y estaba lista, pero no le habían enseñado cómo se usa en una situación de combate real. Apuntó con dificultad al denario y vació el cargador en lo que se tarda en dar un suspiro. Como yo estaba medio metro detrás del demonio, me aparté como pude hacia un lado y recé para no convertirme en daño colateral.

El demonio se estremeció una vez, quizá al recibir un tiro, y luego chilló y retorció los hombros y el cuello. Una docena de tirabuzones metálicos fustigaron el aire dentro de la cabina. Uno de ellos alcanzó la pistola y con un chirrido metálico la cortó limpiamente en dos a la altura del cañón. Media docena de tentáculos más azotaron el rostro de Anna, pero la ladrona rubia tenía buenos reflejos y consiguió zafarse. Un tentáculo se enrolló alrededor de su tobillo, tiró de él y arrojó a la mujer al suelo, mientras otro le golpeaba el estómago y, afilado como un escalpelo, le cortaba la chaqueta y salpicaba la cabina con gotas de sangre.

Pálida, Francisca se quedó mirando a la cosa durante un segundo con sus enormes ojos desorbitados. Entonces abrió bruscamente un cajón de la diminuta cocina, sacó un cuchillo grande y pesado, y se lo lanzó al denario. Su hoja brilló en el aire y acabó hundiéndose en el brazo del demonio. De su garganta escapó un furioso chillido que no tenía nada de humano. El denario se giró, un hilo de sangre plateada brillaba sobre

su piel cubierta de escamas, y le lanzó un zarpazo. Alcanzó a Francisca en el antebrazo y de la herida comenzó a brotar sangre. El cuchillo cayó al suelo. Francisca gritó y se apartó, acurrucándose contra la pared.

El denario, con los ojos ardiendo, giró la cabeza ciento ochenta grados en un movimiento, que por lo antinatural, resultaba espeluznante. Luego incontables tentáculos cruzaron la cabina y se clavaron como cuchillos en el estómago de Francisca García. La mujer dejó escapar un grito ahogado y contempló sus heridas mientras varios tentáculos la traspasaban de parte a parte. Cuando chocaron contra la pared de madera, se produjo un sonido hueco.

El demonio rió. Fue una carcajada rápida, ahogada y nerviosa, del tipo que uno esperaría oír de una adolescente histérica. Su rostro se retorció en una sonrisa feroz, mostrando una boca llena de dientes que parecían metálicos, y sus dos pares de ojos brillaron con más intensidad.

Francisca susurró:

—Oh, mi Gastón. —Después inclinó la cabeza, el oscuro pelo le cayó sobre la cara como un velo, y su cuerpo se relajó. El demonio se estremeció y sacó los afilados tentáculos del cuerpo de Francisca. Estaban cubiertos de sangre unos treinta centímetros desde su extremo. Los agitó en una especie de frenesí enloquecido y más salpicaduras de sangre aparecieron por todas partes. Francisca se desplomó con el vestido cubierto de sangre, luego se balanceó y cayó muerta hacia un lado.

Después, los dos pares de ojos del denario se volvieron hacia mí, y me lanzó un enjambre de tentáculos afilados como cuchillas.

Yo ya había comenzado a preparar mi escudo, pero cuando vi a Francisca caer, una ola de furia me recorrió el cuerpo, llenándome de una ira roja de pies a cabeza. El escudo surgió frente a mí en forma de media luna de resplandeciente energía roja y los tentáculos chocaron contra él provocando una docena de fogonazos de luz blanca. El denario aulló, se apartó violentamente y los tentáculos retrocedieron por la habitación con los extremos chamuscados y ennegrecidos.

Miré a mi alrededor desesperado en busca de mi varita mágica, pero no estaba donde Anna la había dejado cuando me la quitó. Sin embargo, el spray de pimienta sí. Lo cogí y me volví hacia el denario a tiempo de ver como alzaba una de sus garras. El aire entre sus dedos brilló con reflejos iridiscentes y, con un destello de luz en su juego de ojos superior, el demonio lanzó su puño contra mi escudo.

Lo golpeó con ganas, era increíblemente fuerte. El impacto me empujó hacia atrás, contra la pared, y cuando la onda caliente de energía tocó mi escudo rojo, se fracturó en jirones de luz que salieron volando por la cabina como las chispas de un fuego de campamento. Intenté apartarme, alejarme de la terrible fuerza del demonio, pero gruñó y varios mechones de pelo se incrustaron en el casco en torno a mí, cerrándome el paso. El denario intentó alcanzarme con sus garras.

Yo lancé un grito de batalla histérico y le eché el spray de pimienta por toda la cara, justo a los dos juegos de ojos.

El demonio gritó de nuevo, volvió la cabeza, desmontó su jaula de tentáculos y cerró con fuerza los ojos humanos inundados de repente por las lágrimas. Los brillantes ojos de demonio ni siquiera pestañearon. Echó el brazo para atrás y me propinó un guantazo con el dorso de la mano que me arrojó al suelo y me hizo ver las estrellas.

Me puse de nuevo en pie, aterrorizado ante la idea de que me atacara mientras yacía indefenso a sus pies. El denario parecía capaz de superar mi magia sin mucho esfuerzo, y en aquel reducido espacio resultaba un adversario letal. Llegué a la conclusión de que sería imposible subir por las escaleras sin que me destrozara antes. Lo que significaba que tenía que encontrar otra forma de salir de allí.

El denario se llevó una mano a los ojos y dijo en un inglés gutural y macarrónico: —Pagarás por esto.

Alcé los ojos y vi que Anna, que sé había arrastrado por el suelo hasta el cuerpo de Francisca, se inclinaba de rodillas sobre ella para protegerla del denario con su propio cuerpo. Estaba pálida por el dolor, o por la conmoción, o por ambos, pero me miró y luego señaló con la cabeza el extremo opuesto de la cabina.

Seguí su mirada y comprendí lo que quería. Mientras el denario se recuperaba y guiñaba los ojos llenos de lágrimas sin dejar de observarme furibundo, yo me lancé hacia el otro lado de la habitación gritando:

—¡Sácalo de la nevera! ¡Qué no se lo lleve!

El denario escupió algo que me pareció un taco, y sentí como sus pezuñas de león aterrizaron sobre mi espalda y se clavaban en mi piel, haciéndome caer de bruces al suelo. Me pasó por encima, llegó a la nevera y sus tentáculos la destrozaron, sacando la puerta de sus goznes para después registrar el interior y tirar al suelo todo lo que había dentro. Aún no había terminado con la primera, cuando su pelo ya había abierto la nevera falsa y estaba extrayendo la caja fuerte de acero.

Mientras el denario estaba en ello, miré con desesperación alrededor de la cabina y encontré mi varita mágica en el suelo. Rodé hasta ella, la espalda me ardía de dolor, y la cogí. Invocar el fuego dentro de aquel reducido espacio era una mala idea, pero esperar a que el denario me matara con un tirabuzón me parecía todavía peor.

El demonio estaba de pie, con la caja fuerte, cuando comencé a canalizar energía hacia la varita mágica. Sus runas labradas se iluminaron con un brillo dorado, la punta de la varita de repente se encendió con una luz roja y el aire se calentó a su alrededor.

El denario se agazapó, sus miembros de demonio eran demasiado largos, sus formas femeninas inquietantemente atractivas, y la luz roja se reflejaba en sus escamas de un verde metálico. Su pelo se agitó en una masa susurrante, produciendo

chispas cuando sus afilados mechones se rozaban unos contra otros. Una lujuria violenta ardió en sus dos pares de ojos por un segundo, pero luego se apartó. Su pelo destrozó el techo de la cabina como si fuera *papier-mâché*, y con la ayuda de su cabellera, un brazo y una pierna, salió trepando de la cabina del barco. Escuché como se zambullía en el agua, llevándose consigo la caja fuerte.

—¿Qué era eso? —masculló Anna Valmont, mientras abrazaba el cuerpo inerte de Francisca—. ¿Qué coño era eso?

No solté la varita mágica, ni aparté la mirada del agujero del techo; sospechaba que aquel denario no era de los que dejaban testigos con vida. El extremo de la varita temblaba sin control.

—¿Cómo está?

Seguí vigilando el agujero del techo durante varias respiraciones temblorosas más hasta que Anna dijo con un hilo de voz:

—Ha muerto.

Sentí un pinchazo en el estómago, seco y caliente. Quizá sea una especie de neandertal por pensar así, pero me dolió. Hacía un minuto, Francisca García estaba hablando, haciendo planes, llorando, respirando. Viviendo. Había sido una muerte violenta y yo no podía soportar que algo así le pasara a una mujer. No habría sido menos malo si le hubiera sucedido a un hombre, pero para mí no era lo mismo.

—¡Mierda! —susurré—. ¿Cómo estás? ¿Puedes caminar?

Antes de que contestara, el barco se tambaleó y se inclinó a un lado. Escuché como algo se rompía y se retorecía y luego el sonido de agua correr. Un frío helador me cubrió los tobillos y comenzó a subir por las piernas.

—El casco tiene una vía —dijo Anna—. Está entrando agua.

Me dirigí hacia la escalera, todavía con la varita en alto, para comprobar si había alguien.

—¿Puedes salir?

Una luz explotó detrás de mis ojos y caí a cuatro patas frente a la base de la escalera. Anna me había golpeado con algo. Un segundo fogonazo de luz y el dolor hizo que bajara la cabeza lo suficiente como para que me salpicara el agua helada en la frente. Como en sueños, vi a Anna alejar de una patada la varita mágica de mí. Luego cogió el paquete del Sudario que estaba sobre la encimera y arrancó la primera página de la libreta con el logotipo del hotel. Reparé en que tenía sangre en la chaqueta, estaba empapada, y que sus pantalones militares también tenían manchas en la pernera izquierda. Cogió mi guardapolvos, estremeciéndose de dolor, y una de las bolsas de deporte. Se puso mi chaqueta para ocultar la sangre. El agua en la cabina le llegaba ya hasta la parte de arriba de sus botas de militar.

Intenté salir de aquel estupor, pero lo único que conseguí fue aclarar un poco la vista. Sabía que tenía que salir, pero no conseguía que el mensaje pasara de mi cabeza

a mis brazos y piernas.

Anna Valmont pasó por encima de mí y subió las escaleras. Se detuvo a medio camino, escupió una maldición, y bajó los escalones necesarios para poder agacharse y salpicarme la cara con agua fría. La impresión despertó algo en mi cuerpo, tosí, estaba mareado, pero comencé a moverme de nuevo. En toda mi vida, creo que solo en dos ocasiones he estado tan borracho que no podía tenerme en pie, bien pues incluso entonces me sentí más capaz que en aquel momento.

La ladrona rubia me cogió de un brazo y me ayudó a subir un par de peldaños con el rostro retorcido de dolor. Me aferré desesperadamente a ese impulso y seguí subiendo como pude incluso cuando ella ya no tiraba de mí.

Anna me dejó atrás y no se volvió cuando dijo:

—Solo hago esto porque me gusta tu chupa, Dresden. No vuelvas a acercarte a mí.

Después salió de la cabina y desapareció con el Sudario.

Comencé a sentir como la cabeza me palpitaba y se me hinchaba, pero también como recuperaba la consciencia. Aunque evidentemente no podía estar muy lúcido, porque volví a bajar las escaleras de la cabina. El cadáver de Francisca García yacía sobre un costado. Tenía los ojos vidriosos y la boca ligeramente abierta. Una de sus mejillas estaba medio cubierta por el agua.

Aún se veían las marcas de las lágrimas en la otra. El agua a su alrededor era turbia, de un color marrón rosáceo.

Se me revolvió el estómago y la ira que acompañó a esa sensación casi me manda al suelo de nuevo. En lugar de eso, avancé pesadamente a través del agua helada hasta la mesa. Cogí el teléfono móvil que había allí y la libreta del hotel. Dudé un momento ante el cuerpo de Francisca. No se merecía que se la tragara el lago como si fuera el casco de una botella de cerveza.

Volví a tambalearme. El nivel del agua ahora subía más rápidamente. Ya me cubría las espinillas y no sentía los pies debido al frío. Intenté levantar el cuerpo, pero el esfuerzo me produjo una punzada de dolor en la cabeza que casi me hizo vomitar.

Dejé el cadáver en su sitio, incapaz siquiera de soltar un taco mínimamente coherente, y me tuve que conformar con cerrarle los ojos suavemente con una mano. Era todo lo que podía hacer por ella. Por supuesto, la policía la encontraría dentro de unas horas.

Y si no me espabilaba, también a mí. Pero no podía perder una noche en el calabozo con la rutina habitual de los interrogatorios, las acusaciones, y luego esperar a que alguien pagara la fianza. Llamaría a Murphy en cuanto fuera posible.

Crucé los brazos para luchar contra el frío. Con la libreta y el teléfono móvil estrechados contra el pecho, dejé atrás el puñetero charco de la cabina del *Etranger* y salí a la cubierta. Tuve que dar un saltito para llegar al muelle. Había un par de

personas en el paseo del puerto, mirando lo que ocurría abajo, y vi a más de uno observando desde la cubierta de sus barcos.

Agaché la cabeza, pensé en cosas inocentes y salí de allí a toda prisa antes de que la mañana empeorara todavía más.

Capítulo 14

Me han golpeado en la cabeza unas cuantas veces. El porrazo que me dio Anna Valmont no fue de los más fuertes, pero la cabeza me latió durante todo el camino a casa. Por lo menos el estómago se asentó y no acabé vomitándome encima. Entré arrastrando los pies, me tomé dos pastillas de paracetamol con una lata de Coca-Cola y envolví un poco de hielo en una toalla. Me senté junto al teléfono, me coloqué el hielo en la nuca y llamé al padre Vincent.

El teléfono dio un solo tono.

—¿Sí?

—Está aquí —dije—. Los dos ratones de iglesia lo ocultaban en un barco en el puerto de Burnham.

La voz de Vincent sonó más tensa.

—¿Lo tiene?

—Ah —dije—, técnicamente no. Algo fue mal.

—¿Qué pasó? —preguntó cada vez más frustrado, más enfadado—. ¿Por qué no me ha llamado?

—Apareció un tercer interesado. ¿Y qué es esto que estoy haciendo ahora mismo? Vi la oportunidad de recuperar lo robado. Me arriesgué y fallé.

—¿Y el Sudario ya no lo tienen los ladrones?

—Ladrona, en singular. La policía de Chicago seguramente estará recuperando el cuerpo de su compinche en este momento.

—¿Se volvieron la una contra la otra?

—Qué va. El tercero en discordia mató a García. Valmont engañó al asesino y se llevó un señuelo. Después cogió el botín verdadero y se marchó.

—¿Y a usted no le pareció adecuado seguirla?

La cabeza me martilleaba sin descanso.

—Corría muy rápido.

Vincent se quedó callado durante un momento y luego dijo:

—Así que hemos vuelto a perder la pista del Sudario.

—De momento —dije—. Pero quizá tenga otra.

—¿Sabe adónde se lo han llevado?

Respiré hondo e intenté parecer paciente.

—Aún no. Por eso se le llama pista y no solución. Necesito una muestra del Sudario.

—La verdad, señor Dresden, es que traje unos retales del Vaticano, pero...

—Genial. Pues lleve uno a mi despacho, déjeselo a los de seguridad. Ellos me lo guardarán hasta que pueda pasarme a recogerlo. Lo llamaré en cuanto tenga algo más definitivo.

—Pero...

Colgué a Vincent y sentí el agradable cosquilleo de la venganza.

—¿Y no le pareció adecuado seguirla? —murmuré a *Mister*, intentando imitar el acento de Vincent lo mejor que pude—. Pues no, no me pareció adecuado seguirla, pijo gilipollas. ¿Qué le parece si le pongo a tono y luego lo envío a decir misa, por ejemplo?

Mister me observó como diciendo que no debería hablar así de los clientes que pagan. Yo lo fulminé con la mirada para indicarle que ya lo sabía, luego me levanté, fui al dormitorio y rebusqué en el armario hasta que encontré un lapicero y una libreta. Después encendí varias velas en el extremo de la mesa más cercano a mi sillón favorito y me senté con la libreta que había cogido del *Etranger*. Pasé el lapicero por encima con mucho cuidado con la esperanza de que Francisca García no hubiese utilizado un rotulador.

No lo había hecho. Unas tenues letras comenzaron a aparecer entre el carboncillo con que estaba cubriendo el papel. En la primera línea aparecía la palabra Marriott y luego 2345 en la segunda.

Fruncí el ceño mientras contemplaba la hoja. Marriott. ¿El hotel? O también podría ser el apellido de alguien. O puede que fuera una palabra en francés. *No, no compliques más de lo necesario, Harry. Probablemente se refiere al hotel*. El número podría indicar una hora, las doce menos cuarto. O el número de una habitación.

Miré enfadado la nota. No me decía lo suficiente. Porque aunque tuviera la hora y el lugar, no sabía cuándo, ni dónde.

Entonces me fijé en el teléfono que me había llevado. De móviles sabía tanto como de cirugía gastrointestinal. No había nada en la carcasa, ni siquiera el logotipo de la marca. El teléfono estaba apagado, pero no me atreví a encenderlo. Probablemente dejaría de funcionar. Joder, hasta podría explotar. Cuando viera a Murphy le pediría que me echara una mano con aquello.

La cabeza no dejaba de latir y los ojos me picaban del agotamiento. Necesitaba un descanso. La falta de sueño me volvía torpe. Para empezar, ir al puerto fue una mala idea, y debí haber prestado más atención a mis instintos. Las tripas me dijeron que alguien me estaba observando, pero estaba demasiado cansado, y demasiado impaciente, y como consecuencia casi me disparan, me empalan, me desnucan y me ahogan.

Volví al dormitorio, puse la alarma del despertador para que saltara un par de horas después del mediodía, y me derrumbé sobre la cama. El placer que sentí fue casi obsceno.

Pero naturalmente no duró.

El teléfono sonó y consideré seriamente la posibilidad de ponerlo en órbita, donde podría pasar el rato con el asteroide Dresden. Entré a zancadas furiosas en el cuarto

de estar, descolgué el teléfono y grité:

—¿Qué?

—¡Oh, oh! —dijo una voz ligeramente nerviosa al otro lado—. Soy Waldo Butters. Quería hablar con Harry Dresden.

Intenté moderar mi tono a un ligero gruñido.

—¡Ah, hola!

—Te he despertado, ¿verdad?

—Más o menos.

—Sí, las noches en vela son un asco. Oye, algo raro está pasando y he pensado que quizá me podrías aclarar una cosa.

—Claro.

—Mal humor y monosilabismo, señales inequívocas de falta de sueño.

—*Sa*.

—Y ahora ya ni siquiera vocalizas. Bueno, que tengo poco tiempo. —Butters se aclaró la garganta y dijo—: Los gérmenes se han ido.

—Los gérmenes —dije.

—De las muestras que tomé de aquel cadáver. Repetí las pruebas para asegurarme y más de la mitad dieron negativo. Nada, *niente*, cero.

—*Aj* —dije.

—Vale, hombre de las cavernas, ¿adónde han ido los gérmenes?

—Al amanecer hacen *puf* —contesté.

Butters parecía desconcertado.

—¿Gérmenes de vampiro?

—No, los delatarían las capitas —dije. Por fin comenzaba a poner mis pensamientos en marcha—. No son gérmenes de vampiro, sino construcciones. Verás, cuando amanece es como si todo el mundo mágico volviera al punto de partida. A un nuevo comienzo. La mayoría de los conjuros no aguantan ni un amanecer. Y hace falta mucho poder para que se mantengan durante dos o tres.

—¿Gérmenes mágicos? —preguntó Butters—. ¿Me estás diciendo que tengo gérmenes mágicos?

—Gérmenes mágicos —confirmé—. Alguien los invocó mediante la magia.

—¿Cómo en un hechizo?

—Generalmente cuando un hechizo tiene como objetivo hacer daño se le llama maldición. Pero seguramente mañana tampoco verás nada nocivo en las otras muestras.

—¿Son infecciosos?

—Actúa como si lo fueran. Son reales hasta que la magia que los sustenta se desmorona.

—Joder. Hablas en serio. Esto es real.

—Pues sí.

—¿Hay algún libro o guía que hable de todo esto?

Aquello me hizo gracia.

—Solo yo. ¿Algo más?

—No. Busqué restos genéticos, pero no encontré nada. Los cortes que presentaba el cadáver se hicieron con un escalpelo o con alguna otra hoja pequeña y afilada. Quizá una navaja.

—Sí, he visto cortes parecidos antes.

—Pero ahora viene lo mejor. Se utilizó el mismo objeto para amputarle las manos y la cabeza. Los cortes son más limpios que los que habría realizado un cirujano en la mesa de operaciones. Tres cortes. El calor cauterizó en parte las heridas. Así que, ¿qué clase de herramienta puede producir cortes tan precisos y seccionar huesos?

—¿Una espada?

—Tendría que estar muy afilada.

—Conozco unas cuantas así. ¿Ha habido suerte con la identificación de la víctima?

—No, lo siento.

—Vale.

—¿Quieres que te avise si averiguamos algo?

—Sí. O si aparece otro cadáver en el mismo estado.

—Dios, espero que no. ¿Has descubierto algo sobre el tatuaje?

—Se llama el Ojo de Thoth —dije—. Quiero averiguar quién lo utiliza por estos lares. Ah, y llama a Murphy. Dile lo de las muestras.

—Ya lo hice. Ella fue quien me dijo que te informara. Creo que estaba a punto de acostarse también. ¿Crees que debería despertarla para decirle que hable contigo?

—Na, esto puede esperar —dije entre bostezos—. Gracias por llamar, Butters.

—De nada —dijo—. El sueño es un dios. Ve a adorarlo.

Gruñí, colgué el teléfono y estaba ya listo para dar un segundo paso hacia mi cuarto cuando alguien llamó a la puerta.

—Debería instalar una trampilla bajo el felpudo —le murmuré a *Mister*—. Yo daría a un botón y la gente caería entre gritos por uno de esos toboganes alucinantes y aterrizaría sobre un charco de barro, en algún otro lugar.

Mister era demasiado maduro para dignificar mi comentario con una respuesta, así que acerqué una mano a la funda de la pistola mientras entornaba la puerta y echaba un vistazo.

Susan inclinó la cabeza a un lado y me dedicó una sonrisa. Llevaba unos vaqueros, una vieja camiseta, un grueso forro polar y gafas de sol.

—Hola —dijo.

—Hola.

—¿Sabes? Es difícil de apreciar con la puerta entornada, pero tienes ojeras y los ojos rojos. ¿Dormiste algo anoche?

—¿Qué significa eso que has dicho? ¿Cómo era... «dormir»?

Susan suspiró y negó con la cabeza.

—¿Me dejas pasar?

Me aparté y abrí más la puerta.

—Pero no me eches la bronca.

Susan entró y cruzó los brazos.

—Aquí siempre hace mucho frío en invierno.

Tenía un par de ideas sobre cómo entrar en calor, pero me las guardé para mí. Quizá porque no quería escuchar su respuesta. Pensé en lo que Murphy me había dicho sobre la charla que teníamos pendiente Susan y yo. Eché más leña al fuego y removí las brasas.

—¿Te apetece un té o algo?

Negó con la cabeza.

—No.

Susan nunca rechazaba una taza de té caliente. Lo intenté, pero no pude disimular la amargura en mi voz cuando dije:

—Piensas cortar conmigo y largarte sin más. Has venido a dejarme.

—Harry, eres injusto —dijo Susan. Su voz sonaba dolida, pero solo un poco. Removí con más fuerza las brasas y unas chispas se elevaron en el aire. Las llamas comenzaban a devorar la leña que acababa de echar—. Esto no es fácil para nadie.

Mi boca siguió funcionando sin consultar antes con mi cerebro. Con mi corazón quizá, con mi cerebro desde luego no. La miré por encima del hombro y dije:

—Excepto para el Capitán Muermo, supongo.

Susan alzó las cejas.

—¿Te refieres a Martin?

—¿No se trata de eso? —Una chispa saltó del fuego, aterrizó sobre mi mano y me quemó. Di un respingo y aparté la mano. Cerré el grueso protector metálico y aparté el atizador—. Y antes de que digas nada, me doy perfecta cuenta de que parezco loco. Y posesivo. Ya sé que esto había terminado antes de que te marcharas. Ha pasado más de un año y has sufrido. Es normal que hayas encontrado a otra persona. Y es irracional e infantil que eso me cabree, pero me da igual.

—Harry... —dijo.

—Y tampoco es que no hayas pensado en lo nuestro —proseguí. Sabía que en algún momento, acabaría ahogándome con el pie de tanto metérmelo en la boca—. Tú me besaste. Tú a mí, Susan. Y te conozco. Significó algo.

—Esto no es...

—Seguro que al soso de Martin no lo besas así.

Susan puso los ojos en blanco y se acercó a mí. Se sentó en el escalón de mi pequeña chimenea mientras yo seguía allí de rodillas. Me puso una mano en la mejilla. Estaba caliente. Era agradable. Y yo me sentía demasiado cansado para controlar mi reacción ante una sencilla caricia, así que volví a mirar el fuego.

—Harry —dijo—, tienes razón. No beso así a Martin.

Volví la cara, pero ella puso sus dedos en mi barbilla y me miró a los ojos.

—No lo beso en absoluto. No tengo nada que ver con Martin.

La miré sorprendido.

—¿No?

Dibujó una «X» invisible sobre su corazón con el dedo índice.

—¡Oh! —dije. Sentí como se relajaba la tensión de mis hombros.

Susan rió.

—¿Eso era lo que te preocupaba, Harry? ¿Qué te dejara por otro?

—No lo sé. Supongo.

—Dios, qué idiota eres a veces. —Me sonrió, pero su expresión reflejaba tristeza—. Siempre me sorprendió que fueras tan listo para unas cosas y tan idiota para otras.

—Cuestión de práctica —dije. Me miró durante un momento con aquella misma sonrisa triste y entonces lo comprendí—. ¿Eso no cambia nada, verdad?

—¿Martin?

—Sí.

Asintió.

—No cambia nada.

Tragué un repentino pollo que se me había atravesado en la garganta.

—Quieres romper.

—No es que quiera —repuso con rapidez—. Pero creo que es necesario. Por el bien de los dos.

—¿Has venido hasta aquí para decirme eso?

Susan negó con la cabeza.

—Aún no está decidido. Me pareció que antes tenía que hablar contigo. Esto es algo que nos atañe a los dos.

Gruñí y volví a mirar el fuego.

—Sería más sencillo si me soltaras el discursito de despedida y te fueras.

—Más sencillo —dijo—. Más fácil. Pero no sería justo y no estaría bien.

No dije nada.

—He cambiado —dijo Susan—. No solo por lo del vampirismo. Mi vida es diferente y ahora sé cosas que antes ignoraba.

—¿Cómo qué?

—Como lo peligroso que es el mundo, por ejemplo —dijo—. Acabé en Perú, pero he viajado por toda Centroamérica y América del Sur. No tenía ni idea de cómo

son las cosas por allí. Harry, la Corte Roja está por todas partes. En el campo, hay pueblos enteros dedicados a proporcionarles comida. Como si la gente fuera un rebaño de ganado del señor del castillo. Los vampiros se alimentan de cualquiera. Los han convertido a todos en adictos. —Su voz se endureció—. Incluso a los niños.

El estómago se me revolvió.

—No sabía nada de eso.

—Casi nadie lo sabe.

Me pasé una mano por la cara.

—Dios. Niños.

—Quiero ayudar. Hacer algo. Y he encontrado un lugar donde me necesitan, Harry. Un trabajo. Lo voy a aceptar.

Sentí un dolor en el pecho, un dolor de verdad.

—Creía que la decisión era de los dos.

—Ahora llego a eso —dijo.

Asentí.

—Vale.

Se deslizó hasta el suelo, a mi lado y añadió:

—Podrías venir conmigo.

Ir con ella. Dejar Chicago. Dejar a Murphy, a los Alphas, a Michael. Dejar una horda de problemas, muchos de los cuales había creado yo mismo. Pensé en lo que me ofrecía, en salir de allí. Luchar por una buena causa. Ser amado otra vez, sentir su abrazo. Dios, quería irme con ella.

Pero dejaría tirada a mucha gente. Amigos. A aquellos que estuvieran en peligro y que no tuviesen a quién acudir.

Miré a Susan a los ojos y por un momento vi esperanza en ellos. Luego comprensión. Sonrió, pero era una sonrisa muy triste.

—Susan... —dije.

Me puso un dedo en los labios y pestañeó para enjugarse las lágrimas.

—Lo sé.

Y entonces yo también lo comprendí. Lo sabía porque ella sentía lo mismo.

Hay cosas de las que uno no puede escapar. No si pretendes vivir contigo mismo después.

—¿Ahora lo entiendes? —preguntó.

Asentí, pero mi voz sonó áspera:

—No sería justo. Para ninguno de los dos —dije—. Nunca podríamos estar juntos. Los dos sufriríamos.

Susan apoyó su hombro contra el mío y asintió. La rodeé con mi brazo.

—Quizá algún día las cosas cambien —dije.

—Quizá —admitió—. Te quiero. Nunca he dejado de quererte, Harry.

—Sí —dije. La voz se me quebró con la palabra aún en la boca y el fuego se nubló—. Yo también te quiero. Joder.

Nos quedamos allí sentados, entrando en calor frente al fuego durante un par de minutos más, después le pregunté:

—¿Cuándo te marchas?

—Mañana —dijo.

—¿Con Martin?

Asintió.

—Es un compañero de trabajo. Me ayuda a moverme, vigila mis espaldas. Tengo que dejarlo todo en orden aquí. Y recoger algunas cosas del apartamento.

—¿Qué clase de trabajo harás?

—Más o menos el mismo. Investigar e informar. Solo que informaré a un jefe, en lugar de a los lectores. —Suspiró y luego añadió—: No puedo decirte nada más.

—¡Joder! —murmuré—. ¿Podré contactar contigo?

Asintió.

—Instalaré una línea telefónica. También me puedes escribir. Eso me encantaría.

—Ya. Para no perder el contacto.

Pasaron unos minutos eternos y Susan dijo:

—Estás trabajando en un caso, ¿verdad?

—¿Qué te ha dado esa idea?

Se apartó ligeramente de mí y quité el brazo.

—Lo he olido —dijo. Se levantó para echar más leña al fuego y añadió—: Estás manchado de sangre.

—Sí —dije—. Vi como mataban a una mujer a metro y medio de donde yo estaba.

—¿Vampiros? —preguntó Susan.

Negué con la cabeza.

—Una especie de demonio.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

—Pues resulta chocante porque tienes una pinta horrible —dijo Susan.

—Dije que nada de broncas.

Casi sonrió.

—Lo inteligente sería que durmieras un poco.

—Cierto, pero no soy especialmente espabilado —contesté. Además, estaba seguro de que ya no podría pegar ojo, no después de hablar con ella.

—Ah —dijo—. ¿Puedo hacer algo para ayudarte?

—Creo que no.

—Necesitas descansar.

Señalé con una mano la libreta.

—Y lo haré, pero antes tengo que comprobar una pista.

Susan se cruzó de brazos y me miró a los ojos.

—Pues hazlo después de haber descansado.

—No creo que tenga tiempo.

Frunció el ceño y cogió el cuaderno.

—Marriott. ¿El hotel?

—No sé. Quizá.

—¿Qué estás buscando?

Suspiré, estaba demasiado cansado para respetar el compromiso de confidencialidad.

—Un objeto robado. Creo que la nota se refiere al lugar donde se producirá la venta.

—¿Quién es el comprador?

Me encogí de hombros.

—Entonces te queda mucho trabajo de calle.

—Sí.

Susan asintió.

—Deja que yo eche un vistazo a esto. Tú duerme un poco.

—Será mejor que no te...

Agitó una mano, interrumpiéndome.

—Quiero ayudar. Deja que haga esto por ti.

Abrí la boca y la volví a cerrar. Sabía a qué se refería. Yo también quise ayudarla, aunque no pude. Fue muy duro para mí. Habría supuesto un gran alivio hacer algo por ella, por poco que fuera.

—Está bien —dije—. Pero te limitas a llamadas telefónicas, ¿vale?

—Vale. —Copió la palabra y el número en una hoja del final de la libreta, la arrancó y se dirigió hacia la puerta.

—¿Susan? —dije.

Se detuvo sin darse la vuelta para mirarme.

—¿Te apetece que quedemos para cenar? Antes de que te vayas, quiero decir. Me gustaría, *hum*, ya sabes...

—Despedirte —dijo en voz baja.

—Sí.

—Está bien.

Se marchó. Me senté en mi apartamento, frente al fuego, y aspiré el olor de su perfume. Tenía frío, y me sentía solo y cansado. Como un tronco hueco, como si la hubiera fallado. Para empezar, no pude protegerla, y luego no pude curarla cuando los vampiros la transformaron.

Cambiar. Quizá ese fuera el quid de la cuestión. Susan había cambiado. Había madurado. No la recordaba tan tranquila, tan segura de sí misma. Siempre había sido una mujer con las ideas claras, pero ahora lo parecía aún más. Había encontrado su lugar, un sitio donde sentía que podía hacer algo bueno.

Quizá debería marcharme con ella de todas formas.

Pero no. Parte del cambio radicaba en que ahora estaba más sedienta. Y más sensual, como si cada cosa que veía, oía o tocara en el cuarto acaparara casi toda su atención. Había detectado las gotas de sangre en mi ropa y le había excitado lo suficiente para obligarla a apartarse un poco de mí.

Otro cambio. Sentía una sed instintiva por mi sangre. Y podría lanzar a un vampiro a seis metros de distancia. No tendría ningún problema en desgarrarme la garganta si perdía el control en un arranque de pasión.

Me lavé la cara mecánicamente dentro de mi ducha sin agua caliente y me fui tiritando a la cama. La rutina no me había ayudado. Solo retrasó el momento en que debía enfrentarme a la realidad de mi relación con Susan.

Tenía que marcharse de Chicago.

Probablemente para siempre.

Eso iba a doler muchísimo por la mañana.

Capítulo 15

Tuve pesadillas.

Más o menos lo de siempre. Alguien gritaba mi nombre mientras era devorado por las llamas. Una chica mona extendía los brazos, cerraba los ojos y caía lentamente hacia atrás mientras docenas de finos cortes se abrían por toda su piel. El aire se convertía en una bruma densa y rosa. Luego daba media vuelta y me encontraba con los labios de Susan. Ella me besaba, me tiraba al suelo y después me desgarraba la garganta a mordiscos.

Una mujer, que me pareció familiar, pero que no reconocí, negó con la cabeza y movió una mano de izquierda a derecha. La escena onírica hizo un fundido en negro al paso de su mano. La mujer dio media vuelta, me miró fijamente con sus ojos oscuros y dijo:

—Necesitas descansar.

Me despertó Mickey Mouse. La alarma del despertador tintineó escandalosamente; su mano pequeña estaba en las dos y la grande en las doce. Me entraron ganas de aplastarlo por haberme despertado, pero me contuve. No estoy en contra de un poco de violencia creativa de vez en cuando, pero hay que trazar la línea en algún sitio. Yo no podría dormir en la misma habitación que una persona capaz de chafar a Mickey Mouse.

Me levanté, me vestí, dejé un mensaje para Murphy, otro para Michael, di de comer a *Mister* y cogí el coche.

La casa de Michael no era como la mayoría de los edificios de su barrio, al oeste de Wrigley Field. Tenía una valla de madera blanca. Tenía unas cortinas elegantes. Tenía un pequeño jardín en la parte delantera que siempre estaba verde, incluso en lo peor del abrasador verano de Chicago. Tenía unos pocos árboles que daban sombra, muchos arbustos bien cuidados, y si me hubiera topado con un par de cervatillos pastando en el jardín o bebiendo agua de la fuente donde se bañaban los pájaros, no me habría sorprendido.

Salí del Escarabajo, sosteniendo holgadamente la varita mágica en mi mano derecha. Abrí la puerta de la valla y unas cuantas campanitas que colgaban de un hilo tintinearón alegremente. La puerta se cerró lentamente tras de mí. Llamé a la puerta principal y esperé, pero no hubo respuesta. Fruncí el ceño. La casa de Michael nunca había estado vacía antes. Charity cuidaba de al menos dos niños que aún no tenían edad para ir al colegio, incluyendo al pobre crío al que llamaron como yo. Harry Carpenter. ¿No es un poco cruel?

Entorné los ojos al mirar el sol cubierto de nubes. ¿Y no era ya hora de que salieran los mayores de clase? Charity tenía una especie de obsesión maternal con que los chavales no se encontraran la casa vacía.

Debería haber alguien.

Sentí un pinchazo desagradable en la boca del estómago. Volví a llamar, pegué la oreja a la puerta y escuché. Oí el lento tictac del viejo reloj del abuelo en la sala principal. La caldera se reactivó durante un momento, y los conductos de ventilación susurraron. Se produjeron más sonidos cuando un soplo de brisa azotó la casa, crujidos de acogedora madera vieja.

Nada más.

Intenté abrir la puerta. Estaba cerrada. Me bajé del porche y seguí el estrecho camino que llevaba a la parte de atrás de la casa.

Si la parte delantera de la casa de los Carpenter podría aparecer en un número de *Casas y Jardines*, la parte de atrás serviría para hacer un anuncio de bricolaje. El gran árbol situado en el centro daba mucha sombra en verano, pero ahora que se le habían caído las hojas, podía ver la casa, más parecida a una fortaleza, que Michael había construido para sus hijos entre sus ramas. Tenía sus cuatro paredes, hasta una ventana, y barandillas allí donde existía el riesgo de caerse. La casa del árbol tenía un porche desde el que se veía el jardín. Jo, yo no tenía porche. La vida es injusta.

Una gran sección del jardín estaba ocupada por una caseta en construcción unida a la parte trasera de la casa. Michael ya había puesto los cimientos, y las vigas de madera formaban la estructura de lo que serían las paredes. Había gruesos plásticos de constructor grapados a los maderos para aislar la obra del viento. El garaje, aparte, estaba cerrado y al asomarme por su ventana comprobé que había un montón de madera y otros materiales de construcción.

—Ni un coche —murmuré—. Quizá se han ido al McDonald's. O a misa. ¿Se celebraban misas a las siete de la tarde?

Me di la vuelta para volver al Escarabajo. Dejaría a Michael una nota. El estómago me dio un vuelco. Si no conseguía un padrino para el duelo, la noche podía acabar mal. Quizá debería pedirselo a Bob. O a *Mister*. Nadie osa meterse con *Mister*.

Algo golpeó el canalón metálico que rodea toda la parte de atrás de la casa.

Me sobresalté como un caballo espantado y me acerqué a la parte trasera para echarle un vistazo al tejado. Dado que el día anterior me habían intentado matar tres asesinos distintos, me pareció que mi nerviosismo estaba totalmente justificado.

Llegué a la parte de atrás, pero no vi nada en el tejado desde allí, así que trepé por las ramas y luego subí por la escalera de uno ochenta hasta la plataforma principal de la casa del árbol. Desde allí comprobé que no había nada en el tejado.

Escuché unas pisadas rápidas y algo pesadas debajo de donde yo estaba y más allá de la valla de la parte de atrás. Me quedé inmóvil y escuché.

Las pisadas avanzaron a lo largo de la valla y luego oí el roce de los eslabones de una cadena que alguien arrastraba sobre las hojas secas y otros detritus del invierno. Escuché un gruñido ahogado de esfuerzo y una larga exhalación. Luego las pisadas

llegaron a la base del árbol.

Distinguí el sonido del cuero al rozar la corteza y el árbol comenzó a temblar casi imperceptiblemente. Alguien estaba trepando.

Miré a mi alrededor, pero la escalera era la única forma de bajar, a no ser que decidiera saltar. Seguramente no habría más de tres metros hasta el suelo. Era muy posible que aterrizara de una pieza. Pero si calculaba mal el salto, me podría torcer un tobillo o romper una pierna, lo que convertiría mi huida en algo poco práctico y bastante embarazoso. Saltar sería un recurso de emergencia.

Reuní mi voluntad, así con fuerza mi varita mágica y apunté con ella al lugar donde la escalera se encontraba con la plataforma. El extremo de la varita se encendió con una diminuta e intensa luz roja.

El rostro angelical y rodeado de mechones rubios de una jovencita apareció en lo alto de la escalera. Emitió un grito ahogado y abrió mucho sus ojos azules.

—¡Joder!

Desvié el extremo de la varita hacia arriba, apartándola de la chica mientras liberaba la energía.

—¿Molly?

Siguió subiendo y pude verle toda la cara.

—Vaya, ¿es una antorcha de acetileno o algo así?

Entorné los ojos y la miré fijamente.

—¿Eso que llevas en la ceja es un pirsin?

La joven hizo chasquear los dedos junto a su ceja derecha.

—¿En la nariz también?

Molly lanzó una mirada furtiva a la casa por encima del hombro, y subió los peldaños que le quedaban hasta la plataforma. Tan alta como su madre, Molly era todo piernas y brazos. Llevaba el típico uniforme de colegio privado, una falda, una blusa y un suéter, pero parecía que le hubiera atacado un perverso con tijeras en lugar de dedos.

La falda estaba cortada en tiras, y debajo llevaba unos pantis negros también rotos hasta casi la indecencia. La blusa y el suéter parecían haber sobrevivido a un bombardeo, pero el sujetador de satén rojo brillante que asomaba por debajo tenía pinta de nuevo. Llevaba demasiado maquillaje. No le quedaba tan mal como a las que eran ya mayores para jugar al lobo, aunque demasiado jóvenes para conducir, pero estaba igualmente de más. Una fina anilla de oro le atravesaba una ceja, y una chincheta dorada sobresalía de una de las aletas de la nariz.

Me esforcé por no sonreír. Sonreír habría implicado que encontraba su atuendo divertido y Molly era lo bastante joven para sentirse ofendida. Además aún conservaba un vago recuerdo de una época en mi vida en la que iba igual de ridículo. El que no haya llevado nunca pantalones bombachos que tire la primera piedra.

Molly trepó con dificultad y arrojó una voluminosa mochila sobre el suelo de madera.

—¿Te sueles colar en casas árbol ajenas, Dresden?

—Busco a tu padre.

Molly arrugó la nariz, luego comenzó a quitarse la chincheta. Yo no quería ni mirar.

—No soy quién para decirte cómo tienes que hacer tu trabajo, pero generalmente no suele estar en la casa del árbol.

—Vine a buscarlo, pero nadie me abrió la puerta cuando llamé. ¿Es eso normal?

Molly se quitó también el pirsin de la ceja, agarró la mochila que descansaba sobre las tablas del suelo y sacó una falda larga con un estampado floral, una camiseta y un suéter.

—Hoy es día de recados. Mamá mete en el *Halcón Milenario* a todos los monstruitos y recorre la ciudad.

—Oh. ¿Y sabes cuándo va a volver?

—En cualquier momento —dijo Molly—. Se puso la falda larga, y se quitó la rota y las medias que no se sabe muy bien cómo, todas las chicas consiguen cuando llegan a la adolescencia. La camisa y el suéter rosa fueron a continuación, después el jersey roto, y luego, para mi desasosiego, se sacó el sujetador rojo brillante por debajo de aquella ropa más recatada y lo metió en la mochila.

Me di la vuelta lo mejor que pude dentro de lo limitado del espacio. Las esposas que Anna Valmont me había puesto en la muñeca me molestaban y me pellizcaban. Me rasqué irritado. Lo normal sería que con la cantidad de veces que me han esposado, me hubiera hecho con un juego de llaves.

Molly sacó una toallita húmeda de algún lugar y comenzó a quitarse el maquillaje.

—Eh —dijo un minuto después—, ¿qué pasa?

Gruñí y agité la muñeca ligeramente haciendo que la esposa se balanceara.

—¡Hala, como mola! —dijo Molly—. ¿Te busca la *poli*? ¿Por eso te escondes en la casa del árbol?

—No —dije—. Es una larga historia.

—¡Oooohh! —dijo Molly como si entendiera—. Son esposas de las otras, de las de pasarlo bien. Ya lo pilló.

—¡No! —protesté—. ¿Y qué sabes tú de esa clase de esposas? Si tienes diez años. Molly resopló.

—Catorce.

—Da igual, eres una cría.

—Internet —dijo con aire grave—. Expande las fronteras del saber adolescente.

—Dios, soy un carca.

Molly chasqueó la lengua y volvió a buscar en la mochila. Me cogió de la muñeca con firmeza, zarandeó una anilla con un montón de llaves y comenzó a probarlas todas en un intento por abrir las esposas.

—Bueno, cuéntame todos los detalles —dijo—. Puedes decir *pip* en lugar de las palabras guarras, si quieres.

La contemplé atónito.

—¿De dónde has sacado todas esas llaves de esposas?

Me miró y entornó los ojos.

—Piénsalo bien. ¿De verdad lo quieres saber?

Suspiré.

—No, probablemente no.

—Guay —dijo y volvió a concentrarse en las esposas—. Pues cambiemos de tema. ¿Qué os pasa a ti y a Susan?

—¿Por qué te interesa?

—Me gustan esas cosas. Además, le oí decir a mamá que sois una parejita que echa chispas.

—¿Tu madre dijo eso?

Molly arrugó la nariz.

—Más o menos. A su modo, claro. Utilizó palabras como «fornicar», «pecado», «perversión infantil» y «bancarrota moral». Bueno, ¿es verdad?

—¿Qué estoy en la bancarrota moral?

—Que entre Susan y tú saltan chispas.

Me encogí de hombros y dije:

—No, ya no.

—No muevas la muñeca. —Molly probó suerte con otra llave, pero la descartó—. ¿Qué ha pasado?

—Muchas cosas —dije—. Es complicado.

—Oh —dijo Molly. El cierre de las esposas hizo *clic*, se abrieron y mirándome satisfecha dijo—: Ya está.

—Gracias. —Me froté la muñeca dolorida y guardé las esposas en el bolsillo del abrigo.

Molly se inclinó y recogió un pedazo de papel. Lo leyó y dijo:

—¿Preguntar a Michael lo del duelo? ¿Güisqui y tabaco?

—Es la lista de la compra.

Molly frunció el ceño.

—Oh. —Guardó silencio durante un momento y luego preguntó—: ¿Fue por lo que le hicieron los vampiros?

La miré atónito de nuevo.

—¿Es que lo han dado en las noticias o qué? ¿Corre por ahí alguna biografía mía

no autorizada?

—Bajé las escaleras sin que se dieran cuenta y oí como papá le contaba a mamá lo que pasó.

—¿Sueles cotillear las conversaciones ajenas?

Puso los ojos en blanco y se sentó en el borde de la plataforma con los pies colgando.

—Es que lo que se dice en voz alta nunca es interesante, ¿sabes? ¿Por qué habéis roto?

Me senté a su lado.

—Como ya te he dicho, era complicado.

—¿Complicado por qué?

Me encogí de hombros.

—Debido a su nueva condición... tiene problemas para controlar sus impulsos —dije—. Me contó que los sentimientos y, *hum*, otras emociones fuertes son peligrosos para ella. Podría perder el control y atacar a alguien.

—Oh —dijo Molly, arrugando otra vez la nariz—. Así que no podéis tontear porque...

—Podría acabar muy mal. Y ella se convertiría en un vampiro de verdad.

—Pero vosotros queréis estar juntos, ¿no? —preguntó Molly.

—Sí.

Frunció el ceño.

—Dios, qué triste. Quieres estar con ella, pero el sexo...

Me estremecí.

—Eh, eres demasiado joven para pronunciar esa palabra.

Los ojos de la niña brillaron.

—¿Qué palabra? ¿Sexo?

Me puse las manos en las orejas.

—Ah.

Molly sonrió y añadió.

—Pero el *piiip* le haría perder el control.

Tosí incómodo y bajé las manos.

—Más o menos. Sí.

—¿Por qué no la atas?

Miré fijamente a la cría durante un momento.

—¿Qué? —tartamudeé.

—Sería lo más práctico —dijo Molly muy seria—. Además, ya tienes las esposas. Si no se puede mover mientras estáis *piiip*, no podrá morderte, ¿no?

Me puse de pie y comencé a bajar por la escalera.

—Esta conversación es demasiado *piiip* para mí.

Molly se rió y me siguió hasta el suelo. Corrió el cerrojo de la puerta trasera con otra llave, creo que del mismo llavero y fue entonces cuando el monovolumen azul claro de Charity apareció en el jardín. Molly abrió la puerta, entró en la casa como una exhalación y volvió sin su mochila. El monovolumen se detuvo y el motor enmudeció.

Charity salió del vehículo y nos lanzó sendas miradas de desaprobación a Molly y a mí. Llevaba unos vaqueros, botas de senderismo, y una gruesa chaqueta. Era una mujer alta, de un metro ochenta aproximadamente, y se movía con una seguridad en sí misma que irradiaba fuerza. Su rostro tenía la fría belleza de una estatua de mármol y llevaba la larga cabellera rubia recogida en la nuca.

Sin decirle nada, Molly se acercó a la puerta corredera del vehículo, la abrió, metió medio cuerpo y desabrochó los cinturones de seguridad de los niños mientras Charity iba a la parte de atrás y abría el maletero.

—Dresden —dijo—. Échanos una mano.

Fruncí el ceño.

—Oh, tengo un poco de prisa. Esperaba encontrar a Michael aquí.

Charity cogió un paquete de veinticuatro latas de Coca-Cola del monovolumen con una mano y un par de bolsas de papel con la otra. Se acercó a mí y prácticamente me las incrustó en el pecho. Tuve que reaccionar rápidamente para que no se me cayeran, y mi varita mágica acabó en el suelo.

Charity esperó a que tuviera bien asidas las bolsas para volver de nuevo al monovolumen.

—Déjalo en la mesa de la cocina.

—Pero... —dije.

Ella pasó delante de mí camino de la casa.

—Se me está derritiendo el helado, la carne se va a descongelar y hay un bebé que se va a despertar hambriento. Déjalo sobre la mesa y luego hablamos.

Suspiré y miré resignado la compra. Las bolsas pesaban lo suficiente para hacer que los brazos me dolieran un poco. Aunque eso tampoco quiere decir gran cosa. No soy de los que van con frecuencia al gimnasio.

Molly salió del vehículo y dejó en el suelo a una niña pequeña con el pelo rubio platino. Llevaba un vestido rosa con un jersey naranja chillón, unos zapatos morados brillantes y un abrigo rojo. Se acercó a mí y dijo con el balbuceo de una niña pequeña:

—Me llamo Amanda. Tengo cinco años y medio y mi papá dice que soy una princesa.

—Yo soy Harry, alteza —contesté.

Arrugó la nariz y dijo:

—Ya conozco a un Harry. Te puedes llamar Bill. —Y con eso se marchó dando

saltitos hacia la casa detrás de su madre.

—Bueno, me alegro de que eso haya quedado claro —murmuré. Molly bajó del coche a otra niña rubia, todavía más pequeña. Esta iba vestida con un mono azul, una camisa rosa y un abrigo rosa. Sostenía una muñeca de trapo en un brazo y una manta rosa de aspecto desgastado en el otro. Al verme, dio unos pasos hacia atrás y se escondió detrás del monovolumen. Se asomó para mirarme una vez más y luego se volvió a esconder.

—Yo me ocupo —dijo una voz de hombre con acento.

Molly saltó del automóvil, cogió una bolsa de papel del maletero y dijo:

—Vamos, Hope.

La niña pequeña siguió a su hermana como un patito mientras Molly entraba en la casa, pero Hope echó la vista atrás tímidamente tres o cuatro veces en el camino.

Shiro salió del coche con una sillita de bebé. El viejo caballero llevaba el bastón que ocultaba su espada colgado del hombro, en una funda, y sus manos llenas de cicatrices sostenían la sillita con cuidado. Un niño, de menos de dos años, dormía en ella.

—¿El pequeño Harry? —pregunté.

—Sí, Bill —dijo Shiro. Sus ojos brillaron tras las gafas.

Fruncí el ceño y dije:

—Es guapetón.

—¡Dresden! —gritó Charity desde la casa—. ¡Tú llevas el helado!

Torcí el gesto y le dije a Shiro:

—Será mejor que entremos.

Shiro asintió sensato. Llevé las bolsas a la gran cocina de los Carpenter y las dejé sobre la mesa.

Durante los siguientes cinco minutos, Shiro y Molly me ayudaron a llevar suficiente comida para alimentar a una horda de mongoles.

Después de guardar toda la comida fresca, Charity preparó un biberón y se lo dio a Molly que se lo llevó a otra habitación junto con una bolsa de pañales y el bebé dormido. Charity esperó hasta que se hubo marchado y luego cerró la puerta.

—Muy bien —dijo, mientras seguía guardando la comida—. No he hablado con Michael desde que llamaste esta mañana. Le dejé un mensaje en el móvil.

—¿Dónde está? —pregunté.

Shiro dejó su bastón sobre la mesa y se sentó.

—Dresden, te pedimos que no te involucraras en este asunto.

—No estoy aquí por eso —dije—. Solo tengo que hablar con él.

—¿Por qué lo buscas? —preguntó Shiro.

—Un vampiro me ha retado a un duelo según las normas de los Acuerdos. Necesito un padrino antes del anochecer o me descalificarán. De forma irreversible.

Shiro frunció el ceño.

—¿La Corte Roja?

—Sí. Un tipo llamado Ortega.

—He oído hablar de él —dijo Shiro—. Es una especie de líder guerrero.

Asentí con la cabeza.

—Eso dicen, sí. Por eso estoy aquí. Esperaba que Michael pudiera echarme una mano.

Shiro pasó el pulgar por la suave superficie de madera de su bastón.

—Recibimos información sobre actividad denaria cerca de San Luis. Él y Sanya fueron a investigar.

—¿Cuándo volverán?

Shiro negó con la cabeza.

—No lo sé.

Miré el reloj y me mordí el labio.

—Joder.

Charity, que iba cargada con varios paquetes de comida, me fulminó con la mirada.

Levanté las manos.

—Perdón. Estoy un poco tenso.

Shiro me miró detenidamente por un momento y luego preguntó:

—¿Crees que Michael le ayudaría?

La voz de Charity nos llegó con eco a caverna desde la despensa.

—Mi marido a veces es idiota.

Shiro asintió y luego añadió:

—Entonces yo te ayudaré en su lugar, Dresden.

—¿Qué harás qué? —pregunté.

—Yo seré tu padrino en el duelo.

—No tienes por qué hacerlo —dije—. Tranquilo, ya se me ocurrirá algo.

Shiro levantó una ceja.

—¿Ya se han elegido las armas?

—No, aún no —repuse.

—Entonces ¿cuándo es la reunión con el emisario y el padrino de tu oponente?

Saqué la tarjeta que me había dado el Archivo.

—No lo sé, me dijeron que cuando tuviera un padrino llamara a este número.

Shiro cogió la tarjeta, se levantó sin decir ni una palabra más, y fue directo al teléfono de la otra habitación.

Lo detuve, cogiéndolo del brazo.

—No tienes por qué hacer esto. No me conoces.

—Michael sí. Eso es suficiente para mí.

La vieja red de apoyo entre caballeros resultaba muy útil, pero me hacía sentir culpable por aceptar su ayuda. Demasiada gente había resultado herida por mi culpa en el pasado. Michael y yo nos habíamos enfrentado a peligros juntos, y nos habíamos protegido mutuamente. De alguna manera, para mí era más fácil acudir a él en busca de ayuda. Pero aceptar eso mismo de un extraño, ya fuera caballero de la Cruz o no, me parecía un abuso. O quizá fuera mi orgullo.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Suspiré y asentí.

—Es que no quiero arrastrar a nadie más conmigo.

—Déjame pensar —murmuró Charity—. ¿Dónde habré oído yo eso antes?

Shiro la sonrió con expresión paternal y divertida, y luego dijo:

—Yo llamaré.

Esperé mientras Shiro llamaba desde la otra habitación, una especie de estudio o despacho que Michael reservaba para los asuntos de trabajo. Charity se quedó en la cocina y colocó una gigantesca olla a presión sobre la encimera. Sacó una tonelada de verduras, carne para estofar, varios botes de especias y comenzó a trocear cosas sin dirigirme la palabra.

La observé en silencio. Sus movimientos tenían la precisión de alguien tan acostumbrado a aquella rutina que ya estaba pensando en lo que iba a hacer dentro de veinte minutos. Me pareció que cortaba las zanahorias con algo más de violencia de lo que era necesario. Comenzó a preparar otro guiso mientras seguía con el estofado; pollo con arroz, además de otras cosas sanas que yo casi nunca veo en tres dimensiones.

Dudé un momento, pero luego me puse de pie, me lavé las manos en el fregadero, y comencé a trocear verdura.

Charity me miró ceñuda por un momento, sin decir nada. Sin embargo sacó algunas verduras más y las dejó a mi lado, luego recogió todo lo que había cortado y lo echó en la olla. Un par de minutos después suspiró, abrió una lata de Coca-Cola y la dejó en la encimera, junto a mí.

—Me preocupo por él —dijo.

Asentí y me centré en los pepinos.

—Ni siquiera sé a qué hora regresará esta noche.

—Menos mal que tienes una olla a presión —dije.

—No sé qué haría sin él. O qué sería de los niños. Estaría completamente perdida. Qué coño. Un poco de consuelo irracional, pero bien intencionado no costaba nada. Di un sorbo a la Coca-Cola.

—Estará bien. Sabe cuidarse de sí mismo. Y además tiene a Shiro y Sanya con él.

—Le han herido tres veces, ¿sabes?

—¿Tres? —pregunté.

—Tres. Contigo. Todas.

—Y por eso es culpa mía. —Me giré para cortar más verduras como los adolescentes en las *pelis* de miedo—. Claro.

No podía ver su cara, pero su voz sonó, más que nada, cansada.

—No se trata de culpar a nadie. Ni de quién se equivocó. Lo único que pienso es que cuando está contigo, mi marido, el padre de mis hijos, vuelve herido.

El cuchillo se me resbaló y me corté un pedazo de carne del dedo índice.

—¡Ay! —grité. Le di al grifo del agua fría y metí el dedo debajo del chorro. Con este tipo de cortes, uno nunca sabe lo graves que son hasta que no ves cómo sangran. Charity me pasó una servilleta de papel y examiné la herida durante un minuto antes de envolver el dedo con ella. No era nada serio, pero dolía un montón. Contemplé como mi sangre manchaba la servilleta de papel y luego pregunté:

—¿Por qué no te libraste de mí entonces?

Alcé la vista y contemplé como Charity me miraba sin entender. Tenía unos círculos oscuros bajo los ojos que antes no había visto.

—¿A qué te refieres?

—Hace un momento —dije—, cuando Shiro te preguntó si Michael me ayudaría. Podrías haberle dicho que no.

—Pero él te ayudaría sin pensárselo. Lo sabes.

—Pero Shiro no.

De repente pareció vacilar.

—No te entiendo.

—Podías haber mentido.

Por la expresión de su rostro vi que había comprendido, y el fuego volvió a sus ojos.

—No me gustas, Dresden. Y desde luego no me importas lo bastante como para olvidar todo lo que creo sagrado, utilizarte como excusa para rebajarme como persona, o traicionar la causa que defiende mi marido. —Fue hasta un armario y sacó un pequeño botiquín. Sin decir nada, me cogió la mano, apartó la servilleta de papel y abrió el botiquín.

—¿Y ahora me vas a curar la herida? —pregunté.

—No espero que lo entiendas. El concepto que tenga de ti no afectará a mis decisiones. Michael es amigo tuyo. Arriesgaría su vida por ti. Le rompería el corazón verte sufrir, y por eso no lo permitiré.

Se calló y me curó el corte con los mismos movimientos ágiles y rápidos que utilizaba en la cocina. Tengo entendido que ahora se hacen desinfectantes que no escuecen.

Pero Charity utilizó una solución yodada.

Capítulo 16

Shiro volvió del despacho y me mostró una dirección escrita en una hoja de papel.

—Nos reuniremos hoy a las ocho.

—Después de la puesta de sol —señalé—. Conozco el lugar. ¿Te recojo aquí?

—Sí. Necesitaré algo de tiempo para prepararme.

—Y yo. A eso de las siete. —Me despedí y me dirigí hacia la puerta. Charity no me contestó, pero Shiro sí. Me subí al coche. Mientras lo hacía, más críos entraron corriendo en la casa, dos chicos y una chica. El más pequeño de los dos niños se detuvo para ver quién conducía el Escarabajo, pero Charity apareció en la puerta y lo apremió para que entrara. Me miró enfadada hasta que conseguí poner en marcha el coche y salir de allí.

En el camino a casa tuve tiempo de sobra para pensar. Aquel duelo con Ortega era algo para lo que no tenía forma de prepararme. Ortega era un caudillo de la Corte Roja. Probablemente aquel no sería su primer duelo. Lo que implicaba que ya había matado a gente antes. Dios, quizá incluso a magos. Yo me había enfrentado a huesos duros de roer, pero había sido en luchas sin reglas. Y siempre encontré la forma de hacer trampas a lo grande. En un duelo mano a mano, no podría recurrir a la astucia, ni utilizar nada de lo que hubiera a mi alrededor.

Esto iba a ser una lucha justa, y si Ortega era mejor que yo, me mataría. Así de simple. El miedo también era simple. Simple e innegable.

Tragué saliva y mis nudillos se volvieron blancos. Intenté relajar los dedos, pero no querían. Estaban demasiado asustados para soltar el volante. Qué dedos más idiotas.

Volví a mi apartamento, despegué los dedos del volante y vi la puerta de casa medio abierta. Me eché a un lado, por si alguien me estuviera apuntando con una pistola desde el fondo de la estrecha escalera y saqué mi varita mágica.

—¿Harry? —dijo una susurrante voz de mujer desde mi apartamento—. Harry, ¿eres tú?

Bajé la varita mágica.

—¿Murph?

—Entra —dijo Murphy. Miré al fondo de la escalera y la vi aparecer en el umbral de mi puerta, estaba pálida—. Rápido.

Bajé las escaleras con cuidado, comprobando mis protecciones mientras lo hacía. Estaban intactas, y entonces me tranquilicé un poco. Le había dado a Murphy un talismán personalizado e intransferible que le permitía atravesar mis defensas.

Entré en casa. Murphy cerró la puerta detrás de mí, y luego echó el cerrojo. Encendió el fuego en la chimenea y una de mis antiguas lámparas de queroseno. Me acerqué a la chimenea y me calenté un poco las manos, mientras observaba a Murphy

en silencio. Por un momento se quedó quieta, con la espalda y los hombros rígidos, y luego se puso a mi lado, frente a la chimenea. Tenía los labios apretados, tensos, formando una fina línea.

—Tenemos que hablar.

—Últimamente todo el mundo me dice eso mismo —murmuré.

—Me prometiste que me llamarías cuando tuvieras algo.

—Eh, un momento. ¿Quién dice que tengo algo?

—Hay un cadáver en un yate de recreo en el puerto de Burnham y varios testigos vieron como un hombre alto de pelo oscuro dejaba la escena del crimen y se subía a un Volkswagen Escarabajo multicolor.

—Espera un segundo...

—Se ha producido un asesinato, Dresden. No me importa lo sagrado que sea para ti tu compromiso de confidencialidad. Está muriendo gente.

La frustración hizo que rechinara los dientes.

—Te lo iba a contar todo. He tenido un día muy movido.

—¿Demasiado movido como para hablarle a la policía de un asesinato del que probablemente has sido testigo? —dijo Murphy—. A eso, en algunos lugares, se le llama cómplice necesario en un delito de homicidio en primer grado. Lugares como los tribunales de justicia.

—Y dale —murmuré. Mis manos se convirtieron en puños—. Ya me acuerdo de cómo va esto. Ahora me lanzas un directo a la mandíbula y me detienes.

—Eso tendría que hacer.

—¡Maldita sea, Murph!

—Tranquilo. —Suspiró—. Si eso fuera lo que tuviese en mente ya estarías en el coche patrulla.

Mi enfado se evaporó.

—Ah. —Tras un momento, pregunté—: Entonces, ¿qué haces aquí?

Murphy torció el gesto.

—Estoy de vacaciones.

—¿Cómo dices?

La mandíbula de Murphy tembló. Su voz sonaba algo extraña porque no dejaba de apretar los dientes mientras hablaba.

—Me han apartado del caso. Y cuando protesté, me dijeron que o me tomaba unas vacaciones o me iba al paro.

Joder. ¿Los mandamases del departamento habían apartado a Murphy de un caso? Pero ¿por qué?

Murphy contestó a la pregunta que no había formulado todavía.

—Porque cuando Butters examinó a la víctima del puerto, determinó que el arma usada para matar a la mujer y la que se utilizó en el cadáver que viste anoche eran la

misma.

La miré atónito.

—¿Qué?

—La misma arma —dijo Murphy—. Butters parecía muy seguro.

Le di vueltas a esa idea en mi cabeza durante unos minutos, intentando construir un razonamiento lógico.

—Necesito una cerveza, ¿y tú?

—Sí.

Fui hasta la despensa y cogí un par de botellas marrones. Utilicé un antiguo abrebotellas para quitarles las chapas y se las ofrecí a Murphy. Ella cogió una y la miró desconfiada.

—Está caliente.

—Es una nueva receta. Mac me mataría si se entera de que sirvo su cerveza negra fría. —Di un sorbo a mi botellín. La cerveza tenía un sabor rico, entero, con un ligero toque a nuez que dejaba un agradable regusto en la boca. La gente puede burlarse lo que le dé la gana de la cerveza local, pero yo creo que Mac sabe lo que hace.

Murphy torció el gesto.

—*Ug*, es demasiado fuerte.

—Yanqui flojucha —dije.

Murphy casi sonrió.

—Los de homicidios se han enterado de que existe relación entre el asesinato en Italia, el de aquí, junto al aeropuerto, y el de esta mañana. Así que han hecho unas llamadas y se han quedado con todo.

—¿Cómo se han enterado?

—Rudolph —escupió Murphy—. No tengo forma de probarlo, pero seguro que esa rata me ha oído hablar por teléfono con Butters y le ha faltado tiempo para ir con el cuento.

—¿Y no puedes hacer nada?

—Oficialmente, sí. Pero en la práctica, la gente empezará a perder los informes, los formularios y las solicitudes que rellene. De hecho, cuando intenté presionar un poco por mi parte, me pararon los pies al momento. —Dio otro trago—. Podría perder el trabajo.

—Eso es a la vez un asco y un alucine, Murph.

—Qué me vas a contar. —Frunció el ceño y me miró a los ojos durante un segundo—. Harry, quiero que te apartes de este caso. Por tu propio bien. Por eso he venido aquí.

La miré contrariado.

—Espera un momento. ¿Quieres decir que me están utilizando para presionarte? Eso es nuevo.

—No bromees con esto —dijo Murphy—. Harry, eres conocido en el departamento, y no todo el mundo te aprecia.

—Te refieres a Rudolph.

—No solo a Rudolph. Son muchos los que se niegan a creer que existes. Además, estabas cerca de la escena del crimen y quizá viste algo. Te podrían encerrar.

Evidentemente mi vida ya era demasiado complicada. Di otro trago a la cerveza.

—Murph; *poli*, mafioso o bicho infernal, da igual. Yo no me rindo porque al abusón de turno no le guste lo que hago.

—Yo no soy una abusona, Harry. Soy tu amiga.

Di un respingo.

—Y aun así me estás pidiendo que lo deje.

Asintió.

—Anda, *por fa*. Por mí.

—Por ti. Joder, Murph. —Volví a beber y la miré con los ojos entornados—. ¿Qué sabes de lo que está pasando?

—Se llevaron algunos informes antes de que pudiera leerlos. —Alzó los ojos hacia mí—. Pero sé leer entre líneas.

—Vale —dije—. Quizá esto requiera una pequeña explicación.

—¿No lo vas a dejar, verdad?

—No puedo.

—Pues entonces ni te molestes —dijo Murphy—. Cuanto menos sepa, menos podré contarle al juez.

¿Al juez? Joder. Debería haber alguna norma que prohibiera lanzar más de una amenaza legal en una misma conversación.

—Este asunto es bastante feo —dije—. Si los *polis* lo tratan como si fuera un caso normal, van a morir. De hecho, aunque se ocupara el IE estaría también muy preocupado.

—Vale —dijo Murphy. No parecía muy contenta. Se bebió su cerveza de un largo trago y la dejó sobre la repisa de la chimenea.

Puse una mano sobre su hombro y ella no lo apartó de un manotazo.

—Murph. Esto ya pinta bastante mal. Pero tengo la corazonada de que va a empeorar y rápido. No puedo dejarlo.

—Lo sé —dijo—. Ojalá pudiera ayudar.

—¿Averiguaste algo sobre el teléfono móvil?

—No —respondió. Pero mientras lo decía, me pasó una hoja de papel doblada. La abrí. La letra era de Murphy y decía: «propietario, Quebec Nationale, Inc. Sin número de teléfono. Dirección, apartado de correo. Pista falsa.»

Probablemente una empresa fantasma, pensé. Los Ratones de Iglesia podrían haberla creado para que comprara y vendiera en su nombre. Quizá el difunto Gastón

procedía de Quebec y no de Francia.

—Vale. Gracias, Murph.

—No sé de qué me hablas —dijo Murphy. Recogió su chaqueta del sillón, donde la había tirado y se la puso—. Aún no hay orden de búsqueda contra ti, Harry, pero yo que tú sería muy discreto.

—Yo soy pura discreción.

—Lo digo en serio.

—Sí, vale.

—Joder, Harry —pero lo dijo sonriendo.

—Probablemente no querrás que te llame si necesito ayuda.

Asintió.

—Dios, no. Eso sería ilegal. Procura no meterte en líos, estás en una situación bastante precaria.

—Vale.

Murphy se detuvo y preguntó:

—Aparte de en verano, creo que no te he visto nunca sin tu guardapolvos. ¿Dónde está?

Torcí el gesto.

—Perdido en acción.

—Oye, ¿hablaste con Susan?

—Sí —dije.

Sentí los ojos de Murphy sobre mi cara. Lo comprendió sin que yo dijera nada.

—Vaya —dijo de nuevo—. Lo siento, Harry.

—Gracias.

—Nos vemos. —Abrió la puerta sin apartar la mano de su pistola y salió con cautela.

A continuación la cerré y me apoyé contra ella. Murphy estaba preocupada. No se habría presentado en mi casa si no lo estuviera. Y se había mostrado muy precavida con el tema legal. ¿Estaban las cosas tan peliagudas en el Departamento de Policía de Chicago?

Murphy era la primera jefa de Investigaciones Especiales a la que no mandaban a la calle después de una semana peculiar o tres casos sin resolver. En general, cuando la administración quería echar a alguien del cuerpo, lo ascendían a jefe de IE. O lo enviaban a esa unidad. Todos los *polis* asignados al IE estaban allí porque habían cometido algún error que les había valido aquel indeseable destino. Eso creó un gran sentimiento de camaradería y compañerismo entre sus agentes, una unión que se hacía más fuerte cuando ocasionalmente debían enfrentarse a alguna criatura de pesadilla.

Los *polis* del IE se habían enfrentado a algunos brujos de medio pelo, a media

docena de vampiros, a siete u ocho troles feroces y a un demonio que se manifestó como un montón de basura caliente en proceso de compostaje detrás de una casa de empeños de Chinatown. Los miembros de Investigaciones Especiales se las arreglaban bastante bien porque tenían mucho cuidado, trabajaban en equipo y comprendían que había seres sobrenaturales a los que a veces tendrían que hacer frente siguiendo procedimientos que no siempre concordaban con los de la policía. Oh, y porque habían contratado a un mago que les informaba acerca de los malos, claro está. Me gustaba pensar que yo también había contribuido a su éxito.

Pero supongo que todas las cestas de frutas tienen su manzana podrida. En IE la oveja negra era el detective Rudolph. Rudy era joven, guapo, pulcro y se había acostado con la hija del concejal equivocado. Se negaba en redondo a aceptar la existencia de lo sobrenatural a pesar de haberse topado en varias ocasiones con monstruos, fenómenos mágicos y humanos bondadosos. Se aferraba con testarudez a la creencia de que todo era normal y que el reino de lo paranormal no era más que un timo.

A Rudy yo no le caía bien. A Rudy no le caía bien Murphy. Si el chaval saboteara la investigación, quizá se ganara el favor de los de Homicidios y consiguiera salir del IE.

Y quizá perdiera unos cuantos dientes la próxima vez que me lo encontrara en un garaje desierto. Dudaba de que Murphy asimilara aquella puñalada traperera con buen talante. Durante un momento me dejé llevar por una agradable fantasía en la que Murphy aporreaba la cabeza de Rudy contra la puerta de su despacho, en el edificio donde tenía su sede la unidad, hasta que en la madera barata aparecía una abolladura con su cara. Disfruté demasiado con aquella imagen.

Reuní unas cuantas cosas que estaban desperdigadas por el apartamento, incluyendo las pociones antídoto que Bob me había ayudado a preparar. Intenté hablar con Bob mientras estaba en el laboratorio y todo lo que conseguí fue una respuesta incoherente y adormilada de la que deduje que necesitaba descansar más. Lo dejé tranquilo, subí las escaleras y llamé a mi servicio de contestador.

Tenía un mensaje de Susan, un número de teléfono. Llamé y un segundo después contestó.

—¿Harry?

—Eres clarividente. Si pudieras hablar con acento extranjero, podrías trabajar en una línea caliente.

—Sí, claro, en eso pensaba —dijo Susan arrastrando un poco las palabras.

—El acento de California no vale —dije.

—Que te crees tú eso. ¿Qué tal va todo?

—Bien, supongo —dije—. Ya tengo padrino.

—¿Michael? —preguntó.

—Shiro.

—¿Quién?

—Es como Michael, pero más viejo y bajito.

—Ah, ya. Bueno, he hecho algunas averiguaciones.

Pensé en otras cosas que solíamos hacer los dos, pero solo dije:

—¿Y?

—Y el hotel Marriott del centro celebra una fiesta esta misma noche, y en ella se incluye la venta de algunas obras de arte y una colecta para alguna organización de caridad. Silbé.

—*Uau*. Así que habrá un montón de arte y dinero en movimiento, cambiando de manos, vagando por acá y acullá...

—Por acá puede, pero no creo que UPS trabaje el acullá —dijo Susan—. Parece un buen lugar para vender un objeto caliente. Y todo está patrocinado por la Sociedad Artística e Histórica de Chicago.

—¿Por quién?

—Un club muy reducido y muy elitista para las clases más adineradas. *Caballero Johnny Marccone* es el presidente de su junta directiva.

—Parece el lugar ideal para vender mercancía robada —dije—. ¿Cómo me cuelo?

—Son cinco mil dólares el cubierto, el dinero es para fines benéficos.

—Cinco mil —dije—. Creo que nunca he tenido tanto dinero junto en un mismo lugar y en un mismo momento.

—Entonces habrá que pasar al plan B.

—¿Qué es?

La voz de Susan se tiñó de satisfacción.

—Entrar con una reportera del *Midwest Arcane* que quiere cumplir la última misión que le ha encargado su editora. He hablado con Trish y tenemos dos entradas que en un principio estaban destinadas para un periodista del *Tribune*.

—Estoy impresionado —dije.

—Pues aún no he terminado. También he conseguido ropa de gala. La fiesta empieza a las nueve.

—¿Para los dos? Uh, Susan, no quiero parecer un gilipollas, pero ¿recuerdas lo que pasó la última vez que te empeñaste en acompañarme en una investigación?

—Esta vez las entradas las tengo yo —dijo—. ¿Vienes conmigo o no?

Pensé un momento en ello, pero no vi la forma de zafarme. Además, no había tiempo que perder en discusiones.

—Vale. Pero debo encontrarme con los rojos en McAnnally's a las ocho.

—Estaré allí con tu esmoquin. ¿A eso de las ocho y media?

—Sí, gracias.

—De nada —dijo en voz baja—. Me alegro de poder ayudar.

Se hizo un largo silencio, lo bastante como para que resultara doloroso para los dos. Al final lo rompí al mismo tiempo que Susan.

—Bueno, será mejor que...

—Bueno, será mejor que te deje —dijo Susan—. Tengo que darme prisa para tenerlo todo a punto.

—Muy bien —dije—. Ten cuidado.

—Lo mismo te digo, Harry. Nos vemos esta noche.

Colgamos y comprobé que estaba listo para salir.

Entonces me dispuse a recoger a mi padrino y a establecer los términos de un duelo del que, cada vez estaba más convencido, no iba salir con vida.

Capítulo 17

Me planté una vieja cazadora vaquera forrada y me acerqué al despacho. El guardia de seguridad nocturno me puso problemas para pasar, pero al final conseguí que abriera la caja fuerte para poder llevarme el sobre del padre Vincent. Lo abrí y encontré una caja de plástico del tamaño de un naipe, como las que usan los coleccionistas de monedas para exponer sus billetes antiguos. Justo en el centro de la caja, había un único hilo blanco y sucio, de unos cinco centímetros de longitud. La muestra del Sudario.

No era gran cosa. Quizá pudiese utilizar aquella hebra para crear un canal hacia el resto del Sudario, pero no lo veía muy claro. Según tenía entendido, hacía casi treinta años que aquel hilo no formaba parte de la Sábana Santa. Y eso no era todo, además había pasado por las manos de varios sacerdotes y científicos, y era posible que alguno de ellos hubiera dejado algún residuo psíquico que enturbiara el hechizo de rastreo.

Y a eso había que sumarle que el pedazo era muy pequeño. Tenía que ser extremadamente cuidadoso si utilizaba un hechizo para seguir la pista del Sudario o la energía que albergaba podría sobrecargar la hebra igual que la corriente eléctrica puede sobrecargar el filamento de una bombilla. Lo malo es que no se me dan muy bien los hechizos delicados. Tengo mucha energía, pero controlarla toda es complicado. Por lo tanto, me vería obligado a utilizar un hechizo muy suave y eso limitaría su radio de acción.

El hechizo sería un detector de metales en lugar de una antena de radar, pero era mucho mejor que nada. Le di un golpe a la puerta.

Para evitar otro encontronazo con Charity, aparqué el Escarabajo en la curva frente de la casa de Michael e hice sonar el claxon. Un momento después, apareció Shiro. El diminuto anciano se había afeitado toda la cabeza, y su calva brillaba excepto donde tenía manchas de edad. Llevaba una especie de pantalones negros holgados que se parecían mucho a los que Murphy se ponía en sus campeonatos de aikido. Completaba el conjunto una camisa negra y una chaqueta blanca de judo, con una cruz roja a cada lado del pecho. Un cinturón de seda roja mantenía la chaqueta cerrada y sujetaba la espada, oculta en su funda de madera. Abrió la puerta, entró en el Escarabajo y colocó la espada sobre su regazo.

Puse el motor en marcha. Ninguno de los dos dijo nada durante un rato. Mis nudillos se estaban poniendo blancos otra vez, así que inicié una conversación.

—Bueno, ¿y tú te has batido en duelo alguna vez?

—*Hai* —dijo, asintiendo—. Muchas veces.

—¿Porqué?

Shiro se encogió de hombros.

—Por muchas razones. Para proteger a alguien, para obligar a algo a abandonar un lugar en paz. Para luchar sin involucrar a nadie más.

—¿Eran combates a muerte?

Shiro asintió.

—Muchos sí.

—Entonces supongo que se te dan bien —dije.

Shiro sonrió un poco y sus ojos parecieron aún más diminutos.

—Siempre hay alguien mejor.

—¿Alguna vez te has batido con un vampiro?

—*Hai*, de La Corte de Jade, de la Corte Negra.

—¿La Corte de Jade? —dije—. Nunca he oído hablar de esa corte.

—Está en el sureste asiático, China y Japón. Son muy discretos. Pero respetan los Acuerdos.

—¿Alguna vez te has enfrentado a un denario en duelo?

Frunció el ceño y miró por la ventana.

—Dos veces. Pero no respetan las reglas. En ambos casos hicieron trampas.

Pensé en ello durante unos minutos y luego dije:

—Voy a optar por energía. Si no lo acepta, elegiré voluntad.

Shiro apartó la vista de mí y asintió.

—Pero hay una opción mejor.

—¿Cuál?

—No luches. No puedes perder si no hay enfrentamiento.

Estuve a punto de lanzar un resoplido irónico, pero me contuve.

—Creo que ya es muy tarde para eso.

—Si las dos partes quieren abandonar, no habrá duelo —dijo Shiro—. Yo hablaré con el padrino de Ortega. Él también estará allí. Deberías intentar quitarle la idea de la cabeza.

—No creo que lo convenza.

—Quizá sí, quizá no. Renunciar al duelo siempre es la mejor opción.

—Dice el caballero de la Cruz armado con su espada sagrada.

—Yo detesto luchar.

Lo miré durante un segundo, luego dije:

—No es normal oír eso de alguien que lo hace tan bien.

Shiro sonrió.

—Luchar nunca es bueno, pero a veces resulta necesario.

Resoplé.

—Sí, sé a lo que te refieres.

El resto del trayecto hasta McAnnally's transcurrió en silencio. Bajo la luz de las farolas, mis nudillos parecían del mismo color que el resto de mis manos.

McAnnally's es una taberna. No un bar, ni un *pub*, sino una taberna al estilo del Viejo Oeste. Cuando entré, bajé los tres escalones hasta la dura tarima del suelo y contemplé el local. Frente a la barra conté trece taburetes. Había trece columnas de madera oscura, cada una tallada a mano con hojas retorcidas e imágenes de seres fantásticos de cuento. Trece era el número de mesas repartidas de forma irregular por el salón, y al igual que las columnas y los taburetes de la barra, estaban así dispuestas para desviar y dispersar energías mágicas erráticas. Era una forma de reducir los posibles accidentes causados por magos macarras y chavales descerebrados que aún están descubriendo sus poderes. Varios ventiladores colgados del techo giraban lentamente a tan baja altura que siempre tenía miedo de que sus aspas se me enredaran en las cejas. El local olía a humo de leña, güisqui de barril, pan recién hecho y carne asada. Me gustaba.

Mac estaba tras la barra. No sabía mucho de él. Era un tío calvo, alto, de complexión media, de entre treinta y sesenta años. Tenía unas manos grandes y ágiles, y muñecas gruesas. Siempre lo he visto con la misma ropa, unos pantalones negros, una holgada camiseta blanca y un delantal que, de alguna manera, parecía repeler las manchas de grasa, bebidas y otras cosas que preparaba para la clientela.

Mac me vio en cuanto entré y señaló con la cabeza hacia mi izquierda. Seguí su indicación con la mirada. Una señal en la pared decía: «Territorio neutral». Miré de nuevo a Mac. Sacó una escopeta de debajo de la barra para que yo pudiera verla y dijo:

—¿Estamos?

—Estamos —respondí.

—Bien.

Por lo demás, la sala estaba vacía, aunque normalmente solía haber unas docenas de personas pertenecientes al panorama mágico local. Nada de magos de verdad o cosas así, sino más bien personas con cierto talento para la magia. Luego también se dejaban caer grupos distintos de *wiccanos*, algún que otro mestizo, expertos en ocultismo, la panda de los licántropos buenos, miembros de sociedades secretas y quién sabe quién más. Seguramente Mac hizo correr la voz de que esa noche había una reunión. Nadie en su sano juicio querría estar cerca del lugar donde quizá se produjera una lucha entre un miembro del Consejo Blanco y un caudillo de la Corte Roja. Tenía la certeza de que estaba cuerdo porque yo tampoco quería estar allí.

Caminé hasta la barra y dije:

—Cerveza.

Mac gruñó y abrió un botellín de cerveza negra. Le ofrecí unos billetes, pero él negó con la cabeza.

Shiro se colocó a mi lado en la barra, pero mirando en la dirección opuesta. Mac

le sirvió otra cerveza también e él. Shiro le quitó la chapa con una sola mano, dio un pequeño sorbo y dejó la cerveza sobre la barra. Después la miró pensativo, la cogió de nuevo y dio otro trago más lento.

—*Ua.*

Mac gruñó:

—Gracias.

Shiro dijo algo en lo que supuse era japonés y Mac contestó con un monosílabo. Un hombre de muchos talentos y pocas palabras, este Mac.

Maté el tiempo con un par de tragos más y la puerta se abrió.

Kincaid entró con la misma ropa que le había visto esa mañana, pero sin la gorra de béisbol. En su lugar, llevaba el pelo rubio oscuro peinado hacia atrás y cogido en una indisciplinada coleta. Saludó con una inclinación de cabeza a Mac y preguntó:

—¿Está todo listo?

—Ajá —dijo Mac.

Kincaid inspeccionó la sala, miró debajo de las mesas y detrás de las columnas, registró los baños y escudriñó tras la barra. Mac no dijo nada, pero me dio la impresión de que aquellas comprobaciones le parecían inútiles. Kincaid se acercó a una mesa que estaba en la esquina, apartó un poco las de alrededor, y colocó tres sillas en torno a ella. Sacó una pistola de la funda que llevaba al hombro y la dejó sobre la mesa, después se sentó.

—Hola —le dije—. Yo también me alegro de verte, ¿dónde está Ivy?

—Hace tiempo que se acostó —dijo Kincaid sin sonreír—. Soy su representante.

—Oh —dije—. ¿Siempre se acuesta tan temprano?

Kincaid comprobó su reloj.

—Cree firmemente en que los niños deben acostarse pronto.

—Je, je, je, je —no se me dan muy bien las risas falsas—. Bueno, ¿y Ortega?

—Lo he visto aparcando fuera —dijo Kincaid.

La puerta se abrió y entró Ortega. Llevaba una chaqueta negra informal con pantalones a juego, y una camisa roja de seda. No traía abrigo a pesar del frío que hacía. Su piel era más oscura de lo que la recordaba. Quizá fuera porque se había alimentado recientemente. Sus ademanes eran tranquilos y seguros cuando entró y echó un vistazo al salón.

Saludó a Mac con una ligera inclinación de cabeza y él respondió de la misma manera. Los ojos del vampiro se posaron sobre Shiro y se entornaron. Shiro no dijo nada y no se movió. Luego Ortega me miró a mí con una inescrutable expresión y me saludó con otra ligera inclinación de cabeza. Me pareció que lo educado era devolverle el saludo, así que eso hice. Ortega hizo lo mismo con Kincaid, que respondió con un perezoso movimiento de mano.

—¿Dónde está tu padrino? —preguntó Kincaid.

Ortega torció el gesto.

—Acicalándose.

No había terminado de pronunciar la palabra cuando un joven abrió de golpe la puerta y entró en la taberna con despreocupación. Vestía unos ajustados pantalones blancos de cuero, una camiseta de redecilla negra y una chaqueta blanca también de cuero. Tenía el pelo oscuro y lo llevaba largo, hasta los hombros, en una despeinada melena rizada. Su rostro era como el de los modelos, sus ojos grises y sus pestañas gruesas y oscuras. Lo conocía. Thomas Raith, un vampiro de la Corte Blanca.

—Thomas —dije a modo de saludo.

—Buenas noches, Harry —contestó—. ¿Qué le ha pasado a tu guardapolvos?

—Me lo ha quitado una mujer.

—Vaya —dijo Thomas—. Una pena. Con él ha desaparecido la única prenda que te daba algo de clase.

—Mira quién habla. Eso que llevas se acerca peligrosamente al estilo de Elvis.

—El joven y delgado Elvis no estaba tan mal —dijo Thomas.

—Yo me refería al Elvis mayor y gordo. O incluso a Michael Jackson.

El hombre pálido se llevó una mano al corazón.

—Eso duele, Harry.

—Sí, yo también he tenido un mal día.

—Caballeros —dijo Kincaid con una nota de impaciencia en su voz—, ¿comenzamos?

Asentí. Ortega hizo lo mismo. Kincaid nos presentó a todos y sacó un documento en el que se informaba que estaba allí en nombre del Archivo. Estaba escrito a lápiz. Bebí otro sorbo de cerveza. Después Kincaid invitó a Shiro y a Thomas a que se sentaran con él en la mesa de la esquina. Yo volví a la barra, y un momento después, Ortega me siguió. Se sentó, dejando un par de taburetes vacíos entre los dos, mientras Kincaid, Thomas y Shiro hablaban en voz baja.

Terminé la botella y la dejé sobre la barra con un golpe. Mac se dio la vuelta para servirme otra. Negué con la cabeza.

—No te molestes. Ya me has apuntado demasiadas en mi cuenta.

Ortega sacó un billete de veinte, lo dejó sobre la barra y dijo:

—Yo invito. Ponme otra a mí también.

Iba a hacer un comentario idiota sobre como el invitarme a cerveza me compensaba por poner en peligro mi vida y la de aquellos a los que quiero, pero me mordí la lengua. Shiro tenía razón sobre el duelo. No puedes perder una pelea a la que no te presentas. Así que cogí la cerveza que Mac me sirvió y dije:

—Gracias, Ortega.

Asintió y dio un trago. Sus ojos se encendieron un poco, luego volvió a beber, esta vez más despacio.

—Es buena.

Mac gruñó.

—Creía que vosotros solo bebíais sangre —dije.

—Es lo único que necesitamos beber —contestó Ortega.

—¿Entonces por qué tomáis también otras cosas?

Ortega sostuvo en alto la botella.

—Porque la vida es más que mera supervivencia. Tú solo necesitas beber agua, ¿no? ¿Por qué tomas cerveza?

—¿Has probado como sabe el agua en esta ciudad?

Casi sonrió.

—*Touché.*

Hice girar la botella marrón entre mis dedos.

—No quiero esto.

—¿El duelo?

Asentí.

Ortega apoyó un codo en la barra y pensó en lo que había dicho.

—Yo tampoco. No es personal. No es algo que yo quiera hacer.

—Pues no lo hagas —dije—. Podríamos hablar.

—Y la guerra seguiría.

—Llevamos en guerra casi dos años ya —dije—. Pero se trata más bien de escaramuzas, un par de ataques, peleas en oscuros callejones. Es como la guerra fría, solo que con menos republicanos.

Ortega frunció el ceño y observó como Mac limpiaba la plancha detrás de la barra.

—Puede recrudescerse, Dresden. Puede empeorar mucho. Y si hay una escalada en las hostilidades, pondrá en peligro el equilibrio de poder en los mundos de la carne y el espíritu por igual. Imagina la destrucción, la pérdida de vidas que eso supondría.

—¿Y por qué no contribuimos a la búsqueda de la paz? Empezando con este duelo. Quizá si juntásemos unas cuentas y unos hilos, podríamos fabricar carteles que dijeran «Haz un chupetón y no la guerra» o algo así.

Esta vez Ortega sí sonrió. Era una expresión extraña en su rostro.

—Ya es tarde para eso —dijo—. Tu sangre es lo único que satisfará a muchos de los míos.

—Puedo donar —dije—. Pongamos, cada dos meses. Pero tú traes las galletas y el zumo de naranja.

Ortega se inclinó hacia mí con la sonrisa desvaneciéndose en sus labios.

—Mago, mataste a un noble de nuestra Corte.

Entonces me enfadé y subí el tono de voz.

—La única razón...

Ortega me interrumpió alzando una mano.

—No digo que no tuvieras tus razones. Pero el hecho es que apareciste en su casa como invitado y representante del Consejo. Y atacaste y mataste a Bianca y a los que estaban bajo su protección.

—Matarme no hará que vuelva —dije.

—Pero saciará la sed de venganza que se extiende entre muchos de mis colegas. Cuando desaparezcas, se mostrarán más proclives a buscar una solución pacífica.

—Mierda —murmuré mientras jugueteaba con la botella.

—Aunque... —dijo Ortega. Su mirada pareció distante por un momento— puede que haya otra solución.

—¿Qué otra solución?

—Ríndete —dijo Ortega—. Ríndete en el duelo, quedarás bajo mi custodia. Si colaboras conmigo, podrías estar bajo mi protección.

—Colaborar contigo —dije. El estómago se me puso del revés—. Te refieres a convertirme en uno de los vuestros.

—Es una alternativa a la muerte —dijo Ortega con expresión seria—. Puede que a mi gente no le guste, pero no creo que se negaran. Pagarás la vida de Bianca con la tuya.

—Como uno de vosotros.

Ortega asintió.

—Como uno de nosotros. —Guardó silencio durante un momento, luego añadió— Podrías traer a la señorita Rodríguez contigo. Estaríais juntos. Ya no sería una amenaza para ti, y los dos os convertiríais en mis vasallos. —Dejó la cerveza sobre la barra—. Entonces verías lo mucho que nos parecemos, Dresden. La única diferencia es que jugamos en equipos rivales.

Me froté los labios. Mi reacción instintiva a la oferta de Ortega era la de la repulsión. Los vampiros de la Corte Roja tienen un aspecto que la mayoría desconoce. Son como murciélagos gigantes, sin pelo, con una piel escurridiza y parecida a la goma de los neumáticos. Se podían cubrir con una máscara de carne para parecer humanos, pero yo he visto lo que ocultan tras su disfraz.

Me he enfrentado a ellos. Varias veces. Aún tengo pesadillas.

Abrí los ojos.

—Deja que te haga una pregunta.

—Adelante.

—¿Vives en una mansión?

—En Casaverde —respondió Ortega—. Está en Honduras. Hay un pueblo muy cerca.

—Ajá —dije—. Y te alimentas de la gente del pueblo.

—Pero los cuido. Les proporciono comida, atención médica y satisfago cualquier

otra necesidad que tengan.

—Parece razonable —dije.

—Así nos beneficiamos ambas partes. Los aldeanos lo saben.

—Sí, seguramente. —Terminé la botella—. ¿Te alimentas de niños?

Ortega me miró con el ceño fruncido.

—¿A qué te refieres?

Ni me molesté en esconder la ira en mi voz.

—Te. Alimentas. De. Niños.

—Es el procedimiento más seguro. Cuanto más extendida esté esta práctica menos peligroso es para todos ellos.

—Te equivocas. Somos diferentes. —Me puse en pie—. Haces daño a los niños. No hay más que hablar.

La voz de Ortega sonó áspera.

—Dresden, no descartes mi oferta tan a la ligera.

—¿La oferta de convertirme en un monstruo *chupasangre* sometido por toda la eternidad a tus deseos? ¿Cómo iba a hacer algo así?

—Es la única forma de conservar la vida —dijo Ortega.

Sentí como mi enfado se convertía en cólera. El labio superior se curvó, apartándose de mis dientes en una especie de gruñido silencioso.

—Creía que la vida era más que mera supervivencia.

La expresión de Ortega cambió. Fue solo por un segundo, pero en ese tiempo vi ira contenida, orgullo arrogante y una violenta sed de sangre en su rostro. Se calmó rápidamente, pero las trazas de aquellas emociones escondidas hicieron que su voz sonara más grave.

—Que así sea. Te mataré, mago.

Sonó muy convincente. Me asustó. Me di la vuelta y caminé hacia la puerta.

—Estaré fuera —dije sin dirigirme a nadie en particular, y salí al frío de finales de febrero.

Así tendría una buena excusa para temblar.

Capítulo 18

No tuve que esperar mucho. La puerta se abrió tras de mí y apareció Kincaid. No me dijo nada, simplemente se subió a un coche alquilado y se marchó. Ortega salió después. Un coche se acercó hasta la entrada y Ortega abrió la puerta de atrás. Se detuvo y se volvió para mirarme.

—Te respeto por tus principios y tu talento, Dresden. Pero estamos en esta situación por tu culpa, y no puedo permitir que continúe. Lo siento.

Vi como se metía en el coche, pero no le contesté. Joder, no había dicho nada que no fuera verdad. Ortega tenía sus motivos y gente... bueno, colegas monstruos, a los que proteger. Y de momento, el tanteo en el partido de Dresden contra los vampiros estaba todavía a cero.

Si un vampiro hubiera hecho eso al Consejo Blanco, dudo mucho que nosotros hubiéramos reaccionado con la misma calma y sangre fría.

Las luces traseras del coche de Ortega aún no habían desaparecido en la distancia cuando Thomas salió de la taberna y caminó hacia mí pavoneándose. Thomas medía algo menos de uno ochenta, con lo que yo le sacaba casi una cabeza. Sin embargo era más guapo y a pesar de mis comentarios anteriores sobre su ropa, era uno de esos tíos a los que todo le queda bien. Aquella camiseta de redecilla creaba sombras sobre su pálida piel que se sumaban a las líneas de unos marcados abdominales.

Yo también tenía abdominales, pero no de esos tonificados y duros. Con una camiseta como esa habría hecho el ridículo.

—Pues ha sido muy sencillo —dijo Thomas. Sacó de su chaqueta un par de guantes de cuero negro para conducir y comenzó a ponérselos—. Aunque tengo entendido que este duelo no es el único juego en marcha en la ciudad en estos momentos.

—¿Por qué dices eso? —pregunté.

—Desde que llegué ayer, me ha estado siguiendo un matón profesional. El picor en el cogote comenzaba a ser molesto.

Miré alrededor.

—¿Está aquí ahora?

Los ojos de Thomas brillaron.

—No. Le presenté a mis hermanas.

La Corte Blanca estaba formada por los vampiros más parecidos a los humanos y en cierto sentido, los más débiles. Se alimentaban de energías psíquicas, de fuerza vital más que de sangre. Generalmente seducían a aquellos de los que se alimentaban, robándoles vida a través del contacto físico durante el acto sexual. Si un par de hermanas de Thomas habían dado con el matón que lo seguía, el asesino probablemente ya no volvería a ser un problema para nadie. Nunca más. Me entró un

tic en el ojo.

—Lo más probable es que trabajara para Ortega —dije—. Ha contratado a varios mercenarios para cargarse a gente que conozco en caso de que no aceptara el duelo.

—Eso lo explica entonces —dijo Thomas—. A Ortega no le caigo muy bien. Debe de ser por las malas compañías que frecuentaba.

—Vaya, gracias. ¿Cómo coño te has convertido en su padrino?

—Es una bromita de mi padre —contestó Thomas—. Ortega le pidió a él que fuera su padrino. Una forma de mostrar la solidaridad existente entre las Cortes Roja y Blanca. En su lugar, papá decidió que el miembro de su familia más molesto y vergonzante ocupara su lugar.

—Tú —dije.

—*C'est moi* —confirmó Thomas con una pequeña reverencia—. Cualquiera diría que quiere verme muerto.

Sentí como las comisuras de mis labios se curvaban en una sonrisa.

—Vaya padre tienes. Igualito que Bill Cosby. ¿Qué tal está Justine?

Thomas torció el gesto.

—En Aruba, así es como está. Que es donde me encontraba yo hasta que uno de los esbirros de *papi* apareció para arrastrarme hasta aquí.

—¿Qué habéis decidido para el duelo?

Thomas negó con la cabeza.

—No te lo puedo decir. Shiro es el que te debe informar. Porque, bueno, técnicamente, estoy en guerra contigo.

Fruncí el ceño y miré en la dirección en que había desaparecido el coche de Ortega.

—Sí.

Thomas guardó silencio por un momento y luego dijo:

—Quiere matarte.

—Lo sé.

—Es peligroso, Harry. Y listo. Mi padre le tiene miedo.

—Pues a mí casi me cae bien —dije—. Resulta refrescante que alguien que quiere matarme vaya de cara, en lugar de lanzarme un par de bolas curvas y dispararme por la espalda. Es hasta bonito lo de la pelea justa.

—Claro. En teoría.

—¿En teoría?

Thomas se encogió de hombros.

—Ortega tiene unos seiscientos años. Uno no llega a esa edad jugando siempre según las reglas.

—Por lo que he oído, el Archivo no va a permitir trampas de ningún tipo.

—No es trampa si no te pillan.

Lo miré con el ceño fruncido y dije:

—¿Me estás diciendo que está tramando algo?

Thomas se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—No digo eso. No me importaría ver como le pateas el culo, pero te aseguro que no pienso hacer nada que llame la atención sobre mí.

—Tu intención es participar sin involucrarte. Muy listo.

Thomas puso los ojos en blanco.

—No voy a lanzarte una cáscara de plátano para que resbales. Pero tampoco esperes ninguna ayuda por mi parte. Mi función aquí es velar por que el duelo sea justo. Después volveré a mi casa de la playa. —Sacó las llaves del coche del bolsillo y se dirigió hacia el aparcamiento—. Buena suerte.

—Thomas —le dije mientras se alejaba—, gracias por el aviso.

Se detuvo.

Entonces le pregunté:

—¿Por qué lo haces?

El vampiro me miró por encima del hombro y sonrió.

—La vida sería insoportablemente aburrida si tuviéramos respuestas para todas las preguntas. —Después prosiguió su camino hacia un coche deportivo blanco y entró en él. Un segundo después, el equipo de música de su coche comenzó a atronar con música *heavy metal* a gran volumen, el motor rugió y Thomas se marchó.

Miré mi reloj. Faltaban diez minutos para que Susan llegara. Shiro salió de McAnnally's y se puso las gafas. Cuando me localizó, caminó hasta donde estaba y se quitó las gafas de nuevo.

—¿Ortega se negó a cancelar el duelo?

—Me hizo una oferta que no podía rechazar —dije.

Shiro gruñó.

—Será un duelo de voluntades. Mañana, tras la puesta de sol. Wrigley Field.

—¿En el estadio? Ya que estamos, ¿por qué no vendemos entradas? —Miré enfadado hacia la calle y comprobé la hora de nuevo—. He quedado con alguien dentro de un minuto. Te daré las llaves del coche. Ya lo recogeré mañana en casa de Michael.

—No hace falta —dijo Shiro—. Mac me ha pedido un taxi.

—Vale —volví a meter las llaves en el bolsillo.

Shiro estuvo callado durante unos segundos con los labios apretados, pensando, luego dijo:

—Ortega quiere matarte.

—Sí, ya lo sé —dije. Intenté no rechinar los dientes cuando añadí—: Todo el mundo me dice eso como si no lo supiera ya.

—Pero no sabes cómo va a hacerlo. —Lo miré extrañado. Su cráneo afeitado

brillaba bajo la luz de una farola cercana—. La guerra no es culpa tuya.

—Eso ya lo sé —dije sin sonar muy convincente.

—No —dijo Shiro—. No tiene nada que ver contigo.

—¿A qué te refieres?

—La Corte Roja lleva años preparándose —contestó—. ¿Cómo si no estaban listos para atacar los enclaves europeos solo días después de que derrotaras a Bianca?

Fruncí el ceño.

Shiro sacó un puro de un bolsillo, mordió el extremo y lo escupió a un lado.

—Tú no fuiste la causa de la guerra. Solo una excusa. Los rojos habrían atacado cuando estuvieran listos.

—No —dije—, así no funcionan las cosas. Es decir, casi todos los miembros del Consejo con los que he hablado...

Shiro resopló. Prendió una cerilla y chupó el puro varias veces mientras lo encendía.

—El Consejo. Panda de arrogantes. Solo saben mirarse el ombligo.

Para alguien que no pertenecía al Consejo Blanco, Shiro parecía tener una idea bastante clara de cómo funcionaba.

—Si la Corte Roja quería la guerra, ¿por qué Ortega intenta detenerla?

—Es prematura —dijo Shiro—. Necesitan más tiempo para prepararse. La ventaja del ataque por sorpresa ya no existe. Quiere golpear una sola vez y tener la garantía de que no necesitará un segundo ataque.

Contemplé al pequeño anciano durante un minuto.

—Esta es la noche de los consejos, por lo visto. ¿Por qué me quieres ayudar?

—Porque en muchos aspectos eres tan arrogante como el Consejo, aunque no te des cuenta. Te culpas a ti mismo por lo que le pasó a Susan. Y aún quieres culparte de más cosas.

—¿Y si es así, qué?

Shiro se volvió hacia mí y me miró directamente a la cara. Yo evité encontrarme con sus ojos.

—Los duelos son una prueba de fuego. Se dirimen con la voluntad, con el corazón. Si no encuentras tu equilibrio, Ortega no tendrá que matarte. Ya te encargarás tú de hacerle el trabajo.

—Supongo que fuiste psicoanalista antes de convertirte en el guerrero que lucha espada en mano contra el mal.

Shiro volvió a chupar el puro.

—En cualquier caso, llevo vivo más tiempo que tú. He visto más cosas.

—¿Cómo qué?

—Como este caudillo de vampiros. Es evidente que te está manipulando. No es lo que parece.

—¡No! Eso sí que es nuevo —dije—. Alguien no es lo que aparenta. ¿Qué puedo hacer ante algo así?

Shiro se encogió de hombros.

—Lleva siglos aquí. No pertenece al mismo mundo. El mundo en el que vivía Ortega era salvaje. Brutal. Los hombres como él destruían civilizaciones enteras en busca de oro y gloria. Y desde entonces, ha luchado durante cientos de años contra otros vampiros rivales, demonios y enemigos de toda índole. Si se acerca a ti a través de los canales estipulados y oficiales es porque cree que es su mejor baza para matarte. A pesar de lo que pueda pasar en el duelo, su intención es darte muerte como sea. Quizá antes, quizá después. Pero te quiere muerto.

Shiro no puso un énfasis particular en las palabras. No hacía falta. Por sí solas bastaban para asustar, no había necesidad de añadir más dramatismo. Miré colérico su puro y dije:

—Eso que fumas te matará.

El viejo volvió a sonreír.

—Esta noche no.

—Creía que los buenos cristianos no fumaban puros.

—Un accidente... —dijo Shiro.

—¿Los puros?

—Mi cristianismo —dijo Shiro—. Cuando era joven, me gustaba Elvis. Tuve la oportunidad de verlo en un concierto cuando me trasladé a California. Era una de esas grandes galas donde se tocan canciones antiguas. Estaba Elvis y había un presentador, pero yo no hablaba mucho inglés. Invitó a algunas personas a subir al escenario para conocer al rey. Yo creí que se refería a Elvis y me apunté. —Suspiró—. Luego descubrí que me había convertido en baptista.

Solté una carcajada.

—Estás de coña.

—No. Pero ya estaba hecho, así que procuré ser un buen baptista. —Posó una mano sobre el mango de su espada—. Luego llegó esto y todo se simplificó enormemente. Ahora sirvo.

—¿A quién sirves?

—Al cielo. O a lo divino que hay en la naturaleza. Al recuerdo de mis antepasados. A mis congéneres. A mí. Todo forma parte de la misma cosa. ¿Conoces la historia de los hombres ciegos y el elefante?

—¿Te sabes el de un oso que entra en un bar? —respondí.

—Lo tomaré como un no —dijo Shiro—. Colocaron a tres hombres ciegos delante de un elefante. Lo tocaron para averiguar de qué criatura se trataba. El primer hombre le tocó la trompa y dijo que el elefante era como una serpiente. El segundo hombre le tocó una pata y dijo que el elefante era como un árbol. El tercer hombre le

tocó la cola y dijo que el elefante era como una cuerda fina.

Asentí.

—Oh, ya lo pilló. Los tres tenían razón y los tres estaban equivocados. No podían ver la imagen completa.

Shiro asintió.

—Exacto. Yo solo soy otro ciego. No puedo ver la imagen completa de lo que ocurre en todas partes. Soy ciego y estoy limitado. Sería un idiota si pensara de otra manera. Y por eso, sin saber qué significa el universo, lo único que puedo hacer es ser responsable con el conocimiento, la fuerza y el tiempo que se me ha concedido. Debo ser fiel a mi corazón.

—A veces con eso no basta —dije.

Shiro ladeó un poco la cabeza y me miró.

—¿Cómo lo sabes?

Un taxi se desvió hacia nuestra calle y se detuvo. Shiro se acercó a él y me señaló con la cabeza.

—Estaré en casa de Michael si me necesitas. Ten cuidado.

Asentí.

—Gracias.

—Dame las gracias luego —dijo Shiro. Después se subió al taxi y se marchó.

Mac cerró la taberna un minuto después y se puso un sombrero de fieltro negro mientras salía. Me saludó con una inclinación de cabeza de camino hacia su Trans Am, pero no dijo nada. Cuando Mac se marchó, encontré una zona en sombras donde esperar y vigilé con atención la calle. Me sentaría fatal que de repente apareciera un coche y me dispararan con una vulgar *pistolucha*. Sería embarazoso.

Una limusina oscura y grande entró en el aparcamiento. Un conductor uniformado salió y abrió la puerta más cercana a mí. Un par de piernas largas y doradas subidas a unos zapatos de tacón de aguja asomaron por la puerta. Susan salió con elegancia, a pesar de los zapatos, lo que probablemente bastaba para calificarla como ser sobrehumano. Llevaba un resplandeciente y ajustado vestido de noche, negro, sin hombros y con una raja a un lado. Unos guantes oscuros cubrían sus manos y brazos hasta el codo y llevaba el pelo recogido, sostenido por un par de palillos negros y brillantes.

Me quedé con la boca abierta, la mandíbula inferior se precipitó contra mis zapatos. Bueno, en realidad no, pero si hubiese sido un dibujo animado, los ojos se me habrían salido de las órbitas.

Susan se dio cuenta de mi reacción y al parecer le hizo gracia.

—¿Tan bien me queda?

Bajé los ojos y eché un vistazo a mi ropa arrugada.

—Me parece que voy demasiado informal.

—Marchando un esmoquin —dijo Susan.

El conductor abrió el maletero y sacó una percha cubierta con una funda del tinte. Cuando dio media vuelta con aquello en la mano, me di cuenta de que el conductor era Martin. Lo único que había hecho para disfrazarse era colocarse el uniforme y no conseguí reconocerlo hasta que lo miré por segunda vez. Supongo que a veces sale a cuenta ser tan insulso.

—¿Es de mi talla? —pregunté mientras cogía el esmoquin que Martin me ofrecía.

—Espero que sí —dijo Susan, bajando las pestañas de forma muy sexi—. Creo que te tengo cogida la medida.

Me pareció que Martin torcía un poco el gesto a modo de reprobación. El corazón se me aceleró un poco.

—Muy bien —dije—. Pues vamos allá, me vestiré de camino.

—¿Me vas a dejar que mire? —preguntó Susan.

—Eso tiene recargo —repuse. Martin abrió la puerta a Susan y yo me colé detrás de ella. Le conté lo que había averiguado sobre el Sudario y los que andaban detrás de él—. Creo que podré dar con la Sábana Santa si me acerco lo suficiente.

—¿Crees que aparecerán más denarios de esos por allí?

—Probablemente —dije—. Si la cosa se pone fea, lo mejor será salir pitando. Esos bichos juegan duro.

Susan asintió conforme.

—Y tengo la impresión de que a los ladrones tampoco les preocupa mucho usar armas.

—Además por allí también andará Marcone. Y allí donde va, suelen aparecer matones armados y cadáveres.

Susan sonrió. Era una sonrisa que no le había visto antes, pequeña, silenciosa y feroz que dejaba ver sus dientes. Parecía natural en ella.

—Con estas cosas te lo pasas en grande, ¿eh, Harry?

—Soy el Bruce Lee de la diversión —dije—. Déjame un poco de sitio.

Susan se apartó todo lo que pudo para que me pudiera poner el esmoquin. Intenté no chafarlo demasiado, a pesar de lo limitado del espacio. Susan me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué? —pregunté.

—Lo estás arrugando.

—Esto no es tan fácil como hago que parezca —respondí.

—Si dejaras de mirarme las piernas, quizá no sería tan complicado.

—No las estaba mirando —mentí.

Susan me sonrió mientras el coche avanzaba por el centro y yo hacía lo posible para disfrazarme de Roger Moore. Después de un rato, su expresión se volvió más pensativa y dijo:

—¡Eh!

—¿Qué?

—¿Qué le ha pasado a tu chupa de cuero?

Capítulo 19

El hotel Marriott, en el centro de la ciudad, era enorme, muy bien iluminado y estaba concurrido como un hormiguero. Había varios coches de policía aparcados cerca y un par de agentes ayudaban a dirigir el tráfico frente al hotel. Pude contar unas veinte limusinas en la calle o pasando bajo el arco que daba a las puertas del hotel, y todas eran más grandes y más bonitas que la nuestra. Los aparcacoches iban y venían corriendo para llevarse los automóviles de los invitados que habían preferido utilizar sus propios coches. Había una docena de hombres con chaquetas rojas y expresión de aburrimiento que quizá alguno interpretase como desinterés. La seguridad del hotel.

Martin se detuvo frente a la entrada y dijo:

—Esperaré aquí fuera. —Y pasó a Susan un móvil del tamaño de la palma de una mano. Ella lo guardó dentro de su pequeño bolso de fiesta—. Si te ves en peligro, marca el uno.

En ese momento, uno de los conserjes abrió la puerta de mi lado y salí del coche. No estaba muy cómodo con aquel esmoquin de alquiler. Los zapatos me quedaban bien de largo, pero eran demasiado anchos. Con un movimiento de hombros, me coloqué la chaqueta en su sitio, estiré el fajín y le ofrecí una mano a Susan. Ella salió del coche con una deslumbrante sonrisa y me colocó la pajarita.

—Sonríe —dijo entre susurros—. Toda esta gente está muy pendiente de las apariencias. Si entras con esa cara de ajo, pareceremos fuera de lugar.

Entonces saqué a relucir mi sonrisa de camuflaje. Susan me miró con expresión crítica, asintió y me cogió del brazo. Entramos ocultos bajo el disfraz que nos proporcionaban nuestras sonrisas. Uno de los guardias de seguridad nos detuvo en la puerta y Susan le mostró las entradas. Entonces nos dejó pasar.

—Lo primero que hay que hacer es encontrar las escaleras —dije desde detrás de mi sonrisa—. La zona de carga estará cerca de las cocinas, que imagino se encontrarán debajo de donde estamos ahora. Por ahí es por donde traerán todas las obras de arte.

Susan se detuvo en su camino hacia las escaleras.

—Todavía no —dijo—. Si empezamos a fisgar nada más entrar por la puerta quizá alguien se dé cuenta. Deberíamos mezclarnos con los demás hasta que comience la subasta. Entonces la gente estará más distraída.

—Si esperamos, todo podría irse al garete mientras alternamos.

—Puede —dijo Susan—. Pero es muy probable que Anna Valmont y el comprador estén pensando lo mismo.

—¿Cuándo comienza la subasta?

—A las once.

—Suponiendo que en realidad la nota quiera decir que comienza a las doce menos cuarto, eso no nos deja mucho tiempo para echar un vistazo. Este sitio es enorme.

Llegamos a una escalera mecánica y Susan me miró, arqueando una ceja:

—¿Tienes una idea mejor?

—Todavía no —dije. Me contemplé de refilón en una pulida columna de cobre. No estaba nada mal. Por algo el esmoquin ha sobrevivido un siglo prácticamente sin sufrir alteraciones. No se arregla lo que no está roto. Los esmóquines sientan bien a todo el mundo, y yo era la prueba viviente—. ¿Crees que servirán algo de comer? Me muero de hambre.

—Pero intenta no mancharte la camisa —murmuró.

—Tranquila. Siempre me puedo limpiar los dedos en el fajín.

—No se te puede llevar a ningún sitio —dijo Susan. Se apoyó un poco en mí, y me gustó. La verdad es que estaba disfrutando de todo aquello. Yo iba bastante bien, o eso me pareció, tenía a una mujer maravillosa a mi lado... no, tenía a Susan a mi lado y estaba impresionante. Era como un pequeño rayo de luz entre las tinieblas en las que había vivido, pero ahí estaba, y aquella sensación me duró todo el ascenso en las escaleras mecánicas. Procuero disfrutar de los buenos momentos allí donde se presenten.

Seguimos la marea de hombres y mujeres vestidos de gala que subían más escaleras mecánicas hasta llegar a un gran salón semejante a una enorme caverna. Del techo colgaban arañas de cristal, y las mesas, donde había un despliegue de exquisitos aperitivos y esculturas de cristal, ocupaban casi todo el espacio. Un grupo de músicos tocaba en el extremo opuesto del salón. Parecían bastante relajados mientras interpretaban una tranquila y clásica pieza *de jazz*. En la pista de baile del tamaño de una cancha de baloncesto había varias parejas que seguían, también bastante relajados, el compás de la música.

La sala no estaba abarrotada de gente, pero ya habría unas doscientas personas, y no dejaban de entrar invitados detrás de nosotros. Charlas educadas pero hipócritas llenaban el aire, acompañadas por sonrisas y carcajadas igualmente falsas. No muy lejos identifiqué a unos cuantos políticos, además de a un par de músicos profesionales y, al menos, a un actor de cine.

Un camarero con una chaqueta blanca nos mostró una bandeja con copas de champán. Sin pensármelo mucho cogí dos y le ofrecí una a Susan. Alzó la copa hasta los labios, pero no bebió. El champán olía bien. Yo sí lo probé y me gustó. No soy muy bebedor, así que lo dejé después del primer sorbo. Beber champán con el estómago vacío probablemente no era lo más indicado si al final necesitaba pensar con rapidez. O salir de allí con rapidez. O hacer cualquier cosa con rapidez.

Susan saludó a una pareja mayor y se detuvo a hacer las presentaciones. Yo mantuve la sonrisa de camuflaje en su sitio y solté las típicas frases de rigor en los

momentos precisos. Ya me empezaban a doler las mejillas. Estuvimos así durante media hora más o menos, mientras la banda tocaba sosegadas piezas de baile. Susan conocía a un montón de gente. Trabajó como periodista en Chicago durante cinco o seis años, hasta que tuvo que marcharse, pero evidentemente, había hecho más amigos de lo que yo creía. Muy bien, Susan.

—Comida —dije después de que un viejo encogido besara a Susan en la mejilla y luego se marchara—. Dame de comer, Seymour^[2].

—Cuidado que eres básico —murmuró, pero nos acercamos hasta las mesas de la comida para que pudiera coger un sándwich diminuto. No lo engullí de un bocado, aunque tampoco habría pasado nada, porque tenía un palillo atravesado que evitaba que se desmoronase. De todas formas, no me duró mucho.

—Por lo menos mastica con la boca cerrada —dijo Susan.

Cogí otro sándwich.

—No lo puedo evitar. Esto es lo que yo llamo *joie de vivre*, cielo.

—Y sonrío.

—¿Qué mastique y sonrío? ¿Al mismo tiempo? ¿Quién te has creído que soy, Jackie Chan?

Iba a decirme algo, pero cambió de opinión tras la primera sílaba. Sentí como su mano me apretaba el brazo. Dudé por un momento en comerme el segundo sándwich, aunque solo fuera para quitármelo de en medio, pero en su lugar opté por una decisión más sofisticada. Lo guardé en el bolsillo del esmoquin para después, y seguí la mirada de Susan.

Y lo hice justo a tiempo para cruzarme con la de *Caballero* Johnny Marcone. Era algo más alto de lo normal y uno de esos tipos que no asume su calvicie. Tenía unos rasgos regulares, pero nada llamativos. Central Casting^[3] lo habría clasificado como el vecino perfecto. No lucía el típico moreno de barco, ya que estábamos en febrero, pero conservaba las patas de gallo alrededor de unos ojos verde claro. Se parecía bastante a la figura ficticia que quería encarnar ante el público, la de un hombre de negocios normal y respetable, la típica historia del estadounidense de clase media que consigue triunfar.

Dicho esto, Marcone me daba más miedo que ningún otro ser humano que hubiera conocido. Lo he visto sacarse una navaja de la manga antes de que un psicópata forzado tuviera tiempo de atizarle con una barra de hierro. Y también como, aquella misma noche, lanzaba otro cuchillo para cortar una cuerda mientras daba vueltas colgado bocabajo en la oscuridad. Puede que Marcone fuera humano, pero no era normal. Se hizo con el control del crimen organizado en Chicago durante una guerra indiscriminada entre bandas y desde entonces, lo dirigía a pesar de las amenazas y la oposición de fuerzas naturales y sobrenaturales. Y se mantenía ahí arriba porque era más letal que cualquiera de los que pretendían acabar con él. De

toda la gente que había en aquel salón, Marccone era el único que no lucía una falsa sonrisa en el rostro. Y tampoco parecía que aquello le preocupara en exceso, la verdad.

—Dresden —dijo—. Y la señorita Rodríguez, creo. No sabía que fueras coleccionista de arte.

—Soy el mayor coleccionista de cuadros *Elvises* en terciopelo de todo Chicago —dije al momento.

—¿Elvises? —preguntó Marccone.

—Es el plural de Elvis, creo —dije—. Pero procuro no decirlo mucho, porque entonces comienzo a hablar solo en susurros y a llamar a las cosas «mi tesoro»; por eso suelo utilizar el plural en latín, *Elvii*.

Entonces Marccone sí sonrió. Era una expresión que le iba. Los tigres con el estómago lleno sonríen como Marccone cuando contemplan a los cervatillos jugar.

—Ah. Espero que esta noche encuentres algo de tu gusto.

—Oh, tengo buen conformar —dije—. Cualquier trapo viejo me bastará.

Marccone entornó los ojos. Se produjo un silencio agudo y cortante cuando su mirada se encontró con la mía. Y no era la primera vez. En una ocasión contemplé su alma, y esa era una de las razones por las que le tenía tanto miedo.

—En ese caso te aconsejo que tengas cuidado con lo que compras.

—Claro, siempre lo tengo —dije—. ¿Y no sería mejor que nos dejáramos de tonterías?

—Por deferencia a tus limitaciones, casi estaría dispuesto —contestó Marccone—. Pero me temo que no sé de qué hablas.

Entrecerré los ojos y di un paso hacia delante. La mano de Susan me apretó el brazo, pidiéndome en silencio que me contuviera. Bajé la voz para que solo me escuchara Marccone.

—Te diré qué haremos. Primero podemos charlar del mandril que mandaste a perforar mi tique del parking. Y luego podemos seguir con la parte en la que se me ocurre cómo devolvértela.

Lo que sucedió a continuación me sorprendió.

Marccone me miró extrañado.

No resultó especialmente expresivo. En una partida de cartas, solo un par de jugadores lo habrían visto. Pero yo lo tenía justo en frente, lo conocía y lo vi. Mis palabras sobresaltaron a Marccone, y se le notó durante medio segundo. Luego disimuló, echando mano de su sonrisa de hombre de negocios que era mucho mejor que mi sonrisa falsa y dándome unos suaves golpecitos en el brazo.

—No me busques las cosquillas en público, Dresden. Tú no te lo puedes permitir. Y yo no te lo voy a permitir.

Una sombra cayó sobre Marccone, alcé la vista y vi la masa de Hendricks a sus

espaldas. Hendricks seguía igual de enorme, igual de pelirrojo, me seguía recordando al típico defensa de rugby, quizá uno demasiado raro para pasar de la liga universitaria a la profesional. Su esmoquin era más bonito que el mío. Me pregunté si seguiría llevando chaleco antibalas debajo.

Cujo Hendricks iba acompañado. De una rubia. Una nórdica alta y elegante, de bonitas y largas piernas, ojos azules, y cara de ángel. Llevaba un vestido blanco y su cuello, muñecas y un tobillo despedían destellos plateados. He visto biquinis en algún número de *Sports Illustrated* que resultarían demasiado sosos para una mujer como la que Hendricks llevaba del brazo.

Habló, y su voz sonó como un ronroneo gutural.

—¿Algún problema, señor Marcone?

Marcone alzó una ceja.

—¿Algún problema, señor Dresden?

Probablemente habría dicho alguna estupidez, pero noté como Susan me clavaba las uñas en el brazo, a través de la chaqueta.

—Ninguno —dijo Susan—. Creo que no nos han presentado.

—No —dijo la rubia, poniendo los ojos en blanco—. Creo que no.

—Señor Dresden, señorita Rodríguez, creo que ya conocen al señor Hendricks. Y esta es la señorita Gard.

—Ah —dije—. Una empleada, supongo.

La señorita Gard sonrió. Por lo visto aquella era la noche de las sonrisas forzadas.

—Trabajo para la Fundación Monoc —dijo—. Soy asesora.

—Me pregunto sobre qué asesorará —dijo Susan. De todos, ella era la que lucía la sonrisa más afilada.

—Sobre seguridad —dijo Gard, impasible. Luego se centró en mí—. Me encargo de que ladrones, espías y desgraciados espíritus errantes no nos destrocen el césped.

Y entonces lo entendí. Fuera quien fuera la señorita Gard, parecía la responsable de los escudos que habían dejado maltrecho a Bob. El ataque de cabreo justificado inicial dejó paso a la cautela. A Marcone siempre le habían preocupado mis habilidades. Había dado los primeros pasos para nivelar las cosas, y Marcone no era de los que muestran sus cartas antes de tiempo, lo que significaba que ya estaba preparado para vérselas conmigo, de una manera u otra. Estaba listo para luchar.

Marcone me leyó los pensamientos y dijo:

—Ninguno de los dos queremos provocar una escena, Dresden. —Me miró fijamente, con dureza—. Si quieres hablar, llámame mañana a mi despacho. Mientras tanto, te sugiero que busques tus retratos de Elvis en cualquier otra parte.

—Pensaré detenidamente en ello —dije. Marcone negó con la cabeza y se alejó para mezclarse con el resto de invitados, que en su caso implicaba estrechar manos y asentir en los momentos precisos. Hendricks y Gard, *la Amazona*, siguieron a

Marcone de cerca.

—Tú sí que tienes don de gentes —murmuró Susan.

Gruñí.

—Y qué diplomacia.

—Sí, como la de Kissinger —escupí, sin quitarle ojo a Marcone—. Esto no me gusta.

—¿Por qué no?

—Porque está tramando algo. Ha levantando defensas mágicas alrededor de su casa.

—Como si previera problemas —añadió Susan.

—Sí.

—¿Crees que es el comprador del Sudario?

—Desde luego no me extrañaría —dije—. Tiene dinero y contactos de sobra. Según parece la venta tendrá lugar en esta fiesta. —Escaneé la sala mientras hablaba—. No hace nada sin tener todas las de ganar. Seguramente controle la seguridad del hotel. Eso le daría libertad para encontrarse con Valmont cuando nadie lo mire.

Localicé a Marcone mientras se situaba en un lugar estratégico, cerca de una pared y se llevaba un pequeño móvil a la oreja. Dijo algo, su expresión se endureció, tenía el aspecto de un hombre que no escucha, solo da órdenes. Intenté escuchar lo que estaba diciendo, pero entre la banda de música, el baile y el jaleo de la gente charlando, no conseguí descifrar nada.

—Pero ¿por qué? —preguntó Susan—. Tiene los contactos y los recursos, pero ¿qué razones puede tener para comprar el Sudario?

—No tengo ni repajolera idea.

Susan asintió.

—Desde luego no le ha hecho gracia verte aquí.

—Sí. Algo lo inquietó, se ha llevado una desagradable sorpresa. ¿Te fijaste en la cara que puso?

Susan negó con la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—A cómo reaccionó durante la conversación. Te aseguro que lo vi. Lo pillé en un renuncio mientras hablábamos y no le gustó.

—¿Lo presionaste?

—Quizá —dije.

—¿Lo bastante como para obligarlo a marcharse pronto? —Los ojos de Susan también habían dado con Marcone que cerró el móvil bruscamente y se encaminó hacia las puertas de servicio con Gard y Hendricks tras él. Marcone se detuvo a hablar con un guardia de seguridad de chaqueta roja y miró en nuestra dirección.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dije—. Necesito un minuto para

lanzar el hechizo sobre la muestra de tejido y que este nos lleve hasta el Sudario.

—¿Por qué no lo has hecho antes?

—Su radio de acción es limitado —repuse—. Y el hechizo no durará mucho. Tenemos que acercarnos.

—¿Cuánto? —preguntó Susan.

—Pues unos treinta metros.

Marcone dejó la sala y el guardia de seguridad se llevó un *walky-talky* a la boca.

—¡Joder! —dije.

—Tranquilo —dijo Susan, aunque su voz sonó tensa—. Estamos entre lo más granado de Chicago. Los guardias de seguridad no quieren escenas desagradables.

—Ya —repuse, y me dirigí hacia la puerta.

—Despacio —dijo Susan con su sonrisa de nuevo en los labios—. No corras.

Intenté no correr a pesar de que el guardia de seguridad cada vez estaba más cerca. Por el rabillo del ojo vi chaquetas rojas moviéndose. Mantuvimos el ritmo tranquilo y relajado de los invitados que pululaban por la fiesta y Susan sonrió por los dos. Estábamos a punto de llegar a las puertas cuando otra chaqueta roja apareció ante ellas, cortándonos el paso.

Reconocí al hombre; era el matón con el que me topé a la salida del estudio de televisión, el que casi nos mata al padre Vincent y a mí en el garaje. Abrió los ojos como platos al reconocermes y acercó una mano a la chaqueta, donde seguramente escondería una pistola. El lenguaje corporal era claro: acércate sin armar jaleo o te pego un tiro.

Miré a nuestro alrededor, pero aparte de los invitados, la pista de baile y otros guardias de seguridad, no vi nada que me pareciera una buena alternativa. Entonces la banda comenzó a tocar una pieza más rápida con un ritmo latino sincopado, y varias de las parejas más jóvenes que no habían bailado antes, saltaron a la pista de baile.

—Venga —dije y me llevé a Susan conmigo.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Ganar algo de tiempo para atravesar la sala y llegar hasta las puertas —contesté. Me coloqué frente a ella, la cogí de la cintura, le tomé la otra mano y la llevé hacia la pista de baile con un sencillo paso en dos tiempos—. Tú sígueme.

La miré por un momento y vi que tenía la boca abierta.

—Me dijiste que no sabías bailar.

—No como lo hacen en las discotecas de ahora —dije. Me siguió con bastante facilidad, así que pude aumentar un poco la cadencia—. El rocanrol no se me da muy bien, pero los bailes de salón son otra cosa.

Susan rió. Sus ojos oscuros brillaban, incluso cuando miraba a la gente que nos rodeaba en busca de más chaquetas rojas.

—Con esto, y el esmoquin, casi se podría decir que eres un tío con clase. ¿Dónde

aprendiste a bailar?

Seguí avanzando por la pista de baile, haciendo que Susan girara, enrollándola en nuestros brazos unidos, y luego desenrollándola otra vez.

—Cuando vine a Chicago por primera vez, tuve diferentes trabajos hasta que conocí a Nick Christian en Ragged Angel Investigations. Uno de esos trabajos fue el de pareja de baile en un club de jubilados.

—¿Aprendiste con señoras mayores?

—Es complicado bailar el tango con alguien que tiene lumbago —dije—. Se necesita una gran pericia. —Hice girar a Susan otra vez. En esta ocasión cuando la atraje hacia mí, hice que su espalda chocara contra mi pecho mientras mantenía una mano en su cadera y con la otra le cogía del brazo. Sentí una ligera descarga al tocarla, su cintura era delgada y flexible bajo mi mano. Su pelo olía a canela y su vestido dejaba un buen trozo de espalda al descubierto. Era bastante perturbador y cuando me miró por encima del hombro, sus ojos parecían arder. Ella también lo sintió.

Tragué saliva. *Concéntrate, Harry.*

—¿Ves esas puertas detrás de las mesas plegadas?

Susan asintió.

Miré por encima de mi hombro. La multitud había frenado el avance de los guardias de seguridad, y llegamos antes que ellos al otro lado de la sala.

—Ahí es adónde vamos. Tenemos que dar esquinazo a los *seguratas* y encontrar a Valmont antes que Marccone.

—¿Y los de seguridad no nos seguirán a través de las cocinas?

—No si Martin *el Soso* los distrae antes de que abandonemos la pista de baile.

Los ojos de Susan brillaron. Sin dejar de bailar, sacó el móvil de su bolso.

—Tienes una mente retorcida.

—Dirás que estoy loco, pero preferiría que los matones de Marccone no nos acompañaran hasta la salida. —Tuvimos suerte y la banda pasó a tocar una pieza más lenta. Susan pudo acercarse más a mí y esconder mejor el móvil. Escuché como el aparato marcaba los números e intenté poner freno a mis pensamientos y sentimientos. Puede que no funcionara durante mucho tiempo en el estudio de Larry Fowler, pero si lograba dominar mis emociones, quizá le diera a Susan el tiempo necesario para hacer la llamada.

Funcionó. Habló en voz baja durante unos tres o cuatro segundos, después cerró el móvil y lo guardó.

—Dos minutos —dijo.

Mierda. Martin era bueno. Yo podía encargarme de un par de *seguratas* en las puertas principales. El matón de pelo oscuro de Marccone se acercaba. Le estaba costando abrirse camino educadamente entre la multitud, y conseguimos aumentar la

ventaja mientras bailábamos.

—¿Nos hará una señal, o algo así?

—Creo que debemos esperar a que algo los distraiga —dijo Susan.

—¿Cómo qué?

El repentino derrape de unos neumáticos acalló a la banda de música. Se produjo un gran estruendo y escuchamos el ruido de cristales rotos además de gritos procedentes del vestíbulo, una planta más abajo. Los músicos, confundidos, dejaron de tocar, y la gente se apelotonó en torno a la salida para ver qué sucedía.

—Como esto —dijo Susan. Tuvimos que avanzar contracorriente, por así decirlo, pero no parecía importarle a nadie. Vi de refilón al matón de Marcone siguiendo la marea de gente. El muy imbécil llevaba la pistola en la mano, a pesar de que mirara donde mirara, aquel lugar estaba plagado de personajes ricos e influyentes. Al menos apuntaba con ella al suelo y la llevaba pegada a la pierna.

El resto del personal parecía tan interesado en lo que ocurría fuera, como todos los demás, así que conseguimos llegar a la zona de servicio sin que nadie nos dijera nada. Susan echó un rápido vistazo alrededor y dijo:

—¿El ascensor?

—Es mejor ir por las escaleras, si es que hay. Si nos disparan en las escaleras, siempre podemos gritar y hay más espacio para moverse.

Descubrí colgado en la pared un plano de evacuación contra incendios y seguí el camino con el dedo.

—Aquí, hasta el final del pasillo y luego a la izquierda.

Mientras yo observaba el plano, Susan se quitó los zapatos. Ahora parecía mucho menos alta, pero no hacía ningún ruido al caminar descalza sobre la socorrida moqueta. Avanzamos por el pasillo, encontramos las escaleras y comenzamos a bajar. Descendimos tres plantas, así que supuse que nos encontrábamos al nivel de la calle. Abrí la puerta de las escaleras y eché un vistazo. Vi como se abrían las puertas de un pequeño y mugriento ascensor y un par de tipos con el típico uniforme blanco manchado de comida del personal de cocina salieron al pasillo, charlando y con la vista al frente. Escuché el sonido de una sirena o dos fuera, en la calle.

—Una cosa tengo que decir a favor de Martin —murmuré—. Cuando distrae, distrae.

—Es un tío muy responsable en el trabajo —apuntó Susan.

—Vigila tú —dije, y me aparté de la puerta. Susan recorrió con la mirada la escalera y luego el pasillo, mientras yo daba un paso atrás, me arrodillaba en el suelo y cogía todo lo que iba a necesitar para el hechizo de rastreo.

Saqué un rotulador negro y dibujé en torno a mí un círculo sobre las baldosas del descansillo. El rotulador rechinó y cuando terminé, cerré el círculo con mi voluntad. Una suave barrera, algo que no podía ver, pero que podía sentir fácilmente, se levantó

a mi alrededor, dejando fuera las fuerzas perturbadoras que me distraerían a la hora de realizar el hechizo.

—¿Ese rotulador es de los permanentes? —preguntó Susan.

—Sí, lo uso para sembrar el caos y la anarquía allí donde voy —murmuré—. Un momento. —Saqué la muestra del padre Vincent y un patito de plástico de los que se dan cuerda—. Ya sé que parece una chorrada, pero no lo es. Espera y verás.

Pasé el hilo por el pico del patito, y después le di cuerda. Murmuré un cántico, en su mayoría compuesto por sílabas sin sentido, y me concentré en lo que quería. Dejé el patito en el suelo, pero en lugar de caminar, se quedó completamente quieto, esperando. Tuve que utilizar una goma para sujetar el pequeño hilo al pico del patito. Era demasiado corto para atarlo a su alrededor. Me concentré, aparté de mi mente todo pensamiento que no tuviera que ver con el hechizo y liberé la magia acumulada mientras susurraba:

—Busca, busca, busca.

La energía salió de mi cuerpo, dejándome sin respiración durante unos instantes. El patito amarillo se estremeció y luego comenzó a moverse en círculos. Asentí una vez, estiré el brazo y con un esfuerzo de voluntad que reforzara el gesto, rompí el círculo. La pantalla se desvaneció tan rápido como había surgido y el patito amarillo hizo *cuac* y se encaminó hacia la puerta.

Miré a Susan. Sus preciosos ojos oscuros contemplaban al pato con lo que podría describir como, y aquí estoy siendo muy generoso, marcado escepticismo.

La miré con aire de reprobación.

—Ni una palabra.

—No he dicho nada.

—Pues sigue así.

Intentó reprimir una sonrisa.

—Vale.

Abrí la puerta. El patito salió del rellano, avanzó por el pasillo, hizo *cuac*, y giró a la izquierda. Salí tras el juguete, lo cogí y dije:

—Está cerca. Vamos. El pato solo lo utilizaremos en los cruces.

—¿Sabe el pato bajar escaleras?

—Más o menos. Venga, no sé cuánto durará el hechizo.

Yo iba el primero. No soy el mejor atleta del mundo, pero hago un poco de ejercicio, tengo las piernas muy largas y puedo caminar más rápido de lo que algunos corren. El pato nos condujo por un par de largos pasillos hasta una puerta con un letrero que decía: «Solo personal autorizado».

Abrí la puerta, eché un vistazo e informé a Susan entre susurros:

—Es una lavandería enorme.

Oímos unos pasos a nuestras espaldas procedentes de otro pasillo. Susan me miró

con los ojos como platos. Entré en la habitación y Susan me siguió. Entorné la puerta, pero evité que se cerrara por completo para que el *clic* del pestillo no nos delatara.

Las pisadas se acercaban, eran de dos personas, y vimos como sus sombras pasaban rápidamente cerca de la puerta entreabierta.

—Hendricks y Gard —murmuré a Susan.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó en un susurro.

—Por el perfume de la rubia. —Conté mentalmente hasta diez, abrí la puerta y me asomé. El pasillo estaba vacío. Entonces cerré la puerta y encendí las luces. La sala era bastante amplia, con varias lavadoras industriales pegadas a la pared. Al otro lado de la habitación, frente a las lavadoras, había una fila de secadoras, y justo en medio varias mesas bastante grandes sobre las que descansaban pilas y más pilas de sábanas y toallas blancas, dobladas. Coloqué el patito en el suelo y comenzó a avanzar paralelo a las mesas.

—Así es como lo escondieron en el yate. Entre la ropa limpia.

—¿Y los ladrones profesionales suelen ser tan predecibles? —preguntó Susan.

Fruncí el ceño y volví a dejar el pato en el suelo.

—Vigila la puerta.

El pato se dirigió hacia el otro lado de la sala y chocó contra la ropa tendida. Aparté las sábanas a un lado y encontré una gran rendija de ventilación justo detrás. Me arrodillé, miré en su interior y luego pasé los dedos por el margen de la rejilla. Encontré dos agujeros donde antes habían estado unos tornillos. Un suave golpe en la pared bastó para que la rejilla cayera al suelo y revelara un agujero de ventilación lo bastante grande para que cupiera una persona. Metí la cabeza y descubrí el conducto que avanzaba entre las paredes. El pato entró y giró a la derecha sin vacilar.

—Conducto de aire —dije. Salí de la chaqueta del esmoquin con un par de contorsiones, y sin darme cuenta, rompí la pajarita que llevaba al cuello. Me quité aquellos zapatones y me remangué la camisa, con lo que mi brazalete escudo quedó al descubierto.

—Ahora vuelvo.

—Harry... —comenzó Susan, con preocupación en su voz.

—He visto *Alien*. No soy Tom Skerritt. —Le guiñé un ojo, recogí el pato y entré en el conducto del aire procurando no hacer ruido.

Evidentemente, no se escuchaba ni una mosca. El conducto avanzaba en línea recta con rejillas que se abrían a los lados cada seis o cuatro metros. Ya había pasado tres rejillas cuando escuché unas voces.

—Esto no es lo que acordamos —dijo Marcone. Su voz sonaba algo distorsionada, como si procediera de un aparato de radio.

El suave acento británico de Anna Valmont le contestó desde el otro lado de la rendija.

—Ni tampoco el encuentro que quiso adelantar. No me gusta que el comprador cambie los planes.

Se escuchó un chasquido metálico procedente del transmisor y luego la voz tranquila y segura de Marcone.

—Le aseguro que no tengo ningún interés en romper los lazos con su organización. No sería rentable.

—Cuando me llegue la confirmación de la transferencia de los fondos, usted tendrá el artículo. Ni un segundo antes.

—Mi contacto en Zurich...

—¿Es que cree que soy imbécil? Este trabajo ya nos ha costado más de lo que habíamos planeado. Corte ya la puñetera transmisión y llámeme cuando tenga algo que decir o destruiré el artículo y me largaré.

—Espere —dijo Marcone. Había tensión en su voz—. No puede...

—¿Ah, no? —replicó Valmont—. No me venga con jodiendas, yanqui. Y apunte otro millón a la cuenta por decirme cómo tengo que hacer mi trabajo. Si dentro de diez minutos no tengo el dinero, no hay trato. Corto.

Me acerqué a la rejilla y comprobé que no estaba bien colada en su marco. Seguramente una vez dentro del hotel, Valmont utilizó los conductos de ventilación para moverse por el edificio. Se encontraba en una especie de almacén. La única luz de la habitación era un resplandor verdoso que se elevaba desde un diminuto ordenador portátil. Valmont murmuró algo para sí, sin apartar los ojos de la pantalla. Llevaba ropa ajustada y negra, además de una gorra de béisbol también de color negro. Lamentablemente, no vi por allí mi chupa, pero tampoco iba a encontrarlo todo envuelto en un bonito paquete.

Miré el patito y lo dejé en el suelo, mirándome a mí. Inmediatamente se dio la vuelta y señaló a Anna Valmont.

La ladrona caminaba arriba y abajo de la habitación como un gato inquieto, con los ojos fijos en el ordenador. Los míos se adaptaron a la oscuridad con el paso de los minutos y vi que Valmont no se apartaba mucho de un tubo del que colgaba una correa. El tubo estaba a tan solo un metro y medio o dos metros de mí.

Contemplé a Valmont caminar hasta que su expresión y sus pasos se inmovilizaron, la mirada fija en la pantalla del ordenador.

—Joder, qué bien —dijo en voz baja—. Ha pagado.

Ahora o nunca. Puse las manos sobre la rejilla y empujé con la mayor suavidad posible. Se desprendió de la pared sin hacer ruido y la dejé a un lado. Valmont estaba completamente concentrada en su diminuto ordenador. Si la perspectiva de recibir el dinero la mantenía distraída durante unos momentos más, podría salir de allí con el Sudario sin que se diera cuenta, igualito que James Bond. Afortunadamente, el esmoquin ya lo tenía. Ahora solo necesitaba un par de segundos para salir, coger el

tubo con el Sudario y volver al conducto de ventilación.

Casi me da un infarto cuando la radio de Valmont volvió a chirriar y se escuchó la voz de Marccone decir:

—Ya está. Como acordamos, más el incremento. ¿Es suficiente?

—Sí. Encontrará la mercancía en un almacén del sótano.

Marccone sonó un poco molesto cuando dijo:

—¿Podría ser un poco más específica?

Salí del conducto pensando en cosas silenciosas. Me estiré y toqué con la punta de los dedos la correa del tubo.

—De acuerdo —respondió Valmont—. El artículo se encuentra en una habitación cerrada con cerrojo, dentro de un tubo. El tubo va armado con una bomba incendiaria. El radiotransmisor que puede activar o desactivar el mecanismo está en mi poder. Una vez que esté segura fuera de la ciudad, desarmaré el artefacto y se lo comunicaré a través de una llamada telefónica. Hasta entonces, le sugiero que no intente abrirlo.

Aparté de golpe los dedos del tubo.

—Una vez más, ha alterado el acuerdo —dijo Marccone. Lo hizo con un tono de voz tan impasible y frío como el interior de un congelador.

—Usted no es el único interesado en comprar.

—Muy poca gente puede presumir de haberse aprovechado de mí.

Valmont dejó escapar una risa callada y amarga.

—Vamos. Esto no es más que una especie de seguro de vida, bastante razonable, además —dijo Valmont—. Sea bueno y su precioso trapo no correrá ningún peligro. Intente traicionarme, y no tendrá nada.

—¿Y si las autoridades la encuentran sin mi ayuda? —preguntó Marccone.

—Necesitará una escoba y un recogedor cuando venga a por lo suyo. Creo que lo mejor para todos sería que hiciera todo lo que estuviera en su poder para ponerme las cosas fáciles —dijo, y apagó su transmisor.

Me mordí el labio mientras pensaba frenéticamente. Si me llevara ahora el Sudario, Marccone se enfadaría porque no podría echarle las manos encima. Si Marccone no mataba a Valmont, podría avisar a la policía. Por su parte, Valmont destruiría el Sudario. Si lo cogía, tendría que moverme muy rápido para alejar el Sudario del radiotransmisor. No creo que hacer explotar el aparato con magia resolviera la papeleta. Era tan probable que se averiara y acabara explotando como que no funcionara.

De modo que también debería llevarme el radiotransmisor, y solo había una forma de conseguirlo.

Avancé por detrás de Valmont y presioné el pico del patito de plástico contra su espalda.

—No te muevas —dije— o disparo.

Se puso tensa.

—Dresden.

—Enséñame las manos —dijo. Las puso en alto. La luz verde de su ordenador mostraba columnas de números—. ¿Dónde está el transmisor?

—¿Qué transmisor?

Apreté el pato contra ella un poco más fuerte.

—Yo también he tenido un mal día, señorita Valmont. El transmisor del que ha hablado a Marcone.

Dejó escapar un pequeño quejido de consternación.

—Si te lo llevas, Marcone me matará.

—Sí, se toma su imagen muy en serio. Por eso tienes que venir conmigo y pedir protección a las autoridades. Vale, ¿dónde está?

Sus hombros se hundieron y señaló con la cabeza hacia delante durante un segundo. Sentí un pellizco de culpa. Había planeado estar aquí con sus amigos. Estaban muertos. Era una mujer joven, sola, en un país extranjero y a pesar de lo que había sucedido, lo más probable era que no saliera de aquello muy bien parada. Y ahí estaba yo, apuntándole con un patito de plástico a la espalda. Me sentí fatal.

—En el bolsillo izquierdo de mi chaqueta —dijo Valmont en voz baja. Me recordé a mí mismo que yo era un profesional y metí la mano en el bolsillo, en busca del transmisor.

Entonces me golpeó.

Un momento sostenía un pato contra su espalda y buscaba en su bolsillo, y al siguiente estaba en el suelo con un moratón con la forma de su codo formándose en mi mandíbula. El resplandor verde del ordenador se apagó. Apareció una pequeña luz roja y Valmont me quitó el pato de la mano de una patada. El rayo de luz roja siguió al pato durante un segundo silencioso, y luego rompió a reír.

—Un pato —dijo. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña semiautomática plateada—. Estaba casi segura de que no dispararías, pero esto es más que ridículo.

Tengo que hacerme con un permiso de armas.

—Tú tampoco dispararás —dijo y comencé a levantarme—. Así que ya estás bajando el arma y...

Me apuntó con la pistola a una pierna y apretó el gatillo. Un fogonazo de dolor me atravesó y dejé escapar un grito involuntario. Me cogí el muslo mientras la luz roja se posaba sobre mí.

Me miré la pierna. Tenía un par de rasguños, pero nada importante. La bala había chocado contra el suelo de cemento, levantando algunas esquirlas.

Seguramente fueron los fragmentos de hormigón los que me hirieron la pierna.

—Lo siento mucho —dijo Valmont—. ¿Qué decías?

—Nada importante —respondí.

—Ya —contestó Valmont—. Bueno, sería de muy mal gusto dejar aquí un cadáver para que el comprador se deshiciera de él, así que creo que al final tendré que entregar la mercancía en mano. No podemos permitir que escapes con el botín que todo el mundo busca.

—Marcone es el menor de tus problemas —dije.

—No, de hecho, es uno de los gordos.

—A Marcone no le van a crecer cuernos y garras, ni te desmembrará viva —dije—. O al menos, no creo que pueda. Hay más seres interesados en el Sudario. Como la cosa que ha entrado en el barco esta mañana.

No pude ver su rostro desde el otro lado del haz de luz roja, pero su voz pareció temblar.

—¿Qué era aquello?

—Un demonio.

—¿Un demonio de verdad? —Lo dijo en un tono forzado, como si no supiera muy bien si reír o llorar. Yo lo conocía bien—. ¿Esperas que me crea que eso era un demonio?

—Sí.

—Y supongo que tú eres una especie de ángel, ¿no?

—Joder, no —dije—. Yo solo trabajo para ellos. Más o menos. Oye, conozco a gente que te puede proteger de esas cosas. Gente que no te hará daño. Te ayudarán.

—No necesito ayuda —dijo Valmont—. Están muertos, los dos están muertos, Gastón y Francisca. Mis amigos. Sea lo que sea esa gente, esas cosas, ya no pueden hacerme más daño.

La puerta cerrada del almacén chirrió cuando algo la arrancó de sus goznes y la arrojó al pasillo. Las luces del corredor entraron a través de la apertura como un torrente cegador y tuve que protegerme los ojos durante unos segundos.

Pude ver formas difusas, sombras frente a la luz. Una era delgada y estaba agachada; sus tentáculos, afilados como cuchillas, se movían a su alrededor como una nube ondulante. La otra era sinuosa y de aspecto fornido, como un hombre que hubiese cambiado las piernas por el escamoso cuerpo de una serpiente gigante. Entre los dos había una figura que parecía humana; un hombre con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo, pero la sombra que proyectaba su silueta se agitaba y palpitaba sin descanso, haciendo que la luz temblara y bailara de forma nauseabunda.

—No te pueden hacer más daño —dijo la figura central con voz masculina y expresión divertida—. No importa cuántas veces oiga ese comentario, siempre resulta un refrescante desafío.

Capítulo 20

Mis ojos se ajustaron a la luz lo bastante para distinguir algunos detalles más. El demonio femenino, con el pelo a lo Joan Jett, dos pares de ojos, un reluciente sello y unas terribles garras, era el mismo denario que nos había atacado en el barco aquella misma mañana. El segundo demonio estaba cubierto con unas escamas verde oscuro salpicadas de óxido rojo. De los hombros a la cintura, parecía más o menos humano. Del cuello para arriba y de la cintura para abajo, parecía una especie de serpiente aplanada. No tenía piernas. Su cuerpo anillado se deslizaba tras él, raspando el suelo con las escamas. También tenía dos pares de ojos, unos eran dorados, como de reptil, los otros, dentro de los primeros, tenían un ligero brillo verde azulado, a juego con el símbolo pulsante de la misma luz que parecía bailar en el destello de las escamas de su cabeza.

Un denario, dos denarios, tres denarios, entre los que incluí al último. De los tres, él era el único que tenía aspecto humano. Llevaba una gabardina beis abierta con aire despreocupado. La ropa era hecha a medida y parecía cara. Una fina corbata gris colgaba suelta de su cuello. Era un hombre de estatura y complexión medias, con el pelo corto y oscuro, salpicado de reflejos plateados. Su expresión era sosegada, divertida, y sus ojos oscuros estaban medio cerrados, como si tuviera sueño. Habló en un inglés con ligero acento británico.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? Nuestra valiente ladrona y su...

Me dio la impresión de que le habría gustado entretenerse en una de esas jocosas conversaciones que a los malos de ciudad tanto les gustan, pero antes de que pudiera terminar la frase, Anna Valmont se giró pistola en mano y le disparó tres veces en el pecho. Lo vi encogerse y retorcerse. La sangre le manchó de repente la camisa y la gabardina. Le había dado en el corazón o en una arteria.

El hombre se quedó mirando a Valmont atónito, sorprendido, mientras su camisa seguía tiñéndose de rojo. Se abrió un poco la gabardina y contempló la creciente marea roja. Me di cuenta de que la corbata que llevaba no era una corbata propiamente dicha, sino un viejo trozo de cuerda gris, y aunque parecía una especie de adorno, vi que en realidad estaba atada con un nudo de ahorcado.

—No me gusta que me interrumpan —dijo el hombre en un tono áspero y desagradable—. Ni siquiera he hecho las presentaciones. Hay que prestar más atención a las formas, jovencita.

En una reacción propia de mí, Anna Valmont no lo dudó un momento y volvió a disparar.

El hombre estaría a menos de metro y medio. La ladrona rubia apuntó a su centro de gravedad y no falló ni un tiro. El hombre se cruzó de brazos mientras las balas lo atravesaban, abriendo nuevas heridas que sangraban sin cortapisas. Puso los ojos en

blanco después del cuarto disparo, e hizo el gesto con la mano de «venga, termina ya con esto», hasta que la pistola de Valmont se quedó sin balas y con la corredera abierta.

—¿Por dónde iba? —dijo.

—Las formas —ronroneó el demonio mujer con los pelos de loca. Las palabras le salieron con dificultad debido a que sus enormes caninos se le clavaban en los labios cuando hablaba—. Las formas, padre.

—Me parece que ya lo mismo da —dijo el hombre—. Ladrona, has robado algo que me interesa. Dámelo y podrás marcharte. Si te niegas, me enfadaré contigo.

El labio superior de Anna Valmont estaba empapado de sudor, y sus ojos desorbitados pasaron de la pistola vacía, al hombre de la gabardina. Estaba paralizada por la confusión y el terror.

Seguramente alguien habría escuchado los disparos. Necesitaba ganar un poco de tiempo. Me incliné, metí una mano en el bolsillo de la chaqueta de Valmont y saqué una cajita de plástico que recordaba vagamente al control remoto de un vídeo. Sostuve en alto el transmisor, puse el pulgar encima, como si supiera lo que estaba haciendo y le dije al tipo de la gabardina:

—Eh, Bogart. Tú y los gemelos fantásticos apartaos o me cargo la sábana.

El hombre alzó las cejas.

—¿Cómo dices?

Agité el control remoto.

—Si hago clic, esto hará *bum*, y adiós Sudario.

El hombre serpiente siseó mientras su cuerpo se retorció en movimientos suaves y constantes, y la chica demonio retrajo los labios, mostrándome sus colmillos. El hombre que estaba entre los dos me miró por un momento con ojos inexpresivos y vacíos, y luego dijo:

—Es un farol.

—A mí la sábana me importa un comino —dije.

El hombre clavó su mirada en mí sin moverse. Aunque su sombra sí lo hizo. Se retorció y onduló, y al observarla sentí que me mareaba un poco. Sus ojos dejaron de fijarse en mí para concentrarse en el tubo de embalaje que yacía sobre el suelo.

—Un detonador por control remoto, supongo. ¿Te has percatado de que te encuentras junto al artefacto?

Me había percatado. No tenía ni idea de la potencia de la bomba incendiaria. Pero no importaba, de todas formas tampoco sabía qué botón había que dar para activarla, así que...

—Sí, lo sé.

—¿Prefieres morir a entregar el Sudario?

—Prefiero morir a que tú me mates.

—¿Quién ha dicho nada de matar?

Lo miré furioso a él y luego a la chica demonio y dije:

—Creo que Francisca García dijo algo.

La sombra del hombre se agitó, pero él me contempló con ojos fríos y calculadores.

—Quizá podamos llegar a un acuerdo.

—¿Cómo cuál?

Sacó una pesada pistola de gran calibre de un bolsillo y apuntó a Anna Valmont.

—Dame el control remoto y no mataré a esta joven.

—¿El cabecilla de este grupito de fans de Satán utiliza armas de fuego? Tienes que estar de coña —dije.

—Llámame Nicodemus. —Miró el revólver—. Chulo, lo sé, es que después de presenciar tantos desmembramientos, uno acaba por aburrirse. —Apuntó con su arma a la aterrada Anna Valmont y dijo—: ¿Cuento hasta tres?

Adopté el acento transilvano del Conde Draco cuando contaba murciélagos Y dije:

—Cuenta hasta donde *quieras*, *perro no conseguirás este detonadorrr*, ja, ja, ja.

—Uno —dijo Nicodemus.

—¿De verdad esperas que me rinda así, sin más?

—Es lo que sueles hacer cuando hay una mujer en peligro, Harry Dresden. Dos.

Este Nicodemus me conocía. Y había escogido una táctica de presión bastante rápida y eficaz; acabara como acabara aquello, sabía que lo que yo quería era ganar tiempo. Joder. No iba a ser fácil liarlo.

—Espera —dije.

Amartilló el arma y apuntó a la cabeza de Valmont.

—Tr...

Y aquí ya no tuve más remedio que saltar.

—Vale —dije y le arrojé el control remoto—. Ahí lo tienes.

El tipo bajó el revólver y se giró para coger el control remoto con su mano izquierda. Esperé hasta que sus ojos pasaron de Valmont al remoto.

Y entonces reuní toda la energía que pude en aquel instante, lancé con fuerza mi mano derecha hacia delante y grité:

—¡Fuego!

Una llamarada se elevó del suelo en una ola tan ancha como la puerta y rodó hacia delante en un surtidor de aire supercaliente. Se expandió al avanzar e impactó contra el ensangrentado pecho de Nicodemus. La fuerza del choque lo empujó hacia el pasillo, a sus espaldas, y contra la pared opuesta. No llegó a atravesarla, pero solo porque seguramente estaría reforzada allí donde la golpeó. El tabique de cartón yeso cayó desde sus hombros a sus muslos, y su cabeza se echó para atrás en una brusca

flexión del cuello. Casi me pareció que su sombra también salía disparada hacia atrás y se esparcía sobre la pared como salpicaduras de alquitrán.

El hombre serpiente se movió con una rapidez sorprendente, apartándose con habilidad de la explosión. La chica demonio gritó y sus afilados mechones se agruparon en un intento por escudarla mientras el fuego y la energía la lanzaban hacia atrás, lejos de la puerta.

La temperatura subió hasta hacerse insoportable y la ola de calor abrasador me succionó el aire de los pulmones. El retroceso de la explosión me lanzó hacia atrás a través de la habitación, y di varias vueltas hasta chocar con la pared. Me cubrí y protegí la cara cuando las llamas rojas se sofocaron y fueron sustituidas por una nube de feo humo negro. Los oídos me pitaban y no podía oír nada salvo el palpar de mi propio corazón.

No habría realizado aquel hechizo de fuego si hubiera tenido otra opción. Por eso me fabriqué una varita mágica. La magia rápida y agresiva era difícil, peligrosa y con frecuencia imposible de controlar. La varita mágica me ayudaba a dirigir la energía, a dominarla. Con ella pretendía evitar explosiones que me provocaran quemaduras en los pulmones.

Avancé a tientas entre el humo cegador, incapaz de respirar o ver. De repente, palpé una muñeca femenina, la seguí hasta el hombro y di con Anna Valmont. Tiré de ella con una mano, encontré el tubo del Sudario con la otra y me arrastré hacia el conducto de ventilación, remolcándolos a los dos.

El aire era limpio en la abertura del conducto, y Valmont tosió y se revolvió cuando intenté hacerla entrar. Había bastantes cosas en aquel almacén que se habían prendido fuego y tenía luz suficiente para ver. Una de las cejas de Valmont había desaparecido y tenía todo un lado de la cara rojo y con ampollas. Le grité tan alto como pude que se moviera. Vi como pestañeaba, vagamente consciente mientras yo la empujaba hacia la apertura de la lavandería. Entonces comenzó a arrastrarse lentamente delante de mí.

Valmont no avanzaba tan rápido como yo hubiera querido, claro que tampoco era la que estaba más cerca del fuego y los monstruos. Los latidos del corazón me retumbaban en los oídos y el conducto se me antojó insoportablemente estrecho. Sabía que las formas demoníacas de los denarios eran más resistentes que Anna Valmont o que yo. A no ser que hubiera tenido mucha suerte, se recuperarían de la explosión y no tardarían mucho en salir en nuestra busca. Si no conseguíamos darles esquinazo y subir a un coche rápidamente, nos atraparían; así de sencillo. Empujé a Valmont, cada vez más histérico mientras imaginaba que unos afilados tentáculos me rebanaban las piernas o que unos colmillos rebosantes de veneno se hundían en mis pantorrillas mientras unas manos cubiertas de escamas me arrastraban hacia atrás por los tobillos.

Valmont salió del conducto de ventilación a la lavandería. Yo la seguí lo bastante cerca como para que aquello me recordara a un programa que vi en la tele sobre los hábitos sexuales de los monos aulladores. Poco a poco comencé a recuperar la audición y escuché el timbre sonoro y vibrante de la alarma contra incendios en el pasillo.

—¿Harry? —dijo Susan. Miró a Valmont, luego a mí y la ayudó a ponerse en pie—. ¿Qué está pasando?

Me incorporé y cogí aire.

—Tenemos que largarnos. Ya mismo.

Susan asintió con la cabeza y me empujó. Con fuerza. Avancé dando tumbos y me choqué contra la línea de secadoras, golpeándome en el hombro y la cabeza. Miré hacia atrás y vi el pelo de la chica demonio saliendo por el conducto de ventilación. Después apareció el resto de su cuerpo, con escamas, garras y todo. Rodó por el suelo y luego se puso a cuatro patas con una asombrosa agilidad.

Aunque el denario era rápido, Susan lo era todavía más. La chica demonio se preparaba para lanzarse a por nosotros cuando Susan le propinó una patada en aquellos carnosos labios que mantenía separados en una horrible mueca. El impacto fue lo suficientemente fuerte como para que algo sonara a roto y la chica demonio chillara de dolor y sorpresa.

—¡Susan! —grité—. ¡Cui...!

Iba a decir «dado», pero no me dio tiempo. Media docena de tentáculos volaban hacia Susan como lanzas.

Susan los esquivó. Todos. Para ello tuvo que cruzar la sala de un salto y aterrizar junto a las lavadoras. El denario recuperó el equilibrio y la siguió. Otra oleada de cuchillas se abalanzó sobre Susan, que se arrojó a un lado al tiempo que abría la puerta de una de las lavadoras. Luego la cerró de golpe, atrapando así el pelo del denario. Después, sin sofocarse, le pegó una patada en una de esas extrañas rodillas que se doblaban hacia dentro.

La chica demonio chilló de dolor mientras luchaba por liberarse. Sabía que era lo bastante fuerte como para soltarse de la lavadora en cualquier momento, pero por ahora, estaba atrapada. Susan alzó los brazos y arrancó una tabla de planchar plegable que estaba enganchada a la pared. Después dio un giro y golpeó al denario con el canto. Susan le dio tres veces: en la pierna herida, en la espalda a la altura de los riñones y en la parte de atrás del cuello. El denario chilló ante los dos primeros golpes, pero perdió el conocimiento con el tercero.

Susan se quedó mirando a la chica demonio durante un momento con sus ojos oscuros, encendidos e inmisericordes. La estructura metálica de la tabla de planchar estaba ahora doblada y retorcida por la fuerza de los golpes. Respiró hondo y luego tiró la tabla a un lado, se atusó el pelo con una mano y dijo:

—Putá.

—*Uau* —dije yo.

—¿Estás bien, Harry? —preguntó Susan sin mirarme.

—Sí —dije—. *Uau*.

Susan se acercó a la mesa donde había dejado su bolsito. Lo abrió, sacó el móvil y dijo:

—Le pediré a Martín que nos recoja a la salida.

Me puse en movimiento y ayudé a Anna Valmont a incorporarse.

—¿Qué salida?

Susan señaló sin decir nada un plano de evacuación antiincendios que estaba colgado en la pared. Seguía sin mirarme. Dijo alrededor de una docena de palabras en voz baja por teléfono, y luego lo cerró.

—Ya viene. Están evacuando el hotel. Tendremos que...

Sentí un repentino estallido de energías mágicas. El aire que rodeaba a Susan se oscureció y luego se condensó en una nube de sombras. En un abrir y cerrar de ojos, la nube se hizo más densa, luego se solidificó en un sinuoso laberinto de serpientes de todos los tamaños y colores que se enrollaban alrededor de Susan. Súbitamente, el aire se llenó con el sonido de siseos y cascabeles. Vi como las serpientes se lanzaban al ataque, con sus relucientes colmillos. Susan gritó.

Me giré hacia la puerta y vi al denario hombre serpiente. Extendió un brazo mediohumano hacia Susan. De su boca de serpiente escapaban extraños silbidos y pude sentir una tensión vibrante en el aire que separaba la mano extendida del denario de Susan.

Noté como la ira me inundaba y a duras penas logré contenerme para no lanzar otro hechizo de fuego contra el hombre serpiente. Con tanta cólera acumulada, probablemente mataría a todos los que estábamos en la habitación. En su lugar, me concentré en el aire del pasillo, más allá del denario y lo atraje hacia él con las palabras «*¡Ventas servitas!*» resonando en mis labios.

Una columna de viento golpeó al hombre serpiente desde atrás, lo elevó del suelo y lo lanzó a través de la habitación. Chocó contra la pared de las lavadoras, dejó un bollo de unos cuarenta centímetros en una de ellas y emitió un quejido lastimero y sibilante que yo esperaba fuera de sorpresa y dolor.

Susan se lanzó al suelo, y rodó y tiró de las serpientes para quitárselas de encima. Vi esbozos de su piel dorada a través de los jirones del vestido. Aparecieron gotas de sangre en el suelo, cerca de ella, sobre su piel y sobre las serpientes que se arrancaba, pero muchas seguían aferradas a ella. Se estaba destrozando en aquel intento histérico por librarse de los reptiles.

Cerré los ojos por un segundo que me pareció un año y reuní la suficiente voluntad para intentar deshacer el hechizo del denario. Creé un contrahechizo en mi

cabeza, y le pedí a Dios no haber calculado mal la cantidad de energía que necesitaba para deshacerlo. Si me quedaba corto, el hechizo del denario podría hacerse aún más fuerte, como el acero forjado en el fuego. Si me pasaba, el contrahechizo podría liberar el poder de los dos hechizos al azar en un fogonazo destructivo de energía. Concentré mi voluntad en la manta de serpientes que cubría a Susan y les lancé mi poder al tiempo que liberaba el contrahechizo al grito de:

—¡*Entropus!*

El contrahechizo funcionó. Las serpientes se agitaron y revolviéron por un segundo, y luego hicieron implosión y desaparecieron. Lo único que dejaron tras de sí fue un rastro de baba brillante y transparente.

Susan se tambaleó, todavía jadeando, todavía sangrando. Su piel brillaba, húmeda y resbaladiza por el residuo de las serpientes conjuradas. Hilos de sangre recorrían sus brazos y piernas, y gruesos y oscuros moratones le cubrían un brazo, una pierna, la garganta y un lado de la cara.

La miré durante un segundo. La oscuridad de su piel no se debía a los moratones. Mientras la observaba, las manchas fueron ganando forma y resolución a partir de una vaga coloración, hasta convertirse en las líneas oscuras y afiladas de un tatuaje. Contemplé como el tatuaje se extendía por su piel, lleno de curvas y puntos, al estilo maorí. Comenzaba en la mejilla, bajo el ojo y seguía alrededor de su cara, por la parte de atrás del cuello, la clavícula y el escote de su vestido de noche. Volvía a aparecer de nuevo rodeando el brazo y la pierna izquierda, para terminar en la palma de la mano y sobre el puente de su pie izquierdo. Se incorporó, jadeando y temblando. Aquel dibujo sobre su piel le daba un aspecto salvaje. Me miró durante un momento, con sus oscuros ojos dilatados e inundados de lágrimas, los iris demasiado grandes para ser humanos. Luego apartó la vista.

El hombre serpiente se recuperó lo bastante para colocarse en posición vertical y mirar alrededor. Centró sus ojos amarillos en Susan y dejó escapar un silbido de sorpresa.

—La Hermandad —dijo arrastrando las palabras con un siseo—. La Hermandad, aquí. —El denario echó un vistazo a la sala y localizó el tubo del Sudario que colgaba de mi hombro. Agitó la cola como un látigo y se abalanzó sobre mí.

Yo me lancé a un lado, manteniendo siempre la mesa entre los dos y grité:

—¡Susan!

El hombre serpiente golpeó la mesa con un brazo y la partió en dos. Entonces se acercó a mí pasando por encima de los pedazos, hasta que Susan arrancó una secadora de la pared y se la tiró a la cabeza.

El denario la vio venir y se apartó en el último momento, pero la secadora le dio de refilón y lo desestabilizó. Volvió a sisear, se alejó a rastras de nosotros dos y desapareció tras el conducto de ventilación.

Jadeé y observé el hueco durante un segundo, pero no volvió a aparecer. Después empujé a la todavía atontada Valmont hacia la puerta y le pregunté a Susan:

—¿La Hermandad?

Apretó los labios y apartó sus enormes ojos de mí.

—Ahora no.

Rechiné los dientes de pura frustración y angustia, pero ella tenía razón. El humo era cada vez más denso y no teníamos forma de saber si el alto, la verde y el escamoso volverían. Agarré a Valmont, me aseguré de que aún llevaba el Sudario y salí de la habitación detrás de Susan. Corría descalza a un ritmo constante y entre lo que me dolían los pulmones y la torpeza de la rubia ladrona, me costaba mucho aguantar su ritmo.

Subimos un tramo de escaleras, Susan abrió una puerta y nos topamos de frente con un par de gorilas con chaquetas rojas. Intentaron detenernos, pero Susan les lanzó un par de puñetazos directos, uno a izquierda y otro a derecha, y los dejamos tirados en el suelo mientras seguíamos nuestro camino hacia la salida. Que una mujer los noquease a los dos no iba a quedar muy bien en sus currículos de matones.

Dejamos el edificio a través de una puerta lateral y vimos a Martin esperándonos junto a la oscura limusina. Oí sirenas, gente que gritaba, y el sonido de los camiones de bomberos que intentaban acercarse al hotel.

Martin miró a Susan y se puso tenso. Después, se acercó corriendo.

—Ocúpate tú —dije con voz ronca. Martin cogió a Valmont en brazos y la llevó hasta la limusina como si fuera un bebé dormido. Lo seguí. Martin dejó a la rubia dentro y se puso tras el volante. Susan subió después y yo me quité el tubo que colgaba del hombro para entrar detrás de ella.

Algo me cogió por detrás, me agarró por la cintura como una cuerda suave y esponjosa. Me aferré a la puerta del coche, pero solo conseguí cerrarla mientras algo tiraba de mí y me hacía caer. Acabé en el suelo, frente a la salida de incendios.

—¡Harry! —gritó Susan.

—¡Marchaos! —grité. Miré a Martin, al volante de la limusina. Escuché como bajaba los cierres de las puertas. Luego el motor rugió y el coche se alejó por la calle con un grito de neumáticos.

Intenté correr, pero algo se me había enredado en los pies y no pude ni levantarme del suelo. Me di la vuelta y encontré a Nicodemus de pie frente a mí, la soga de ahorcado era la única prenda que no estaba empapada de sangre. Su sombra, su puñetera sombra era lo que se había enrollado en torno a mi cintura, piernas, manos... y se movía y retorció como si estuviera viva. Intenté utilizar mi magia, pero el cuerpo de la sombra se hizo de repente frío, más frío que el hielo o el acero congelado, y mi energía se convirtió en polvo helado bajo su abrazo.

Con uno de sus tentáculos me arrancó el tubo de mis insensibles manos, y

después se enroscó en el aire para entregárselo a Nicodemus.

—Excelente —dijo—. Tengo el Sudario. Y te tengo a ti, Harry Dresden.

—¿Qué quieres? —pregunté con un hilo de voz.

—Solo hablar —dijo Nicodemus—. Quiero tener una conversación civilizada contigo.

—Chúpamela.

Sus ojos se oscurecieron de fría cólera y sacó su pesado revólver.

Genial, Harry, pensé. Esto es lo que consigues por hacerte el héroe. Te vas a comer una caja de seis caramelitos de nueve milímetros.

Pero Nicodemus no me disparó.

Me golpeó en la cabeza con la empuñadura del arma.

Vi un fogonazo de luz y luego sentí que caía. Perdí el conocimiento antes de que mi mejilla tocara el suelo.

Capítulo 21

El frío me despertó.

Recuperé el sentido en la más completa oscuridad, bajo un chorro de agua helada. Me dolía la cabeza lo bastante para que la herida de la pierna casi resultara una experiencia agradable. Las muñecas y los hombros me dolían todavía más. Sentía el cuello rígido y tardé un segundo en darme cuenta de que estaba en posición vertical, con las manos juntas, atadas sobre la cabeza. También tenía los pies atados. Mis músculos comenzaron a palpar y contraerse bajo el agua fría e intenté salir de allí. Las ataduras lo impidieron. El agua fría comenzó a hacerme mella. Dolía muchísimo.

Intenté soltarme, moviendo los miembros con cuidado, comprobando las cuerdas, luchando por liberar las manos. Pero no sabía si estaba consiguiendo algo. Gracias al frío, ni siquiera podía sentir mis muñecas, y estaba tan oscuro que no veía nada.

Cada vez estaba más asustado. Si no podía liberar las manos, quizá tuviera que utilizar la magia para quemar las cuerdas. Joder, tenía tanto frío que la idea de quemarme tenía cierto atractivo. Pero cuando comencé a buscar la energía necesaria, esta se alejó de mí. Entonces lo comprendí. Agua corriente. El agua corriente se lleva las energías mágicas, y cada vez que intentaba reunir poder, este se iba con el agua.

El frío se hizo aún más intenso, más doloroso. No podía escapar de él. Me entró el pánico, me revolví histérico, un agudo dolor me abrasaba los miembros atados mientras caía en un letargo provocado por el frío. Grité un par de veces, creo. Y recuerdo que, al hacerlo, casi me ahogo con el agua.

No me quedaba mucha energía. Tras unos minutos, me rendí, jadeante y dolorido, demasiado cansado para seguir luchando. El agua era cada vez más fría y mis miembros atados gritaban de dolor.

Me dolía todo, pero me consolé pensando que aquello no podría empeorar mucho más.

Pasaron las horas y me demostraron lo equivocado que estaba.

Se abrió una puerta y la luz de una llama me hirió los ojos. Los habría guiñado, si hubiera podido moverme. Un par de hombres altos y fuertes entraron por la puerta con antorchas en las manos. La luz me dejó ver la habitación. La pared junto a la puerta era de piedra pulida, pero las demás paredes a mí alrededor eran una mezcla de gravilla y ladrillos antiguos, excepto una que estaba hecha de hormigón abombado... algún tipo de tubería para el suministro de agua de la ciudad, supuse. El techo era de tierra, piedras y algunas raíces. El agua caía desde algún lugar, sobre mí, y luego desaparecía por un canal desgastado, excavado en el suelo.

Me habían llevado a la Subciudad, una red de cuevas, edificios en ruinas, túneles y antiguas construcciones sobre las que se asentaba Chicago. La Subciudad era oscura, húmeda, fría, llena de criaturas que huían de la luz del sol y de la compañía

de los humanos, y que incluso podrían ser radioactivas. Los túneles que albergaron el Proyecto Manhattan eran solo el comienzo de la Subciudad. Nadie que conociera su existencia se aventuraba por aquellos lares, ni siquiera los magos como yo, salvo que uno estuviera muy desesperado.

Nadie sabía moverse por allí abajo, y nadie vendría a buscarme.

—Me he estado machacando bastante en el gimnasio —susurré a los dos hombres con una voz que me recordó al croar de una rana—. ¿Alguno de vosotros me podía traer una cerveza bien fresquita? ¿O quizá un *flash*?

Ni siquiera se molestaron en mirarme. Uno de los matones se colocó en la pared de mi izquierda. El otro en la pared de la derecha.

—Tendría que haber limpiado un poco, lo sé —les dije—. Si hubiera sabido que iba a tener visita, me habría dado una ducha. Habría barrido.

Ni caso. Rostros inexpresivos. Nada de nada.

—Un público difícil —dije.

—Tendrás que perdonarlos —dijo Nicodemus. Entró por la puerta a la sala iluminada por las antorchas. Se había cambiado de ropa, afeitado y duchado. Llevaba unos pantalones de pijama, pantuflas, y una bata como la de Hugh Hefner. La cuerda gris seguía adornando su garganta—. Fomento la discreción entre mis empleados, y soy muy exigente. Eso a veces les hace parecer distantes.

—¿No dejas hablar a tus matones? —pregunté.

Sacó una pipa de un bolsillo, junto con una pequeña lata de tabaco Prince Albert.

—Les corté la lengua.

—Supongo que en tu departamento de recursos humanos habrá poco trabajo —dije.

Aplastó el tabaco dentro de la pipa y sonrió.

—Te sorprenderías. Ofrezco un excelente seguro dental.

—Lo vas a necesitar cuando la *poli* de los trajes de fiesta te arranque los dientes. Este esmoquin es alquilado.

Sus oscuros ojos brillaron y algo feo se movió tras ellos.

—El pequeño de Maggie. Te has convertido en un hombre de considerables recursos.

Lo miré durante un segundo entre temblores y mudo de la sorpresa. Mi madre se llamaba Margaret.

¿Y yo era el pequeño? Hasta donde yo sabía, era hijo único. Pero sabía muy poco de mis padres. Mi madre murió en el parto. Mi padre sufrió un aneurisma cuando yo tenía unos seis años. Tenía una foto suya de una amarillenta página de periódico que guardaba en un álbum de fotos. Aparecía actuando en una cena a beneficio de los niños en una pequeña ciudad de Ohio. También tenía una Polaroid en la que se veía a mi padre y a mi madre embarazada posando frente al Lincoln Memorial. Yo aún

llevaba el amuleto en forma de pentáculo de mi madre alrededor del cuello. Estaba arañado y castigado, pero eso es normal cuando lo utilizas para matar hombres lobo.

Eran los dos únicos objetos que conservaba de mis padres. Ya había oído comentarios antes sobre las malas compañías de mi madre. Nada en concreto, solo frases sueltas que escuché de pasada. Luego un demonio me dijo que mis padres fueron asesinados, y la misma criatura me dio a entender que podía tener otros parientes. Yo ignoré por completo todo aquello, y decidí que el demonio no era más que un sucio mentiroso.

Y dado que Nicodemus y Chaunchy trabajaban para la misma organización, probablemente tampoco podía confiar en el denario. Seguramente estaba mintiendo. Seguramente.

Pero ¿y si decía la verdad?

Que siga hablando, me dije. *Busca información*. Tampoco tenía mucho que perder, y el conocimiento es poder. Quizá descubriera algo que me diera alguna clase de ventaja.

Nicodemus encendió la pipa con una cerilla y aspiró unas cuantas veces mientras observaba mi cara con una pequeña sonrisa en los labios. Me había descubierto. Evité mirarlo a los ojos.

—Harry, ¿te puedo llamar Harry?

—¿Cambiaría algo si dijera que no?

—Me diría algo sobre ti —dijo—. Me gustaría conocerte mejor y preferiría ahorrarme el viaje al dentista, si es posible.

Lo miré colérico, temblando bajo el agua heladora, con el chichón latiendo y los brazos y las piernas doloridos por las cuerdas.

—Tengo que preguntártelo, ¿a qué clase de dentista vas tú? ¿A Sacamuelas de Sade? ¿O al odontólogo Joe Mengele?

Nicodemus aspiró el humo de su pipa y contempló mis ataduras. Otro hombre inexpresivo entró, este era más viejo, delgado y con una abundante mata de pelo gris. Empujaba un carrito de servicio de habitaciones. Desplegó una mesa pequeña y la colocó en la zona de la sala adonde no llegaban las salpicaduras del agua. Nicodemus jugueteó con la cazoleta de su pipa.

—Dresden, ¿puedo ser sincero contigo?

Supuse que el carrito ocultaba un variado abanico de instrumentos destinados a asustarme con sus posibles aplicaciones para la tortura.

—Pues no lo sé, ¿puedes?

Nicodemus observó como el criado colocaba tres sillas plegables y cubría la mesa con un mantel blanco.

—Te has enfrentado a muchos seres extremadamente peligrosos. Pero en general, se trataba de imbéciles. Yo prefiero evitar los enfrentamientos siempre que sea

posible, y por eso estás maniatado bajo un chorro de agua.

—Me tienes miedo —dije.

—Bueno, has acabado con tres magos rivales, un noble de la corte de los vampiros e incluso con una reina de las hadas. Te subestimaron, como hicieron también tus aliados. Yo no. Supongo que podrías considerar tu actual situación como un cumplido.

—Sí —murmuré mientras intentaba evitar que me entrara más agua helada en los ojos—. Me siento muy halagado.

Nicodemus sonrió. El criado abrió el carrito y descubrió algo mucho más diabólico que instrumentos de tortura. El desayuno. El viejo asistente comenzó a colocar la comida sobre la mesa. Patatas fritas, queso, galletas, panceta, salchichas, panecillos, tostadas, fruta. Y además café, ¡Dios santo! Café caliente. El aroma me golpeó el estómago y a pesar de que estaba medio congelado, comenzó a retorcerse hacia un lado de mi abdomen, buscando la forma de salir y conseguir algo de aquella comida.

Nicodemus se sentó, y el criado le sirvió café. Supongo que servirse él mismo habría sido rebajarse.

—He intentado mantenerte alejado de este asunto.

—Ya. La verdad es que pareces un buen tío. ¿Eres tú el que inventó la profecía de la que me habló Ulsharavas?

—No tienes ni idea de lo difícil que es interceptar y sorprender a un ángel mensajero.

—Ya —dije—. ¿Y por qué lo hiciste?

Nicodemus no era tan importante como para no echarse él mismo la leche, eso sí, nada de azúcar. La cuchara tintineó al golpear la taza.

—Tengo un par de recuerdos agradables de tu madre. No me costaba mucho probar, así que me dije ¿por qué no?

—Esta es la segunda vez que la mencionas —dije.

—Sí. La respetaba. Y eso no es algo que me suceda con frecuencia.

—La respetabas tanto que me agarraste y me trajiste aquí. Ya veo.

Nicodemus agitó la mano.

—Las cosas han surgido así. Yo necesitaba a alguien de cierto peso metafísico. Tú te entrometiste en mi negocio, me venías bien y no desentonabas en la receta.

—¿La receta? ¿Qué receta?

Dio un sorbo al café y cerró los ojos con deleite. El muy cabrón.

—Supongo que esta es la parte de la conversación en la que te descubro mis planes.

—¿Qué tienes que perder?

—Y según parece esperas que te hable también de los puntos flacos que pueda

tener. Me siento insultado por la falta de profesionalidad que eso implica.

Apreté los dientes.

—Gallina.

Cogió un trozo de panceta y lo mordisqueó.

—Te bastará con saber que van a pasar una o dos cosas.

—¿Ah, sí? —Menuda réplica, a ver qué dice a eso.

—Sí. Te liberaré de tus ataduras y te sentarás para disfrutar de un buen desayuno... —Cogió de la mesa un cuchillo ligeramente curvo y con pinta de afilado—. O te rebanaré la garganta en cuanto termine de comer.

Resultaba bastante aterrador porque lo dijo sin ningún melodrama. En un tono despreocupado. Como el que la gente normal utiliza para decir que va a sacar la basura.

—El típico ultimátum de «únete a mí o muere» —dije—. Vaya, no importa cuántas veces me lo suelten, parece que nunca pasa de moda.

—Me temo que, por lo que he visto de tu trayectoria, resultas demasiado peligroso para dejarte con vida... y yo tengo un plazo que cumplir —dijo Nicodemus.

¿Un plazo? Así que trabajaba contra reloj.

—Pues en esos casos suelo resultar bastante molesto. No es nada personal.

—Ya lo sé —me dijo—. Esto no es fácil para ninguno de los dos. Yo utilizaría alguna técnica psicológica contigo, pero según parece no estoy muy al tanto de los últimos descubrimientos. —Cogió una tostada y le puso mantequilla—. Bueno, también son pocos los psicólogos que pueden conducir carruajes, así que supongo que estamos empatados.

La puerta se volvió a abrir y entró una mujer joven. Tenía el pelo largo y oscuro, pero revuelto, como si se acabara de levantar. Su rostro era demasiado delgado para resultar hermoso. Llevaba un kimono de seda rojo atado con un cinturón algo suelto, de modo que se le formaban huecos al moverse. Evidentemente no llevaba nada debajo. Como ya he dicho, la Subciudad es un lugar frío.

La chica bostezó, se estiró perezosa, y mientras me observaba dijo con un extraño acento vagamente británico:

—Buenos días.

—Lo mismo digo, pequeña. Harry Dresden, creo que no te he presentado a mi hija, Deirdre.

Observé a la chica que me resultaba vagamente familiar.

—No la conozco.

—Claro que sí —dijo Deirdre al tiempo que cogía una fresa de la mesa del desayuno. La mordió lentamente, con los labios cerrados sobre la fruta—. En el puerto.

—Ah, Madame Medusa, supongo.

Deirdre suspiró.

—Esa es nueva. Qué gracioso. ¿Puedo matarlo, padre?

—Todavía no —dijo Nicodemus—. Pero si al final hay que liquidarlo, me encargaré yo.

Deirdre asintió somnolienta.

—¿Me he perdido el desayuno?

Nicodemus la sonrió.

—Claro que no. Danos un beso.

Se sentó en su regazo y lo besó. Con lengua. *Puaj*. Después de un momento se levantó, Nicodemus le apartó una de las sillas y ella se sentó. Volvió a ocupar su lugar y dijo:

—Aquí hay tres sillas, Dresden. ¿Estás seguro de que no quieres desayunar con nosotros?

Iba a decirle lo que podía hacer con la tercera silla, pero el olor a comida me detuvo. De repente me sentí desesperada y dolorosamente hambriento. El agua se hizo más fría.

—¿Qué es lo que has pensado?

Nicodemus hizo una señal con la cabeza a uno de los matones. El hombre se acercó a mí, sacó un pequeño estuche para guardar joyas de su bolsillo. Lo abrió y me lo ofreció.

Fingí un pequeño sobresalto y dije: —Pero esto es muy repentino.

El matón me miró con ojos asesinos. Nicodemus sonrió. Dentro del estuche había una antigua moneda de plata, como la que había visto en el callejón detrás del hospital. En la moneda había otro sello.

—Vaya, así que lo nuestro va en serio —dije sin entusiasmo—. ¿Pretendes que sea uno de los vuestros?

—No hace falta si no quieres —dijo Nicodemus—. Solo pretendo que escuches nuestra versión antes de que tomes una decisión y tengas una muerte sin sentido. Acepta la moneda. Desayuna con nosotros. Hablaremos. Después, si no quieres nada con nosotros, te podrás marchar.

—Dejarás que me vaya. Claro.

—Si aceptas la moneda no creo que pueda detenerte.

—¿Cómo sabes que no daré media vuelta y la usaré contra ti?

—Es una posibilidad —dijo Nicodemus—. Pero soy un gran creyente en la bondad de la naturaleza humana.

Y una mierda.

—¿De verdad piensas que me puedes convencer para que me una a vosotros?

—Sí —dijo—. Te conozco.

—No.

—Claro que sí —contestó—. Sé más de ti que tú mismo.

—¿Ah sí? ¿Qué sabes?

—Sé por qué elegiste este tipo de vida. Por qué te erigiste en protector de los mortales y te declaraste enemigo de cualquiera que los hiciera daño. Por qué vives apartado de los tuyos, siendo objeto de mofa y burla de la mayoría de los mortales. Sé por qué malvives en una casa de alquiler, desdeñando la fama y el dinero. ¿Por qué lo haces?

—Soy discípulo de las enseñanzas de Peter Parker, evidentemente —dije.

Supongo que Nicodemus era más de DC Cómics porque no lo pilló.

—Porque no te permites nada más. Y yo sé por qué.

—Vale, ¿por qué?

—Porque te domina el miedo. Tienes miedo, Dresden.

—¿A qué? —pregunté.

—A lo que podrías ser si alguna vez te alejases del camino correcto —dijo Nicodemus—. Tienes miedo de tu poder. Has pensado en cómo sería plegar el mundo a tus deseos. Las cosas que podrías tener. La gente. Una parte de ti ha pensado en eso y ha disfrutado con la idea de usar el poder de tu magia para hacer realidad tus deseos. Y tienes miedo de ese placer. Por eso prefieres martirizarte.

Iba a rechazar lo que había dicho, pero no pude. Tenía razón, o al menos no estaba del todo equivocado. Soné resignado cuando dije:

—Todo el mundo fantasea con esas cosas de vez en cuando.

—No —dijo Nicodemus—, no es cierto. La mayoría de la gente jamás piensa en nada semejante. No se les cruza por la cabeza. El mortal medio no sabría qué hacer con ese poder. Pero tú, tú eres distinto. Quizá te guste pensar que eres uno de ellos, pero no es así.

—Eso no es cierto —contesté.

—Claro que sí —dijo Nicodemus—. Puede que no quieras admitirlo, pero aun así es cierto. Tú simplemente te niegas a aceptarlo. Y es algo que se ve en varios aspectos de tu vida. No quieres ver lo que eres, por eso tienes tan pocas fotos tuyas. Tampoco tienes espejos.

Rechiné los dientes.

—No soy diferente en las cosas realmente importantes. No soy mejor que el resto. Todos nos podemos los pantalones por los pies.

—Cierto —admitió Nicodemus—. Pero dentro de un siglo, tus socios mortales se estarán pudriendo bajo tierra, mientras que tú, salvo amputación o cambios radicales en la forma de vestir, te seguirás poniendo los pantalones por los pies. Todos esos aliados y amigos envejecerán y morirán, mientras que tú ahora es cuando comienzas a conocer el verdadero potencial de tu fuerza. Pareces mortal, Dresden, pero no te equivoques, no lo eres.

—Oh, cállate.

—Eres diferente. Un bicho raro. En una ciudad de millones, eres un ser único.

—Lo que explicaría mi éxito con las mujeres —dije, pero no le puse mucha convicción a las palabras. Algo en la garganta me pesaba.

Nicodemus pidió al criado que le sirviera café a Deirdre, pero él fue quien le echó el azúcar.

—Tienes miedo, pero no deberías. Eres muy superior a ellos, Dresden. Hay todo un mundo esperándote. Son innumerables los caminos que podrías tomar. Los aliados que estarían a tu lado a lo largo del tiempo. Que te aceptarían por lo que eres sin hacer burlas. Véngate. Encuentra a tu familia. Encuentra tu verdadero lugar en el mundo.

Había elegido las palabras que harían mella en una de mis más viejas heridas, una pena infantil que jamás había logrado superar. Me dolió escuchar aquello. Despertó en mí una antigua esperanza perdida, un anhelo. Me hizo sentir perdido. Vacío.

Solo.

—Harry —dijo Nicodemus con un tono casi compasivo—. Yo antes era muy parecido a ti. Estás atrapado. Y te mientes a ti mismo. Finges ser como cualquier otro mortal porque te aterroriza admitir que no lo eres.

No tuve que contestar a eso. La moneda de plata brillaba en su estuche, todavía a mi alcance.

Nicodemus posó de nuevo una mano sobre el cuchillo.

—Me temo que tengo que hacerte la pregunta.

Deirdre miró el cuchillo y luego a mí con los ojos en llamas. Lamió el azúcar que se había derramado sobre el borde de su taza de café y guardó silencio.

¿Y si cogía la moneda? Si Nicodemus decía la verdad, al menos podría vivir para luchar otro día. No tenía ninguna duda de que Nicodemus me mataría, como había hecho con Gastón LaRouche, Francisca García y ese pobre hombre que había acabado en la mesa de Butters. No había nada que lo detuviera, y con el agua cayendo sobre mí, dudaba mucho de que incluso mi maldición de muerte estuviera al cien por cien.

No podía dejar de imaginar qué se sentiría al morir desangrado bajo aquel chorro de agua fría. Una sensación de quemazón, un hilo caliente sobre mi garganta. Mareo y frío. Debilidad, y la sensación de caer en un sopor que se convertiría en una oscuridad total. La muerte.

Que Dios me ayudara. No quería morir.

Pero había visto al desgraciado cabrón de Ursiel, esclavizado y loco de dolor. Su sufrimiento era mucho peor que la muerte. Y lo más probable era que si aceptaba la moneda, el demonio que venía con ella me anularía y me corrompería de la misma manera. No soy ningún santo. Ni siquiera soy especialmente estricto desde un punto

de vista moral. Tengo un lado oscuro. Me he sentido fascinado por él. Atraído por él. Y en más de una ocasión, me he rendido a él.

Era una debilidad que el demonio de la moneda podría explotar. No era inmune a la tentación. El demonio, el caído, me arrastraría con él. Es lo que hacen los caídos.

Había tomado una decisión.

Nicodemus me observaba con ojos impasibles y una mano sobre el cuchillo.

—No nos dejes caer en la tentación —dije—. Y líbranos del mal. ¿No es así como va?

Deirdre se relamió. El matón cerró el estuche y se apartó.

—¿Estás seguro, Dresden? —dijo Nicodemus en voz baja—. Esta es tu última oportunidad.

Me relajé. Ya no tenía sentido hacerse el machito. Había tomado una decisión y se acabó.

—Estoy seguro. Vete a tomar por culo, Nick.

Nicodemus me miró impertérrito durante un momento. Después se levantó cuchillo en mano y dijo:

—Creo que ya he terminado de desayunar.

Capítulo 22

Nicodemus se acercó hasta mí con expresión algo distraída. Me di cuenta con un escalofrío de que tenía el aspecto de un hombre que estaba planeando lo que iba a hacer aquel día. Para Nicodemus, yo ya no era una persona. Era un objeto más en una lista, una anotación en su agenda. Para él, cortarme el cuello no era muy diferente de poner una cruz en su lista de cosas por hacer.

Cuando estuvo a medio metro de distancia, no logré vencer el impulso de intentar esquivarlo. Forcejeé con las cuerdas, con la vana esperanza de que quizá se rompieran y me dieran así la posibilidad de defenderme, de correr, de vivir. Las cuerdas no se rompieron. No conseguí liberarme. Nicodemus me observó hasta que me rendí, agotado.

Entonces me agarró del pelo y tiró de él hacia atrás para obligarme a levantar la barbilla y girar la cabeza hacia la derecha. Intenté detenerlo, pero estaba inmovilizado y exhausto.

—No te muevas —dijo—. Será un corte limpio.

—¿Quieres un cuenco, padre? —preguntó Deirdre.

Nicodemus hizo un gesto de contrariedad. Su voz sonó tensa e impaciente.

—¿Dónde tengo hoy la cabeza? Porter, tráemelo.

El criado del pelo gris abrió la puerta y se marchó de la habitación.

Un suspiro después escuchamos un gruñido jadeante y Porter entró volando por la puerta. Cayó al suelo de espaldas, dejó escapar un quejido de dolor y se colocó en posición fetal.

Nicodemus suspiró y dio media vuelta.

—Vaya por Dios, ¿y ahora qué?

Nicodemus no se inmutó cuando Anna Valmont vació el cargador sobre él. Cuando dejé marcada su silueta en la pared del hotel con el poder de mi explosión, salió tan campante, casi sin despeinarse. Pero cuando vio a su criado tumbado en el suelo frente a la puerta abierta, el rostro de Nicodemus palideció, sus ojos se dilataron y rápidamente se colocó detrás de mí y me puso el cuchillo en la garganta. Hasta su sombra reculó, apartándose de la puerta abierta.

—El *japo* —escupió Nicodemus—. Matadlo.

Hubo un momento de silencioso desconcierto, tras el cual los matones hicieron ademán de sacar sus armas. Al que estaba más cerca de la puerta no le dio tiempo ni a desenfundar la suya. Shiro, todavía con el traje que se había puesto para ir a McAnnally's, apareció como un fogonazo negro, blanco y rojo, armado con su bastón. Introdujo el extremo del bastón en el cuello del matón A y el tipo se desplomó en el suelo.

El matón B sacó su pistola y encañonó a Shiro. El viejo se inclinó hacia la

izquierda y después giró con agilidad hacia la derecha. Sonó un disparo y la bala arrancó chispas de las dos paredes en las que rebotó. Shiro sacó a *Fidelacchius* de su funda de madera al tiempo que se acercaba al matón. Sus movimientos eran tan rápidos que la espada parecía una hoja borrosa de acero brillante. La pistola del matón B salió volando por los aires con la mano todavía asiendo la empuñadura. El hombre se quedó mirando el muñón en que ahora terminaba su brazo mientras la sangre salía a borbotones. Shiro giró de nuevo, con un pie a la altura de la barbilla. La patada rompió algo en la mandíbula del matón herido y el hombre cayó al húmedo suelo.

Shiro se había deshecho de tres hombres en la mitad de segundos y no había dejado de moverse en ningún momento. *Fidelacchius* volvió a brillar y la silla sobre la que se sentaba Deirdre se vino abajo, llevándosela consigo. Al instante, el viejo le pisó su mata de pelo negro, hizo girar su espada y bajó el extremo para hacerlo descansar sobre la parte posterior del cuello de Deirdre.

En la sala se hizo un silencio casi absoluto. Shiro mantenía su espada contra el cuello de Deirdre y Nicodemus hacía lo mismo conmigo. El diminuto viejo no parecía la misma persona con la que había hablado antes. No es que hubiera cambiado físicamente, sino que su presencia se sentía de otra manera; sus rasgos parecían duros como el pedernal y los años de desgaste solo le hacían más fuerte. Sus movimientos tenían la gracia, rapidez y agilidad de un bailarín. Sus ojos brillaban con una fuerza silenciosa que antes había permanecido oculta, y sus manos y brazos estaban cubiertos por finos músculos. El filo de la espada brillaba con un resplandor rojo, por la sangre y la luz de las antorchas.

La sombra de Nicodemus se alejó un poco más del anciano.

Creo que el agua fría se había mezclado con un repentino rayo de esperanza y se me estaba subiendo a la cabeza. De repente me oí cantar como si estuviera borracho.

—¡Veloz como el rayo! ¡Ruge como el trueno! ¡El azote de ladrones y saqueadores! ¡La hormiga atómica!

—¡Cállate! —dijo Nicodemus.

—¿Seguro? —pregunté—. Porque también puedo imitar a Superratón, si lo prefieres. La hormiga atómica iba un poco pasada de radiactividad. —Nicodemus presionó con más fuerza el cuchillo, pero mi boca funcionaba ya con el piloto automático—. Es un tío rápido. En fin, yo no soy muy buen espadachín, pero ese vejete me ha parecido increíblemente rápido. ¿A ti también? Seguro que te podría atravesar con la espada y no te darías ni cuenta hasta que cayeras de bruces al suelo.

Escuché como Nicodemus rechinaba los dientes.

—Harry —dijo Shiro en voz baja—. Por favor.

Me callé y me quedé allí con el cuchillo en la garganta, temblando, sufriendo y esperando lo mejor.

—El mago es mío —dijo Nicodemus—. Está acabado. Lo sabes. Decidí participar en esto.

—Sí —dijo Shiro.

—No me lo puedes quitar.

Shiro dirigió la mirada a los matones y luego a la prisionera que mantenía inmovilizada en el suelo.

—Quizá sí. Quizá no.

—Si intentas cualquier cosa, el mago morirá. Aquí no hay nadie a quien redimir.

Shiro guardó silencio por un momento.

—Entonces hagamos un intercambio.

Nicodemus rió.

—¿Mi hija por el mago? No, tengo planes para él, y su muerte me será útil ahora o más tarde. Hazle daño a mi hija, y lo mato.

Shiro contempló al denario con calma.

—No me refería a tu hija.

De repente noté una desagradable sensación en el estómago.

Casi escuché la sonrisa de Nicodemus.

—Muy listo, viejo. Sabías que no dejaría pasar una oportunidad así.

—Te conozco —dijo Shiro.

—Entonces deberías saber que tu oferta no es suficiente —dijo Nicodemus—. Ni de lejos.

El rostro de Shiro no mostró ninguna sorpresa.

—Habla.

La voz de Nicodemus se hizo más grave.

—Júrame que no intentarás escapar. Que no pedirás ayuda. Que no te escabullirás.

—¿Y ser tu prisionero durante años? No. Pero te daré este día. Veinticuatro horas. Eso es suficiente.

Negué con la cabeza mientras miraba a Shiro.

—No lo hagas. Sabía lo que hacía, Michael necesitará tu...

Nicodemus me dio un rápido puñetazo en el riñón derecho que casi me dejó sin aliento.

—Cállate —dijo. Centró su atención en Shiro e inclinó la cabeza lentamente—. Veinticuatro horas. De acuerdo.

Shiro hizo el mismo gesto.

—De acuerdo.

—Muy bien —dijo Nicodemus—. En cuanto sueltes a mi hija y dejes la espada, el mago será libre. Lo juro.

El viejo caballero se limitó a sonreír.

—Conozco el valor de tus promesas. Y tú el de las mías.

Sentí una creciente tensión en mi captor. Se inclinó hacia delante y dijo:

—Júralo.

—Lo juro —dijo Shiro. Y al hacerlo, colocó la palma de la mano sobre la base del filo de su espada. Luego la alzó para mostrar un corte limpio del que comenzó a salir sangre—. Suéltalo. Yo ocuparé su lugar como pides.

La sombra de Nicodemus se agitó y vibró en el suelo a mis pies, al tiempo que unos filamentos se lanzaron como látigos hambrientos hacia Shiro. El denario dejó escapar una ronca carcajada y apartó el cuchillo de mi cuello. Hizo un par de movimientos rápidos y cortó la cuerda con la que me había atado las muñecas.

Sin el sostén de las ataduras, me caí. Mi cuerpo gritó de dolor. Me dolía todo tanto que no me di cuenta de que también había cortado la cuerda de los pies. No hice ningún ruido. En parte porque era demasiado orgulloso para dejar que Nicodemus supiera lo mal que me sentía y en parte porque me faltaba el aliento para llorar.

—Harry —dijo Shiro—. Levántate.

Lo intenté. Tenía las piernas y los pies dormidos.

La voz de Shiro cambió, se tiñó con una nota de serena autoridad.

—Arriba.

Obedecí a duras penas. La herida de la pierna ardía y me dolía, y el músculo alrededor se contraía y temblaba involuntariamente.

—Pura estupidez —dijo Nicodemus.

—Valor —dijo Shiro—. Harry, ven aquí. Ponte detrás de mí.

Avancé hacia él dando tumbos. El viejo en ningún momento dejó de mirar a Nicodemus. La cabeza me daba vueltas y casi perdí el equilibrio. De la rodilla para abajo, las piernas eran como dos pedazos de madera muerta y me habían empezado a dar calambres en la espalda. Apreté los dientes y dije:

—No sé cuánto más aguantaré.

—Debes continuar —dijo Shiro. Se arrodilló junto a Deirdre, apoyó su rodilla contra su columna vertebral y le rodeó el cuello con un brazo. Ella comenzó a moverse, pero el viejo aplicó más presión y Deirdre se quedó quieta con un quejido de angustia. Una vez inmovilizada, Shiro agitó *Fidelacchius* y la sangre que la cubría salpicó la pared. Con un ágil movimiento envainó la espada, desenganchó la funda de su cinturón y me la ofreció por el mango.

—Cógela.

—*Hum* —dije—. Esas cosas no se me dan muy bien.

—Cógela.

—Michael y Sanya se van a cabrear conmigo si la cojo.

Shiro guardó silencio por un momento y luego dijo:

—Lo comprenderán. Vamos, cógela.

Tragué saliva y le obedecí. En contraste con aquella habitación, la funda de madera estaba caliente, y sentí el zumbido de energía que emanaba de la espada en forma de ondas. Me aseguré de que la tenía bien agarrada.

Shiro dijo con calma:

—Vendrán a buscarte. Vete. Segunda puerta a la derecha, luego sube la escalera.

Nicodemus contempló como desaparecí en la oscuridad tras cruzar la puerta. Miré a Shiro por un momento. Seguía arrodillado en el suelo, presionando el cuello de Deirdre y amenazando con rompérselo, sin apartar los ojos de Nicodemus. Desde atrás, pude distinguir la piel arrugada de la parte posterior de su cuello y las manchas de edad sobre su cráneo recién afeitado. La sombra de Nicodemus había crecido hasta ser ahora del tamaño de una pantalla de cine y cubría toda la pared de atrás y parte del suelo sin dejar de girar y retorcerse, cada vez más cerca de Shiro.

Di media vuelta y me dirigí al túnel lo más rápido que pude. A mis espaldas, escuché a Nicodemus decir:

—Cumple tu palabra, japonés. Suelta a mi hija.

Miré atrás. Shiro liberó a la chica y se incorporó. Deirdre se apartó de él, y al mismo tiempo, la sombra de Nicodemus avanzó como una ola que rompió contra el viejo caballero. En un momento estaba allí, y al momento siguiente solo había oscuridad dentro de la habitación, dominada por la presencia áspera y colérica de la sombra de Nicodemus.

—Mata al mago —escupió Nicodemus—. Quítale la espada.

Deirdre dejó escapar un grito salvaje y primario desde alguna parte de aquella oscuridad. Escuché sonidos de desgarros y roturas. Escuché sonidos secos que podían ser de huesos fracturados o de articulaciones dislocadas. Después escuché el roce metálico y resbaladizo del peinado de Deirdre y una docena de tiras metálicas se lanzaron a por mí desde la oscuridad.

Di unos pasos hacia atrás y vi que las cuchillas no llegaban a tocarme. Me di la vuelta y comencé a alejarme cojeando. No quería dejar allí a Shiro, pero si me quedaba, sería solo para morir con él. El sentimiento de vergüenza se hundió en mí como una navaja.

Más cuchillas surgieron de la oscuridad, seguramente mientras Deirdre adoptaba su aspecto demoníaco. No tardaría mucho en terminar y en aparecer por el pasillo tras de mí. Si no conseguía escapar de allí, era hombre muerto.

Así que una vez más, corrí para salvar la vida, y me odié por ello.

Capítulo 23

Los gritos se acallaron antes de lo que había imaginado y yo hice todo lo que pude para seguir moviéndome en línea recta. La oscuridad era casi total. Vi de refilón que pasaba por delante de un par de puertas a mi izquierda y di varios traspiés hasta que me topé con la segunda a la derecha. La franqueé y encontré unas escaleras que conducían a una especie de conducto o pasadizo, con una luz que brillaba en lo alto, como a unos setecientos kilómetros de distancia.

Había subido un par de peldaños cuando algo me golpeó a la altura de la rodilla, me cogió por las piernas y se enroscó en ellas. Caí de la escalera y el bastón chocó con estrépito contra el suelo. Me pareció ver por unos instantes el rostro de un hombre, y luego mi atacante emitió un grito sin palabras y me golpeó con fuerza en el ojo izquierdo.

El puñetazo hizo que agachara la cabeza y rodara por el suelo. La buena noticia era que no me arrancó media cara, lo cual quería decir que el que me había dado el puñetazo probablemente era otro mortal. La mala noticia era que era más pesado que yo y probablemente estaba mucho más cachas. Se puso encima de mí, e intentó agarrarme de la garganta.

Yo encogí el cuello y agaché la cabeza cuanto pude, para que no me la arrancara. Me lanzó otro puñetazo, pero es difícil golpear con fuerza cuando se está rodando por el suelo en la oscuridad. Falló y yo comencé a jugar sucio. Alcé los brazos para clavarle las uñas en los ojos. Lo conseguí con uno, y el tipo chilló y se apartó.

Logré salir de debajo, propinándole un fuerte empujón, y me lo quité de encima. Cayó, rodó por el suelo, pero enseguida hizo ademán de levantarse.

Le di una patada en la cabeza con mis zapatos de fiesta alquilados. El zapato salió volando, algo que estoy seguro jamás le ha pasado a James Bond. El matón se tambaleó, a punto de perder el equilibrio, así que le di con el otro pie. Era un tipo duro. Vi como comenzaba a recuperarse también de ese último golpe. Me incliné y le aticé con el puño como si fuera una maza en la parte posterior del cuello, varias veces. Mientras lo hacía no dejé de gritar y me pareció que la periferia de mi visión se teñía de rojo.

Aquellos puñetazos lograron que se desplomara inconsciente en el suelo.

—Hijo de puta —dije jadeando y buscando a tientas el bastón de Shiro hasta que di con él—. Te has llevado una buena tunda.

—Hoy sería un buen día para comprar lotería —dijo Susan. Bajó los últimos peldaños de la escalera, vestida de nuevo con los pantalones negros de cuero y el abrigo oscuro. Comprobó que el matón no estaba fingiendo—. ¿Dónde está Shiro?

Negué con la cabeza.

—No viene.

Susan respiró hondo y luego asintió con la cabeza.

—¿Puedes subir?

—Eso creo —contesté mientras echaba un vistazo a la escalera. Le ofrecí el bastón—. ¿Me llevas esto?

Se inclinó para coger la espada. Se produjo un chispazo plateado de electricidad estática y Susan silbó y apartó los dedos.

—¿Qué coño es eso?

—Una espada mágica.

—Pues no me gusta —dijo Susan—. Venga, sube; yo te cubriré las espaldas.

Manejé torpemente el bastón y al final conseguí meterlo como pude por debajo del fajín del esmoquin. Comencé a subir por la escalera y una vez más escuché el grito de Deirdre; esta vez su voz era ya totalmente demoníaca y resonaba de forma extraña a través de los pasillos de piedra.

—¿No es eso...? —preguntó Susan, agitando los dedos.

—Sí. Sube —contesté—. Date prisa.

La acción y la adrenalina me habían hecho entrar en calor, o eso pensé. Noté un cosquilleo en los dedos, pero al menos los podía mover, y comencé a ganar velocidad a medida que subía.

—¿Cómo me has encontrado?

—Shiro —respondió Susan—. Fuimos a casa de Michael para pedirle ayuda. Parecía saber adónde teníamos que ir de forma instintiva.

—Vi a Michael hacer algo parecido una vez —dije con la respiración entrecortada—. Me contó que sabía dónde se le necesitaba. ¿Cuándo se va a acabar esta puñetera escalera?

—Quedan unos ocho o nueve metros —dijo Susan—. Da al sótano de un edificio vacío del centro. Martin nos espera en el coche.

—¿Por qué aquella cosa habló de «Hermandad» cuando te vio en la subasta? —pregunté—. ¿Qué hermandad?

—Es una larga historia.

—Pues resúmela.

—Luego.

—Pero...

No pude seguir protestando porque resbalé y casi me caigo al llegar a lo alto de la escalera. Recobré el equilibrio y me vi de repente en una habitación completamente a oscuras. Miré hacia atrás y vi la silueta de Susan, una sombra borrosa contra un tenue resplandor verde dorado.

—¿Y esa luz? —pregunté.

—Sus ojos —dijo Susan con un hilo de voz—. Yo me encargo. Aparta.

Eso hice. Susan subió el último peldaño mientras la luz verde dorada se hacía más

brillante y escuché el roce metálico del pelo de Deirdre avanzando desde el otro lado de las escaleras. Susan se volvió y sacó algo que guardaba en el bolsillo de la chaqueta. Hizo *clic* entre sus manos y luego la oí contar:

—Uno, mil, dos, mil, tres, mil, cuatro, mil —y arrojó aquel objeto escaleras abajo.

Se giró hacia mí y sentí como me cubría los ojos con sus manos al tiempo que me alejaba de un empujón de la escalera. Entonces lo comprendí, y me aparté del hueco de la escalera cuanto pude justo antes de que se produjera un terrible estruendo y un fognazo de luz tiñera de rojo los dedos de Susan.

Los oídos me pitaron y me caí. Susan me ayudó a ponerme en pie y comenzó a abrirse camino entre la oscuridad con paso ligero y firme. Del hueco de la escalera se escapaban los confusos chillidos de furia de la chica demonio. Pregunté:

—¿Eso era una granada?

—Algo parecido —dijo Susan—. Pero solo produce mucho ruido y mucha luz.

—Y la tenías en el bolsillo —dije.

—Yo no, Martin. Se la he pedido prestada.

Tropecé con algo en el suelo, parecía una extremidad.

—*Puaj*, ¿qué es esto?

—No lo sé. Algún tipo de animal guardián. Shiro lo mató.

Seguí avanzando y con el otro pie pisé algo húmedo y cálido que me empapó el calcetín.

—Genial.

Susan abrió la puerta de un golpe y salimos a la noche de Chicago; por fin pude ver de nuevo. Dejamos el edificio detrás de nosotros y bajamos un tramo de escaleras de hormigón que nos dejaron en la acera. No reconocí el vecindario a primera vista, pero no era de los buenos. Tenía una pinta que hacía que *La jungla*^[4] pareciese *Mary Poppins* en comparación. El cielo comenzaba a clarear, ya faltaba poco para el alba.

Susan miró calle arriba y calle abajo y maldijo en voz baja.

—¿Dónde está?

Me di la vuelta y miré a Susan. Los oscuros remolinos y crestas de su tatuaje aún resaltaban sobre su piel. Su rostro parecía más delgado de lo que recordaba.

Escuchamos otro aullido procedente del interior del edificio.

—Este no es un buen momento para llegar tarde.

—Lo sé —dijo mientras flexionaba los dedos—. Harry, no sé si podré pararle los pies a ese demonio si nos ataca de nuevo. —Se miró la mano donde el tatuaje se retorció y curvaba—. No podré controlarla por mucho tiempo.

—¿Controlar? —pregunté—. ¿El qué?

Subió el labio superior en una amarga mueca y sus ojos volvieron a barrer la calle arriba y abajo.

—La sed.

—Vaaaaaale —dije—. No nos podemos quedar aquí. Tenemos que movernos.

Justo entonces, escuchamos el rugido de un motor y un sedán alquilado verde oscuro apareció con un chirrido de neumáticos en la esquina de un edificio. Se pasó al carril contrario, se subió al bordillo de la acera, hasta que finalmente derrapó y se detuvo.

Martin abrió la puerta de atrás. Tenía un corte en la sien izquierda y sobre su mandíbula lucía un reguero de sangre reseca. Unos tatuajes como los de Susan, pero más gruesos, enmarcaban uno de sus ojos y todo el lado izquierdo de su rostro.

—Me están siguiendo —dijo—. Rápido.

No nos lo tuvo que decir dos veces. Susan me empujó al interior del coche y luego se tiró encima de mí. El sedán ya estaba de nuevo en marcha cuando Susan aún no había cerrado la puerta. Eché la vista atrás y vi que nos seguía otro coche. Antes de haber recorrido una manzana, un segundo automóvil apareció delante del primero y los dos aceleraron tras nosotros.

—¡Joder! —dijo Martin mirando por el retrovisor—. ¿Qué le has hecho a esta gente, Dresden?

—Rechacé su oferta de reclutamiento —dije.

Martin asintió con la cabeza y los frenos chirriaron al tomar una curva.

—Pues yo diría que no se lo han tomado muy bien. ¿Dónde está el anciano?

—Se ha quedado.

Resopló por la nariz.

—Estos imbéciles conseguirán que todos acabemos en la cárcel si esto sigue así. ¿Tienen mucho interés en ti?

—Más que la mayoría.

Martin asintió.

—¿Conoces un lugar seguro?

—Mi casa. Tengo varios escudos de energía que podría activar. Mantendrían a raya a todo un ejército de vendedores puerta a puerta. —Fijé la mirada en Susan—. Al menos durante un rato.

Martin tomó otra curva cerrada.

—No está lejos. Puedes saltar del coche en marcha, nosotros los distraeremos.

—No —dijo Susan—. Apenas puede moverse. Está herido y podría entrar en choque. No es como nosotros, Martin.

Martin frunció el ceño.

—¿Pues qué sugieres?

—Yo iré con él.

Alzó la vista y miró por el espejo retrovisor a Susan durante un momento.

—Es una mala idea.

—Lo sé.

—Es peligroso.

—Lo sé —dijo con voz tensa—. Pero no hay otra opción, ni tiempo para discutir. Martin volvió a concentrarse en la carretera y dijo:

—¿Estás segura?

—Sí.

—Pues que Dios os ayude, entonces. Sesenta segundos.

—Espera un momento —dijo—. ¿Qué estáis...?

Martin derrapó en la siguiente curva y a continuación hundió el pie en el acelerador. El impulso me lanzó hacia la puerta de mi lado y me aplastó la mejilla contra el cristal de la ventana. Al mirar por ella, reconocí mi barrio. Eché un vistazo al velocímetro y deseé no haberlo hecho.

Susan se inclinó sobre mí para abrir la puerta y dijo:

—Salta.

La miré y luego me acerqué un poco a la puerta.

Ella me miró a los ojos, y de nuevo aquella dura sonrisa de complacencia asomó a sus labios.

—Confía en mí. Esto es cosa de niños.

—Los dibujos animados son cosa de niños. El zoo es cosa de niños. Saltar de un coche en marcha es de pirados.

—Ya lo has hecho antes —repuso—. Con los licántropos.

—Aquello fue diferente.

—Sí. Me dejaste dentro del coche. —Susan pasó por encima de mí para situarse junto a la puerta, cosa que mi cuerpo le agradeció. Sobre todo con aquellos pantalones de cuero tan ajustados. Mis ojos tuvieron que darle la razón al resto de mi cuerpo. Sobre todo en lo que respectaba a los pantalones ajustados. Entonces se puso de cuclillas con un pie sobre el suelo del coche y una mano en la puerta; me ofreció la otra—. Vamos.

Susan había cambiado en aquel último año. O quizá no. Siempre había sido buena en lo que hacía. Solo que ahora ya no se dedicaba al periodismo. Podía enfrentarse a demonios asesinos en un combate mano a mano, arrancar tablas de planchar de las paredes, lanzarlas con una mano y usar granadas en la oscuridad. Si decía que podía saltar de un coche en marcha y evitar que nos matáramos, la creía. *Qué cojones*, pensé. Además, yo ya había hecho eso antes, aunque a un quinto de esa velocidad.

Pero había algo más profundo que eso, algo más oscuro que la ladina sonrisa de Susan había despertado en mi interior. A una parte de mí, la más salvaje, arriesgada y primaria, siempre le había gustado el peligro, la adrenalina, y ponerse a prueba enfrentándose a los variados y diversos seres letales que se cruzaban en mi camino. Había un placer especial en caminar sobre el filo de la navaja, una energía vital que

no se encontraba en ningún otro lugar, y parte de mí (la más tonta y loca, pero cuya existencia era imposible negar) echaba de menos aquello cuando no lo tenía.

Ese lado salvaje se reveló e hizo que en mis labios se dibujara una sonrisa parecida a la de Susan.

Le cogí la mano y un segundo después saltamos del coche. Me oí reír como un loco mientras volaba por los aires.

Capítulo 24

Al saltar del coche, Susan se pegó con fuerza a mí. Como suele ser habitual en estos casos, me pareció muy bien. Con un brazo me rodeó la parte posterior de la cabeza, para proteger la base de mi cráneo y la parte superior del cuello. Cuando nos golpeamos contra el suelo, Susan estaba debajo, rebotamos, dimos unas vueltas y luego volvimos a darnos contra el pavimento. Los impactos fueron muy fuertes, pero yo solo recibí de lleno uno estando abajo. El resto de las veces, los golpes eran algo que sentía solo a través de Susan.

Rodamos por una pequeña porción de césped que había a tan solo dos portales de mi edificio, frente a unos apartamentos baratos remodelados. Varios segundos después aparecieron los dos coches perseguidores rugiendo tras la estela de Martin y su sedán alquilado. Mantuve la cabeza agachada hasta que pasaron y luego miré a Susan.

Yo estaba encima. Susan jadeaba en silencio debajo. Una de sus piernas estaba doblada a la altura de la rodilla, sujetando uno de mis muslos entre los suyos. Sus ojos oscuros brillaron y sentí que sus caderas se contrajeron con la clase de movimiento que me trajo a la memoria noches pasadas (y mañanas, tardes y madrugadas).

Quería besarla. Me moría de ganas. Pero me contuve.

—¿Todo bien? —pregunté.

—No se me ha quejado nadie —contestó. Aún no había recuperado el aliento—. Sobreviviré. ¿Y tú? ¿Te duele algo?

—El orgullo —dije—. Me apabullas con este despliegue de fuerza y recursos sobrehumanos. —Me levanté, le ofrecí la mano y la ayudé a incorporarse—. ¿Cómo voy a reafirmar así mi masculinidad?

—Eres mayorcito. Ya se te ocurrirá algo.

Miré a mi alrededor y asentí.

—Lo mejor será que nos ocultemos cuanto antes.

—¿Crees que correr y esconderte te ayudará a reafirmar tu masculinidad?

Nos encaminamos hacia mi apartamento.

—Bueno, cualquier cosa que nos ayude a seguir vivos servirá.

Susan asintió.

—Eso es práctico, pero no especialmente viril.

—Cállate.

—Eso ya es otra cosa —dijo Susan.

No habíamos dado más que un par de pasos cuando sentí como llegaba el hechizo. Comenzó como un lento escalofrío en la parte posterior del cuello y automáticamente alcé la vista al techo del edificio de apartamentos bajo al que estábamos caminando.

Libres del mortero, vi como caían un par de ladrillos de una de las chimeneas. Agarré a Susan del cuello y me aparté, arrastrándola conmigo. Los ladrillos se deshicieron en pedazos y polvo rojo sobre la acera, a escasos centímetros de sus pies.

Se puso tensa y miró hacia arriba.

—¿Qué ha sido eso?

—Una maldición entrópica —murmuré.

—¿Una qué?

Miré alrededor, esforzándome por descubrir de dónde provendría la siguiente explosión de magia.

—Un hechizo de mala suerte. Como echar mal de ojo. El sistema ideal para librarse de alguien que te molesta.

—¿Quién lo ha lanzado?

—¿En mi opinión? El chico serpiente. Parece tener cierto talento y es posible que consiguiera algo de mi sangre para usarla en el hechizo. —Sentí otra acumulación de energía a mi derecha y me fijé en el tendido eléctrico que se alzaba sobre nuestras cabezas—. Joder. ¡Corre!

Susan y yo nos lanzamos a la carrera. Al momento escuché un chasquido en el tendido y luego un chirrido de cables. El extremo más largo del cable que se había soltado voló hacia nosotros dejando tras de sí una estela de chispas blancas y azules. Golpeó el suelo en algún punto detrás de nosotros.

Yo aún tenía la ropa mojada de la habitación de invitados de Nicodemus. De haber estado lloviendo, aquel cable suelto me habría matado. Entonces sentí una vibración, un cosquilleo que me recorrió las piernas. Por un momento perdí el equilibrio, pero al final conseguí apartarme unos pasos más de la línea caída y recuperé el control de mis piernas.

Percibí como se fraguaba otro ataque mágico, acompañado de un soplo de aire, pero antes de que pudiera localizar la fuente, Susan me apartó de un empujón hacia un lado. Caí al suelo justo cuando escuchaba como algo se rompía. Una rama tan gruesa como mi pierna se precipitó contra el suelo. Alcé la vista y vi una tira de corteza blanca que recorría el tronco del viejo árbol que había detrás de mi edificio.

Susan me ayudó a ponerme en pie y corrimos el resto del camino hasta mi apartamento. Incluso cuando avanzábamos, noté que algo más se cernía sobre nosotros, más fuerte que todo lo anterior. Mientras me peleaba con el cerrojo de la puerta, un trueno retumbó en el cielo gris precedente al amanecer, justo entonces entramos en casa.

Aún podía detectar como la maldición ganaba fuerza, y me buscaba. Era bastante potente y no estaba seguro de si el umbral de mi apartamento o mis protecciones habituales podrían evitar que entrara. Cerré la puerta con un portazo tras de mí y eché el cerrojo. La habitación se sumió en la oscuridad mientras buscaba a tientas en la

cesta junto a la puerta. Dentro había un pegote de cera del tamaño de mi puño. Lo cogí y lo lancé con fuerza contra la puerta, en el hueco entre esta y la jamba. Encontré la mecha porque resaltaba sobre la cera, me concentré en ella y reuní energía. Murmuré: «*flickum bicus*», liberé la magia y la mecha de repente se encendió con una llama blanca.

En toda la habitación y justo en ese mismo momento, dos docenas de velas de color blanco y amarillo claro se prendieron con aquel mismo fuego albo. Al hacerlo, sentí que una súbita reverberación de mi propia magia, preparada con meses de antelación, se alzaba como una muralla en torno a mi casa. La maldición pulsó de nuevo, en algún lugar de la calle, e impactó contra la barrera, pero mi protección aguantó. La energía maligna se hizo añicos.

—¡Chúpate esa, chico serpiente! —murmuré. Después liberé toda la tensión con un suspiro y añadí—: Métete la maldición por tu culo escamoso y pedalea.

—Nunca serás un héroe de acción con frase lapidaria si haces esas mezclas —dijo Susan jadeando.

—No creo que nadie interprete el papel de Harry Dresden —repuse.

—¿Has ganado?

—Le di con la puerta en las narices a su maldición —contesté—. Deberíamos estar a salvo por un tiempo.

Susan contempló todas las velas encendidas a su alrededor mientras recuperaba el aliento. Vi como su expresión se suavizaba y se entristecía un poco. Habíamos cenado muchas veces allí, a la luz de las velas. Habíamos hecho muchas cosas a la luz de las velas. Estudié sus rasgos mientras parecía sumida en sus pensamientos. Llegué a la conclusión de que los tatuajes la habían cambiado. Alteraban las proporciones y las líneas de su rostro. Le daban cierto aire de frialdad exótica, un extraño atractivo.

—¿Tienes sed? —pregunté. Su mirada se clavó en mí no sin cierta frustración. Puse las manos en alto—. Lo siento. Lo he dicho sin pensar.

Ella asintió y se apartó un poco de mí.

—Lo sé, perdona.

—¿Una Coca-Cola?

—Sí.

Me acerqué cojeando a la nevera que dentro de poco iba a necesitar más hielo. No me quedaba energía para congelar el agua con magia. Cogí dos latas de Coca-Cola, las abrí, y le ofrecí una a Susan. Dio un buen trago y yo la imité.

—Cojeas —dijo cuando hubo terminado.

Me miré los pies.

—Solo tengo un zapato. Por eso ando así.

—Estás herido —dijo con la mirada fija en mi pierna—. Sangras.

—No es nada. Ahora me limpio la herida.

Los ojos de Susan no vacilaron, pero se oscurecieron. Su voz sonó más débil.

—¿Necesitas ayuda?

Me giré un poco para que no me viera la pierna herida. Ella tembló e hizo un esfuerzo evidente para mirar hacia otro lado. Los tatuajes de su cara ahora eran más claros, no más tenues, sino más bien de otro color.

—Lo siento mucho, Harry, de verdad, pero será mejor que me vaya.

—No puedes —dije.

Siguió hablando en voz baja, sin ninguna entonación.

—No lo entiendes. Te lo explicaré todo dentro de poco, lo prometo. Pero ahora tengo que irme.

Me aclaré la garganta.

—*Hum*, no, eres tú quien no lo entiende. No puedes. Es imposible. Literalmente.

—¿Qué?

—Las defensas que he levantado tienen dos caras y no vienen con un botón de desconexión. Estamos, literalmente, atrapados aquí hasta que se desgasten.

Susan me miró, luego se cruzó de brazos sin quitarle ojo a su lata de Coca-Cola.

—Joder —dijo—. ¿Y cuándo será eso?

Negué con la cabeza.

—Las creé para que duraran ocho horas. El amanecer las degradará un poco, así que unas cuatro, cinco horas como mucho.

—Cinco horas —masculló entre dientes—. ¡Oh, Dios!

—¿Qué pasa?

Agitó una mano de forma imprecisa.

—He... he utilizado el poder. Para ser más rápida, más fuerte. Si estoy tranquila, lo puedo aguantar bien. Pero no he estado tranquila. Y se ha ido acumulando dentro de mí. Como el agua en una presa. Y ahora quiere salir, expandirse.

Me humedecí los labios. Si Susan perdía el control, no habría escapatoria posible.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

Agitó la cabeza, negándose a mirarme directamente.

—No lo sé. Voy a ver si me tranquilizo. Intentaré relajarme. —Un brillo frío y hambriento resplandeció en sus ojos—. Y límpiame la herida. Huelo la sangre y... me distrae.

—¿Por qué no enciendes la lumbre? —dije. Luego entré en mi habitación y cerré la puerta tras de mí. Me metí en el cuarto de baño y también cerré la puerta. Allí, en una estantería, guardaba el botiquín de primeros auxilios. Cogí un par de pastillas de paracetamol, me quité los restos del esmoquin alquilado y limpié el corte de la pierna. Era superficial pero medía unos diez centímetros de largo y sangraba abundantemente. Lavé la herida con un jabón desinfectante y agua fría, luego me

puse una crema antiséptica y varias tiritas para cerrarla. No me dolió. O al menos no noté nada especial que pudiera distinguir del dolor de fondo que me proporcionaban los golpes y moratones que me cubrían todo el cuerpo.

Todavía temblando, me puse unos pantalones de chándal, una camiseta y mi bata de franela. Eché un vistazo al armario en busca de un par de cosillas que tenía guardadas por si venían mal dadas. Cogí una de las pociones que había preparado, esas que contrarrestaban el veneno de los vampiros de la Corte Roja, y me la metí en el bolsillo. No vi mi brazalete escudo.

Abrí la puerta, salí al cuarto de estar y encontré a Susan prácticamente pegada a la puerta; en sus ojos completamente negros no había ni rastro de esclerótica, y los dibujos que le cubrían la piel ahora tenían un brillo marrón oscuro.

—Todavía huelo la sangre —susurró—. Vas a tener que encontrar una forma de contenerme, Harry. Y tendrá que ser ahora.

Capítulo 25

No me quedaba mucha magia y seguiría así hasta que tuviera tiempo para descansar y recuperarme de lo que me había hecho Nicodemus. Quizá habría podido lanzarle un hechizo que hubiera contenido a una persona normal, pero no a un vampiro hambriento. Y eso era Susan. Había ganado fuerza en más de un sentido, no solo el físico, y eso le iba a pasar factura a sus defensas, aunque solo afectara a su voluntad de resistir. La nube de reptiles del chico serpiente era uno de los hechizos más potentes que había visto nunca y apenas lentificó el avance de Susan.

Si venía a por mí, y tenía toda la pinta, no sería capaz de detenerla.

Mi lema, desde hacía un par de años, era estar preparado. Tenía algo que la contendría... suponiendo que pudiera pasar a su lado y llegar hasta el cajón donde lo guardaba.

—Susan —dije en voz baja—. Susan, necesito que te concentres. Háblame.

—No quiero hablar —dijo. Bajó los párpados e inspiró lentamente—. No quiero que huelas tan bien. Tu sangre. Tu miedo. Me gusta.

—La Hermandad —dije mientras intentaba controlar mis emociones. Por su bien, no podía tener miedo. Me acerqué un poco a ella—. Vamos a sentarnos. Háblame de la Hermandad.

Por un segundo, pensé que no cedería, pero al final lo hizo.

—La Hermandad —dijo—. La Hermandad de San Gil.

—San Gil —dije—. Patrón de los leprosos.

—Y de otros parias. Como yo. Todos son como yo.

—¿Quieres decir que están infectados?

—Infectados. Medioconvertidos. Mediohumanos. Mediomuertos. Hay muchas formas de decirlo.

—¡Ajá! —dije—. ¿Y cuál es su objetivo?

—La Hermandad intenta ayudar a las víctimas de la Corte Roja. Lucha contra la Corte Roja. Delata a los vampiros siempre que es posible.

—¿Y busca una cura?

—No hay cura.

Posé una mano sobre su brazo y la conduje hasta el sofá. Se movió como si estuviera sonámbula.

—¿Y qué son los tatuajes? ¿Cómo un carné de socio?

—Un amarre —dijo—. Un hechizo labrado sobre mi piel. Para ayudarme a contener mi lado oscuro. Para avisarme cuando gana fuerza.

—¿Qué quieres decir con que te avisa?

Bajó la vista y observó el dibujo sobre su mano, luego me lo mostró. Esa parte del tatuaje y el que tenía en la cara estaban ganando intensidad, ahora eran de un color

rojo apagado.

—Me avisa cuando estoy a punto de perder el control. Rojo, rojo, rojo. Peligro, peligro, peligro.

La noche que llegó, cuando la vi luchar contra algo fuera de mi apartamento, se mantuvo en las sombras durante los primeros minutos, con el rostro vuelto. Estaba ocultando tatuajes.

—Venga —le dije en voz baja—. Siéntate.

Se sentó en el sofá y me miró a los ojos.

—Harry —susurró—. Duele. Duele resistirse. Estoy cansada de luchar. No sé cuánto más aguantaré.

Me arrodillé para que nuestros ojos estuvieran a la misma altura.

—¿Confías en mí?

—Ciegamente. Con mi vida.

—Cierra los ojos —dije.

Obedeció.

Me levanté y caminé lentamente hasta el cajón de la cocina. No hice ningún movimiento rápido. Uno no se aleja corriendo de algo que está pensando en comerle. Eso los dispara. Fuera lo que fuera lo que tenía dentro, estaba creciendo... lo podía sentir, lo podía ver, lo podía oír en su voz.

Estaba en peligro. Pero no importaba, porque ella también.

Generalmente guardo una pistola en el cajón de la cocina. En aquel momento, tenía una pistola y una cuerda corta blanca y plateada. Cogí la cuerda y volví junto a ella.

—Susan —susurré—. Dame las manos.

Abrió los ojos y miró la suave y fina cuerda.

—Eso no bastará.

—La hice por si un ogro cabreado me hacía una visita. Dame las manos.

Guardó silencio por un momento. Después se quitó la chaqueta y me ofreció las manos, con las muñecas hacia arriba.

Le arrojé la cuerda y susurré:

—*Manacus*.

Había hechizado la cuerda seis meses antes, pero hice un buen trabajo. Con solo un susurro de poder la cuerda se puso en movimiento. Se agitó en el aire, sus hilos plateados brillaron, y se enroscó limpiamente alrededor de sus muñecas.

Susan reaccionó al instante poniéndose totalmente tensa. Vi como forcejeaba e intentaba liberarse. Expectante, la observé durante medio minuto, luego se puso a temblar y se rindió. Dejó escapar un quejido tembloroso, inclinó la cabeza y el pelo le cayó sobre la cara. Iba a acercarme cuando se puso de pie, las piernas lo bastante separadas para mantener el equilibrio y lo volvió a intentar, subiendo los brazos.

Me humedecí los labios mientras la contemplaba. No creía que pudiera romper la cuerda, pero ya me había llevado sorpresas antes. Su rostro y sus ojos totalmente negros me asustaban. Volvió a tirar de las cuerdas, y el movimiento hizo que se le subiera la camiseta, mostrándome su suave y dorado vientre y los remolinos y aristas rojos del tatuaje que resaltaban sobre su piel. Tenía moratones en las costillas y rasponazos. Después de todo no había salido indemne del salto del coche de Martin.

Tras otro minuto, dejó escapar un suspiro y se sentó. Tenía el pelo revuelto sobre la cara. Pude sentir sus ojos sobre mí más que verlos. No eran ya como los ojos de Susan. Los tatuajes destacaban sobre su piel, rojos como la sangre. Me aparté, poco a poco, con calma, y fui a por el botiquín de primeros auxilios del baño.

Cuando volví, se lanzó a por mí con una velocidad asombrosa y en silencio total. Esperaba algo así, de modo que dije:

—*Forzare!*

La cuerda plateada resplandeció con un fogonazo de luz azul y salió disparada hacia el techo. Sus muñecas se vieron arrastradas con ella y quedó suspendida en el aire. Los pies se balanceaban y ella se retorció, de nuevo en silencio, luchando por liberarse de la cuerda. No lo consiguió, y dejé que se columpiara un poco hasta que se paró, apoyando solo la punta de los pies en el suelo.

Dejó escapar un sollozo ahogado y susurró:

—Lo siento, Harry. No puedo evitarlo.

—No importa. Te tengo controlada. —Me acerqué para examinar las heridas de su estómago y me estremecí—. Dios, estás toda magullada.

—Odio esto. Lo siento mucho.

Me dolía oírla hablar así. En su voz había sufrimiento de sobra para los dos.

—*Shh* —dije—. Deja que cuide de ti.

Entonces se quedó callada aunque podía sentir sus arrebatos de hambre animal. Llené un cuenco con agua, cogí un paño y me dispuse a limpiarle las heridas lo mejor que pude. Ella se estremecía de vez en cuando. En una ocasión emitió un ahogado quejido. Los moratones le subían hasta la espalda, pero además tenía otra zona de abrasión en el cuello. Le puse una mano en la cabeza y la empujé hacia abajo. Ella no opuso resistencia y la dejó inclinada sobre el pecho mientras le curaba la herida.

En ese momento, el tipo de tensión cambió. Podía olerla. Su pelo, su piel despedían un aroma a humo de vela y canela. De repente era incapaz de apartar los ojos de la curva de su espalda, de sus caderas. Se inclinó un poco hacia atrás, y nuestros cuerpos se rozaron; despedía un calor casi abrasador. Su respiración cambió, se hizo más rápida, más pesada. Giró la cabeza lo bastante para mirarme por encima del hombro. Sus ojos ardían y su lengua tembló entre los labios.

—Te necesito —susurró.

Yo tragué saliva.

—Susan, creo que...

—No pienses —dijo. Sus caderas volvieron a rozarme la parte delantera del pantalón del chándal y la erección fue tan repentina que casi me dolió—. No pienses. Acaríciame.

En el fondo sabía que aquella no era una buena idea. Pero posé una mano sobre la curva de su cintura y la cerré lentamente sobre su piel caliente. Una suavidad tersa me acarició la palma. Sentí un placer primario, posesivo, con solo tocarla. Recorrí con la mano y los dedos extendidos todo su costado, su vientre, describiendo lentamente suaves círculos. Ella arqueó la espalda ante mis caricias, cerró los ojos y susurró «sí» una y otra vez. «Sí».

Dejé caer el trapo que sujetaba con la otra mano y le acaricié el pelo. Más suavidad, seda y mechones oscuros derramándose entre mis dedos. Por un momento sentí que se ponía tensa de nuevo y giró la cabeza, enseñándome los dientes en busca de mi mano. Debería haberla retirado, sin embargo la cogí con fuerza del pelo y tiré hacia atrás, obligándola a subir la barbilla y evitando así que me mordiera.

Supuse que se enfadaría, pero en lugar de eso su cuerpo pareció relajarse y se acercó a mí con anhelante abandono. Una lánguida sonrisa curvó sus labios, pero se convirtió en un gemido de deseo cuando deslicé la otra mano hacia arriba, bajo la camiseta de algodón, y le acaricié suavemente los pechos con las yemas de los dedos. Gimió y al oírla, todas mis recientes preocupaciones, temores, enfados y dolores desaparecieron, ardieron, se convirtieron en ceniza consumidos por el fuego del puro deseo. Sentirla de nuevo, que su aroma me llenara la cabeza, era algo con lo que había soñado en innumerables, frías y solitarias noches.

No era una buena idea. Era la única idea.

Deslicé las dos manos sobre su cuerpo, acariciándole el pecho, disfrutando al notar como los pezones se le endurecían y se convertían en dos puntos redondeados bajo mis dedos. Intentó volverse de nuevo, pero me apreté contra su espalda mientras que con la boca le presionaba un lado de la garganta para evitar que volviera la cabeza. Eso la excitó todavía más.

—Te necesito —susurró entre jadeos—. Te necesito. No pares.

Tampoco estaba seguro de poder. No podía dejar de saborearla. Impaciente, le subí la camiseta por encima del pecho, hasta los hombros y disfruté siguiendo lentamente la línea de su espalda con los labios y la lengua, saboreando su piel, comprobando su textura con los dientes. Parte de mí se esforzaba por ser delicado, pero a la otra parte le daba igual. *Siente, saborea, disfruta.*

Mis dientes dejaron pequeñas marcas aquí y allí sobre su piel, que combinadas con el dibujo de bucles rojos que recorrían en espiral su cuerpo, le daban un aspecto aún más intrigante. El cuero negro de sus pantalones apareció en mi boca como una desagradable y repentina sensación. Me aparté con gesto de contrariedad y decidí

apartar aquel obstáculo de mi camino.

A quien le pueda interesar le diré que los pantalones de cuero son difíciles de quitar. Y la lujuria desenfrenada no es el mejor punto de partida para enfrentarte a ellos. Pero no dejé que eso me detuviera. Gimió cuando comencé a bajárselos, y se revolvió y retorció en un intento por ayudarme. En su lugar solo consiguió excitarme aún más porque se frotaba contra mí mientras observaba como se movía de forma sugerente y sinuosa. Sus gemidos y jadeos ahora eran más ahogados, y su cadencia me hablaba de deseo y me animaba a seguir adelante.

Conseguí bajarle los pantalones hasta las caderas. No llevaba nada debajo. Me estremecí y dediqué un largo y delicioso momento a degustarla con las manos, con la boca, besando delicadamente los arañosos y mordiendo la piel sana para provocar más movimientos desesperados y gemidos aún más profundos. Su olor me estaba volviendo loco.

—Ahora —susurró con urgencia en la voz—. Ahora.

Pero me lo tomé con calma. No sé cuánto tiempo estuve allí, besándola, acariciándola, haciéndola gritar cada vez con voz más alta y aguda. Solo sabía que aquello era algo que quería, que necesitaba, que había deseado durante mucho tiempo, y que por fin tenía ante mí. En aquel momento no había nada en la tierra, el cielo o el infierno que me importara más.

Me miró por encima del hombro con los ojos negros e incandescentes por el hambre. Intentó morderme de nuevo la mano, totalmente fuera de sí. Tuve que cogerla del pelo otra vez para evitar que volviera la cabeza, mientras que con la otra mano, le quitaba el resto de la ropa. Volvió a gemir de deseo hasta que me pegué a sus caderas, la sentí contra mí y en un arrebato de fuego y seda la penetré.

Sus ojos se abrieron desorbitados, desenfocados, y gritó, acercándose a mí, acompasando sus movimientos a los míos. Pensé por un momento en bajar el ritmo. Pero no lo hice. Ninguno de los dos lo quería. La tomé así, con la boca en su oído, en su garganta y una mano en el pelo. Ella seguía atada con las manos arriba y su cuerpo estirado para no apartarse del mío.

Dios, estaba preciosa.

Gritó y comenzó a agitarse y tuve que hacer lo imposible para no explotar. Luché contra lo inevitable para alargar el momento. Susan se calmó un poco después de un rato, hasta que con mis manos, mi boca y los embistes de mi cuerpo, convertí los ahogados gemidos una vez más en gritos de deseo. Volvió a gemir, los movimientos de su cuerpo eran rápidos, ágiles, desesperados, y no hubo forma de evitar que me llevara hasta el final con ella.

Nuestros gritos se mezclaron al tiempo que nuestros cuerpos se enredaban. La tensión de los músculos, el placer y el deseo me superaron.

El éxtasis nos hizo arder como el fuego y convirtió en ceniza nuestros

pensamientos.

El tiempo pasó sin tocarnos.

Cuando recuperé el sentido, me encontré en el suelo. Susan estaba tumbada boca abajo, debajo de mí. Todavía tenía las manos atadas por encima de la cabeza. No había transcurrido mucho tiempo. Los dos aún no habíamos recuperado el aliento. Me estremecí y sentí que aún estaba dentro de ella. No recordaba haber liberado el hechizo que mantenía la cuerda pegada al techo, pero debí de hacerlo. Moví la cabeza y le besé en un hombro, y luego en la mejilla con mucha suavidad.

Abrió los ojos lentamente, de nuevo humana, aunque sus pupilas estaban dilatadas hasta ocultar el marrón oscuro de su iris. Tenía la mirada perdida. Sonrió y dejó escapar un suave sonido, algo a medio camino entre un gemido y el ronroneo de un gato. La contemplé durante un momento, y entonces reparé en que los dibujos de su cara eran de nuevo oscuros y habían comenzado a desvanecerse. Durante los siguientes minutos, acabaron por desaparecer del todo.

—Te quiero —susurró.

—Te quiero.

—Lo deseaba.

—Yo también —dije.

—Pero es peligroso. Harry, podrías haber acabado mal. Podría haber...

Me incliné y le besé la comisura de los labios para que se callara.

—No ha pasado nada. Tranquila.

Se estremeció, pero asintió.

—Estoy cansada.

Nada me apetecía más que dormir, pero en lugar de eso me puse en pie. Susan dejó escapar un suave murmullo, mitad de placer, mitad de protesta. La cogí en brazos y la dejé sobre el sofá. Toqué la cuerda y deseé que la liberara. Al momento se deslizó por su piel y se enroscó como una serpiente sobre mi mano. Tiré de una manta que había en la parte de atrás del sofá y la doblé sobre ella.

—Duerme —dije—. Descansa un poco.

—Deberías...

—Y lo haré. Lo prometo. Pero... no creo que sea una buena idea dormir a tu lado. Susan asintió cansada.

—Tienes razón, perdona.

—No importa —dije.

—Debería llamar a Martin.

—El teléfono no funcionará —dije— hasta que las defensas hayan desaparecido.

No me pareció particularmente decepcionada cuando dijo mientras se arrebujaba en mi sofá:

—Oh, pues entonces habrá que esperar.

—Sí —repuse. Le acaricié el pelo—. Susan...

Puso una mano sobre la mía y cerró los ojos.

—Tranquilo. Ya te dije que contigo jamás podré separar el deseo del hambre. Ha sido... una liberación. Me sirvió para liberar estrés. Lo deseaba. Lo necesitaba.

—¿Te he hecho daño?

Volvió a ronronear sin abrir los ojos.

—Un poco, pero no me importó.

Me estremecí y dije:

—¿Estás bien?

Asintió lentamente.

—Todo lo bien que puedo estar. Descansa, Harry.

—Sí —contesté. Volví a acariciarle el pelo y después entré en mi habitación. No cerré la puerta. Dejé las almohadas a los pies de la cama para poder ver el sofá cuando me acostara. Contemplé su rostro, hermoso a la pálida luz de las velas, hasta que se me cerraron los ojos.

Era preciosa.

Deseé que estuviera allí conmigo.

Capítulo 26

Abrí los ojos un rato después y vi a Susan en el cuarto de estar, con los ojos cerrados. Estaba en cuclillas y tenía los brazos extendidos como si sostuviera una gran cesta invisible. Mientras la contemplaba, se movió, sus brazos y piernas se deslizaron describiendo fluidos movimientos circulares. Taichí. Era un tipo de gimnasia meditativa que tuvo su origen en las artes marciales. Mucha gente que practica taichí no sabe que las rutinas que realizan son una hermosa versión a cámara lenta de golpes capaces de romper huesos y dislocar articulaciones.

Tenía la sensación de que Susan sí lo sabía. Llevaba su camiseta y mis pantalones cortos de correr. Se movía con la sencilla elegancia de alguien que ha sacado partido de sus dotes naturales a través del entrenamiento.

Giró y pude verle el rostro, su expresión era de calmada concentración. Pasé un minuto observándola en silencio, mientras catalogaba todos mis dolores y heridas.

De repente sonrió, sin abrir los ojos y dijo:

—Nada de babear, Harry.

—Es mi casa. Puedo babear lo que quiera.

—¿Qué era esa cuerda que usaste? —preguntó mientras seguía con sus ejercicios — He roto esposas antes, ¿era algo mágico?

Quiere hablar de trabajo. Yo había esperado que sacara otro tema. O puede que en realidad temiera que sacara el otro tema. Pero hablar del trabajo también tenía su atractivo. Era territorio seguro.

—Está hecha por las hadas —contesté—. Entretejido en sus hilos lleva crin de unicornio.

—¿De verdad?

Me encogí de hombros.

—Eso fue lo que me dijo Fix, y si él lo dice...

—Podría ser útil si volvieran a aparecer los denarios, ¿no crees?

—No, a no ser que entren aquí —dije—. Está ligada a esta casa. Si la sacas de aquí no funcionará.

—¿Por qué no?

—Porque todavía no soy tan bueno —dije—. Es fácil conseguir que algo funcione en tu casa. Pero se necesitan unos conocimientos muy superiores a los míos para que un encantamiento surta efecto fuera. —Salí de la cama y me puse en marcha. El reloj decía que aún no eran las diez de la mañana. Me di una ducha rápida, me vestí, me peiné un poco y decidí que el aspecto desaliñado y la barba de dos días estaban de moda.

Cuando volví al cuarto de estar, Susan se había puesto de nuevo sus pantalones de cuero y solo se mantenían encendidas cuatro o cinco velas. Las barreras defensivas se

estaban degradando.

—¿Qué pasó después de que Martin se largara del hotel? —pregunté.

Susan se dejó caer en una silla.

—Intenté convencerlo para que se detuviera. No quiso. Nos peleamos y me apuntó con una pistola.

Me quedé pasmado.

—¿Qué?

—Aunque para ser justos, yo tampoco estuve muy racional.

—Caray.

—Martin no quería, pero al final lo convencí para que fuéramos a casa de Michael. Pensé que si alguien podía sacarte de aquel lío con los denarios era él.

—Me parece razonable —dije. Dudé entre café y Coca-Cola. La Coca-Cola ganó porque venía ya hecha. Susan asintió antes siquiera de que la pregunta saliera de mi boca y cogí otra para ella—. ¿Y Anna Valmont?

—Estaba conmocionada. Charity la metió en la cama.

—¿Llamaste a la policía?

Susan negó con la cabeza.

—Pensé que quizá supiera algo que nos sirviera. Y no podríamos sacarle ni una palabra si estaba enfadada y encerrada en un calabozo.

—¿Qué dijo Michael a todo eso?

—No estaba allí —dijo Susan—. Shiro sí. Charity dijo que Michael y alguien llamado Sanya no habían vuelto todavía de San Luis y que tampoco había llamado.

Torcí el gesto y le ofrecí la segunda lata.

—Eso no es propio de él.

—Ya. Estaban preocupados. —Susan frunció el ceño—. O por lo menos Charity sí lo estaba. Shiro, no sé. Actuaba como si nada de aquello lo pillara por sorpresa. Seguía vestido con la ropa de samurái y abrió la puerta antes de que llamara.

—Yo también he visto a Michael hacer cosas así. Ventajas del oficio, supongo.

Susan negó con la cabeza.

—Los caminos del Señor son inescrutables.

Me encogí de hombros.

—Puede. ¿Y Shiro dijo algo?

—Solo le dije a Martin dónde tenía que girar a la izquierda, dónde a la derecha y dónde aparcar. Luego me pidió que le diera dos minutos de ventaja y que me preparara para llevarte al coche. Todo el tiempo estuvo... sonriendo. De haber sido otra persona me habría dado algo de repelús. Parecía satisfecho. O simplemente era bueno ocultando sus emociones.

Jugueteé con la lata.

—Lo es. Es bueno ocultando sus emociones.

Susan subió una ceja.

—No lo entiendo.

—No creo que esté muerto. Todavía no. Aceptó... ocupar mi lugar a cambio de que el denario me dejara marchar. El jefe de los denarios, que según parece se llama Nicodemus, hizo prometer a Shiro que no se resistiría y que no intentaría escapar durante veinticuatro horas.

—Pues eso no suena muy bien.

Me estremecí.

—No. Supongo que son viejos enemigos. Cuando Shiro hizo su oferta, Nicodemus parecía un niño la mañana de Navidad.

Susan dio un sorbo.

—¿Qué clase de gente es esta?

Pensé en Nicodemus y en su cuchillo. En la total indefensión que sentí cuando me echó la cabeza hacia atrás y expuso mi garganta. Pensé en cuerpos rebanados y cortados en trozos.

—Mala gente.

Susan me contempló en silencio durante un momento, mientras yo no apartaba los ojos de mi bebida.

—Harry —dijo por fin—. ¿Vas a abrirla o solo la vas a mirar?

Agité la cabeza y abrí la lata. Tenía las muñecas doloridas y la piel de alrededor estaba toda levantada. Evidentemente, Nicodemus prefería las viejas cuerdas de toda la vida a las hechas con crin de unicornio.

—Perdona. Tengo mucho en lo que pensar.

—Sí —dijo en un tono de voz más dulce—. ¿Qué hacemos ahora?

Eché un vistazo a las velas. Quedaban solo tres.

—La barrera caerá en unos veinte minutos. Cogemos un taxi, iremos a McAnnally's a por el Escarabajo y luego a casa de Michael.

—¿Y si los denarios nos están esperando fuera?

Cogí mi varita mágica de la repisa del rincón, junto a la puerta, y la hice girar entre mis dedos.

—Tendrán que buscarse su propio taxi.

—¿Y luego?

Recogí mi bastón y lo apoyé contra la pared, junto a la puerta.

—Le contaremos a Michael y a Sanya lo que ha pasado.

—Suponiendo que hayan vuelto.

—Ajá. —Abrí el cajón de la cocina y saqué mi pistola y su funda—. Después, pediré a los buenos de los denarios que suelten a Shiro.

Susan asintió.

—¿Ah sí?

Abrí el cilindro del revólver y lo cargué.

—Sí, se lo pediré por favor —dije, y lo volví a cerrar.

Los ojos de Susan brillaron.

—Inclúyeme a mí. —Me observó mientras me colgaba del hombro la funda del revólver y luego guardaba en ella el arma—. Harry —dijo—. No quiero cortarte el rollo de vengador justiciero, pero hay un par de cuestiones que me preocupan.

—Por qué los denarios quieren el Sudario y qué van a hacer con él —dije.

—Sí.

Saqué una vieja cazadora de cuero de mi habitación y me la puse. No me gustaba. Durante los últimos años solo había llevado mi viejo guardapolvos de tela o el más nuevo de cuero que me había regalado Susan. Eché un vistazo a las velas y todas estaban apagadas. Posé una mano sobre la pared para comprobar el estado de las defensas. Todavía quedaba un tenue eco, pero nada realmente consistente, así que di media vuelta y cogí el teléfono para pedir un taxi.

—Ya podemos irnos. Creo que tengo una ligera idea de lo que están haciendo, aunque no estoy seguro del todo.

Susan me colocó el cuello de la chaqueta con aire ausente.

—Vaya pinta, ¿es que no has aprendido nada de arrogancia del megalómano de Nicodemus?

—Debe de haber leído la lista de cosas que un malvado no debe hacer.

—Parece un tipo eficiente.

Eso pensé yo también.

—Pero se le han pasado un par de cosas. Creo que podemos adelantarnos a sus movimientos.

Susan negó con la cabeza.

—Harry, cuando bajé aquellas escaleras con Shiro, no vi gran cosa. Pero escuché sus voces a través de los túneles. Había... —Cerró los ojos por un momento, su rostro se retorcó con una mueca de repulsión—. Es difícil de explicar. Sus voces me causaron gran impresión. Shiro sonaba como... no sé. Como una trompeta. Su voz era clara y fuerte. En cambio la del otro apestaba. Estaba podrida. Putrefacta.

No sabía qué era lo que hacía que Susan hablara así. Quizá se debiera a algo que le hicieron los vampiros. Quizá fuera algo que había aprendido en las clases de taichí. Quizá era solo mera intuición, pero comprendía lo que quería decir. Nicodemus irradiaba algo especial, algo callado, frío y peligroso, algo paciente, vil y maligno más allá de la comprensión humana. Me asustaba un montón.

—Sé a qué te refieres. Nicodemus no es otro idealista amargado o el típico avaro cabrón que solo busca hacerse rico —dije—. Es diferente.

Susan asintió.

—Malvado.

—Y juega duro. —No estaba seguro de si la pregunta iba dirigida a Susan o a mí mismo, pero dije—: ¿Vamos?

Se puso la chaqueta. Yo me acerqué a la puerta y ella me siguió.

—El único inconveniente que tenía el guardapolvos —murmuró—, es que no te podía ver el trasero.

—No me había dado cuenta.

—Si fueras por ahí pendiente de tu culo me preocuparía, Harry.

La miré por encima del hombro y sonreí. Ella me devolvió la sonrisa.

No duró mucho, enseguida nos embargó la tristeza.

—Susan —dije.

Posó dos dedos sobre mis labios.

—No.

—Joder, Susan. Anoche...

—No debió haber pasado —dijo. Su voz sonó cansada, pero sus ojos no se apartaron de mí—. No...

—Cambia nada —dije para terminar su frase. Hasta a mí me sonó a amargado.

Apartó la mano y se abrochó la chaqueta de cuero.

—Vale —dije. Habría sido mejor seguir hablando de trabajo. Abrí la puerta y eché un vistazo fuera—. El taxi está aquí. Vamos a trabajar.

Capítulo 27

Cogí mi bastón, mi varita mágica, el bastón de Shiro y entonces decidí que tenía que comprarme una puñetera bolsa de golf. El taxi nos dejó frente a McAnnally's. El *Escarabajo Azul* seguía en el aparcamiento cercano donde lo dejé, nadie me lo había robado, no lo habían vaporizado, ni dañado en ningún aspecto.

—¿Qué le ha pasado a la ventana de atrás? —preguntó Susan.

—Un matón de Marccone me disparó a la salida del estudio de Larry Fowler.

Susan torció el gesto.

—¿Has ido otra vez al programa de Larry Fowler?

—No quiero hablar de eso.

—Ya. ¿Y el capó?

—Los agujeros pequeños son las balas del matón. El gran bollo fue obra de un clorofobio —respondí.

—¿Un qué?

—Un monstruo planta.

—Ah. ¿Por qué no dices simplemente «monstruo planta»?

—Tengo mi orgullo.

—Pobre coche.

Saqué las llaves, pero Susan me detuvo, posando una mano sobre la mía, después rodeó el coche. Se agachó y miró debajo un par de veces, luego dijo:

—Vale.

Entré.

—Gracias, 007, pero nadie pone bombas en un Volkswagen. Son demasiado monos.

Susan abrió la puerta del acompañante y dijo:

—Tan monos como el confeti, si no tienes cuidado, Harry.

Rezongué, pisé el acelerador y puse rumbo a casa de Michael.

La mañana era fría y clara. El invierno aún no había abandonado la región de los Grandes Lagos y lo que ocurriera en el lago Michigan, tenía su reflejo en Chicago. Susan salió y echó un vistazo al jardín frente a la puerta principal mientras fruncía el ceño tras sus gafas de sol.

—¿Cómo consigue que su casa esté tan bonita, dirigir un negocio y además luchar contra demonios en sus ratos libres?

—Y seguro que se traga todos esos programas de bricolaje de la tele —dije.

Torció el gesto.

—El césped está verde. Estamos en febrero y el césped está verde. ¿No te parece raro?

—Los caminos del césped son inescrutables.

Susan refunfuñó y después me siguió hacia la puerta principal.

Llamé. Un momento después la voz del padre Forthill dijo:

—¿Quién es?

—Sonny y Cher —respondí—. Salt-N-Pepa nos pidieron que viniéramos en su lugar.

Abrió la puerta sonriendo tras sus gafas de montura dorada. Era el mismo viejo padre Forthill bajo, rechoncho y medio calvo, pero parecía tenso y cansado. Las arrugas de su rostro estaban ahora más marcadas de lo que recordaba.

—Hola, Harry.

—Padre —dije—. ¿Conoce a Susan?

La miró con aire pensativo.

—De oídas —dijo—. Adelante, entrad.

Eso hicimos y cuando pasamos, Forthill dejó el bate de béisbol Louisville Slugger en una esquina. Alcé las cejas, intercambié una mirada con Susan y luego dejé mi varita y el bastón de Shiro junto al bate. Seguimos a Forthill hasta la cocina.

—¿Dónde está Charity? —pregunté.

—Ha llevado a los niños a casa de su madre —dijo—. Volverá pronto.

Dejé escapar un suspiro de alivio.

—¿Y Anna Valmont?

—En el cuarto de invitados. Sigue durmiendo.

—Tengo que llamar a Martin —dijo Susan—. Perdonad.

Se apartó y entró en el pequeño estudio.

—¿Café, donuts? —preguntó el padre Forthill.

Me senté a la mesa.

—Padre, nunca ha estado más cerca de convertirme.

Rió.

—El fantástico Forthill salva almas armado con un suizo. —Sacó el néctar de los mismos dioses en forma de una bolsa de Dunkin' Donuts y unos vasos de papel. Mientras apartaba uno para él dijo—: Siempre he admirado tu capacidad para hacer bromas en los malos momentos. La situación es grave.

—Ya me he dado cuenta —dije con la boca llena de un donut glaseado—. ¿Dónde está Michael?

—Sanya y él fueron a San Luis para investigar posible actividad denaria. La policía local los arrestó.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No se han presentado cargos —dijo Forthill—. Los arrestaron, los tuvieron bajo custodia veinticuatro horas y luego los soltaron.

—Una estratagema —dije—. Alguien los quería fuera de juego.

Forthill asintió.

—Eso parece. He hablado con ellos hace unas dos horas. Están de camino y no tardarán en llegar.

—Pues en cuanto vuelvan, tenemos que ir a por Shiro.

Forthill frunció el ceño y asintió.

—¿Qué te pasó anoche?

Le conté la versión corta, le hablé de la subasta de arte y de los denarios, pero obvié los detalles más jugosos de después, porque no me parecieron asunto suyo. Además, tampoco me habría sentido cómodo contándoselo todo. No soy especialmente religioso, pero bueno, el tío era cura.

Cuando terminé, Forthill se quitó las gafas y me miró con dureza. Tenía los ojos del color de un huevo de petirrojo, y miraban con una intensidad inquietante.

—Nicodemus —dijo en voz baja—. ¿Estás seguro de que dijo que se llamaba Nicodemus?

—Sí.

—¿Seguro, seguro?

—Sí. Tuvimos una agradable charla.

Forthill cruzó los brazos y exhaló lentamente.

—Madre de Dios. Harry, ¿me lo podrías describir?

Lo hice mientras el viejo cura me escuchaba.

—Oh, y siempre llevaba una cuerda alrededor del cuello. No es una soga, sino una cuerda más fina, como las que se usan para tender la ropa. Al principio pensé que era una de esas corbatas de vaquero.

Los dedos de Forthill tocaron el crucifijo que pendía cerca de su cuello.

—¿Atado con un nudo corredizo?

—Sí.

—¿Qué te pareció? —preguntó.

Miré mi donut medio mordisqueado.

—Me asustó mucho. Es... malvado, supongo. Perverso.

—La palabra que estás buscando es «demoníaco», Harry.

Me encogí de hombros, comí el resto del donut y no se lo discutí.

—Nicodemus es un antiguo enemigo de los caballeros de la Cruz —dijo Forthill con calma—. Nuestra información sobre él es limitada. Tiene la manía de buscar y destruir nuestros archivos un siglo sí y otro no, así que no podemos estar seguros de quién es o desde cuándo existe. Puede que incluso ya caminara por la tierra cuando el Salvador fue crucificado.

—A mí no me pareció que tuviera más de quinientos —murmuré—. ¿Cómo es que ningún caballero le ha hecho la raya en medio?

—Lo han intentando —dijo Forthill.

—¿Y se ha librado?

Los ojos y la voz de Forthill no se alteraron cuando dijo:

—Los mata. Siempre los mata a todos. Más de un centenar de caballeros. Más de un millar de sacerdotes, monjas y monjes. Tres mil hombres, mujeres y niños. Y esos son solo los que figuran en las páginas que recuperamos de los archivos destruidos. Solo dos caballeros que se han enfrentado a él han sobrevivido.

Entonces lo comprendí.

—Shiro es uno de ellos. Por eso Nicodemus aceptó que ocupara mi lugar.

Forthill asintió y cerró los ojos durante un momento.

—Afortunadamente. Aunque los denarios ganan poder infligiendo sufrimiento y dolor a otros. De esa forma aplican de manera más eficiente la fuerza que les confiere el caído. Y obtienen más energía de aquellos que se dedican a luchar contra ellos.

—Está torturando a Shiro —dije.

Forthill posó su mano sobre la mía durante un segundo, su voz sonó tranquila, calmada.

—Debemos tener fe. Quizá llegemos a tiempo de ayudarlo.

—Creía que la razón de ser de los caballeros era hacer justicia —dije—. Que son el puño de Dios y todo eso. Entonces, ¿cómo es que ese tal Nicodemus puede matarlos al por mayor?

—Por la misma razón que cualquier hombre puede matar a un semejante —dijo Forthill—. Es inteligente, cauto, hábil y cruel. Como el ángel caído al que sirve.

Probé suerte con el nombre.

—¿Badassiel?

Forthill casi sonrió.

—Anduriel. Fue un capitán de Lucifer, tras la Caída. Anduriel comanda a los treinta caídos que viven en las monedas. Nicodemus no está sometido al dominio de Anduriel. Son compinches. Nicodemus trabaja con el caído de igual a igual y porque quiere. Nadie del clero, ni de ninguna de las Órdenes de caballeros, ni ninguno de los caballeros de la Cruz ha conseguido hacerle ni siquiera un rasguño.

—La cuerda —supuse—. La cuerda es como el Sudario, ¿no? Tiene poder.

Forthill asintió.

—Eso creemos, sí. Es la misma cuerda que el traidor usó en Jerusalén.

—¿Cuántos denarios trabajan con él? Seguro que entre ellos no se llevan muy bien.

—Tienes razón, gracias a Dios. Nicodemus no suele trabajar con más de cinco o seis denarios, según nuestros datos. Y suele mantener a otros tres cerca.

—El chico serpiente, la chica demonio y Ursiel.

—Sí.

—¿Cuántas monedas hay repartidas por el mundo?

—Ahora mismo solo sabemos de nueve; diez, con la de Ursiel.

—Así que en teoría, Nicodemus podría tener a otros diecinueve caídos trabajando con él. Además de unos cuantos matones para acompañar.

—¿Matones?

—Matones. Mercenarios de los normales, o eso me parecieron.

—¡Ah! Pero no son normales —dijo Forthill—. Por lo que hemos podido averiguar, conforman una especie de pequeña nación. Son fanáticos. Su labor es de carácter hereditario, pasa de padres a hijos, de madres a hijas.

—Esto se pone cada vez mejor —repuse.

—Harry —dijo Forthill—. No sé cómo preguntarte esto con tacto así que simplemente iré directo al grano. ¿Te dio una de las monedas?

—Lo intentó —contesté—. Pero la rechacé.

Los ojos de Forthill no se apartaron de mí hasta que se le acabó el aire.

—Ya. ¿Recuerdas cómo era el sello que tenía grabado?

Gruñí a modo de afirmación, cogí un donut cubierto de chocolate y con el dedo dibujé el símbolo.

Forthill ladeó la cabeza con el ceño fruncido.

—Lasciel —murmuró.

—¿Lasciel? —dije mientras me chupaba el chocolate del dedo.

—La Seductora —susurró Forthill. Pasó el dedo por el chocolate para borrar el sello—. Lasciel también recibe los nombres de Tejedora de Redes y Tentadora —dijo, mientras lamía el chocolate—. Aunque me parece extraño que Nicodemus quisiera liberarla. No suele acatar el liderazgo de Anduriel.

—¿Un ángel rebelde entre los ángeles rebeldes?

—Quizá —dijo Forthill—. Pero lo mejor será no hablar de ello, de momento.

Susan salió del pequeño despacho con un teléfono inalámbrico pegado a la oreja.

—Muy bien —dijo al teléfono y mientras pasaba por delante de nosotros nos hizo una señal con la mano para que la siguiéramos. El padre Forthill arqueó las cejas y entramos en el cuarto de estar de la familia Carpenter.

Era una habitación bastante amplia dividida en varios ambientes mediante muebles. La televisión formaba parte del más reducido, pero aun así, resultaba demasiado pequeña. Susan fue directa hacia ella, la encendió y fue pasando por los diferentes canales.

Se detuvo en el telediario del canal local donde se veía a un helicóptero sobrevolar un edificio en llamas. Alrededor de una docena de camiones de bomberos amarillos y rojos lo rodeaban, pero resultaba obvio que su intención era únicamente evitar que el fuego se extendiera. El edificio no tenía salvación.

—¿Qué es eso? —preguntó Forthill.

—¡Mierda! —escupí, di la espalda al televisor y comencé a caminar arriba y abajo.

—Es el edificio al que Shiro nos llevó anoche —contestó Susan—. Los denarios se ocultaban en unos túneles que hay debajo.

—Ya no —repuse—. Se han marchado y así es como ocultan sus huellas. Joder, ¿y de eso hace cuánto? ¿Seis horas? A estas alturas estarán fuera del estado.

—Nicodemus —dijo Forthill—. Así es como trabaja.

—Los encontraremos —dijo Susan sin inmutarse.

—¿Cómo? —pregunté.

Apretó los labios y dio media vuelta. Habló en voz baja por teléfono. No pude escuchar lo que dijo, pero su tono era el de alguien que estaba terminando una conversación. Colgó el aparato un momento después.

—¿Qué podemos hacer?

—Yo podría ir al inframundo —dije—. Quizá obtenga algunas respuestas allí, pero no puedo hacerlo hasta que se ponga el sol.

Forthill dijo con tranquilidad.

—No debes hacer eso. Es demasiado peligroso. Ninguno de los caballeros querría...

Agité una mano en el aire, interrumpiéndolo.

—Necesitamos información o Shiro morirá. No solo eso, sino que si no damos con Nicodemus, utilizará el Sudario para hacer aquello que se ha propuesto. Si tengo que ir al mismísimo Averno en busca de respuestas, lo haré.

—¿Y Michael qué? —preguntó Susan—. ¿No podría encontrar a Shiro tal y como Shiro te encontró a ti?

Forthill negó con la cabeza.

—No necesariamente. No depende de ellos. A veces los caballeros reciben este tipo de información, pero no es algo que puedan obtener cuando quieran.

Consulté mi reloj y calculé mentalmente la distancia.

—¿Cuánto tardarán Michael y Sanya en llegar? ¿Una hora más o menos?

—Si no surge ningún otro contratiempo —dijo Forthill.

—Genial. Veremos si el equipo de los ángeles quiere participar. Si no, llamaré a Charity en cuanto se ponga el sol. —Le cogí a Susan el teléfono y salí de la habitación.

—¿Adónde vas? —preguntó Susan.

—A hablar con Anna Valmont. Y después, voy a llamar a mi cliente. Sobreviva o no, me gustaría dar la impresión de que por lo menos intenté comportarme como un profesional.

Charity tenía una habitación de invitados que poco a poco acabó engullida por una jungla de telas. Apiladas contra una pared había cajas llenas de telas de todos los colores imaginables; sobre la mesa reposaba una pequeña máquina de coser, apenas visible entre más montones de telas cuidadosamente dobladas. Más cajas con lo

mismo se amontonaban formando una fortificación alrededor de una cama pequeña que estaba ocupada por un bulto oculto bajo varias colchas.

Encendí una lamparita que había en la mesa de la máquina de coser con la esperanza de que la habitación no se prendiera fuego.

—Anna. Despierta.

El bulto farfulló algo y se removió antes de volver a quedarse inmóvil.

Descolgué el teléfono y dejé que el pitido de la línea rompiera el silencio de la habitación.

—Sé que estás despierta, señorita Valmont. Y sabes que antes, en el Marriot, te he salvado el pellejo. Así que si no te espabilas y me cuentas algo ahora mismo, voy a llamar a la *poli* para que vengan a recogerte.

No se movió. Marqué un número y escuché como el teléfono daba varios tonos.

—Cabrón —murmuró. Con su acento británico sonó algo así como «cabran». Se sentó con cautela y se tapó con la manta. Vi sus hombros desnudos.

—Está bien, ¿qué quieres?

—Para empezar mi guardapolvos —dije—. Pero como no creo que lo tengas escondido bajo el colchón me tendré que contentar con el nombre del comprador.

Me miró durante un momento antes de decir:

—Si te lo digo, me matarán.

—Si no me lo dices, te entrego a la policía.

Se encogió de hombros.

—Lo cual, aunque desagradable, no me matará. Además, esa era tu intención desde el principio.

La miré furioso.

—Te he salvado la vida. Dos veces.

—Ya lo sé —dijo. Durante un momento tuvo la mirada perdida, pero luego dijo —: Es increíble. Aunque lo he visto con mis propios ojos. Es una... locura. Como un sueño.

—No estás loca —dije—. O al menos, no se trata de alucinaciones ni nada parecido.

Se rió a medias.

—Lo sé. Cisca está muerta. Gastón está muerto. Se han ido para siempre. Eran amigos míos. —Su voz se quebró y pestañeó varias veces con rapidez—. Yo solo quería acabar el trabajo. Para que su muerte no fuera en vano. Les debía al menos eso.

Suspiré.

—Oye, te lo voy a poner fácil. ¿Era Marcone?

Se encogió de hombros sin enfocar la mirada.

—Yo trataba con un intermediario, así que no lo sé con seguridad.

—¿Pero era Marcone?

Valmont asintió.

—Supongo que sí, es lo más probable. El comprador era alguien con mucho dinero e influencia en la ciudad.

—¿Sabe que lo sabes?

—Uno nunca le dice al comprador que sabes quién es cuando el tipo está intentando por todos los medios que no lo identifiques. Sería una grosería.

—Por poco que conozcas a Marcone, sabrás que no dejará que te largues con el dinero sin haber hecho la entrega —dije.

Se frotó los ojos.

—Me ofreceré a recuperar la mercancía.

—Buena idea. Suponiendo que no te mate antes de que termines de formular tu oferta.

Me fulminó con la mirada durante un segundo, enfadada y llorosa.

—¿Qué quieres de mí?

Cogí una caja de pañuelos de papel de detrás de un montón de tela amarilla de algodón y se lo ofrecí.

—Información. Quiero saberlo todo. Es posible que hayas oído o visto algo que pueda ayudarme a recuperar el Sudario. Échame un cable y quizá te consiga algo de tiempo para que abandones la ciudad.

Cogió la caja y ocultó los ojos tras un pañuelo.

—¿Cómo sé que cumplirás con tu parte?

—Tierra a la Spice Ratera, oye bien Spice Ratera, te he salvado el culo dos veces. Creo que podrías confiar algo en mí.

Bajó la vista y se mordió el labio.

—No... no sé.

—Esta oferta tiene fecha de caducidad.

Inspiró profunda y entrecortadamente.

—Está bien. Está bien, deja que me asee un poco. Que me vista... Luego te diré lo que quieras saber.

—Genial —dije—. Venga. Hay una ducha en el baño al final del pasillo. Te traeré toallas y todo eso.

—¿Esta es tu casa?

—De unos amigos. Pero ya he estado aquí antes.

Asintió y buscó por la cama hasta encontrar la camiseta negra que había llevado la noche anterior. Se la puso y se levantó. Tenía unas piernas largas, bonitas y magulladas, y cuando apoyó el pie derecho dejó escapar un grito de dolor y se inclinó peligrosamente hacia delante. La cogí antes de que se diera contra el suelo, se apoyó sobre mí y levantó el pie en el aire.

—Maldita sea —dijo casi sin resuello—. Anoche debí de torcerme el tobillo. —
Me miró muy seria—. Esas manos.

Aparté la mano de algo suave y firme.

—Perdón. Sin querer. ¿Puedes andar?

Negó con la cabeza e intentó mantener el equilibrio sobre una sola pierna.

—Me parece que no. Échame una mano de momento.

La ayudé a avanzar por el pasillo hasta el cuarto de baño. Saqué unas toallas del armario de la ropa blanca y se las ofrecí a través de la puerta entornada. Echó el pestillo y comenzó a ducharse.

Negué con la cabeza y volví al pasillo mientras marcaba el número del padre Vincent. Al quinto tono, lo cogió, su voz sonaba cansada y tensa.

—Vincent.

—Soy Harry Dresden —dije—. Sé adonde fue a parar el Sudario y quién quería comprarlo. Pero alguien más apareció y me lo quitaron.

—¿Está seguro? —preguntó Vincent.

—Sí.

—¿Sabe dónde está?

—No exactamente, pero lo averiguaré. Lo sabré esta misma tarde, quizá antes.

—¿Por qué no lo sabrá hasta esta tarde? —preguntó Vincent.

—Bueno, *hum*, es un poco difícil de explicar —dije.

—Quizá la policía debería encargarse del resto de la investigación.

—No se lo aconsejo.

—¿Por qué?

—Según mi información es posible que su desconfianza no estuviera del todo desencaminada.

—¡Oh! —dijo Vincent. Parecía preocupado—. Creo que deberíamos vernos y charlar, señor Dresden. No me gusta hablar de esto por teléfono. ¿A las dos, en la habitación donde nos vimos por última vez?

—Supongo que sí —dije.

—Hasta entonces —respondió Vincent, y colgó.

Volví al cuarto de estar y encontré a Susan sentada mientras leía el periódico de la mañana con un café y un donut. Una de las puertas correderas de cristal que antes daban al patio de atrás estaba abierta, y al otro lado había un montón de madera y plástico, la nueva sección que estaba construyendo Michael. El rugido de la sierra se coló por la puerta abierta.

Salí y encontré al padre Forthill trabajando. Se había quitado el abrigo y el alzacuellos. Llevaba una camisa negra de manga corta debajo. Se había puesto unos guantes de cuero y unas gafas para proteger los ojos. Terminó de serrar la viga y sopló el serrín de la zona de corte antes de levantarse.

—¿Qué tal está el padre Vincent?

—Me ha parecido cansado —repuse—. Luego hablaré con él, suponiendo que no ocurra algo antes.

—Me preocupa —dijo Forthill. Alzó la viga a la parte superior de lo que sería una ventana—. Toma, sujeta esto, anda.

Lo hice. Forthill comenzó a clavar varios clavos, mientras sostenía otros tantos en la boca.

—¿Y la señorita Valmont?

—Se está duchando. Va a cooperar.

Forthill frunció el ceño y cogió otro clavo de entre los labios.

—Pues me sorprende bastante, no me pareció de las que se rinden.

—Es por mi encanto personal —dije—. Las mujeres no se pueden resistir.

—*Humm* —dijo Forthill, todavía con los clavos en la boca.

—Es lo único decente que puede hacer. Y está entre la espada y la pared, ¿no?

Forthill colocó otro clavo y frunció el ceño. Luego me miró.

Le devolví la mirada por un momento y luego dije:

—Voy a ver qué tal va.

Estaba en medio del cuarto de estar cuando escuché como se cerraba la puerta de un coche y a continuación el rugido del motor. Corrí hacia la puerta principal y la abrí justo a tiempo para ver la destrozada ventanilla trasera del *Escarabajo Azul* alejándose calle abajo y desaparecer.

Rebusqué entre mis bolsillos y gruñí. Las llaves del coche no estaban.

—Hija de puta —refunfuñé. Di un puñetazo al marco de la puerta de pura frustración. No le di muy fuerte. Estaba enfadado, pero no pretendía romperme los nudillos—. El viejo truco del tropezón y me lo trago.

Susan apareció junto a mí y suspiró.

—Harry, eres idiota. Eres un buen hombre, pero idiota en lo que respecta a las mujeres.

—Primero mi chupa y ahora mi coche. A eso lo llamo yo estar agradecida.

Susan asintió.

—Cría cuervos...

La contemplé por un momento.

—¿Te estás cachondeando de mí?

Se volvió y me miró con una expresión totalmente seria, pero su voz sonó un poco ahogada.

—No.

—Claro que sí.

Se puso roja y negó con la cabeza.

—Te ríes de mi dolor.

Dio media vuelta, caminó hacia el cuarto de estar y cogió el periódico. Se sentó y lo sostuvo en alto para taparse la cara, pero me pareció escuchar unos sonidos entrecortados.

Volví a salir al patio. Estaba furioso. Forthill me miró por encima del hombro con las cejas arqueadas.

—Deme algo que pueda romper, o que pueda golpear muy fuerte —le dije.

Sus ojos brillaron.

—Acabarás haciéndote daño. Toma, sujeta esto.

Alcé otro tablero y lo puse en su sitio mientras Forthill lo fijaba todo con unos martillazos. Mientras estaba en ello, la manga de su camisa se subió, dejando al descubierto un par de líneas verdes.

—Espere —dije, y le cogí el brazo con firmeza. El tablero se me escurrió de la otra mano y me golpeó en la cabeza en su camino hacia el suelo. Torcí el gesto por el golpe y me estremecí, pero le subí la manga.

Forthill tenía un tatuaje en la cara interna de su brazo derecho.

Un Ojo de Thoth.

—¿Qué es esto? —pregunté.

Forthill miró alrededor y se bajó la manga.

—Un tatuaje.

—¿No me diga? Un tatuaje. Eso ya lo sé. ¿Qué significa?

—Tiene que ver con algo en lo que me involucré cuando era joven —repuso—. Una organización a la que pertencí.

Intenté calmarme, pero mi voz sonó dura.

—¿Qué organización?

Forthill me miró sorprendido.

—No entiendo por qué eso te disgusta tanto, Harry...

—¿Qué organización?

Parecía confundido.

—Éramos unos cuantos jóvenes que juramos los votos juntos, prácticamente unos niños. Y..., bueno. Fuimos testigos de algunos acontecimientos extraños. Y después tuvimos conocimiento de otros ocurridos en el pasado. Un vampiro asesinó a dos personas y nosotros lo detuvimos. Nadie nos creyó, claro.

—Claro —dije—. ¿Y qué pasa con el tatuaje?

Forthill apretó los labios mientras meditaba una respuesta.

—Hace mucho que no pienso en ello. Pues a la mañana siguiente, salimos y nos hicimos los tatuajes. Luego juramos que nos mantendríamos alerta frente a las fuerzas de la oscuridad y que nos ayudaríamos los unos a los otros siempre que pudiéramos.

—¿Y luego qué?

—Después de que se nos pasara la resaca, nos tomamos muchas molestias para

que nuestros superiores no los vieran —respondió Forthill con una tímida sonrisa—. Éramos jóvenes.

—¿Y luego?

—Y luego no se produjeron más fenómenos sobrenaturales durante los siguientes años y cada uno se fue por su lado. Hasta que Vittorio me llamó la semana pasada, el padre Vincent; no había hablado con ninguno de ellos en años.

—Espera. ¿Vincent tiene un tatuaje como este?

—Bueno, quizá se lo haya quitado. No me sorprendería nada.

—¿Y qué pasó con los demás?

—Han muerto en los últimos años —dijo Forthill. Se quitó uno de los guantes de trabajo y miró su mano ajada—. Por aquel entonces, creo que ninguno de nosotros pensó que llegaríamos a vivir tantos años.

Los engranajes de mi cerebro comenzaron a funcionar a toda velocidad y entonces lo supe. Comprendí lo que estaba pasando y por qué. Por pura intuición me dirigí hacia la parte delantera de la casa, recogiendo mis cosas por el camino. El padre Forthill me siguió.

—¿Harry?

Pasé por delante de Susan, que dejó el periódico y se puso en pie para seguirme.

—¿Harry?

Llegué a la puerta principal y la abrí de golpe.

En ese momento, el motor de la furgoneta *pick up* blanca de Michael se detuvo de forma brusca y él y Sanya saltaron del vehículo. Estaban sucios y sin afeitarse, pero por lo demás parecían bien. Michael me miró atónito y dijo:

—¿Harry? Creo que he visto a una mujer conducir tu coche hacia la autopista. ¿Qué pasa?

—Coge todo lo que necesites para combatir —dije—. Nos vamos.

Capítulo 28

Cuando el padre Vincent abrió la puerta, le golpeé con ella en la cara lo más fuerte que pude. Se echó hacia atrás con un grito de sorpresa. Entré en la habitación con el bate de béisbol Louisville Slugger del padre Forthill en mano y le golpeé con la parte más gruesa en la garganta.

El viejo sacerdote emitió un extraño sonido y se llevó las manos al cuello mientras caía al suelo.

No me detuve allí. Le pateé las costillas dos veces, y cuando se retorció en el suelo, intentando escapar, le puse un pie en la parte posterior del cuello, saqué mi pistola y la apoyé contra su cabeza.

—*Dio* —susurró Vincent, jadeante—, *Dio*, ¡espere! ¡Por favor, no me haga daño!

—No tengo tiempo para chorradas —dije—. Deja de fingir.

—Por favor, señor Dresden. No sé a qué se refiere. —Tosió sin dejar de jadear y vi como unas gotas de color rojo caían a la alfombra. Posiblemente le sangraba la nariz, o quizá un labio. Giró un poco la cabeza, sus ojos estaban desorbitados por el pánico—. Por favor, no me haga daño. No sé qué quiere, pero seguro que podemos llegar a un acuerdo.

Eché hacia atrás el martillo del revólver y dije:

—Seguro que no.

Su rostro se puso pálido.

—¡No, espera!

—Ya me estoy cansando de estos juegucitos. Tres.

—Pero no sé... —Perdió el aliento y escuché como luchaba por no vomitar—. Tiene que decirme que...

—Dos —dije—. No pienso seguir con esta farsa más.

—¡No puede! ¡No puede!

—Uno —dije, y apreté el gatillo.

En el instante entre la palabra y el hecho, Vincent se transformó. Sobre su piel apareció una cubierta tubular de escamas verdes y sus piernas se entrelazaron para convertirse en el largo y sinuoso cuerpo de una serpiente. Los ojos quedaron para el final, y se transformaron en alargadas órbitas amarillentas mientras un segundo juego de ojos verdes brillantes se abría sobre los primeros.

En el revólver no había balas. *Clic*. La serpiente se retorció para morderme, pero yo ya me estaba quitando de en medio. Michael entró por la puerta, su rostro sin afeitar resultaba inexpresivo por la determinación, y en sus manos, *Amoracchius* relucía con su propia luz blanca. El hombre serpiente se enroscó con un siseo para enfrentarse a Michael. El caballero lo intentó con un limpio corte horizontal, pero el hombre serpiente lo esquivó por debajo y se lanzó a la puerta formando una línea de

brillantes escamas verdes.

Cuando el hombre serpiente salió por la puerta, Sanya le asestó un golpe en la cabeza con un madero de uno veinte por cinco por quince. El impacto dejó al hombre serpiente con la barbilla pegada al pavimento. Tuvo un par de espasmos, pero después se quedó inmóvil.

—Tenías razón —señaló Michael, y a continuación guardó la espada en su funda.

—Será mejor que lo metamos dentro antes de que alguien lo vea —dije.

Michael asintió, cogió la cola del hombre serpiente y lo arrastró al interior de la habitación.

Sanya la registró, asintió y después dejó el pesado madero en el suelo no sin cierta satisfacción. Reparé en que había manejado aquella cosa con una sola mano. Caray. Tenía que empezar a ir al gimnasio.

—Bien —dijo el ruso grandote—. Voy a llevar esto de vuelta a la furgoneta y enseguida estoy aquí.

Unos minutos después, el hombre serpiente se despertaba en la esquina de la habitación de hotel con Michael, Sanya y yo mirándolo desde arriba. Sacó la lengua un par de veces y sus dos pares de ojos inspeccionaron la habitación.

—¿Qué ha pasado? —siseó. La última palabra le salió con una ración extra de eses.

—Se te pasó un tatuaje —dije—. El padre Vincent tenía un tatuaje en la cara interna del brazo derecho.

—No había ningún tatuaje —insistió el hombre serpiente.

—Quizá no lo viste debajo de toda aquella sangre. Has cometido un fallo bastante idiota. Es comprensible. La mayoría de los delincuentes no suelen ser muy avisados, así que tú ya empezaste con mal pie desde el primer momento.

El hombre serpiente siseó mientras agitaba sus escamas sin descanso y una especie de caperuzas, como la de las cobras, comenzaba a hacerse notar entre su cuello y sus hombros.

Michael desenvainó a *Amoracchius*. Sanya hizo lo mismo con *Esperacchius*. Las dos hojas alumbraron con su pura luz blanca al hombre serpiente que se encogió e intentó apartarse.

—¿Qué quieres?

—Hablar —dije—. Te diré cómo funciona esto. Yo te hago preguntas. Tú las contestas. Mientras cumplas con tu parte, nosotros estaremos contentos.

—¿Y si no cumplo? —preguntó el hombre serpiente.

—Me haré un par de botas nuevas.

Las escamas de la serpiente y los anillos que conformaban su cuerpo se enroscaron sobre sí mismos con un sonoro roce. Sus ojos no se apartaban de los dos caballeros.

—Pregunta.

—Esto es lo que creo que pasó. De alguna manera, tu grupito de colegas se enteró de que alguien había contratado a los Ratonés de Iglesia para encontrar y robar el Sudario. Decidisteis que se lo quitaríais cuando se dispusieran a abandonar la ciudad, pero algo salió mal. Atrapasteis a Gastón LaRouche, pero él no llevaba el Sudario. Por eso lo torturasteis hasta que lo confesó todo.

—Y después de contárnoslo todo —dijo el hombre serpiente—, Nicodemus dejó que su putita se divirtiera un rato.

—Es muy bonito que un padre y una hija compartan aficiones. Bien, averiguasteis lo que LaRouche sabía, lo matasteis y dejasteis su cuerpo en un lugar donde sabíais que no tardaría en ser visto y con varias pruebas que apuntaban hacia el destino del Sudario. Pensasteis que lo mejor sería que las autoridades mortales hicieran el trabajo de investigación, y cuando dieran con los ladrones, les quitaríais el Sudario.

—Es un trabajo ingrato. Nosotros estamos por encima de esas cosas.

—Acabarás hiriendo mis sentimientos, chico serpiente. Descubristeis que la Iglesia iba a mandar a alguien. Después, recogisteis al pobre padre Vincent en el aeropuerto y tú te hiciste pasar por él.

—Un razonamiento que podría seguir hasta un niño pequeño —siseó el denario.

Acerqué una silla y me senté.

—Ahora es cuando se pone interesante. Decidís contratarme, ¿por qué?

—¿Por qué crees?

—Para tener vigilados a los caballeros —dije—. O para tenerlos ocupados mientras intentaban mantenerme fuera del caso. O quizá pensaste que lo mismo te acabaría dando el Sudario. Probablemente por las tres razones. No tiene sentido hacer las cosas por un solo motivo cuando se pueden encontrar al menos dos más. Incluso me diste una muestra del Sudario para ayudarme a encontrarlo. —Me apoyé en el respaldo de la silla—. Ahí es cuando me di cuenta de que algo no encajaba. Le conté a Marccone como uno de sus matones me había atacado y se sorprendió.

—No sé de qué hablas —dijo el hombre serpiente.

—Marccone era el comprador.

Una fría carcajada se deslizó por la boca del hombre serpiente.

—Un mortal. Un simple mortal.

—Sí, bueno, el mortal se dio cuenta de que alguien se hacía pasar por el padre Vincent y mandó a un asesino para matarte. El tipo que aguardaba a la salida del estudio de Fowler no me apuntaba a mí, sino a ti.

—Imposible —dijo el hombre serpiente.

—El orgullo te pierde. Marccone no se ha caído de ningún guindo.

—Pareces muy satisfecho de tu astucia, mago.

—Pues falta lo mejor —dije animado—. Verás, Nicodemus no dijo gran cosa,

excepto que tenía un plazo que cumplir y que necesitaba a alguien conocedor del mundo sobrenatural. En cambio a su hija si se le escapó algo. Le preguntó si no quería usar un cuenco de plata. Es decir, un cuenco ceremonial, y eso me dio qué pensar. Supuse que lo querían para recoger la sangrevital. El combustible de un ritual.

La cola del hombre serpiente se retorció sin descanso.

—Creo que el padre Vincent os sirvió como calentamiento. Un ensayo para el ritual. Creo que vino aquí con dos muestras del Sudario y que usasteis una como foco para la maldición que lo mató. Una vez que comprobasteis que funcionaba, decidisteis ir a por el Sudario.

—No sabes nada, mago —dijo el hombre serpiente. El sello brillante de su frente refulgió al mismo tiempo que su par extra de ojos—. Eres patético.

—Estás hiriendo mis sentimientos. Al final voy a tener que coger el bate de béisbol —dije—. Nicodemus borró todas sus huellas esta misma mañana cuando prendió fuego al edificio que habíais ocupado. Supongo que te encargó que lo dejaras todo atado y bien atado con la *poli* y conmigo. Creo que ha planeado algo, y creo que lo hará esta noche. Así que ¿por qué no convertimos este monólogo en una charla relativamente placentera y me lo cuentas?

—¿Acaso crees que me das miedo, mago? —dijo el denario—. Yo ya destruía hombres más poderosos que tú antes de que este patético país naciera.

—¿Dónde está Nicodemus y qué va a hacer con el Sudario? Te daré una pista. Tiene algo que ver con una maldición infecta.

—Sirvo a Nicodemus desde hace...

—Desde la última vez que fui al dentista, sí, ya lo pillo —dije—. Pero deja que llame tu atención sobre un detalle. Nicodemus no está aquí. —Extendí los brazos a ambos lados con las palmas hacia arriba al estilo de Vanna White—. Estos dos caballeros sí están aquí. Y muy enfadados, además.

Sanya miraba al denario fijamente, mientras balanceaba ligeramente el sable que sostenía en la mano. Gruñó. Y yo no necesité más para querer apartarme de él.

—Oye —dije—, vamos a encontrar a Nicodemus y vamos a romperle la cara. Vamos a estropearle los planes, sean los que sean, y vamos a liberar a Shiro. Y tú nos vas a decir lo que necesitamos saber.

—¿O?

—Te mato —dijo Michael con un susurro.

El hombre serpiente me miró fijamente durante un largo rato. Después comenzó a agitarse al tiempo que hacía un sonido ronco con la garganta. Tardé un minuto en darme cuenta de que se estaba riendo de mí. Las serpientes no están hechas para reír. No le pegaba a aquel cuerpo serpentino.

—No me puedes amenazar —dijo—. No puedes hacerme nada.

—Pues aquí hay un par de espadas sagradas que no piensan lo mismo.

—No —dijo el denario. Alzó la mano hacia su cabeza y agarró el sello como si quisiera arrancárselo de la frente. El símbolo se iluminó y luego se apagó junto con el segundo par de ojos. Todo él se estremeció y las escamas comenzaron a derretirse y desaparecer. Por un segundo, los rasgos del padre Vincent emergieron de las escamas muertas. Después ellos también se disiparon, reemplazados por el esbozo de otras facciones más duras. La piel de aquel hombre era oscura, como árabe. A duras penas llegaría a medir el uno sesenta, la estatura media de hace varios siglos, y no era especialmente corpulento.

El hombre bajó la mano y dejó que una moneda de plata ligeramente descolorida rodara por el suelo hasta los pies de Michael.

—Me llamo Quintus Cassius y hace mucho que soy esclavo de los deseos del demonio Saluriel. —Sus ojos oscuros brillaron con maldad y el tono de su voz rebosaba sarcasmo—. Te suplico misericordia, una oportunidad para enmendarme. No sé cómo podré agradecerlos, caballero, el haberme salvado del tormento.

Mierda. Había sacado la carta de la moral. Rápidamente miré a Michael.

El hombretón miró ceñudo a Cassius, el chico serpiente, pero no tardó ni un segundo en sacar un pañuelo bordado con una cruz plateada, coger la moneda y envolverla en él. Michael y Sanya intercambiaron una larga mirada y entonces los dos envainaron sus espadas.

—Eh, tíos. ¿Qué coño estáis haciendo? Este es un demonio asesino muy peligroso, ¿recordáis?

—Harry —dijo Michael—. No podemos. No si entrega la moneda y pide misericordia.

—¿Qué? —pregunté—. ¡Eso es una chorrada!

—Desde luego —dijo Cassius, la alegría bailaba en su voz—. Saben que no soy sincero. Saben que me lanzaré sobre ellos a la menor oportunidad. Que conseguiré una de las otras monedas y volveré a lo que he sido durante siglos.

Me puse en pie, estaba tan enfadado que la silla se cayó.

—Michael, si le ofreces la otra mejilla a este cabrón te la arrancará de la cara. Se supone que eres el puñetero puño de Dios.

—No es así, Harry —dijo Michael—. La misión de los caballeros no es destruir a los que sirven al mal.

—Claro que no —apostilló Cassius. De alguna manera, ahora su voz siseaba más que cuando era una serpiente—. Nos tienen que salvar.

—¿Salvarlos? —Miré atónito a Michael—. ¿Estás de coña?

Michael negó con la cabeza.

—Nadie más puede enfrentarse a los denarios, Harry. Nadie más puede retar a los caídos. Puede que esta sea la única oportunidad de Cassius de dar la espalda a lo que ha sido. De cambiar de rumbo.

—Genial. Yo también estoy de acuerdo con que cambie de rumbo. Hagamos que vaya en línea recta, derechito al fondo del lago Michigan.

La expresión de Michael reflejaba dolor.

—Los caballeros están aquí para proteger la libertad. Para dar a los oprimidos por las fuerzas oscuras la oportunidad de liberarse. No puedo juzgar el alma de un hombre, Harry Dresden. Ni tú tampoco. Nadie puede. Lo único que puedo hacer es permanecer fiel a mi misión. Darle la oportunidad de que vea esperanza en su futuro. De mostrarle el amor y la compasión que se le debe a cualquier ser humano. El resto está fuera de nuestras manos.

Mientras Michael hablaba, contemplé el rostro de Cassius. Su expresión cambió. Se hizo más dura. Más tensa y amargada. Lo que Michael dijo le había hecho mella. Ni se me ocurrió pensar que le había afectado lo suficiente como para cambiar de bando, pero sí para hacer que se enfureciera.

Me volví a Michael y dije:

—¿De verdad crees que esa cosa comenzará a beber del néctar de la bondad humana?

—No —respondió Michael—. Pero eso no cambia nada. Ha entregado la moneda y ha renegado de su influjo. En lo que suceda ahora ni Sanya ni yo tenemos ya parte. Todo depende de Cassius.

—Has visto a estas cosas en acción —espeté mientras me acercaba amenazador a Michael—. He visto los cadáveres que dejan. Me habrían matado a mí, a Susan, a ti, ¡qué coño! ¡A todos nosotros sin pensárselo dos veces! Solo Dios sabe qué tienen planeado con esa maldición que están preparando.

—Todo poder tiene sus límites, Harry. —Negó con la cabeza—. Aquí es donde está el mío.

Sin pensar realmente lo que hacía, le di un empujón en el hombro.

—Puede que ya hayan matado a Shiro. ¿Y vas a dejar que este cabrón se marche?

Michael me cogió del brazo con una mano y lo retorció. Michael es fuerte. Tuve que ponerme de puntillas para liberar la presión que puso en mi codo, y luego me apartó de un empujón; su mirada era dura, fría y furibunda.

—Ya lo sé —dijo con el mismo tono susurrante—. Sé que le han hecho daño. Que lo van a matar. Igual que Shiro sabía que Nicodemus no cumpliría su promesa de liberarte. Es una de las cosas que nos diferencia de ellos, Harry. La sangre de sus manos no es justificación para que yo manche también las mías. Yo tomo mis decisiones según los dictados de mi alma, no de acuerdo a sus crímenes. —Miró a Cassius, y el denario apartó los ojos de la silenciosa llama que ardía en el rostro de Michael—. No me corresponde a mí juzgar su alma. Aunque me muera de ganas.

—Madre mía —murmuré—. Si sois todos tan idiotas, no me extraña que Nicodemus haya matado a tantos caballeros.

—Harry... —dijo Michael.

Lo interrumpí:

—Míralo, Michael. No es una víctima. Es un puñetero colaborador. El pobre cabrón de Rasmussen quizá se viera obligado a trabajar con los denarios, pero Cassius lo hace porque quiere.

—Eso tú no lo sabes, Harry —dijo Sanya.

—¿Por qué le dais otra oportunidad? ¿Es que acaso alguno de ellos renunció para siempre a las monedas?

Sanya posó su oscura mano sobre mi hombro y dijo:

—Yo renuncié.

Me volví para mirarlo, incrédulo.

—Yo era uno de ellos —dijo Sanya—. Tenía poca experiencia. Era tonto. Orgullosa. Mi intención no era convertirme en un monstruo, pero el poder corrompe. Shiro se enfrentó al caído al que yo servía. Me hizo ver sus mentiras y decidí cambiar.

—Traidor —dijo Cassius con una voz heladora—. Te ofrecimos el mundo. El poder y la gloria. Todo lo que podías desear.

Sanya lo miró directamente y dijo:

—Lo que yo quería no me lo podíais dar. Tuve que encontrarlo por mí mismo. —Extendió un brazo—. Cassius, tú también puedes dejarlos, como hice yo. Ayúdanos, por favor. Y déjanos ayudarte.

Cassius se apartó, como si la mano de Sanya le pudiera quemar y siseó:

—Me comeré tus ojos.

—No podemos dejarlo aquí —dije—. Nos pegará un tiro por la espalda. Intentará matarnos.

—Quizá —dijo Michael en voz baja y sin moverse.

Yo quería enfadarme con Sanya y Michael, pero no podía. Solo soy humano. Yo también tuve mis flirteos con el lado oscuro. Hice pactos idiotas. Tomé decisiones equivocadas. Si no me hubiesen ayudado a liberarme de todo aquello, ahora probablemente estaría muerto.

Comprendía lo que Michael y Sanya decían y hacían. Comprendía sus razones. No me gustaban, pero no podía rebatirlas sin convertirme en un hipócrita. Yo también había tenido una segunda oportunidad.

Cassius comenzó a resoplar y a carcajearse con aquella risa suya seca y desdeñosa.

—Corred —dijo—. Marchaos. Meditaré vuestras palabras. Examinaré mi vida. Pensaré en enderezar mis pasos.

—Vamos —dijo Michael en voz baja.

—No podemos dejarlo aquí —insistí.

—La policía no tiene nada contra él, Harry. No lo vamos a matar. Así que hemos terminado. Ten fe. Ya verás como encontraremos una respuesta.

Cassius rió cuando Michael se dio la vuelta para encaminarse hacia la salida. Sanya lo siguió, pero caminó despacio mientras volvía la cabeza para mirarme.

—Idiotas —murmuró Cassius, levantándose—. Débiles e idiotas.

Recogí el bate y me giré hacia la puerta.

—Te equivocas —le dije a Cassius.

—Débiles —insistió Cassius—. No había pasado ni una hora cuando el viejo ya estaba chillando. Nicodemus comenzó por la espalda. Lo azotó con cadenas. Luego Deirdre jugó con él.

Miré a Cassius con dureza por encima del hombro.

Un rictus de desprecio le hizo levantar el labio superior mostrándome los dientes.

—A Deirdre le gusta romper dedos. Me hubiera gustado quedarme a ver más. Yo solo pude arrancarle las uñas de los pies. —Su sonrisa se hizo mayor, sus ojos brillaron—. La mujer, la de la Hermandad. ¿Es tuya?

Sentí como el labio superior se separaba de mis dientes.

Los ojos de Cassius refulgieron.

—Sangró mucho, ¿verdad? La próxima vez que la encuentre, no estarás allí para estropearme el conjuro. Dejaré que las serpientes la devoren. Mordisco a mordisco.

Lo miré fijamente.

Cassius volvió a sonreír.

—Aun así hay misericordia para mí, ¿verdad? Perdón. Sí, Dios es genial.

Me giré para darle la espalda y dije en voz muy baja:

—La gente como tú siempre confunde bondad con debilidad. Michael y Sanya no son débiles. Afortunadamente para ti, son hombres buenos.

Cassius se rió de mí.

—Desgraciadamente para ti, yo no.

Me di la vuelta con el bate de béisbol en las manos, y le golpeé con todas mis fuerzas en la rodilla. Le rompí la rótula.

Chilló conmovido por la sorpresa y luego se desplomó. Escuché unos extraños crujidos procedentes de la articulación.

Volví a blandir el bate y le di en el tobillo derecho.

Cassius gritó.

Luego le rompí también la rodilla izquierda. Y el tobillo izquierdo. No paraba de retorcerse y de gritar, así que tuve que atizarle unas doce veces más.

—¡Para! —consiguió balbucear—. ¡Para, para, para!

Le di una patada en la boca para que se callara, le pisoteé el brazo derecho y le destrocé la mano con otra media docena de palazos.

Le inmovilicé el brazo izquierdo de la misma manera, y me coloqué el bate en el

hombro.

—Escúchame, montón de mierda. No eres una víctima. Elegiste convertirte en uno de ellos. Llevas toda tu vida al servicio de las fuerzas oscuras. Freddy Mercury diría que Belcebú tiene reservado un demonio para ti solito.

—¿Qué crees que estás haciendo? —dijo jadeante—. No puedes... no irás a...

Me incliné hacia abajo y retorcí su falso alzacuellos, asfixiándolo.

—Los caballeros son hombres buenos. Yo no. Y matarte no me hará perder el sueño. —Lo zarandeaba con cada palabra con la fuerza suficiente para hacer que sus dientes ensangrentados castañetearan—. Dónde. Está. Nicodemus.

Cassius se derrumbó, comenzó a llorar. Su vejiga debió de vaciarse en algún momento porque la habitación olía a orina. Luchó por coger aire y luego escupió un diente roto.

—Te lo diré —dijo con voz entrecortada—, pero no me pegues más.

Solté el alzacuellos y me enderecé.

—¿Dónde?

—No lo sé —dijo mientras observaba como empequeñecía ante mis ojos—. No me lo dijo. Iba a verlo esta noche. Quedamos en vernos esta noche. A las ocho.

—¿Dónde?

—En el aeropuerto —dijo Cassius. Entonces comenzó a vomitar. Yo no le solté el brazo así que todo aquello le cayó encima—. No sé exactamente dónde.

—¿Qué trama?

—Una maldición. Va a liberar la maldición. Con la ayuda del Sudario y la sangre del viejo. Tiene que estar en movimiento para completar el ritual.

—¿Por qué?

—La maldición es una plaga. Tiene que propagarse lo más lejos posible. Cuantas más personas queden expuestas, mayor será su poder. El apocalipsis.

Levanté el pie de su brazo y destrocé el teléfono del hotel con el bate. Encontré su móvil y también lo hice añicos. Después metí la mano en el bolsillo y le arrojé una moneda de veinticinco centavos.

—Hay una cabina al otro lado del aparcamiento, tras un montón de cristales rotos. Más vale que llames a una ambulancia. —Di media vuelta y salí por la puerta sin mirar atrás—. Si te vuelvo a ver, te mato.

Michael y Sanya me esperaban al otro lado de la puerta. El rostro de Sanya parecía expresar cierta satisfacción. En cambio Michael estaba serio, preocupado, sus ojos buscaron los míos.

—Alguien tenía que hacerlo —le dije a Michael. Mi voz sonó fría—. Está vivo. Es más de lo que se merece.

—Quizá —dijo Michael—. Pero lo que has hecho, Harry, está mal.

Por una parte, me sentía enfermo. Por otra, en cambio, satisfecho. Y no estaba

seguro con cuál de las dos partes quedarme.

—Oíste lo que dijo sobre Shiro y Susan.

Los ojos de Michael se oscurecieron y asintió.

—Eso no cambia nada.

—No, claro —le miré a los ojos—. ¿Crees que Dios me perdonará?

Michael guardó silencio por un momento y luego su expresión se relajó. Me cogió del hombro y dijo:

—Dios siempre es misericordioso.

—Te has mostrado bastante generoso con lo que le has hecho —dijo Sanya con aire filosófico—. Relativamente hablando, claro. Quizá esté herido, pero por lo menos sigue vivo. Así tendrá más tiempo para meditar sobre sus opciones.

—Ajá —dije—. Así soy yo. Lo hice por su propio bien.

Sanya asintió con gravedad.

—Tu intención era buena.

Michael asintió.

—¿Quiénes somos nosotros para juzgarte? —Sus ojos brillaron y preguntó a Sanya—: ¿Viste la cara que puso la serpiente, justo cuando Harry se dio la vuelta con el bate?

Sanya sonrió y comenzó a silbar mientras atravesábamos el aparcamiento.

Nos subimos a la camioneta.

—Dejadme en mi casa —dije—. Tengo que coger un par de cosas y hacer unas llamadas.

—¿El duelo? —preguntó Michael—, Harry, ¿estás seguro de que no quieres que yo...?

—Déjame a mí —dije—. Tú ya tienes suficientes problemas. Ya me encargo yo. Os veré luego en el aeropuerto y os ayudaré a buscar a Shiro.

—Si sigues con vida —dijo Sanya.

—Sí, gracias, Camarada Obviedades.

El ruso sonrió.

—¿Le diste a Cassius veinticinco centavos?

—Sí.

—¿Para llamar por teléfono?

—Sí.

—Ahora con eso no llamas, han subido las tarifas —señaló Michael.

Me recosté en el asiento y esboqué una sonrisa.

—Sí, ya lo sé.

Sanya y Michael rompieron a reír, y Michael además dio unas palmaditas al volante.

Yo no me uní a ellos, pero disfruté de su risa mientras pude. El sol de febrero

avanzaba rápidamente hacia el horizonte.

Capítulo 29

De vuelta en mi apartamento, llamé al móvil personal de Murphy. Utilicé frases simples y se lo conté todo.

—¡Dios mío! —dijo Murphy. ¿Soy bueno resumiendo o no?— ¿Y puede infectar a toda la ciudad con esa maldición?

—Eso parece —respondí.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Tenemos que evitar que suban a un avión. No utilizarán un vuelo comercial. Comprueba todos los vuelos chárter que despeguen entre las siete y las siete y media. Los helicópteros también.

—Espera —dijo Murphy. Escuché como tecleaba en el ordenador y como le decía algo a alguien a través de la radio de la policía. Un momento después su voz sonó más tensa—: Tenemos problemas.

—¿Ah sí?

—Hay un par de detectives que van hacia tu casa para detenerte. Parece que Homicidios quiere hacerte unas preguntas. Aunque no hay orden de busca y captura.

—Mierda. —Respiré hondo—. ¿Rudolph?

—Chivato asqueroso —murmuró Murphy—. Harry, ya casi están allí. Solo tienes unos minutos.

—¿No los puedes distraer? ¿Mandar alguien al aeropuerto?

—No lo sé —respondió Murphy—. Se supone que no me puedo inmiscuir en este caso. Y tampoco puedo decir que unos terroristas están a punto de accionar un arma biológica sobre la ciudad, ¿no?

—Utiliza a Rudolph —dije—. Dile en confidencia que te he dicho que se llevan el Sudario de la ciudad en un vuelo chárter. Que él cargue con las culpas si al final todo sale mal.

Murphy dejó escapar una áspera risilla.

—A veces puedes ser muy listo, Harry. Y siempre me pilla por sorpresa.

—Vaya, gracias.

—¿Qué más puedo hacer?

Se lo dije.

—Estás de coña.

—No. Quizá necesitemos más hombres y el grupo de IE está fuera del caso.

—Justo cuando empezaba a pensar que eras un tío inteligente.

—¿Lo harás?

—Sí. No puedo prometerte nada, pero lo intentaré. Vamos, ¡largo! Estarán allí en menos de cinco minutos.

—Vale. Gracias, Murphy.

Colgué el teléfono, abrí mi armario y rebusqué en un par de viejas cajas de cartón que guardaba en el fondo, hasta que encontré mi antiguo guardapolvos de tela. Estaba arrugado y tenía un par de desgarrones, pero parecía limpio. No tenía la misma presencia que el guardapolvos de cuero, pero escondía mejor la pistola que la cazadora. Y además me sentaba bien. Bueno, por lo menos mejor.

Cogí mis cosas, cerré con cerrojo y me subí al coche de alquiler de Martin. Martin no estaba dentro. Susan era la que se sentaba detrás del volante.

—Deprisa —dije. Ella asintió y arrancó.

Unos minutos después, comprobé que nadie nos seguía.

—Imagino que Martin no nos va a ayudar.

Susan negó con la cabeza.

—No. Dijo que había otras obligaciones que tenían preferencia. Y que yo tampoco debería venir.

—¿Y qué le respondiste?

—Que era un cabrón estrecho de miras, testarudo, anticuado y egoísta.

—No me extraña que le gustes.

Susan sonrió un poco y dijo:

—La Hermandad es su vida. Está enteramente dedicado a ella.

—¿Y para ti qué es? —pregunté.

Susan guardó silencio durante un rato mientras cruzábamos la ciudad.

—¿Qué tal os fue?

—Cogimos al impostor. Nos dijo donde van a estar los malos esta noche.

—¿Qué le hiciste?

Se lo conté.

Me miró fijamente durante unos momentos y luego dijo:

—¿Estás bien?

—Estupendamente.

—Pues no lo parece.

—Ya está hecho.

—Pero ¿estás bien?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Me alegro de que no lo vieras.

—Oh, ¿por qué? —preguntó.

—Porque eres una chica. Apalea a los malos es cosa de tíos.

—Cerdo machista —dijo Susan.

—Sí. Me lo ha pegado Murphy. Es una mala influencia.

Pasamos la primera señal de carretera que indicaba el camino hacia el estadio, y Susan preguntó:

—¿De verdad crees que puedes ganar?

—Sí. Joder. Ortega es solo la tercera o cuarta cosa más terrorífica a la que me he enfrentado hoy.

—Pero aunque ganes, ¿qué cambia?

—Que no me maten ahora. Así, me podrán matar más tarde, esta noche.

Susan rió. Pero no había alegría en su risa.

—No mereces vivir así.

Entorné los ojos y dije con voz ronca:

—Eso no tiene nada que...

—Juro por Dios que como vuelvas a imitar a Clint Eastwood, voy a empotrar el coche contra un poste de teléfono.

—¿Es tu día de suerte, pollo? —sonreí y giré la mano izquierda con la palma hacia arriba.

Sentí el suave contacto de su mano contra la mía y luego dijo:

—En algún sitio había que poner el límite.

El resto del camino hacia el estadio lo hicimos en silencio, cogidos de la mano.

Nunca había estado dentro del estadio Wrigley vacío. La verdad es que tampoco tenía mucho sentido. Uno va a esos sitios para sentarse entre un montón de gente y ver algo. Esta vez, con hectáreas y hectáreas de asfalto libre, el estadio en el centro parecía enorme y en cierto modo, desnudo, comparado con la imagen que tenía de él lleno de vehículos y de personas gritando. El viento barrió el edificio y a su paso lo hizo suspirar, silbar y gemir. El sol ya se había puesto y las farolas apagadas de la calle proyectaban sombras de araña sobre el aparcamiento. La oscuridad se acumulaba en los arcos y los soportales del estadio, vacíos como los ojos de una calavera.

—Menos mal que no es un sitio espeluznante ni nada —murmuré.

—¿Y ahora qué? —preguntó Susan.

Otro coche apareció detrás de nosotros. Lo reconocí de la noche anterior en McAnnally's. El automóvil se acercó y se detuvo a unos quince metros de donde estábamos. Ortega se bajó, y se inclinó para decir algo al conductor, un hombre de tez oscura y gafas con cristales ahumados. Había dos hombres más en la parte de atrás, aunque no pude verlos bien. Lo más probable es que también fueran de la Corte Roja.

—Que no vean que tenemos miedo —dije, y salí del coche.

No miré a Ortega, pero saqué mi bastón, lo posé sobre el suelo y contemplé el estadio. El viento se enredó en mi guardapolvos y lo hizo ondear hasta mostrar de forma intermitente la pistola que llevaba en la cadera. Cambié el pantalón del chándal por unos vaqueros oscuros y una camisa de seda negra. Los mongoles, o no sé quién, llevaban camisas de seda porque cuando las flechas se hundían en su carne, estas quedaban envueltas en la tela y luego era más fácil sacar las puntas dentadas sin destrozarnos por dentro. Yo no creía que tuviera que sacarme puntas de flecha del

cuerpo, pero cosas más raras me han pasado.

Susan salió y caminó hasta colocarse a mi lado. Ella también se quedó mirando el estadio, y el viento le echó el pelo para atrás como hizo con mi guardapolvos.

—Muy chulo —murmuró, sin apenas mover los labios—. Te queda estupendamente. El chófer de Ortega está a punto de mearse encima.

—Qué cosas más bonitas me dices.

Estuvimos así un par de minutos hasta que escuché un sonido profundo, rítmico y reverberante, como el de los coches de esos imbéciles que llevan la música a toda pastilla. El sonido se hizo más fuerte; entonces se produjo un chirrido de neumáticos al tomar una curva y Thomas apareció en el aparcamiento. Detuvo su coche en diagonal a las líneas que yo había respetado sin darme cuenta al aparcar. Apagó la radio y salió del automóvil, una pequeña nube de humo emergió con él. No era de cigarrillo.

—¡Paolo! —dijo alegremente. Vestía unos vaqueros azules ajustados y una camiseta negra con el logo de *Buffy cazavampiros*. Llevaba desatados los cordones de una de sus botas de militar y sostenía una botella de güisqui en una mano. Le dio un trago despreocupadamente y avanzó haciendo eses hasta Ortega. Thomas le ofreció la botella mientras luchaba por mantener el equilibrio.

—¿Un traguito?

Ortega le quitó la botella de un manotazo. Se rompió al caer al suelo.

—*Auguafestas* —masculló Thomas tambaleándose—. ¡Hola, Harry! ¡Hola Susan! —Nos saludó con la mano y se cayó de culo—. También pensaba ofrecerlos a vosotros, pero alguien me ha estropeado los planes.

—Otro día será —dijo Susan.

Una luz azul apareció en uno de los túneles del estadio. Un momento después, un vehículo a medio camino entre un utilitario pequeño y un coche de golf entró en el aparcamiento con una luz de sirena azul que parpadeaba en el techo. Kincaid estaba sentado detrás del volante y señaló con la cabeza a la parte de atrás del vehículo.

—Arriba. Todo está listo dentro.

Caminamos hacia el cochecito de seguridad. Ortega hizo ademán de subir, pero yo lo detuve alzando una mano.

—Las señoras primero —dije en voz baja y le ofrecí a Susan la mano para que subiera. La seguí. Ortega y Thomas subieron después. Thomas se había puesto unos cascos y subía y bajaba la barbilla al tuntún, en lo que probablemente era un intento por acompañar el ritmo de la música.

Kincaid arrancó el coche y dijo por encima del hombro:

—¿Dónde está el viejo?

—No viene —dije. Señalé a Susan con el pulgar—. Tuve que recurrir al banquillo.

Kincaid me miró a mí y luego a Susan y se encogió de hombros.

—Bonito banquillo.

Nos condujo a través de varios pasillos dentro del estadio. De alguna manera conocía el camino a pesar de que no había ninguna luz encendida y apenas se podía ver nada. Al final salimos al campo de juego a través de uno de los *bullpens*^[5]. El estadio estaba a oscuras salvo por tres focos encendidos que alumbraban el puesto del *pícher* y la primera y tercera bases. Kincaid condujo hasta el puesto del *pícher*, se detuvo y dijo:

—Abajo todos.

Obedecimos. Kincaid aparcó el coche en la base del bateador y luego caminó entre las sombras hasta el banquillo del equipo visitante.

—Ya están aquí —dijo en voz baja.

El Archivo emergió de las profundidades del banquillo sosteniendo una pequeña caja de madera labrada. Llevaba un vestido oscuro sin adornos ni volantes, y una capa gris cerrada con un broche de plata. Seguía siendo pequeña, adorable, pero algo en ella dejaba claro el gran abismo que había entre su edad aparente y sus conocimientos y capacidades.

Avanzó hacia el puesto del lanzador sin mirar a nadie, concentrada en la caja que llevaba. La dejó en el suelo con mucho cuidado, luego alzó la tapa y se apartó.

Cuando abrió la caja, se propagó una ola de frío nauseabundo. Me sobrepasó, me atravesó. Yo fui el único que tuvo algún tipo de reacción. Susan me agarró del brazo sin apartar los ojos de Ortega y Thomas, y dijo:

—¿Harry?

Mi última comida había consistido en un taco que me zampé en el camino de vuelta de mi encuentro con Cassius, pero ahora intentaba abandonarme. Lo retuve y me concentré en apartar de mí aquel frío vomitivo. El malestar disminuyó.

—Tranquila —dije—. Estoy bien.

El Archivo me miró, sus rasgos infantiles parecían imbuidos de una grave solemnidad.

—¿Sabes que hay dentro de la caja?

—Eso creo. Aunque nunca lo he visto.

—¿Ver qué? —preguntó Thomas.

En lugar de contestar, el Archivo sacó una cajita de su bolsillo. La abrió, y con mucha delicadeza extrajo un insecto tan largo como sus dedos; un escorpión marrón. Mientras lo tenía cogido por la cola, nos miró a todos para asegurarse de que acaparaba toda nuestra atención. Así era. Después, dejó caer el escorpión dentro de la caja.

Al instante se produjo un sonido a medio camino entre el grito de un gato montés y el crepitar de una porción de panceta al caer a una sartén caliente. Algo que

recordaba vagamente a una nube de tinta en agua limpia salió flotando de la caja. Era tan grande como la cabeza de un bebé. Docenas de tentáculos oscuros agarraron al escorpión, alzándolo en el aire junto con la nube de tinta. Lenguas de fuego de color violeta oscuro bailaron sobre el caparazón del insecto durante dos o tres segundos, y, de repente, se hizo añicos, y cayó al suelo convertido en ceniza y polvo.

La masa nubosa se elevó hasta una altura de un metro y medio y entonces el Archivo susurró una palabra. Se detuvo en seco, y se quedó allí, oscilando suavemente en el aire.

—Mierda —dijo Thomas, y se quitó los cascos. De ellos se escapaba un hilo de música con muchas guitarras eléctricas—. ¿Y eso qué es?

—Mordita —dije en voz baja—. La piedra de la muerte.

—Sí —dijo el Archivo.

Ortega cogió aire lentamente y asintió con la cabeza.

—¿La piedra de la muerte, eh? —dijo Thomas—. Pues parece una burbuja de jabón pintada con espray a la que le han puesto unos tentáculos.

—No es una burbuja de jabón —dije—. Hay un pedazo sólido en su interior. Las energías que alberga son las que crean ese efecto de pompa a su alrededor.

Thomas la señaló con el pulgar.

—¿Y qué hace?

Le cogí de la muñeca antes de que la tocara y le aparté la mano.

—Mata. De ahí su nombre, piedra de la muerte, lumbreras.

—Vaya —dijo Thomas, asintiendo con sagacidad beoda—. Ha molado como se ha zampado al bicho, pero ¿y qué? ¿Es un *aparatejo* para atrapar insectos?

—Si le faltas al respeto, esta cosa la va a tomar contigo —dije—. Puede matar a cualquier ser vivo. Lo que sea. No es de este mundo.

—¿Es extraterrestre? —preguntó Susan.

—No lo entiende, señorita Rodríguez —dijo Ortega en voz baja—. La mordita no es de esta galaxia, ni de este universo. No pertenece a nuestra realidad.

No estaba muy de acuerdo con que Ortega se incluyera en nuestro equipo, pero asentí.

—Es de «Fuera». Es... *antivida* coagulada. Un trocito de esto hace que la basura radiactiva parezca humo de tabaco. Solo con estar cerca, te arrebató la vida pedazo a pedazo. Si lo tocas, te mata. Punto.

—Exactamente —dijo el Archivo. Dio un paso hacia delante y nos miró a Ortega y a mí—. La partícula se mantiene fija gracias a un encantamiento. También responde a la voluntad. Los duelistas se situarán cara a cara, con la mordita en medio. Debéis empujarla hacia vuestro contrincante. Aquel cuya voluntad sea mayor, controlará la mordita. El duelo terminará cuando haya devorado a uno de los dos.

Joder.

El Archivo prosiguió:

—Los padrinos observarán el duelo desde la primera y tercera bases, manteniéndose siempre de cara al contrario de su apadrinado. El señor Kincaid vigilará que no haya ningún tipo de interferencia a cargo de los padrinos. Le he dado instrucciones para que intervenga ante la menor sospecha.

Thomas se balanceó un poco y miró al Archivo.

—¿Eh?

La niña se volvió hacia él y dijo:

—Te matará si te entrometes.

—Ya —dijo Thomas despreocupadamente—. Lo he pillado, cielo.

Ortega fulminó con la mirada a Thomas, le gruñó. Thomas miró hacia otro lado y dio un prudente paso atrás.

—Yo controlaré a los dos duelistas para que no intervenga ningún tipo de energía a favor de ninguno. Yo también seré quien resuelva con extrema dureza cualquier tipo de infracción. ¿Comprendido?

Ortega asintió. Yo dije:

—Sí.

—¿Alguna pregunta, caballeros? —dijo el Archivo.

Negué con la cabeza. Ortega hizo lo mismo.

—Podéis decir unas palabras —dijo el Archivo.

Ortega sacó una cinta con cuentas negras y plateadas de su bolsillo. Sin hacer esfuerzo alguno pude detectar las energías defensivas que las rodeaban. Me miró con desconfianza y despreocupación mientras se colocaba el brazalete en el lado izquierdo y dijo:

—Esto solo puede acabar de una forma.

En respuesta, cogí uno de los antídotos del bolsillo, abrí el frasco y me bebí el contenido. Eructé y dije:

—Perdón.

—Eso es tener clase, Dresden —dijo Susan.

—La clase me sale por cada uno de mis orificios —corroboré. Le pasé mi bastón y mi varita—. Guárdame esto.

—Padrinos, por favor, retiraos a vuestras posiciones —dijo el Archivo.

Susan me agarró del brazo y apretó con fuerza durante un segundo. Le acaricié la mano. Entonces me soltó y caminó hacia la tercera base.

Thomas quiso chocar los cinco con Ortega, pero el caudillo lo miró furioso. Entonces Thomas le ofreció su sonrisa Colgate y se alejó contoneándose hasta la primera base. En el camino, sacó una petaca plateada del bolsillo del pantalón y dio un trago.

El Archivo giró la cabeza para mirarme a mí y luego a Ortega. Se encontraba en

la base del lanzador, junto a la pompa flotante de energía fría, de modo que estaba un poco más alta que Ortega y un poco más baja que yo. Su rostro era solemne, incluso severo. No le pegaba a una niña pequeña que tenía que ir al *cole* a la mañana siguiente.

—¿Estáis los dos decididos a batiros en duelo?

—Yo sí —dijo Ortega.

—Aja —afirmé.

El Archivo asintió.

—Caballeros. Adelanten la mano derecha, por favor.

Ortega alzó su mano derecha, con la palma hacia mí. Yo lo imité. El Archivo hizo un gesto y la esfera de mordita se elevó hasta que se encontró flotando a medio camino entre Ortega y yo. Sentí presión contra la palma de la mano, una fuerza invisible y silenciosa. Era como sostener la mano contra el chorro de agua de la piscina; era una presión tenue, pero tenías la sensación de que en cualquier momento se podía desviar a un lado.

Si lo hacía, tendría la oportunidad de ver la mordita de cerca. Mi corazón se aceleró un poco y respiré hondo en un intento por concentrarme y prepararme. Si yo fuera Ortega, querría comenzar lanzando todo lo que tuviera en los primeros momentos del duelo, para acabar con aquello casi antes de que hubiera empezado. Respiré hondo dos veces más y reduje mi foco de concentración, mis pensamientos, hasta que desapareció todo a mi alrededor, salvo la presión contra mi mano y la mortal oscuridad que flotaba a solo unos metros.

—Adelante —dijo el Archivo y se apartó rápidamente hacia la base del bateador.

Ortega dejó escapar un bramido, un grito de guerra, y todo su cuerpo se contrajo, retorció las caderas, y empujó con la mano hacia delante como un hombre que intentara cerrar una cámara acorazada con un solo brazo. Su voluntad llegó hacia mí fuerte y salvaje, y la presión me lanzó hacia atrás, logrando que casi perdiera el equilibrio. La esfera de mordita se desplazó algo más de un metro hacia mí.

La voluntad de Ortega era fuerte. Era muy, muy fuerte. Intenté desviarla, superarla y detener la esfera. Por un segundo de pánico absoluto no conseguí nada. La esfera seguía acercándose a mí. Casi medio metro, veinticinco centímetros, quince. Los pequeños tentáculos de tinta oscura salieron de la nube que rodeaba a la mordita, buscando a tientas mis dedos.

Apreté la mandíbula, afiancé mi voluntad y detuve aquella cosa a diez centímetros de mi mano. Intenté reunir más voluntad y revertir su curso, pero Ortega la seguía empujando con fuerza hacia mí.

—No te resistas, chico —dijo Ortega apretando los dientes—. Tu muerte salvará muchas vidas. Y aunque me mates, mis vasallos de Casaverde han jurado darte caza. A ti y a todos tus seres queridos.

La esfera se acercó un poco más.

—Dijiste que no les harías daño si aceptaba batirme en duelo —gruñí.

—Mentí —repuso Ortega—. He venido aquí a matarte y a terminar esta guerra. Todo lo demás da igual.

—Cabrón.

—Deja de luchar, Dresden. Será una muerte indolora. Si acabas conmigo, serás ejecutado. Pero si te rindes, salvarás sus vidas. Salvarás a tu señorita Rodríguez. A la mujer policía. Al detective que te enseñó. Al dueño del bar. Al caballero y su familia. Al viejo de las montañas Ozark. A los jóvenes licántropos de la Universidad. A todos.

—Colega, acabas de meter la pata —proferí.

Dejé que la ira que las palabras de Ortega habían encendido alcanzara mi brazo. Una nube de chispas rojas chocó contra la esfera de mordita y comenzó a deslizarse en sentido contrario.

El rostro de Ortega pareció tensarse, su respiración se aceleró. Ahora no malgastaba sus fuerzas hablando. Sus ojos se oscurecieron hasta que se hicieron completamente negros e inhumanos. Surgieron arrugas aquí y allí, sobre la superficie de su piel, en la máscara de carne que ocultaba su verdadera apariencia, la del murciélago monstruoso en que se convertían todos los miembros de la Corte Roja. El monstruo Ortega, el verdadero Ortega se removi6 bajo su falsa cáscara humana. Tenía miedo.

La esfera se acercó más. Ortega renovó sus esfuerzos con otro grito de guerra. Pero la esfera llegó al punto intermedio y siguió aproximándose a él.

—Necio —dijo Ortega casi sin aliento.

—Asesino —contesté, y empujé la esfera treinta centímetros más hacia él.

Apretó la mandíbula, los músculos de su rostro parecieron hincharse.

—Nos destruirás a todos.

—Empezando por ti. —La esfera avanzó un poco más.

—Eres un loco egoísta y soberbio.

—Tú matas y esclavizas a niños —dije. Empujé la esfera de mordita hasta dejarla a treinta centímetros de Ortega—. Amenazas a la gente que quiero. —La esfera avanzó un poco más—. ¿Qué se siente, Ortega? ¿Qué se siente al ser incapaz de protegerte a ti mismo? ¿Qué sientes al saber que estás a punto de morir?

En respuesta, una lenta sonrisa se extendió por su rostro. Movi6 un poco los hombros, y vi como su otro brazo colgaba inerte a un lado, como una manga vacía. Un pequeño bulto apareció a un lado de su est6mago, como si ocultara una pistola en el bolsillo de su abrigo.

Lo miré at6nito. Había sacado su brazo verdadero del disfraz de humano y me estaba apuntando con una pistola.

—¿Qué se siente? —preguntó Ortega casi en un susurro—. ¿Por qué no me lo

dices tú?

Capítulo 30

—No puedes —dije. Miré hacia la base del bateador, pero el Archivo aparentemente no se había dado cuenta de nada. Mi voluntad flaqueó y la esfera de mordita osciló hacia un lado y el otro—. Escucharán el disparo. Te matarán.

—Posiblemente —dijo—. Pero como ya he dicho, estoy dispuesto a sacrificarme.

Sus palabras hicieron que me estremeciera y la esfera de mordita salió disparada hacia mi cabeza. La detuve a medio metro y la mantuve allí a duras penas.

—Te lo dije, Dresden. Esto solo puede acabar de una manera. Habría preferido una muerte más honorable para ti, pero con tal de que desaparezcas me conformo.

Me quedé mirando la pistola escondida.

Un punto de brillante luz escarlata apareció en el tórax de Ortega y comenzó a ascender lentamente.

Mi expresión debió de cambiar porque Ortega también bajó la mirada. El punto brillante de una mira láser avanzó hacia su corazón y se detuvo.

Ortega abrió los ojos como platos y su rostro se retorció de furia.

Entonces sucedieron muchas cosas al mismo tiempo.

Se produjo una especie de silbido y una gran sección del pecho de Ortega se hundió. A sus espaldas, unas gotas rojas salieron disparadas en todas direcciones. Un instante después, un sonido atronador, mucho más profundo que el disparo de un rifle, resonó en el estadio.

Ortega dejó escapar un chillido tan agudo que se salió de la escala. De la pistola oculta surgió una bola de fuego que le quemó el disfraz de carne, la camisa, y reveló el extremo de una pistola de pequeño calibre sostenida por una mano negra e inhumana. La bala que había alcanzado a Ortega le hizo girar y por eso falló el tiro. Pensé que quedarme allí para ver si acertaba con el siguiente disparo, pero era una mala idea, así que me lancé a un lado y di a la esfera de mordita otro empujón.

Ortega esquivó la mordita, y a pesar de que estaba herido, se movió rápido. Un punto rojo apareció sobre uno de sus muslos durante medio segundo y tras otro silbido seguido de un estallido, el pistolero oculto volvió a alcanzarlo. Escuché como se rompían los huesos de la pierna de Ortega.

Susan me arrojó el bastón y la varita, y se lanzó a por Ortega. Le cogió el brazo que tenía libre y se lo retorció para tirarlo al suelo. Sin embargo el vampiro se revolvió de forma extraña y lo único que Susan consiguió fue desgarrar la capa de carne falsa, pelándolo como si fuera un plátano, y descubriendo a la húmeda y resbaladiza criatura de cuerpo flácido que se escondía debajo, el verdadero Ortega. A pesar de todo, el vampiro seguía sin soltar el arma y se volvió para dispararme de nuevo.

Grité «*¡ventas servitas!*» con todas mis fuerzas, mientras lanzaba mi voluntad a la

tierra que se amontonaba sobre la base del lanzador. Esta se elevó en un ciclón en miniatura de fina arena marrón y obligó al vampiro a volver la cabeza y protegerse los ojos. El segundo disparo tampoco me dio, y yo intenté coger mi varita mágica.

El remolino de tierra la lentificó, pero el objetivo de Susan seguía siendo la mano que sostenía el arma. Gran error. Incluso con solo una pierna en la que apoyarse, Ortega gritó, se retorció y mandó a Susan desde el puesto del lanzador hasta la tercera fila de asientos detrás de la primera base. El golpe fue de los que rompen huesos, después desapareció de mi campo de visión.

Unos gritos repentinos llenaron el aire, y cuando alcé la vista, contemplé como una docena de miembros de la Corte Roja, con su aspecto auténtico, avanzaban por el estadio. Algunos subían por las paredes, otros saltaban desde las zonas altas o salían de palcos privados con una lluvia de cristales rotos.

Me volví hacia Ortega al tiempo que alzaba mi varita mágica, concentré mi voluntad en ella y grité: «¡Fuego!». Una lengua de fuego tan gruesa como mi brazo salió disparada en su dirección, pero uno de los vampiros recién llegados le golpeó en el hombro, apartándolo de la línea de fuego. Sin embargo la llama prendió en él y su grasienta piel ardió como una tea mientras gritaba de forma espantosa.

Sentí movimiento detrás de mí y me volví para descubrir a Kincaid corriendo a través del campo. C cogió en brazos al Archivo y se la llevó a toda prisa a uno de los banquillos. Un vampiro de la Corte Roja se interpuso en su camino. El brazo de Kincaid vibró de forma extraña y en su mano apareció una semiautomática. Sin reducir velocidad, le descerrajó dos balazos entre ceja y ceja. El vampiro se desplomó y al pasar a su lado, Kincaid le disparó otra media docena de tiros en el estómago que provocaron una lluvia de sangre y lo dejaron chillando y revolviéndose sin fuerzas en el suelo.

—¡Harry, mira detrás de ti! —gritó Thomas.

No miré. Me imaginé lo peor y salté hacia delante. Escuché el siseo del vampiro al fallar y después vi como se lanzaba a por mí a la carrera. Me di la vuelta y le disparé otra llamarada con mi varita mágica, pero fallé y el vampiro siguió avanzando mientras me escupía su saliva venenosa a la cara.

No era la primera vez que me enfrentaba al veneno de vampiro y solía hacer efecto enseguida, sobre todo en grandes cantidades. Pero como me había tomado el antídoto, todo lo que consiguió fue que me picara. El tiempo que el vampiro malgastó escupiéndome lo aproveché para preparar otra andanada. Liberé el golpe con la varita apoyada contra el blando cuerpo del vampiro. Le abrió una herida en el estómago del tamaño de mi puño y un agujero de medio metro en la espalda. La criatura comenzó a convulsionar débilmente y yo me lo quité de encima de una patada mientras me ponía en pie.

Había siete u ocho vampiros a tan solo quince metros y se acercaban rápido.

Thomas corrió hacia mí, la hoja de un cuchillo brillaba en su mano, y atacó a uno de los vampiros por detrás. Le abrió el estómago de un solo tajo y la criatura cayó al suelo.

—¡Harry, vete!

—¡No! —grité—. ¡Llévate a Susan de aquí!

Thomas apretó los dientes, pero dio media vuelta. Se lanzó al banquillo tras la primera base y luego salvó de un salto limpio la barandilla para caer en la zona de gradas.

Me había quedado sin ayuda y no había tiempo para pensar en otras opciones. Me agaché y me concentré canturreando: «*Defendre, defendre, defendre*» como una monótona letanía. Era difícil concentrarme sin mi brazalete escudo, pero hice aflorar toda la energía defensiva que pude reunir en una cúpula a mi alrededor.

Los vampiros la golpearon, chocando contra ella con una rabia enloquecida y estridente. Cualquiera de ellos habría podido poner mi coche boca abajo con un pequeño esfuerzo. Sus golpes contra mi escudo habrían atravesado el hormigón. Solo me quedaban unos segundos, porque sabía que no sería capaz de aguantar mucho más tiempo su ataque. Cuando el escudo cediera, me iban a hacer pedazos, literalmente. Imbuí el escudo con toda mi energía y sentí como poco a poco comenzaban a romperlo.

Entonces escuché un rugido y vi un fogonazo de luz brillante. Una lengua de fuego apareció por encima de mí y alcanzó de lleno la cabeza de uno de los vampiros. La criatura comenzó a arder mientras gritaba y agitaba sus delgados bracitos. Después se desplomó y se revolvió un poco en el suelo como un bicho moribundo. Me agaché aún más.

Una nueva lengua de fuego atravesó el aire e incineró la cabeza de otro vampiro. Todos se quedaron quietos, en cuclillas, chillando confusos.

Kincaid salió del banquillo y dejó caer al suelo una escopeta humeante. Buscó en una bolsa de golf que había a su lado, tranquilo y profesional, y sacó otra, esta de dos cañones. Uno de los vampiros se lanzó sobre él, pero Kincaid era demasiado rápido. Apretó el gatillo y la escopeta rugió. Surgió un chorro de fuego que atravesó al vampiro, hiriéndolo en el cuello y que después siguió hasta la valla del lado derecho del campo, donde abrió un boquete en la pared del tamaño de mi cara. Se produjo un ruido a sus espaldas y Kincaid se giró para disparar a otro vampiro que bajaba por las gradas situadas sobre el banquillo de la tercera base. Le acertó justo en medio del cuello, tal cual, y la criatura cayó envuelta en llamas. Kincaid también tiró aquella segunda arma y volvió a buscar otra en su bolsa de golf.

Los demás vampiros saltaron sobre Kincaid en cuanto se dio media vuelta.

Pero en su lugar, se encontraron frente al Archivo.

La niña apareció de detrás de la bolsa de golf con la tétrica esfera de mordita

flotando entre sus manos. Liberó la esfera e hizo un sencillo gesto.

La pequeña nube de oscuridad salió disparada hacia los vampiros y los fue alcanzando a todos al ritmo del martillo de un obrero con prisa, *pan, pan, pan*. Cuando la esfera de mordita los golpeaba, se producía un fogonazo de fría luz púrpura, la pompa se hinchaba y pasaba al siguiente. Tras de sí, solo dejaba cenizas y huesos ennegrecidos. Se movía tan rápido, que me resultó casi imposible seguir su avance. En un segundo, los vampiros estaban allí y al siguiente habían desaparecido. A mí alrededor, el campo aparecía sembrado de huesos renegridos y cenizas.

Se hizo el silencio, lo único que podía oír era el sonido de mi propia respiración y el rugido de mi pulso en los oídos. Miré a mi alrededor desesperado, pero no vi a Ortega por ninguna parte. Los dos vampiros destripados se retorcían ya sin fuerzas en el suelo. Kincaid sacó la última escopeta de su bolsa de golf y con dos fogonazos más, los remató.

La esfera de mordita se deslizó suavemente hasta descansar entre las manitas del Archivo que se quedó mirándome durante un largo y silencioso momento. Su rostro era totalmente inexpresivo. Nada en sus ojos. Nada. Sentí que íbamos a vernos las almas y desvié la mirada rápidamente.

—¿Quién ultrajó la santidad del duelo en primer lugar, Kincaid? —preguntó el Archivo.

—No sabría decir —contestó Kincaid. Ni siquiera estaba jadeando—. Pero Dresden iba ganando.

El Archivo guardó silencio por un momento y luego dijo:

—Gracias por dejarme acariciar su gato, señor Dresden. Y gracias por mi nombre. Aquello sonaba a despedida, pero contesté educadamente:

—De nada, Ivy.

El Archivo asintió y dijo:

—Kincaid. La caja, por favor.

Alcé la vista y observé como Kincaid colocaba la caja de madera en el suelo. El Archivo envió la esfera de mordita flotando lentamente hacia su interior, y después cerró la tapa.

—Este proceso ha terminado.

Miré los huesos, el polvo y los cuerpos abrasados de los vampiros que yacían a mi alrededor.

—¿Tú crees?

El Archivo me miró con ojos neutrales y dijo:

—Vamos. Ya se ha pasado mi hora de acostarme.

—Tengo hambre —dijo Kincaid mientras se colgaba la bolsa de golf al hombro—. Compraremos algo de camino. Te pillaré unas galletas.

—Las galletas no me convienen —dijo el Archivo con media sonrisa.

—Dresden, pásame eso, por favor —dijo Kincaid.

Miré medio atontado al suelo, hacia donde me indicaba. Una de las escopetas seguía allí. Sus cañones aún estaban ardiendo. La cogí con cuidado del mango y se la ofrecí a Kincaid, que la envolvió junto con otra arma que había utilizado en una especie de manta con bordados en plata.

—¿Qué coño son esas cosas?

—Balas incendiarias —dijo. Me pasó el bastón que se me había caído—. Van estupendamente con los Rojos, pero son tan calientes que se cargan los cañones. Si no tienes suerte, el segundo tiro te puede salir por la culata y explotarte en la cara, por eso hay que usar armas desechables.

Le di las gracias y cogí mi bastón.

—¿Dónde puedo comprarlas?

Kincaid sonrió.

—Conozco a un tipo. Le diré que te llame. Hasta otra, Dresden.

Kincaid y el Archivo se encaminaron hacia la salida del estadio. Una idea por fin se abrió camino a través de la adrenalina de la lucha y salí corriendo hacia el banquillo de la primera base. A Thomas le bastó con dar un salto. Yo tuve que escalar la valla y luego subir torpemente por las gradas.

Thomas seguía allí, en el suelo, junto a Susan. Se había quitado la chaqueta y se la había puesto debajo de los pies. Parecía que le hubiera echado la cabeza un poco para atrás para abrir las vías respiratorias. Alzó la vista y dijo:

—Está inconsciente, pero viva.

Me agaché también y le busqué el pulso en el cuello, para asegurarme.

—¿Malherida?

Thomas negó con la cabeza.

—Es difícil de saber.

—Entonces habrá que llevarla a un hospital —dije, al tiempo que me levantaba.

Thomas me agarró del brazo.

—No querrás que se despierte, herida y confusa, en un lugar lleno a rebosar de posibles presas.

—¿Pues qué coño hacemos?

—Oye, si no está muerta, lo más probable es que se recupere.

Thomas alzó la mano y sacó un bolígrafo del bolsillo. Lo hizo girar y dijo: «vía libre». Después lo retorció de nuevo y se lo guardó.

Un momento después, Martin llegó corriendo por la galería. Hasta eso consiguió hacerlo aburrido, parecía un tío corriente que quería llegar a su asiento antes de que comenzara el partido. Y eso tenía su mérito porque llevaba un rifle enorme: un arma de francotirador del ejército con una mira telescópica y láser. Dejó el rifle a un lado, se inclinó sobre Susan, la tocó allí y aquí, y luego dijo:

—Se ha dado un buen golpe.

—¿Tú? —pregunté—. ¿Tú eras el tirador?

—Evidentemente —dijo Martin—. ¿Para qué crees que hemos venido a Chicago si no?

—Susan dijo que quería arreglar unos asuntos.

Me miró escéptico.

—¿Y te lo creíste? Pensaba que conocías a Susan lo suficiente como para saber que las cosas materiales no le interesan mucho.

—Claro que lo sé —repuse—. Pero ella dijo que... —Me callé y negué con la cabeza.

Martin alzó la vista y dijo:

—Sabíamos que Ortega quería matarte. Sabíamos que si lo hacía, quizá consiguiera que se acabara la guerra, solo para iniciarla de nuevo dentro de veinte años, cuando su situación fuera mejor. Me mandaron aquí para que Ortega no te matara y para eliminarlo si podía.

—¿Y lo has conseguido?

Martin negó con la cabeza.

—Tenía un plan de emergencia. Dos de sus vasallos se lo llevaron durante la lucha. Lo sacaron del campo. No sé si estaba gravemente herido, pero es probable que consiga volver a Casaverde.

—Queréis que la guerra continúe. Esperáis que el Consejo Blanco os haga el trabajo sucio y acabe con la Corte Roja.

Martin asintió.

—¿Cómo te enteraste del duelo?

Martin no contestó.

Entorné los ojos y miré a Thomas.

Thomas puso cara de inocente.

—No me mires a mí. Soy un *playboy* borrachuzo, atiborrado de estupefacientes que lo único que hace es divertirse, dormir y comer. Y sí tuviera en mente vengarme de la Corte Roja, no tendría el valor de enfrentarme a nadie. —Me dedicó una radiante sonrisa—. Soy totalmente inofensivo.

—Ya —dije. Respiré hondo y contemplé el rostro de Susan en silencio durante unos instantes. Después me agaché, busqué en sus bolsillos y saqué las llaves del coche de alquiler—. ¿Os vais ya, Martin?

—Sí, no creo que nadie se percate de nuestra presencia aquí, pero es mejor no arriesgarse.

—Cuídala por mí —dije.

Martin alzó la vista hacia mí por un segundo y luego dijo en voz baja:

—Haré todo lo posible. Tienes mi palabra.

Asentí con la cabeza.

—Gracias. —Me incorporé y comencé a caminar hacia la salida, mientras intentaba ocultar mi pistola con el guardapolvos.

—¿Adónde vas? —preguntó Thomas.

—Al aeropuerto —respondí—. Tengo que reunirme con una gente para hablar de un viejo y una sábana.

Capítulo 31

Dejé el coche en el aparcamiento de la agencia de alquiler de coches frente al aeropuerto O'Hare a eso de las siete y cinco. Salí del coche con mi bastón y mi varita mágica en mano. Solo había una vieja farola encendida en el aparcamiento, pero la luna ya había salido grande y brillante, y no tuve problemas para ver acercarse a Michael. Su camioneta blanca se detuvo con un crujido de gravilla justo frente a mí. Rodeé el vehículo para subir por el lado del acompañante. Sanya me abrió la puerta y entré. Iba vestido con ropa vaquera azul y llevaba un gran sombrero negro de vaquero.

—Harry —dijo Michael cuando entré—. Comenzaba a preocuparme. ¿Ganaste?

—No exactamente.

—¿Has perdido?

—No exactamente. Tenía a Ortega contra las cuerdas y el tío hizo trampa. Los dos utilizamos todo nuestro arsenal. Yo salí de una pieza. Él en varias, pero se escapó.

—¿Y Susan está bien?

—La lanzaron por el aire y aterrizó a veinticinco metros de distancia sobre hormigón y acero. Pero se pondrá bien. —Algo me hizo cosquillas en la nariz y olfateé el aire. El fuerte olor a metal saturaba la cabina—. Michael, ¿llevas la armadura?

—Llevo la armadura —dijo Michael—. Y la capa.

—Tierra llamando a Michael. Vamos a un aeropuerto de esos que tienen detectores de metales.

—No pasa nada, Harry. Todo saldrá bien.

—¿Y cuando eso ocurra saltará alguna alarma? —Miré al caballero más joven y dije—: Sanya no usa armadura.

Sanya se giró hacia mí y se abrió la chaqueta vaquera para mostrarme el chaleco antibalas Kevlar que llevaba debajo.

—Sí que la uso —dijo con tono serio—. Quince capas con refuerzo de cerámica en los lugares críticos.

—Bueno, por lo menos tú no parece que hayas salido de un concurso de disfraces —dije—. Esa cosa pude que proteja de verdad, además no parece un alegato a favor de la moda medieval. ¿Es de las nuevas o de las antiguas?

—De las nuevas —dijo Sanya—. Vale para toda la munición civil y para algunas de las militares.

—Pero no sirve frente a cuchillos o garras —murmuró Michael—. O flechas.

Sanya se abrochó la chaqueta con el ceño fruncido.

—La tuya no detiene las balas.

—Mi fe me protege —repuso Michael.

Sanya y yo intercambiamos sendas miradas de escepticismo y dije:

—Guay, Michael. ¿Tenemos alguna idea de dónde están los malos?

—En el aeropuerto —dijo Michael.

Permanecí allí sentado en silencio durante un segundo y luego añadí:

—Una aguja en un pajar. ¿Dónde dentro del aeropuerto?

Michael se encogió de hombros y abrió la boca para hablar.

Alcé la mano.

—Debemos tener fe —dije, intentando imitar su voz lo mejor que pude—, ¿A qué lo he adivinado? ¿Has traído a *Fidelacchius*?

—En el compartimento de las herramientas —respondió Michael.

Asentí.

—Shiro la va a necesitar.

Michael guardó silencio durante un instante y luego dijo:

—Sí, claro.

—Vamos a salvarlo.

—Rezo para que así sea, Harry.

—Lo conseguiremos —dije. Miré por la ventana mientras Michael entraba en el aeropuerto—. Aún no es demasiado tarde.

El aeropuerto O'Hare es enorme. Recorrimos varios aparcamientos y zonas de descarga abarrotadas de gente durante casi media hora antes de que Michael diera un frenazo a la salida de vuelos internacionales. Su cuello y espalda se tensaron como si hubiera escuchado un pitido de aviso.

Sanya se volvió hacia Michael y dijo:

—¿Qué pasa?

—¿No lo notas? —le preguntó Michael.

—¿Notar qué?

—Cierra los ojos —dijo Michael—. Deja la mente en blanco.

—Noto una gran perturbación en la Fuerza.

—¿De verdad? —preguntó Michael mirándome atónito.

Suspiré y me froté el puente de la nariz. Sanya cerró los ojos y un segundo después su expresión se retorció de asco.

—Huele mal —dijo el ruso—. A leche agria y pasada. A moho. A grasa.

—Hay un Pizza Hut a unos quince metros —señalé, mientras miraba a través de la ventana de la terminal—, pero quizá sea solo una coincidencia.

—No —dijo Michael—. Es Nicodemus. Deja su hedor por donde pasa. Arrogancia. Ambición. Desdén.

—Yo solo huelo a podrido —dijo Sanya.

—Tú también lo has detectado —dijo Michael—. Pero tu mente lo interpreta de

otra forma. Está aquí. —Se dispuso a reanudar la marcha, pero un taxi se le coló delante y se detuvo. El taxista bajó y comenzó a descargar el equipaje de una pareja de ancianos.

Mascullé algo entre dientes y olisqueé. Incluso proyecté mis sentidos de mago en un intento por detectar lo que Michael decía. No sentí nada fuera de lo normal, solo el zumbido sin pauta alguna de miles de vidas moviéndose a nuestro alrededor.

En su lugar, cuando abrí los ojos me encontré mirando la nuca del detective Rudolph. Llevaba puesto su habitual traje caro y estaba junto a un hombre delgado y bien peinado que había visto antes en la oficina del fiscal del distrito.

Me quedé paralizado por un instante. Luego cogí el sombrero Stetson de Sanya y me lo calé hasta el fondo. Bajé el ala hasta los ojos y me agaché todo lo que pude.

—¿Qué pasa? —preguntó Michael.

—La policía —dije. Eché un vistazo con más detenimiento. Descubrí siete agentes uniformados y unos diez hombres más vestidos con trajes o ropa informal pero que caminaban y se movían como *polis*—. Les dejé caer que quizá el Sudario saliera de Chicago a través del aeropuerto.

—¿Entonces por qué te escondes?

—Un testigo me identificó cuando salía de la escena de un asesinato. Si alguno de estos me ve, pasaré el resto del día en una sala de interrogatorios. Eso no ayudará a Shiro.

Michael torció el gesto preocupado.

—Cierto. ¿Sabe algo la policía acerca de los denarios?

—Seguramente no. IE no lleva el caso. Probablemente les habrán dicho que se trata de algún grupo terrorista bastante peligroso.

El taxista que había parado delante de nosotros por fin acabó y Michael se alejó de la zona de descarga y se dirigió hacia el aparcamiento.

—Eso no nos sirve. No se pueden quedar aquí.

—La presencia de la policía restringirá los movimientos de los denarios. Se verán obligados a mantener las cabezas gachas y a comportarse.

Michael negó con la cabeza.

—La mayoría de las criaturas sobrenaturales se lo piensan dos veces antes de matar a un agente de policía, pero Nicodemus no. Lo único que siente por las autoridades mortales es desprecio. Si nos enfrentamos a él, matará a cualquiera que intente detenerlo y tomará rehenes para usarlos en nuestra contra.

Sanya asintió.

—Eso sin mencionar que si su maldición infecta es tan tremenda como tú dices, será peligroso para los que estén cerca.

—Es peor que eso —dije.

Michael giró el volante hacia una plaza de garaje.

—¿Ah, sí?

—Forthill me dijo que los denarios obtienen poder hiriendo a la gente, ¿no? Provocando caos y destrucción.

—Sí —dijo Michael.

—La maldición solo durará unos cuantos días, pero mientras tenga efecto hará que la peste negra parezca una epidemia de paperas. Por eso está aquí. Esta es una de las terminales internacionales con más vuelos del planeta.

—¡Madre de Dios! —dijo Michael.

Sanya silbó.

—Desde aquí salen vuelos a las ciudades más importantes del mundo. Si la plaga de los denarios se contagia con facilidad...

—Creo que lo he dejado muy claro al compararla con la peste negra, Sanya.

El ruso se encogió de hombros.

—Perdona. ¿Qué hacemos?

—Damos un aviso de bomba. Así sacarán a toda la gente y cancelarán los vuelos.

—Tenemos que entrar ya —dijo Sanya—. ¿Cuánto tiempo tardarán las autoridades en reaccionar?

—Ese plan solo funcionaría si supiera a quién tengo que llamar para que la reacción sea inmediata.

—¿Y lo sabes? —preguntó Sanya.

Acerqué la mano a Michael. Él me puso su móvil en la palma.

—No —dije—. Pero conozco a alguien que sí.

Llamé a Murphy. Intenté conservar la calma mientras rezaba para que el teléfono no me explotara en la cara. Cuando lo cogió, el sonido no era bueno y había zumbidos como de electricidad estática, pero conseguí contarle lo que estaba pasando.

—Estás loco, Dresden —dijo Murphy—. ¿Tienes idea de lo increíblemente irresponsable... e ilegal, que es dar un falso aviso de bomba?

—Sí. Pero más irresponsable es dejar que la policía y los civiles permanezcan en el aeropuerto.

Murphy guardó silencio por un segundo, y luego preguntó:

—¿Son muy peligrosos?

—Peor que el hombre lobo —dije.

—Ahora llamo.

—¿Le hiciste llegar el mensaje? —pregunté.

—Eso creo, sí. ¿Necesitas más gente?

—Tenemos de sobra —dije—. Lo que necesitaría sería más tiempo. Por favor, date prisa.

—Ten cuidado, Harry.

Colgué el teléfono y salí de la camioneta. Michael y Sanya vinieron conmigo.

—Murphy va a dar aviso de que hay una bomba. Los *polis* desalojarán el edificio. Eso nos dejará vía libre.

—Y los denarios no tendrán a quién infectar o a quién tomar como rehén —dijo Sanya.

—Esa es la idea. Después, entrarán el grupo de artificieros y los agentes de refuerzo. Tenemos veinte minutos, como mucho, para sacar provecho de la confusión.

Michael abrió el compartimento para herramientas de la parte de atrás de la camioneta y sacó el bastón de Shiro. Lo ató a una cuerda y se lo colgó del hombro. Mientras lo hacía, Sanya se abrochó a la cadera el cinto del que colgaba *Esperacchius*, y después sacó un fusil de asalto del compartimento.

—¿Un Kalashnikov, eh? —pregunté—. ¿No te parece un estilo muy a lo Charlton Heston para un caballero de la Cruz?

Sanya metió un cargador, introdujo un cartucho en la recámara y comprobó que tenía puesto el seguro.

—Me considero un innovador.

—Demasiado arriesgado para mi gusto —dijo Michael—. Resulta muy fácil herir a la persona equivocada.

—Quizá —repuso Sanya—. Pero dentro solo estarán los denarios, ¿no?

—Y Shiro —añadí.

—No voy a disparar a Shiro —sentenció Sanya.

Michael se abrochó el cinto de *Amoracchius* a la cadera.

—¿Cuánto tenemos que esperar?

El sonido de una alarma contra incendios atronó desde el interior del edificio y la policía se agrupó. Un inspector de pelo canoso y vestido con un traje barato se puso al mando y comenzó a dar órdenes a los agentes que iban de paisano y uniforme. La gente comenzó a salir rápidamente de la terminal.

—Pedid y se os dará —dije—. Vamos a dar la vuelta. Entraremos por una de las puertas de servicio.

Sanya metió el fusil de asalto en una bolsa de deporte que se colgó al hombro, pero no apartó la mano de la empuñadura del fusil. Michael me hizo una señal con la cabeza e inicié la marcha. Rodeamos el edificio hasta que vimos algunos aviones. El personal de tierra corría de un lado para otro presa de la confusión, y varios tipos con linternas naranjas hacían señas al personal de vuelo, dirigiendo a los aviones para que se apartaran de las pistas y se acercaran a los hangares.

Tuvimos que salvar una valla y saltar desde un muro de contención de tres metros de alto para entrar en el aeropuerto, pero con la oscuridad y la confusión nadie nos vio. Franqueamos una puerta de servicio del personal de tierra y atravesamos una sala que era mitad garaje, mitad almacén de equipaje. Las luces de emergencia estaban

encendidas y las alarmas contra incendios todavía sonaban. Pasé por delante de una pared cubierta con fotos de chicas de calendario, camiones y un plano de la terminal.

—¡Eh, alto! —dije. Sanya chocó contra mi espalda. Lo miré cabreado y luego observé el plano.

—Aquí —dije mientras señalaba una puerta marcada—. Saldremos por esta escalera.

—Y luego tenemos dos opciones —señaló Michael—. ¿Qué camino tomamos?

—Nos dividimos —sugirió Sanya.

—Mala idea —respondimos Michael y yo al unísono.

—Piensa —murmuré para mí—. Si yo fuera un terrorista chulo, psicópata, amigo de demonios y dispuesto a provocar un apocalipsis, ¿dónde estaría?

Sanya se inclinó para estudiar el plano y dijo:

—En la capilla.

—En la capilla —dijo Michael.

—En la capilla —repetí—. Por este pasillo, subimos las escaleras y luego a la izquierda.

Corrimos por el pasillo y subimos las escaleras. Abrí la puerta y escuché una voz grabada que me instaba a que conservara la calma y acudiera a la salida más cercana. Miré hacia la derecha antes de girar a la izquierda y eso me salvó la vida.

Un hombre vestido con un traje de chaqueta anodino vigilaba la puerta mientras sostenía un subfusil. Cuando me vio, alzó el arma, vaciló durante una fracción de segundo y luego abrió fuego.

Aquella breve pausa me bastó para cambiar de dirección. Un par de balas atravesaron la puerta cortafuego de acero. Intenté apartarme, pero tropecé con Sanya. El grandullón me agarró y dio media vuelta, poniendo su espalda como escudo frente a las balas. Sentí como se estremeció y lo escuché gemir una vez, luego nos golpeamos contra una pared y caímos.

Sabía que el pistolero iría a por nosotros. En ese momento probablemente estaría dando un rodeo para acercarse por la pared opuesta a la puerta. En cuanto tuviera una línea de tiro clara de las escaleras, buscaría un buen lugar desde donde acribillarnos a tiros.

Vi su sombra por la ranura de debajo de la puerta, e intenté incorporarme. Sanya hizo lo mismo, pero lo único que conseguimos fue evitar que el otro se levantara. El pistolero se acercó, su sombra se movía en el pequeño espacio de la ranura.

Michael pasó por encima de Sanya y de mí, *Amoracchius* en mano, y gritó al tiempo que se lanzaba hacia delante. Con ambas manos dirigió el peso de la espada a la puerta de acero cerrada. La espada la atravesó, hundiéndose casi hasta el puño.

Escuchamos el sonido de una andanada errática. Michael sacó la espada de la puerta y vimos como brillaba la sangre, roja y húmeda a lo largo de su hoja. Michel

apoyó la espalda contra la pared de la caja de escalera. El subfusil sonó un par de veces más y luego se calló. Un minuto después, vimos como la sangre avanzaba por debajo de la puerta en un charco rojo cada vez más extenso.

Sanya y yo nos desenredamos y nos pusimos en pie.

—Te ha dado.

Michael ya se había movido y se encontraba junto a Sanya. Recorrió con las manos la espalda de Sanya, gruñó y luego alzó un pequeño y brillante pedazo de metal, la bala.

—Le dio al pomo y luego se incrustó en el chaleco.

—Esto es progreso —dijo Sanya jadeando y con una mueca de dolor.

—Suerte que la bala atravesara una puerta de acero antes de alcanzarte —murmuré. Preparé un escudo y empujé la puerta para abrirla lentamente.

El pistolero yacía en el suelo. Michael le clavó la espada debajo de las costillas flotantes y debió de cortarle alguna arteria para matarlo tan rápidamente. Todavía tenía el arma en la mano y su dedo estaba sobre el gatillo.

Sanya y Michael salieron de la caja de escalera. Sanya llevaba su fusil a mano. Vigilaron mientras yo me agachaba y abría la boca del pistolero. No tenía lengua.

—Es uno de los chicos de Nicodemus —dije en voz baja.

—Algo va mal —dijo Michael. Gotas de sangre caían de la punta de su espada al suelo—. Ya no noto su presencia.

—Si puedes detectar su presencia, ¿puede él sentir la tuya?

Michael se encogió de hombros.

—Probablemente.

—Actúa con cautela —dije, mientras recordaba cómo había reaccionado Nicodemus cuando Shiro entró por la puerta—. Le gusta ir sobre seguro. Jamás se quedaría a pelear una batalla que no piense que va a ganar. Pretende huir. —Me incorporé y me encaminé hacia la capilla—. Vamos.

Justo cuando llegué a la puerta de la capilla, esta se abrió de golpe y aparecieron dos hombres más recargando sus subfusiles. Uno de ellos no alzó la vista a tiempo para verme, así que me lancé a por él con todo el peso de mi cuerpo y le endosé sendos porrazos con los dos extremos de mi bastón. Echó la cabeza para atrás y cayó al suelo. El otro matón hizo ademán de alzar el arma, pero aparté el cañón de un golpe con mi bastón y luego le di con el extremo en la nariz. Antes de que se recuperase, Sanya se acercó a él y le golpeó con la empuñadura del Kalashnikov en la cabeza. Cayó sobre el primer matón con la boca abierta. Tampoco tenía lengua.

Pasé por encima de los dos y entré en la capilla.

Era una sala pequeña y modesta. La iluminación era tenue. Había dos filas de bancos de tres asientos, un atril y una mesa. Nada de adornos religiosos. Simplemente era una habitación pensada para satisfacer las necesidades espirituales de viajeros de

todo el mundo, creencia, religión y fe.

Y cualquiera se habría sentido insultado por lo que le habían hecho a la sala.

Las paredes estaban cubiertas por sellos parecidos a los que había visto sobre los denarios. Estaban pintados con sangre que aún no se había secado. El atril se encontraba arrinconado contra la pared del fondo y habían colocado la mesa al lado, de modo que estaba dispuesta en ángulo hacia la puerta. Al otro lado de la mesa, había una silla cubierta de trozos de hueso y unas cuantas velas. Sobre una de las sillas había un cuenco de plata con grabados que estaba casi lleno de sangre fresca. La sala estaba impregnada de un olor pegajoso y húmedo, y fuera lo que fuera lo que ardía en las velas, hacía que el aire fuera espeso, lánguido y turbio. Quizá se tratara de opio. Eso explicaría la lenta reacción de los dos matones. Las velas arrojaban una pálida luz sobre la superficie de la mesa.

Sobre ella yacía lo que quedaba de Shiro.

Estaba tumbado boca arriba, con el pecho descubierto. La carne del torso estaba desgarrada y tenía moratones oscuros y terribles, algunos sobre el relieve de las costillas, que le daban la vuelta hasta la espalda. Sus manos y pies estaban hinchados hasta extremos grotescos. Los habían fracturado por tantos lugares y tan salvajemente que parecían más salchichas que extremidades humanas. Su estómago y pecho presentaban cortes profundos, como ya había visto en el cuerpo del verdadero padre Vincent y en el cadáver de Gastón LaRouche.

—Hay muchísima sangre —susurré.

Sentí como Michael entraba en la habitación detrás de mí. Y ahogó un grito en su garganta.

Me acerqué a los restos de Shiro, y me fijé en los detalles clínicos. Su rostro estaba más o menos intacto. A su alrededor había varios objetos esparcidos por el suelo, utensilios para el ritual. Lo que tenían pensado hacer con él, ya lo habían hecho. Tenía llagas en la piel, herpes en los labios, o eso me pareció, y la garganta inflamada. Los estragos en su piel probablemente ocultaban muchas otras marcas de enfermedades.

—Llegamos tarde —dijo Michael con un hilo de voz—. ¿Ya han hecho el conjuro?

—Sí —contesté. Me senté en el primer banco.

—¿Harry? —dijo Michael.

—Hay mucha sangre —dije—. Era un hombre pequeño. Es increíble que toda esta sangre sea suya.

—Harry, aquí ya no hacemos nada.

—Era un hombre pequeño. Cuesta creer que tuviera suficiente para pintar todo esto. El ritual.

—Deberíamos marcharnos —dijo Michael.

—¿Y hacer qué? La plaga ya ha comenzado. Lo más probable es que la tengamos. Si salimos de aquí, solo conseguiremos extenderla. Nicodemus tiene el Sudario y probablemente ya está por ahí fuera buscando un autobús escolar o algo así. Se ha ido. Hemos fallado.

—Harry —dijo Michael en voz baja—. Tenemos que...

La ira y la frustración de repente brillaron como un fuego abrasador en mis ojos.

—Como me hables de fe te mato.

—No lo dices en serio —dijo Michael—. Te conozco demasiado bien.

—¡Cállate, Michael!

Se acercó a mí y apoyó el bastón de Shiro contra mi rodilla. Luego, sin decir palabra, se apartó hacia la pared y esperó.

Cogí el bastón del anciano y tiré de la empuñadura de madera lo bastante para descubrir unos trece o quince centímetros de metal limpio y resplandeciente. La volví a envainar de golpe, me acerqué a Shiro y lo recompuse lo mejor que pude. Luego dejé la espada a su lado.

Cuando tosió e intentó coger aire casi me da algo. Jamás habría pensado que alguien pudiera sobrevivir a semejante tortura. Pero Shiro aspiró con dificultad y abrió un ojo. El otro se lo habían dejado fuera de juego y tenía el párpado hinchado y con un aspecto extraño.

—¡Por Dios santo! —tartamudeé— ¡Michael!

Michael y yo corrimos hacia él. Tardó un momento en dirigir el ojo sano hacia nosotros.

—Ah, bien —dijo con voz ronca—. Ya me estaba cansando de esperaros.

—Tenemos que llevarlo al hospital —dije.

El viejo movió la cabeza para decir que no.

—Demasiado tarde. No serviría de nada. El nudo. La maldición de Barrabás.

—¿De qué habla? —le pregunté a Michael.

—El nudo que Nicodemus lleva atado al cuello. Según parece, mientras lo conserve, es inmortal. Creemos que es la misma cuerda que utilizó Judas —dijo Michael en voz baja.

—¿Y por qué habla de la maldición de Barrabás?

—Al igual que los romanos concedieron a los judíos el poder de perdonar y liberar a un prisionero cada año, la cuerda permite que Nicodemus envíe una muerte inevitable a quien quiera. Barrabás fue el prisionero que eligieron los judíos, aunque Pilatos quería liberar al Salvador. Por eso la maldición lleva su nombre.

—¿Y Nicodemus la ha lanzado sobre Shiro?

Shiro volvió a mover la cabeza, y una débil sonrisa rozó sus labios.

—No, chico. Sobre ti. Estaba muy enfadado porque escapaste a pesar de sus trampas.

Joder. La maldición entrópica que casi nos mata a Susan y a mí. Me quedé mirando a Shiro durante un segundo, luego me volví hacia Michael.

Michael asintió.

—No podemos detener la maldición —dijo—. Pero podemos cambiar su objetivo, si así lo decidimos. Por eso queríamos que no te involucraras, Harry. Teníamos miedo de que Nicodemus te escogiera como blanco.

Lo miré fijamente y luego a Shiro. Los ojos se me nublaron.

—Yo debería estar sobre esa mesa —dije—. ¡Maldita sea!

—No —dijo Shiro—. Hay muchas cosas que todavía no comprendes. —Tosió y una punzada de dolor le desfiguró el rostro—. Pero ya lo harás, ya lo harás. —Movié el brazo que estaba más cerca de la espada—. Cógela, cógela, vamos.

—No —dije—. Yo no soy como tú. Ni como ninguno de vosotros. Y jamás lo seré.

—Recuerda. Dios ve los corazones, chico. Y ahora yo estoy viendo el tuyo. Cógela. Guárdala hasta que encuentres a su dueño.

Acerqué la mano y cogí el bastón.

—¿Cómo sabré a quién se la debo dar?

—Lo sabrás —dijo Shiro; su voz era cada vez más débil—. Confía en tu corazón.

Sanya entró en la capilla y se acercó hasta nosotros.

—La policía ha oído el tiroteo. Hay un equipo de asalto listo para entrar a... —Se quedó helado al ver a Shiro.

—Sanya —dijo Shiro—. Aquí nos despedimos, amigo. Estoy muy orgulloso de ti.

Sanya tragó saliva y se arrodilló junto al anciano. Besó a Shiro en la frente. Cuando se incorporó sus labios estaban manchados de sangre.

—Michael —dijo Shiro—, ahora la lucha es tuya. Sé listo.

Michael posó su mano sobre la cabeza calva de Shiro y asintió. El grandullón estaba llorando, aunque en su rostro había una serena sonrisa.

—Harry —susurró Shiro—. Nicodemus te tiene miedo. Cree que quizá viste algo. No sé el qué.

—Hace bien —dije.

—No —dijo el viejo—. No dejes que te destruya. Debes encontrarlo. Quítale el Sudario. Mientras esté en sus manos, la plaga se extenderá. Si lo pierde, se extinguirá.

—No sabemos dónde está —repuse.

—Tren —susurro Shiro—. Su plan B. Un tren a San Luis.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Michael.

—Se lo dijo a su hija. Pensaba que yo ya estaba muerto. —Shiro centró su atención en mí y dijo—: Detenedlo.

Sentí un nudo en la garganta. Asentí, y a duras penas dije:

—Gracias.

—Pronto lo entenderás —dijo Shiro—. Pronto.

Luego suspiró como un hombre que se había quitado una pesada carga de encima. Sus ojos se cerraron.

Shiro murió. No fue agradable. No había nada digno en aquello. Fue brutal y salvajemente torturado, murió porque decidió ocupar mi lugar.

Pero cuando se fue, tenía una pequeña sonrisa de satisfacción en el rostro. Quizá fuera la sonrisa de alguien que se había mantenido fiel a sus principios. Que había dedicado su vida a algo más grande que él. Que había dado su vida voluntariamente, e incluso con alegría.

Sanya dijo con voz ronca:

—No podemos quedarnos aquí.

Me levanté y me colgué el bastón de Shiro del hombro. Tuve frío y me estremecí. Me puse una mano en la frente y reparé en que estaba fría y húmeda. La plaga.

—Sí —dije, y salí de la sala de vuelta a las escaleras manchadas de sangre—. No hay tiempo.

Michael y Sanya siguieron mi ritmo.

—¿Adónde vamos?

—A la zona de pistas —respondí—. Es un tío listo. Se le habrá ocurrido. Estará allí.

—¿Quién? —preguntó Michael.

No contesté. Los conduje de vuelta hasta el garaje y luego hacia las pistas. Avanzamos a toda prisa por el recinto y luego por los espacios abiertos cubiertos de asfalto que separaban los edificios de las pistas de aterrizaje. Una vez allí, me quité mi *pentáculo* y lo sostuve en alto. Me concentré en él y comenzó a brillar con su inequívoca luz azul.

—¿Qué haces? —dijo Sanya.

—Hago señales —dije.

—¿A quién?

—A nuestro transporte.

Tan solo cuarenta y cinco segundos después, escuchamos el sonido de las aspas de un helicóptero acercándose a nosotros. El aparato, un helicóptero comercial pintado de blanco y azul, se mantuvo en el aire sobre nuestras cabezas justo antes de reducir altura para un preciso y rápido aterrizaje.

—Venga —dije, y me dirigí hacia el aparato. La puerta lateral se abrió y subí con Michael y Sanya siguiéndome de cerca.

Caballero Johnny Marcone vestido con unos pantalones de camuflaje oscuros nos saludó con una inclinación de cabeza.

—Buenas noches, caballeros —dijo—. Díganme adonde quieren ir.

—Al suroeste —dije a gritos por encima del ruido del motor—. Van a subirse a

un tren con destino a San Luis.

Michael miraba a Marcone como en estado de choque.

—Este es el hombre que ordenó el robo del Sudario —dijo—. ¿Y piensas que nos va a ayudar?

—Claro que sí —dije—. Si Nicodemus se sale con la suya y lanza la gran maldición, Marcone habrá tirado el dinero que pagó por el Sudario.

—Eso sin mencionar que una plaga sería mala para el negocio —añadió Marcone—. Creo que podemos unir fuerzas para luchar contra ese tal Nicodemus. Ya hablaremos luego sobre quién se queda con el Sudario. —Se giró, le dio unas palmaditas en el hombro al piloto y le gritó sus instrucciones. El piloto volvió la cabeza hacia nosotros y distinguí el perfil de Gard contra el trasfondo de las luces del cuadro de mandos. Hendricks se inclinó hacia delante desde su asiento de pasajero para escuchar a Marcone y luego asintió con la cabeza.

—Muy bien entonces —dijo Marcone mientras volvía a la zona de los pasajeros. Sacó una escopeta de caza de gran calibre de un compartimento, se acomodó en su asiento y se abrochó el cinturón—. Será mejor que se abrochen los cinturones, caballeros. A por el Santo Sudario.

Me recosté en el asiento y le dije a Michael:

—Qué pena que no tengamos nada de Wagner para el viaje.

Vi por el reflejo en la ventana delantera que Gard tomaba nota de mi comentario. Le dio a un par de botoncitos y *La cabalgata de las valkirias* empezó a atronar en la cabina del helicóptero.

—¡Yija! —dije, mientras comenzaba a sentir un dolor persistente en codos y rodillas—. Si al final la palmamos, al menos lo haremos con estilo.

Capítulo 32

Unos minutos después, la cosa se complicó. El helicóptero comenzó a dar bandazos de forma aleatoria, desviándose algunos metros en cualquier dirección. Si no me hubiera abrochado el cinturón, probablemente me habría golpeado la cabeza contra las paredes o el techo.

Marcone se puso unos cascos y habló por un micrófono. Escuchó lo que le respondían del otro lado y luego nos dijo a los demás a gritos:

—Puede que el vuelo sea un poco movidito. Los estabilizadores dependen del ordenador de a bordo que parece tener problemas. —Me miró directamente—. Y ya me imagino por qué.

Miré a mi alrededor, cogí otro par de cascos, me los puse y dije:

—Chúpamela.

—¿Cómo dices? —La indignada voz de Gard me llegó a través de los auriculares.

—Tú no, rubita. Hablaba con Marcone.

Marcone se cruzó de brazos con una media sonrisa.

—Tranquila, señorita Gard. La compasión dicta que debemos hacer algunas concesiones. El señor Dresden es un tipo incapacitado para la diplomacia. Deberían encerrarlo en un centro para los que carecen de tacto.

—Luego te diré yo lo que puedes hacer con el centro ese —dije—. Marcone, tengo que hablar contigo.

Marcone frunció el ceño y luego asintió.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de llegar a las vías del sur?

—Estamos sobrevolando una de ellas —respondió Gard—. Tenemos tres minutos para coger el tren.

—Avísame cuando lleguemos. Señor Hendricks, por favor seleccione el canal dos en los auriculares.

Hendricks no dijo nada y me pregunté por qué se habría molestado en ponerse los cascos.

—Bueno —la voz de Marcone me llegó tras un momento—. Ahora no nos oye nadie.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté.

—¿Por qué no te dije que no había enviado al señor Franklin a por ti?

—Sí.

—¿Me habrías creído?

—No.

—¿Habrías pensando que intentaba jugártela de alguna manera?

—Sí.

—Entonces, ¿para qué malgastar energía y hacer que te comieras la cabeza? Por

lo general, eres un tipo bastante receptivo, si te dan tiempo. Y te conozco lo bastante como para saber que no quiero tenerte como enemigo.

Lo contemplé furioso.

Él arqueó una ceja y me miró a los ojos sin miedo ni hostilidad.

—¿Por qué quieres el Sudario?

—Eso no es asunto tuyo.

—En realidad sí que lo es —le espeté—. Literalmente. ¿Por qué lo quieres?

—¿Por qué lo quieres tú?

—Porque los denarios van a matar a mucha gente con él.

Marcone se encogió de hombros.

—Esa también podría ser mi razón.

—Sí, claro.

—Esto son negocios, Dresden. Y no puedo hacer negocios con un montón de cadáveres.

—¿Por qué no te creo?

Los dientes de Marcone relucieron.

—Porque si te dan tiempo, resultas un tipo bastante receptivo. Escuchamos un pitido en los auriculares y Gard dijo:

—Quince segundos, señor.

—Gracias —respondió Marcone—. Dresden, ¿por qué llevan el Sudario y la plaga a San Luis?

—Allí hay otro aeropuerto internacional —dije—. Es donde la TWA tiene su central. Y, joder, ya que están allí, podrían darse un chapuzón en el Misisipi.

—¿Y por qué no quedarse tranquilamente en Chicago?

Señalé a Michael y a Sanya con un movimiento de cabeza.

—Por ellos. Además supongo que Murphy y el IE les pondrían las cosas difíciles. Incluso los *polis* normales los andaban buscando.

Miró con curiosidad a Michael y Sanya.

—Supongo que sabrán cómo localizar el Sudario si acertamos con el tren.

—Sí —dije—. Y esto es lo que te propongo. Nos dejas en la estación y nosotros nos hacemos con el Sudario.

—Yo voy con vosotros —dijo Marcone.

—No, de eso nada.

—Siempre puedo ordenar a la señorita Gard que vuelva al aeropuerto O'Hare.

—Donde todos moriremos por la plaga, ya que no lograremos detener a los denarios.

—Quizá. Pero en cualquier caso, yo voy con vosotros.

Lo miré enfadado, luego negué con la cabeza y me recosté en el asiento, temblando.

—Eres un mamón. Un cabrón con pintas, Marccone.

Marccone sonrió solo con la boca.

—Qué bonito. —Miró por la ventana y dijo—: Mi gente me dice que solo hay tres trenes que salgan de Chicago con destino a San Luis esta noche. Dos de mercancías y uno de pasajeros.

—No irán en el tren de pasajeros —dije—. Llevan consigo armas y matones, no pueden.

—Así que tenemos un cincuenta por ciento de probabilidades de que sea este el que buscamos —dijo Marccone.

El helicóptero descendió hasta que los árboles que había junto a las vías se agitaron con el aire de los rotores. Eso es lo bonito del Medio Oeste. Te alejas treinta kilómetros del centro de cualquier ciudad y te encuentras rodeado de campo y granjas. Miré por la ventana y vi un largo tren avanzar por las vías.

Michael se puso tieso de repente en su asiento y me hizo una señal con la cabeza.

—Es ese —le dije a Marccone—. ¿Y ahora qué?

—Este helicóptero se lo compré a la Guardia Costera. Está equipado para realizar operaciones de rescate. Nos bajarán con una cuerda al tren.

—¿Estás de coña, no?

—Las cosas que merecen la pena siempre cuestan, Dresden. —Marccone se quitó los auriculares e informó de su idea a Sanya y Michael a gritos. La reacción de Sanya fue como la mía, pero Michael solo asintió y se desabrochó el cinturón de seguridad. Marccone abrió un compartimento y sacó varios arneses de nailon. Se puso uno y nos pasó el resto a los demás. Después deslizó la puerta lateral del helicóptero. El viento llenó la cabina. Marccone abrió un armarito y comenzó a desenrollar un cable. Dentro vi una polea mecánica. Marccone pasó el cable por una argolla que estaba sujeta a la parte exterior de la puerta y dijo:

—¿Quién va primero?

Michel dio un paso al frente.

—Yo.

Marccone asintió con la cabeza y enganchó el cable a su arnés. Un minuto después, Michael saltaba del helicóptero. Marccone le dio a un botón que había junto a la polea y el cable comenzó a desenrollarse. Marccone lo observó con atención y asintió:

—Ya está en el tren.

El cable volvió a subir y Sanya se acercó a la puerta. Tardó un par de minutos y me pareció que el helicóptero se movía demasiado, pero Marccone al final asintió.

—Dresden.

Mientras Marccone comprobaba mi arnés y me enganchaba al cable, noté que tenía la boca seca. Después gritó:

—¡Abajo!

Yo no quería bajar, pero también tenía muy claro que no iba a rajarme con Marccone ahí delante. Cogí con fuerza mi bastón y mi varita, comprobé que la espada de Shiro estaba bien sujeta a mi espalda y salté. Me balanceé un poco en el aire y luego noté como bajaba.

El aire que levantaba el helicóptero prácticamente me cegó, pero cuando por fin conseguí mirar a mi alrededor pude ver el tren a mis pies. Nos estaban bajando al coche inmediatamente anterior al vagón de cola, un gran contenedor de metal de techo plano. El helicóptero apuntaba con un potente reflector al tren, y pude distinguir a Michael y Sanya agachados, mirando como bajaba.

Me balanceé y columpié como si fuera el primer yoyó de un niño. Me di en las piernas con las ramas de un árbol lo bastante fuerte como para que me dejara señal. Cuando ya estuve más cerca, Michael y Sanya me agarraron y consiguieron que me posara sobre el tren sin mayores consecuencias.

Marccone también bajó, con su escopeta al hombro. Supuse que Hendricks era el que manejaba la grúa. Los caballeros ayudaron a Marccone a tomar tierra sin problemas y él mismo se desenganchó. El cable se balanceó en el aire y el helicóptero giró y cogió altura, desviando al mismo tiempo su reflector. Mis ojos tardaron un momento en ajustarse a la brillante luna, mientras tanto, me mantuve agachado para no perder el equilibrio.

—Harry —gritó Michael—. ¿Adónde vamos ahora?

—Hacia la locomotora. Buscad un furgón —le dije—. Un vagón donde les resultara fácil colarse.

Michael asintió con la cabeza.

—Sanya, vigila la retaguardia.

El gran ruso sostenía su fusil como un soldado bien entrenado y se colocó el último de nuestro grupo para vigilar nuestras espaldas. Michael, con una mano en la espada, se puso en cabeza, avanzando con la agilidad y la decisión de un predador.

Miré a Marccone y le dije:

—Yo no voy a ninguna parte contigo detrás.

Marccone volvió a sonreír y se quitó la escopeta del hombro. Él también parecía un soldado entrenado. Se situó detrás de Michael en la cola.

Me aparté el viejo guardapolvos hasta que quedó sujeto detrás de mi pistola, dejándome así libertad de movimientos para desenfundar. Probablemente yo no tenía un aspecto muy marcial. Probablemente parecería más un personaje salido de un *spaghetti Western*. Comencé a caminar detrás de Marccone, con mi bastón en la mano izquierda y mi varita en la derecha.

Fuimos avanzando sobre el tren de mercancías en movimiento igual que en esas *pelis* del Oeste que todos hemos visto. Si no hubiese tenido fiebre y náuseas, quizá

hubiera disfrutado.

Michael se agachó de repente y alzó un puño a la altura de la oreja. Marcone se detuvo inmediatamente, y se agachó con el fusil colgado del hombro. Un puño cerrado significa «alto», vale. Yo también me puse en cuclillas.

Michael se dio media vuelta, se señaló con dos dedos los ojos, alzó tres dedos y apuntó al furgón que teníamos justo delante. Yo interpreté que había visto a tres de los malos en el vagón. Michael hizo un gesto a Sanya y el ruso se adelantó sigilosamente. Michael me señaló a mí y luego a la parte trasera del tren. Asentí con la cabeza y me dispuse a vigilar la retaguardia.

Miré por encima del hombro y vi como Michael y Sanya descendían por el hueco entre dos vagones y desaparecían de mi vista.

Cuando volví a fijarme en la parte trasera del tren, vi una pesadilla corriendo sobre los furgones hacia mí.

Cualquiera que fuera el proceso que desembocó en la creación de aquella criatura, no debió de ser muy agradable. Delgada y con cuatro patas, se asemejaba a un gato. Pero no tenía pelo. Su piel era como el cuero, y estaba cubierta de arrugas y manchas. Su cabeza estaba a medio camino entre la de un jaguar y un jabalí. En su boca abierta y babeante pude ver unos colmillos que se proyectaban hacia fuera y otros que permanecían ocultos dentro de sus fauces. Sus movimientos eran rápidos, aunque poco gráciles.

Dejé escapar un grito ahogado al tiempo que alzaba mi varita mágica. Canalicé mi energía a través de ella, grité y lancé un rayo que lo alcanzó en la cara justo cuando saltaba sobre mí. Emitió un quejido escalofriante y luego se estremeció de dolor mientras saltaba y caía por un costado del vagón.

El fuego me cegó por un momento, dejando un punto verde brillante en mi campo de visión. Oí como se acercaba el siguiente, pero no pude verlo. Me tiré al suelo bocabajo y grité:

—¡Marcone!

Escuché tres disparos deliberadamente espaciados en el tiempo. Luego la cosa chilló, pero no pude verlo hasta que mis ojos no se ajustaron de nuevo a la oscuridad. Su cuerpo yacía sobre el vagón a no más de tres metros de mí. Arrastraba las patas traseras mientras luchaba por avanzar ayudándose solo de una garra.

Marcone se acercó, alzó la escopeta y le descerrajó tranquilamente un tiro entre ceja y ceja. La criatura se retorció, se desplomó y su cuerpo comenzó a resbalar laxo por el costado del tren.

Marcone lo siguió con la mirada.

—¿Qué era eso?

—Una especie de perro guardián —dije.

—Interesante. ¿Un demonio?

Me puse en pie.

—Lo dudo. Los demonios suelen ser bastante más duros de pelar.

—¿Pues entonces qué era?

—¿Y yo qué coño sé? También es la primera vez que los veo. ¿Dónde están Michael y Sanya?

Fuimos a buscarlos. El siguiente era un vagón vacío, con listones de madera bastante separados y sin techo. Parecía de esos que se usaban para transportar ganado. Dentro había tres hombres, inconscientes o muertos. Michael escaló por la pared opuesta del furgón y pasó al siguiente vagón.

Nosotros bajamos al furgón.

—¿Están muertos? —preguntó Marccone.

—Están durmiendo la siesta —dijo Sanya.

Marccone asintió.

—Deberíamos rematarlos. Estos tipos son fanáticos. Como se despierten, nos atacarán sin pensárselo dos veces, vayan armados o no.

Lo miré fijamente.

—No vamos a matarlos a sangre fría.

—¿Y por qué razón no?

—Cállate, Marccone.

—Ellos no serían tan magnánimos. Y si los dejamos vivir, seguramente los denarios los utilizarán para causar dolor y muerte. Esa es su función.

—No los vamos a matar.

Los labios de Marccone se curvaron en una amarga sonrisa.

—Ya me lo imaginaba. —Abrió un compartimento de su cinturón y le tiró a Sanya un par de esposas. El ruso las cogió en el aire y esposó a los hombres juntos, después los enganchó con la otra esposa a un hierro del vagón.

—Vamos —dijo Marccone—. Supongo que ahora solo nos queda esperar que esos tipejos no se coman la mano hasta la muñeca para liberarse.

—¡Sanya! —La voz de Michael resonó por encima del ruido del tren y de repente, un resplandor de brillante luz blanca se alzó sobre el siguiente vagón. A continuación escuchamos el sonido del acero contra el acero.

Sanya me lanzó su rifle de asalto. Lo cogí y se puso a escalar por los tablones para salir del furgón. Se ayudó con el brazo derecho mientras el izquierdo, herido, colgaba inerte; así alcanzó la parte superior del furgón de ganado. Permaneció allí quieto, desenvainó a *Esperacchius* en un resplandor de más luz blanca y se arrojó al siguiente vagón con un fuerte rugido.

Dejé caer mi varita y toqueteé el fusil de asalto en busca del seguro. Marccone dejó su escopeta de caza a un lado y dijo:

—Acabarás haciéndote daño. —Me quitó el fusil de asalto de las manos,

comprobó un par de cosas sin necesidad de mirar el arma, luego se lo colgó del hombro y se dispuso a salir del furgón. Yo murmuré entre dientes y subí por los tablones de madera detrás de él.

El siguiente vagón era otra caja de metal. Las espadas de Michael y Sanya brillaban como el sol y yo tuve que protegerme los ojos ante su resplandor. Estaban el uno junto al otro, dándome la espalda y mirando hacia la parte delantera del tren.

Nicodemus estaba frente a ellos.

El señor de los denarios vestía una camisa de seda gris y pantalones negros. Llevaba el Sudario enrollado alrededor de su cuerpo, dejando un hombro libre, como si fuera un participante en un concurso de belleza. La soga de su cuello ondeaba con el viento hacia la cola del tren. Sostenía una espada en sus manos, una catana japonesa con una empuñadura desgastada. El extremo de su hoja estaba manchado de sangre. Mantenía la espada a su lado y en sus labios lucía una sonrisita; parecía relajado.

Michael miró hacia atrás de reojo y vi un hilo de sangre en su mejilla.

—Atrás, Harry.

Nicodemus atacó en cuanto Michael se distrajo un momento. El arma del denario pareció desdibujarse y Michael apenas consiguió parar el golpe con *Amoracchius*. Perdió el equilibrio y permaneció con una rodilla en tierra durante un segundo terrible, pero Sanya gritó y atacó, describiendo con su espada silbantes arcos y obligando a Nicodemus a retroceder. El ruso acorraló al denario contra el lado más alejado del vagón.

Me di cuenta de la trampa y grité:

—¡Sanya, atrás!

El ruso no pudo contrarrestar por completo el impulso que llevaba hacia delante, pero giró y se tiró a un lado. Justo en ese momento, unas cuchillas de acero salieron disparadas desde el interior del vagón. El metal del tejado chirrió cuando las cuchillas lo perforaron, alzándose por encima del techo un metro o metro y medio. No alcanzaron a Sanya por un pelo. Nicodemus se volvió para acosar al ruso.

Michael se puso en pie, hizo girar la pesada hoja de *Amoracchius* y atravesó tres veces el tejado del vagón. Una sección triangular de unos noventa centímetros de ancho cayó al suelo del furgón, revelando un brillo anaranjado en los bordes del metal causado por el calor que despedía el acero de la espada. Michael saltó al furgón por el agujero y desapareció.

Yo alcé mi varita mágica y me centré en Nicodemus. Él me miró y movió la muñeca en mi dirección.

Su sombra recorrió el techo del furgón y me golpeó. Me arrancó la varita mágica de la mano, la arrastró por el aire y luego la hizo astillas.

Sanya gritó cuando una cuchilla atravesó el techo del vagón y le hirió en una

pierna. Cayó sobre una rodilla.

A continuación, una luz brillante resplandeció desde el interior del vagón y alumbró a los combatientes. Unos destellos blancos escaparon por los agujeros que las cuchillas habían hecho en el metal. Escuché al demonio Deirdre gritar bajo nuestros pies, y las cuchillas que acosaban a Sanya desaparecieron.

Nicodemus rugió. Hizo girar una mano en mi dirección y su sombra me arrojó las astillas de mi varita mágica a la cara, silbando como si fueran balas. Entre tanto, Nicodemus se lanzó de nuevo a por Sanya con la luz de la luna reflejada en su espada.

Alcé los brazos a tiempo para desviar las astillas, pero no pude ayudar a Sanya. Nicodemus le arrebató de un golpe la espada y la arrojó a un lado. Sanya rodó y logró esquivar la catana que le habría cortado la cabeza. Pero al hacerlo, dejó el brazo herido en el suelo y Nicodemus aprovechó para aprisionarlo con el talón de su bota.

Sanya gritó de dolor.

Nicodemus alzó su espada para asestarle el golpe final.

Entonces *Caballero* Johnny Marccone abrió fuego con el Kalashnikov.

Marccone disparó tres rápidas andanadas. La primera le destrozó el pecho y el cuello, justo por encima del Sudario. La segunda le dio en el brazo y el hombro opuestos al Sudario, y logró separarlos del torso. La última ronda de tiros le destrozó la cadera y el muslo del lado opuesto a donde colgaba el Sudario. El rostro de Nicodemus se ensombreció de rabia, pero las balas lo habían despedazado, así que saltó del vagón y desapareció.

Abajo se produjo otro chillido demoníaco y escuchamos ruido de metal. Los gritos comenzaron a alejarse hacia la cabecera del tren, y un momento después Michael subía los peldaños de la escalera situada en el costado del vagón, con la espada envainada.

Salté hacia delante y corrí hacia Sanya. La pierna le sangraba mucho. Él ya se había quitado el cinturón, y yo le ayudé a colocárselo alrededor de la pierna para hacerle un torniquete.

Marccone se acercó al lugar donde había caído Nicodemus, frunció el ceño y dijo:

—¡Joder! Debería haber caído fulminado aquí mismo. Ahora tendremos que volver a por el Sudario.

—No, de eso nada —dije—. No lo has matado. Probablemente solo has conseguido cabrearlo.

Michael pasó por delante de Marccone para ayudar a Sanya, mientras se arrancaba una tira de su capa blanca.

—¿Tú crees? —preguntó Marccone—. Las heridas parecían bastante serías.

—Es que no creo que se le pueda matar —repuse.

—Interesante. ¿Puede correr más rápido que un tren?

—Probablemente —dije.

—¿Tienes más munición? —preguntó Marcone a Sanya.

—¿Dónde está Deirdre? —pregunté a Michael.

Él negó con la cabeza.

—Herida. Se abrió camino a través de la pared del vagón y pasó al siguiente. Era demasiado arriesgado perseguirla yo solo con tan poco espacio para maniobrar.

Me incorporé y volví con dificultad al furgón de ganado. Bajé al interior para recuperar mi bastón. Después de un momento de duda, también cogí la escopeta de Marcone y comencé a subir de nuevo.

Y resultó que al final yo estaba equivocado. Nicodemus no corría más rápido que el tren.

Volaba más rápido que el tren.

Apareció deslizándose por el cielo con su sombra extendida como si fuera una inmensa ala de murciélago. Su espada resplandeció mientras apuntaba con ella a Marcone. Los reflejos del mafioso harían que una serpiente al ataque pareciera lenta; se agachó y rodó, apartándose de la espada del denario.

Nicodemus avanzó hasta el siguiente vagón y aterrizó frente a nosotros con las rodillas flexionadas. Un sello brillante había aparecido en su frente, era un signo retorcido que producía náuseas con solo mirarlo. Su piel estaba estropeada y fea allí donde las balas lo habían alcanzado, pero seguía de una pieza, y mejoraba con cada segundo que pasaba. Tenía el rostro deformado por la rabia y una especie de dolor delirante. Su sombra avanzó flotando, sobrevoló el vagón sobre el que Nicodemus se había posado y luego desapareció en el hueco que separaba su coche del nuestro.

Se produjo un chirrido y nuestro vagón se agitó. Después escuchamos como se desgarraba algo metálico y el furgón comenzó a temblar.

—¡Ha desenganchado los vagones! —grité, y en ese momento el vagón de Nicodemus comenzó a alejarse, al tiempo que el nuestro perdía velocidad. El espacio que los separaba era cada vez mayor.

—¡Id! —gritó Sanya—. ¡Estaré bien!

Michael se puso en pie y se lanzó al otro vagón sin dudarlo. Marcone tiró el fusil de asalto y corrió hacia el espacio vacío. Cogió impulso, saltó, agitó los brazos como un molino y acabó aterrizando, por los pelos, sobre el techo del otro vagón.

Yo subí a lo alto del vagón e hice lo mismo. Imaginé lo que sería no llegar al otro furgón y aterrizar sobre las vías, delante del resto del convoy. Incluso sin locomotora, el simple impulso bastaría para matarme. Tiré la escopeta de Marcone y me aferré al bastón. Al saltar, incliné el bastón con fuerza hacia atrás y grité: *¡forzare!*

La fuerza bruta que mandé hacia atrás me empujó hacia delante. De hecho, me lanzó demasiado hacia delante. Aterricé más cerca de Nicodemus que de Michael o Marcone, aunque por lo menos no caí en plancha a sus pies.

Michael se adelantó para colocarse a mi lado y un segundo después Marccone hacía lo mismo con una pistola automática en cada mano.

—El chico no es muy rápido, ¿verdad Michael? —dijo Nicodemus—. Tú eres un oponente adecuado, supongo. No tan experimentado como deberías, pero es difícil encontrar alguien con más de treinta o cuarenta años de experiencia, y no digamos ya con siglos. Tiene menos talento que el japonés, pero claro, él puso el listón muy alto.

—Devuelve el Sudario, Nicodemus —gritó Michael—. No te pertenece.

—Oh, sí, claro que sí —repuso Nicodemus—. Desde luego no serás tú quien me detenga. Y cuando haya acabado contigo y con el mago, volveré a por el chico. Mataré tres caballeros de un tiro, como si dijéramos.

—No vale que haga chistes malos —murmuré—. Esa es mi especialidad.

—Al menos a ti no te ha ignorado por completo —dijo Marccone—. Me siento ofendido.

—¡Eh! —grité—. Nick, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Por favor, adelante mago. En cuanto comience la lucha, no tendrás oportunidad de preguntar nada.

—¿Por qué? —dije.

—¿Cómo dices?

—¿Por qué? —pregunté de nuevo—. ¿Por qué coño haces esto? O sea, entiendo por qué robaste el Sudario. Necesitabas una pila mayor. ¿Pero por qué la plaga?

—¿Has leído el libro del Apocalipsis?

—Últimamente no —admití—. Pero no me creo que tu objetivo sea desencadenar el fin del mundo.

Nicodemus negó con la cabeza.

—Dresden, Dresden. El apocalipsis no es un acontecimiento. Al menos, no es ningún acontecimiento específico. Un día, estoy seguro, se producirá un apocalipsis que suponga el fin de todo, pero dudo que lo que tengo planeado lo desencadene.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

Nicodemus me contempló durante un momento y luego sonrió.

—El apocalipsis es un estado mental —dijo entonces—. Una creencia. El sometimiento a lo inevitable. Es la angustia por el futuro. Es la muerte de toda esperanza.

Michael dijo en voz baja:

—Y en esa clase de atmósfera hay más sufrimiento. Más dolor. Más desesperación. Más poder para el inframundo y sus siervos.

—Exacto —dijo Nicodemus—. Tenemos a un grupo terrorista listo para colgarse la medalla de la plaga. Seguramente provocará represalias, protestas, violencia. Todo tipo de reacciones.

—Y estaremos un poco más cerca del fin —dijo Michael—. Así es como él

concibe el progreso.

—Me gusta considerarlo como simple entropía —puntualizó Nicodemus—. En realidad la verdadera cuestión es ¿por qué os interponéis? Así es como funciona el universo, caballero. Las cosas se destruyen. No tiene sentido resistirse.

En respuesta, Michael desenvainó su espada.

—Aparta —me dijo Michael—. Déjame a mí.

—Michael...

—En serio. —Avanzó hacia Nicodemus.

Nicodemus se tomó su tiempo, y se acercó lentamente a Michael. Hizo chocar ligeramente su espada con la de Michael y luego la alzó a modo de saludo. El caballero hizo lo mismo.

Nicodemus atacó, y Amracchius se encendió con una luz brillante. Los dos hombres intercambiaron una rápida sucesión de golpes y estocadas. Se separaron, y después volvieron a enzarzarse en la lucha, moviéndose en círculos. El lance se saldó con ambos contrincantes indemnes.

—Las balas no parece que le hagan mella —me dijo Marcone en voz baja—. ¿Pero la espada de un caballero si lo puede herir?

—Michael cree que no —contesté.

Marcone se sorprendió y me miró fijamente.

—¿Y entonces a qué viene este duelo?

—Porque es algo que hay que hacer —dije.

—¿Sabes qué creo? —dijo Marcone.

—Crees que deberíamos pegarle un tiro por la espalda a la primera oportunidad para que luego Michael lo descuartice.

—Sí.

Saqué mi pistola.

—Vale.

Justo entonces, los brillantes ojos de Deirdre, la chica demonio, se encendieron varios vagones por delante del nuestro y se lanzaron a por nosotros a la carrera. La vi de refilón justo antes de que saltara a nuestro vagón, con las escamas y el peinado al estilo del demonio de Tasmania. Pero además, en su mano empuñaba una espada.

—¡Michael! —grité—. ¡Detrás de ti!

Michael giró y se inclinó hacia un lado, esquivando el primer ataque de Deirdre. El pelo de esta lo siguió, restallando como un látigo tras él, y enrollándose en torno a la empuñadura de su espada.

Yo actué sin pensar. Cogí el bastón de Shiro de mi espalda, grité «¡Michael!» y se lo arrojé.

Michael ni siquiera giró la cabeza. Alzó el brazo, cogió el bastón y con un amplio movimiento desenvainó la espada. El filo de *Fidelacchius* resplandeció con luz

propia. Sin detenerse, blandió la segunda espada, alcanzó el retorcido cabello de Deirdre, consiguió que le soltara el brazo, y recuperó el terreno perdido.

Nicodemus lo atacó, pero Michael le paró los pies al tiempo que gritaba: «*¡O Dei! ¡Lava quod est sordium!*». «Oh Dios, purifica lo impuro». Michael se las arregló para mantener su posición frente a Nicodemus, sin dejar de entrechocar sus espadas. El caballero empujó a Nicodemus hacia un lado y entonces vi la oportunidad de dispararlo por la espalda. Y eso hice. Después, Marccone siguió mi ejemplo.

Los disparos cogieron a Nicodemus por sorpresa y le hicieron perder el equilibrio. Michael gritó y atacó con más fuerza, aprovechando la primera ventaja que se le presentaba. Los dos brillantes filos de las espadas restallaban y describían círculos ataque tras ataque, al tiempo que Michael obligaba a Nicodemus a retroceder, paso a paso.

—Joder, parece que va a ganar —murmuré.

Pero Nicodemus sacó una pistola de la parte posterior de su cinturón.

Presionó el cañón contra el pecho de Michael y apretó el gatillo. Varias veces. La luz y el estruendo hicieron que el tren en marcha pareciera silencioso.

Michael cayó y permaneció inmóvil.

La luz de las dos espadas se extinguió.

Yo grité:

—¡No! —Alcé mi pistola y comencé a disparar de nuevo. Marccone se unió a mí.

No se nos dio tan mal si consideramos que estábamos en lo alto de un tren en marcha. Pero Nicodemus no pareció asustarse. Caminó hacia nosotros a pesar de las balas, estremeciéndose e irguiéndose ocasionalmente. Después tiró las dos espadas por un lado del tren de una patada.

Yo me quedé sin munición y Nicodemus me quitó la pistola de la mano con un golpe de su espada. La pistola cayó sobre el techo del furgón, rebotó y se perdió en la noche. El tren avanzaba con gran estruendo cuesta abajo hacia un puente. La chica demonio Deirdre dio un salto y aterrizó a cuatro patas junto a su padre, con el rostro distorsionado en una mueca de alegría. Los tentáculos de su pelo se desplazaban cariñosamente sobre el cuerpo inmóvil de Michael.

Transformé mi escudo en una simple barrera que situé ante mí y dije:

—Ni te molestes en ofrecerme una moneda.

—No pensaba hacerlo —dijo Nicodemus—. Me da la sensación de que no sabes trabajar en equipo. —Luego miró por encima de mí y dijo—: Pero he oído hablar de ti, Marccone. ¿Te interesa el puesto?

—Yo te iba a preguntar lo mismo —dijo Marccone.

Nicodemus sonrió y dijo:

—Bravo, señor. Te entiendo. No tengo más remedio que matarte, pero te entiendo.

Marcone y yo intercambiamos miradas. Señalé con los ojos hacia el puente al que nos acercábamos. El respiró hondo y asintió con la cabeza.

Nicodemus alzó la pistola y me apuntó a la cabeza. Su sombra de repente se deslizó hacia delante, sorteó mi escudo por debajo y por un lado y me cogió la mano izquierda. Tiró con fuerza de ella y me hizo perder el equilibrio.

Marcone estaba preparado. Dejó caer una de sus pistolas vacías y sacó una navaja de algún lugar entre su ropa. La blandió en la cara de Nicodemus.

Yo me lancé a por su pistola cuando retrocedió. El arma se disparó. Mis sentidos explotaron con un fogonazo de luz y de repente no sentí el brazo izquierdo. Aun así, conseguí aprisionarle la mano que sujetaba la pistola entre mi cuerpo y mi brazo derecho e intenté que la soltara, abriéndole los dedos a la fuerza.

Marcone se lanzó a por él con otra navaja. Me pasó volando muy cerca de la cara, aunque no me dio. Pero si alcanzó al Sudario. Marcone lo cortó limpiamente, lo agarró y se lo quitó a Nicodemus.

En cuanto cogió el Sudario, sentí la liberación de energía; una ola de magia caliente y febril que me pasó por encima como un repentino y poderoso torrente. Cuando desapareció, la tiritona y los dolores de las articulaciones se esfumaron también. La maldición estaba rota.

—¡No! —gritó Nicodemus—. ¡Mátalo!

Deirdre se lanzó a por Marcone. Marcone se dio media vuelta y saltó del tren justo cuando pasábamos por encima del río. Se lanzó al agua con los pies por delante, con el Sudario bien agarrado, y desapareció en la oscuridad.

Conseguí que Nicodemus soltara el arma. Él me agarró del pelo, tiró hacia atrás y me puso el brazo alrededor de la garganta. Me estaba ahogando.

—Voy a tardar días en matarte, Dresden —murmuró entre dientes.

Te tiene miedo, dijo en mi cabeza la voz de Shiro.

Entonces recordé como Nicodemus se apartó de Shiro cuando el viejo entró en la habitación.

La cuerda del cuello lo protegía de cualquier daño duradero.

Pero en un momento de inspiración, de repente comprendí que de lo único que la cuerda no le podía proteger era de sí mismo.

Eché el brazo para atrás, y tanteé hasta que sentí la cuerda. Tiré de ella tan fuerte como pude, y luego la retorcí, apretando los nudillos con fuerza contra la garganta de Nicodemus.

Nicodemus reaccionó con un pánico repentino y evidente. Me soltó e intentó apartarse de mí. Yo me aferré como si en ello me fuera la vida y conseguí desequilibrarlo. Intenté arrojarlo del tren, soltando la cuerda en el último momento. Se acercó al lateral del tren, pero Deirdre dejó escapar un grito y saltó hacia delante, enrolló sus tentáculos alrededor de su brazo y evitó que cayera.

—Mátalo —dijo Nicodemus con voz entrecortada—. ¡Mátalo ahora!

Mientras tosía y me esforzaba por respirar, cogí como pude el cuerpo inmóvil de Michael y salté del tren.

Alcanzamos el agua juntos. Michael se hundió, pero yo no lo solté, y me hundí con él. Intenté sacarlo a la superficie, pero no pude. De repente todo se volvió confuso y oscuro.

Ya casi me había rendido cuando sentí algo cerca de mí, en el agua. Pensé que sería una cuerda y lo cogí. Aún tenía agarrado a Michael cuando el que arrojó la cuerda comenzó a tirar de ella.

Cogí una bocanada de aire cuando mi cabeza por fin salió a la superficie, y alguien me ayudó a arrastrar el cuerpo de Michael a la zona poco profunda del río.

Era Marcone. Y no me había lanzado una cuerda.

Me sacó del agua con el Sudario.

Capítulo 33

Me desperté en la parte de atrás de la camioneta de Michael, con fuertes dolores y mirando las estrellas y la luna. Sanya estaba sentado en la parte de atrás y me observaba. Michael yacía junto a mí, inmóvil.

—Se ha despertado —dijo Sanya cuando vio que me movía.

La voz de Murphy llegó procedente de la parte delantera de la camioneta.

—Harry, no te muevas ¿vale? No sabemos si tus heridas son graves.

—Vale —dije—. Hola, Murph. Debería haberse roto.

—¿El qué? —preguntó Murphy.

—El Sudario. Debería haberse roto como papel mojado. Eso sería lo lógico, ¿no?

—*Shh*, Harry. No te muevas y no hables.

Me pareció un buen plan. Cuando volví a abrir los ojos estaba en la morgue.

Eso así, sin más, bastaría para estropearle el día a cualquiera.

Estaba tumbado sobre la mesa de autopsias y Butters, vestido con el uniforme quirúrgico y con carrito médico con todo el instrumental, se encontraba a mi lado.

—¡No estoy muerto! —grité—. ¡No estoy muerto!

Murphy apareció en mi campo de visión, y me puso una mano en el pecho.

—Ya lo sabemos, Harry. Tranquilo. Tenemos que sacarte la bala. No podemos llevarte al hospital. Están obligados a informar de las heridas de fuego.

—No sé —dijo Butters—. Este aparato de rayos X está bastante jodido. No estoy seguro de que muestre donde está la bala. Si no lo hago bien, la situación podría empeorar bastante.

—Lo puedes hacer —dijo Murphy—. Los aparatos modernos siempre funcionan mal cuando él está cerca.

Todo comenzó a dar vueltas.

Michael se acercó en algún momento a la mesa, me puso una mano sobre la cabeza y dijo:

—Tranquilo, Harry, ya casi está.

Y pensé: *Genial. Me han enviado a un escolta armado para asegurarse de que voy al Infierno.*

Cuando desperté de nuevo, estaba en un dormitorio pequeño. Había pilas de cajas y estanterías llenas de telas casi hasta el techo, y sonreí al reconocer el lugar. La habitación de invitados de los Carpenter.

En el suelo, junto a la cama, estaba el peto metálico de Michael. Había cuatro agujeros limpios por dónde habían pasado las balas. Me senté. Sentí una punzada de dolor en el hombro y reparé en que estaba cubierto de vendas.

Escuché un ruido en la puerta. Un pequeño par de ojos azules grisáceos asomaron por la ranura; era el pequeño Harry Carpenter que me miraba con cara de asombro.

—¡Hola! —le dije.

Dudó un momento, pero luego alzó los deditos regordetes y los movió a modo de saludo.

—Soy Harry —dije.

Él frunció el ceño y luego dijo:

—Aggry.

—Muy bien chico.

Salió corriendo. Un minuto después volvió. Sostenía un brazo muy por encima de su cabeza para alcanzar los dedos de su padre.

Michael entró en la habitación y me sonrió. Llevaba unos vaqueros, una camiseta blanca limpia y un brazo vendado. El corte de la cara estaba cicatrizando y tenía aspecto descansado y tranquilo.

—Buenas tardes —dijo.

Le dediqué una sonrisa cansada.

—Tu fe te protege, ¿eh?

Michael se agachó y dio la vuelta al chaleco metálico. Un material de color crema forraba el interior de la placa, y presentaba varios cortes profundos. Tiró de él y me mostró capas y capas de un tejido a prueba de balas que recubría unas planchas de cerámica colocadas para reforzar el peto.

—Mi fe me protege. Y mi chaleco Kevlar también ayuda.

Me reí un poco.

—¿Te obligó Charity a ponerte eso?

Michael cogió en brazos al pequeño Harry y se lo subió a los hombros.

—Lo hizo ella misma. Dijo que no iba a tomarse la molestia de hacer el peto para que luego me mataran de un tiro.

—¿Ella fabricó el peto? —pregunté.

Michael asintió.

—Toda la armadura. Antes trabajaba con motos.

El hombro me dio un latigazo de dolor lo bastante fuerte como para perderme el final de la frase.

—Perdona. ¿Qué decías?

—Decía que tienes que tomarte tu medicina. ¿Te apetece comer algo antes?

—Lo intentaré.

Comí algo de sopa. Fue agotador. Luego me tomé un analgésico y dormí sin sueños.

Durante los dos días siguientes, conseguí reconstruir lo sucedido a partir de lo que Michael me contó, y después, con lo que me dijo Sanya.

El gran ruso al final salió con bien de todo aquello. Marcone, después de sacarnos a Michael y a mí del agua, llamó a Murphy y le dijo dónde encontrarnos. Ella de

hecho, ya venía de camino, y solo tardó un par de minutos en llegar.

Luego supimos que habían asesinado a todo el personal del tren. Los tres matones que inmovilizamos en uno de los vagones mordieron unas pastillas de cianuro y la policía los encontró muertos.

Murphy nos llevó a todos a la morgue de Butters en lugar de a Urgencias, porque en cuanto el hospital diera cuenta de mi herida de bala, Rudolph y compañía me harían la vida imposible.

—Debo de estar chalada —dijo Murphy cuando me visitó—. Te juro, Dresden, que como tenga problemas por esto, te vas a enterar.

—Hicimos lo que teníamos que hacer, Murph —dije.

Puso los ojos en blanco, pero dijo:

—Vi el cadáver del aeropuerto, Harry. ¿Lo conocías?

Miré por la ventana a los tres pequeños de Michael que jugaban en el jardín, vigilados por una paciente Molly.

—Era un amigo. Yo podría haber corrido la misma suerte.

Murphy se estremeció.

—Lo siento, Harry. Los que le hicieron eso, ¿se te escaparon?

La miré y dije:

—Yo me escapé de ellos. Creo que como mucho solo conseguí molestarlos.

—¿Qué pasará cuando vuelvan?

—No lo sé —contesté.

—Mal —dijo Murphy—. La respuesta a esa pregunta es que no lo sabes con seguridad, pero que si se da el caso, informarás a Murphy desde el primer momento. Te metes en menos líos cuando yo ando cerca.

—Eso es cierto. —Puse mi mano sobre la suya y dije—: Gracias, Murph.

—Vas a conseguir que vomite, Dresden —dijo—. Oh, y para que lo sepas, Rudolph está fuera de IE. Al ayudante del fiscal del distrito para el que trabajaba le ha gustado su estilo de lameculos.

—Rudolph, el Reno de Nariz Marrón —dije.

Murphy sonrió.

—Al menos me he librado de él. Ahora que se preocupen los de Asuntos Internos.

—Rudolph en Asuntos Internos. No me gusta nada.

—No te preocupes por eso ahora.

El cuarto día, Charity me examinó la herida y le dijo a Michael que ya podía marcharme. No me llegó a dirigir la palabra, lo que consideré una mejora con respecto a otras ocasiones. Aquella tarde, Michael y Sanya entraron en la habitación. Michael llevaba el viejo y castigado bastón de Shiro.

—Hemos recuperado las espadas —dijo Michael—. Esta es para ti.

—Vosotros haréis mejor uso de ella que yo —le dije.

—Shiro quería que la tuvieras tú —repuso Michael—. Oh, y tienes correo.

—¿Qué tengo qué?

Michael me entregó un sobre y el bastón. Cogí ambos, y miré con el ceño fruncido el sobre. Las letras escritas con tinta negra fluían con armonía por el sobre.

—«Para Harry Dresden», y además aparece tu dirección, Michael. La echaron al correo hace dos semanas.

Michael se encogió de hombros.

Abrí el sobre y encontré dos páginas. Una era una copia de un informe médico. La otra una hoja escrita a mano con una hermosa caligrafía, como la del sobre. Decía:

Querido Dresden:

Cuando leas esta carta, yo estaré muerto. No me han dado los detalles, pero sé que sucederán unas cuantas cosas en los próximos días. Te escribo ahora porque quizá no tenga oportunidad de decírtelo en persona.

Tu camino es con frecuencia oscuro. No siempre tienes el lujo del que disfrutamos nosotros, los caballeros de la Cruz. Nosotros luchamos contra los poderes de la oscuridad. Vivimos en blanco y negro, mientras que tú te enfrentas a todo un mundo de grises. Nunca es fácil elegir el camino a seguir. Confía en tu corazón. Eres un buen hombre. Dios vive en corazones como el tuyo.

Adjunto a esta carta un informe médico. Mi familia lo conoce, aunque no se lo he mostrado a Michael ni a Sanya. Espero que te sirva como consuelo ante la elección que he tomado. No lloréis por mí. Adoro mi trabajo. Todos debemos morir. No hay mejor forma de hacerlo que luchando por lo que se ama.

Sed misericordiosos y fieles a la verdad.

Shiro.

Leí el informe médico mientras pestañeaba para enjugarme las lágrimas.

—¿Qué dice? —preguntó Sanya.

—Es de Shiro —contesté—. Estaba enfermo.

Michael me miró extrañado.

Le pasé el informe médico.

—Cáncer, terminal. Lo sabía cuando vino.

Michael lo cogió y dio un largo suspiro.

—Ahora lo entiendo.

—Pues yo no.

Michael pasó el informe a Sanya y sonrió.

—Shiro debía de saber que te necesitaba para detener a los denarios. Por eso cambió tu libertad por la suya. Y por eso aceptó la maldición en tu lugar.

—¿Por qué?

Michael se encogió de hombros.

—Porque te necesitábamos a ti. Tú tenías toda la información. Tú te diste cuenta de que Cassius se hacía pasar por el padre Vincent. Tú tenías contactos con la policía local, lo que te daba un mejor acceso a la información y a los medios para vaciar el aeropuerto cuando lo necesitáramos. Tú eras el único que podía pedir ayuda a Marcone.

—No estoy seguro de que eso diga mucho en mi favor —le contesté furioso.

—Dice que eras el hombre justo en el momento y lugar adecuados —dijo Michael—. ¿Y el Sudario? ¿Lo tiene Marcone?

—Eso creo.

—¿Cómo se lo quitamos?

—Nosotros no hacemos nada. Yo me encargo.

Michael me contempló por un momento y luego dijo:

—Está bien. —Se incorporó y añadió—: ¡Ah!, han llamado del tinte. Dicen que te cobrarán extra por retraso si no pasas a recoger tu ropa hoy. Yo tengo que hacer compra, si quieres te acerco.

—No tengo nada en el tinte —murmuré, pero acompañé a Michael.

Mi guardapolvos de cuero era lo que estaba en el tinte. Estaba limpio y le habían echado un tratamiento protector. En los bolsillos estaban las llaves de mi *Escarabajo Azul*, junto con un tique de aparcamiento. En la parte de atrás del tique, escrito con bonita caligrafía, ponía «Gracias».

Bueno, supongo que después de todo Anna Valmont no era una persona tan horrible.

Aunque yo siempre hago bastante el panoli ante una cara bonita.

Cuando volví a mi casa, encontré en mi buzón una postal con una foto de Río sin remite. Había un número. Llamé y tras un par de tonos contestó Susan:

—¿Harry?

—Harry —dije.

—¿Estás bien?

—Me dispararon —dije—. Pero me pondré bien.

—¿Venciste a Nicodemus?

—Logré escapar de él —dije—. Detuvimos la plaga, pero mató a Shiro.

—Oh —dijo en voz baja—. Lo siento.

—He recuperado mi chupa. Y mi coche. Así que no ha sido un fracaso total. — Mientras hablaba comencé a abrir mi correo.

Susan preguntó:

—¿Y el Sudario?

—Eso aún está pendiente. Marcone anda de por medio.

—¿Qué ocurrió? —preguntó.

—Me salvó la vida —dije—. Y la de Michael también. No tenía por qué hacerlo.

—Vaya.

—Sí. A veces tengo la sensación de que cuanto más viejo soy, más confuso es todo.

Susan tosió.

—Harry, siento no haberme quedado. Cuando recuperé el sentido, ya estábamos sobrevolando Centroamérica.

—No importa —dije.

—No sabía lo que Martin tenía planeado —dijo—. De verdad. Quería hablar contigo y con Trish y recoger unas cuantas cosas. Pensé que Martin solo venía para ayudar. No tenía ni idea de que su objetivo era matar a Ortega. Me utilizó para ocultar sus intenciones.

—No importa.

—No, sí que importa. Y lo siento.

Abrí un sobre, lo leí y grité:

—¡Oh, no me jodas!

—¿Qué?

—Acabo de abrir una carta. Es del abogado de Larry Fowler. El mamón me ha puesto una demanda por destrozarle el coche y el estudio.

—No lo puede demostrar —dijo Susan—. ¿No?

—Pueda o no, esto me va a costar una pasta en abogados. Cabrón hipócrita y traidor.

—Pues odio tener que darte más malas noticias. Ortega ha vuelto a Casaverde y se está recuperando. Ha convocado a sus mejores guerreros y va diciendo por ahí que volverá para matarte en persona.

—Ya cruzaré ese puente cuando lo tenga delante. ¿Has captado la sutil ironía? ¿Vampiros, cruzar, cruces? Dios, soy un cachondo.

Susan dijo algo en español a alguien y suspiró.

—Mierda, te tengo que dejar.

—¿Tienes monjas y huérfanos que salvar? —pregunté.

—Mientras salto de edificio en edificio. Quizá sería conveniente ponerme ropa interior.

Esa idea me hizo sonreír.

—Ahora bromeas más que antes —dije—. Me gusta.

La imaginé con una sonrisa triste en sus labios mientras hablaba.

—Me tengo que enfrentar a un montón de cosas que dan mucho miedo —dijo—.

Creo que hay que reaccionar de alguna forma. Así que o te ríes, o te vuelves loco... o te conviertes en alguien como Martin, cerrado a todos y todo y que procura no sentir nada.

—Por eso bromeas —dije.

—Lo he aprendido de ti.

—Debería abrir una academia.

—Quizá —dijo—. Te quiero, Harry. Ojalá todo fuera distinto.

Sentí un nudo en la garganta.

—Yo también.

—Te daré una dirección. Si alguna vez necesitas ayuda, búscame allí.

—¿Solo si necesito ayuda? —pregunté.

Susan suspiró lentamente y dijo:

—Sí.

Intente decir «vale», pero el nudo de la garganta no me dejaba hablar.

—Adiós, Harry —dijo Susan.

—Adiós —susurré.

Y así acabó todo.

Al día siguiente me despertó el timbre del teléfono.

—Hoss —comenzó Ebenezar—. Deberías ver las noticias. —Y colgó.

Me acerqué a la cafetería más próxima y le pedí a la camarera que pusiera el telediario. Lo hizo.

...un suceso extraordinario que nos recuerda a las historias de terror y de ciencia ficción que tenían como temática el cambio de milenio. Un objeto, que en principio parecía un asteroide procedente del espacio, impactó contra la Tierra a las afueras de la aldea de Casaverde, en Honduras.

La pantalla mostró una imagen tomada desde el aire donde se veía un enorme y humeante agujero en el suelo, y un círculo de casi un kilómetro de diámetro formado por árboles completamente tumbados. Más allá de aquel círculo de destrucción había un pueblo de aspecto muy humilde.

Sin embargo, las noticias que nos llegan de agencias de todo el mundo indican que el supuesto meteoro era en realidad un satélite soviético de comunicaciones desactivado y en órbita de colisión con la tierra. Las autoridades aún no disponen de datos sobre el número de muertos o heridos de este trágico y extraño accidente, pero parece improbable que ninguno de los habitantes de la mansión haya sobrevivido al impacto.

Me senté lentamente, con los labios apretados. Decidí que, después de todo, no me daba tanta pena que el asteroide Dresden fuera en realidad un viejo satélite soviético. Y tomé nota de que nunca debía enemistarme con Ebenezer.

Al día siguiente averigüé dónde estaba Marcone. No fue fácil. Tuve que tirar de algunos hilos del mundo espiritual para lanzarle un hechizo baliza. Pero es que, además, Marcone se sabía todos los trucos para desaparecer. Tuve que pedirle prestada la camioneta a Michael para poder seguirlo sin levantar sospechas. El Escarabajo quizá fuera mucho más sexi, pero también bastante más llamativo.

Cambió de coche dos veces y de alguna manera consiguió poner en marcha el equivalente mágico a un generador electromagnético inhibidor de frecuencia que inutilizó mi hechizo. Pero gracias a que supe reaccionar con rapidez y al uso inspirado de la taumaturgia, combinado con mis habilidades detectivescas, evité que se saliera con la suya.

Condujo hasta bien entrada la noche y aparcó en el aparcamiento de un hospital privado en Wisconsin. Se trataba de un centro para tratamientos terapéuticos prolongados. Se bajó del coche. Iba vestido con ropa informal y llevaba una gorra de béisbol, lo que por sí solo ya era lo bastante chocante como para pensar que ahí se cocía algo. Sacó una mochila del coche y entró en el edificio. Le di un poco de ventaja y luego lo seguí con ayuda de la baliza. Me quedé fuera, observando por la ventana los pasillos alumbrados, manteniendo las distancias, alerta.

Marcone se detuvo frente a una puerta y entró en la habitación. Yo lo observaba desde la ventana, sin perder detalle. La etiqueta que había en la puerta decía: «Mujer sin identificar», en grandes letras escritas con rotulador que se habían difuminado un poco con el paso del tiempo. En la habitación había una cama sencilla y en ella una mujer.

No era vieja. Yo diría que tendría entre dieciocho y veintipocos años. Estaba tan delgada que era difícil de decir. No parecía conectada a nada, pero las mantas que la cubrían no mostraban ninguna arruga. Eso, combinado con su aspecto cadavérico, me hizo pensar que aquella joven, fuera quien fuese, estaba en coma.

Marcone acercó una silla a la cama. Cogió un osito de peluche y se lo colocó en el ángulo interno del codo. Luego sacó un libro y comenzó a leer en alto, para ella. Estuvo allí sentado leyéndole una hora, después colocó una marca en el libro y lo volvió a guardar.

Luego buscó en la mochila y sacó el Sudario. Apartó la manta que cubría su cama y con mucho cuidado, extendió la Sábana Santa sobre la joven. Metió un poco los bordes por debajo de la cama para evitar que se resbalara. Después volvió a echarle la manta encima, se sentó de nuevo en la silla, e inclinó la cabeza hacia el pecho. Jamás me habría imaginado a Marcone rezando, pero leí en sus labios como repetía las palabras «Por favor» una y otra vez.

Esperó durante otra hora. Después, con el rostro demacrado y cansado, se incorporó y besó a la chica en la cabeza. Volvió a meter el osito en la mochila, se puso en pie y dejó la habitación.

Fui hasta su coche y me senté en el capó.

Marcone se detuvo en seco cuando me vio, después me miró fijamente durante un rato. Yo simplemente me quedé allí, sentado. Avanzó pesadamente hacia el coche y dijo en voz baja.

—¿Cómo me has encontrado?

—No fue fácil —contesté.

—¿Hay alguien más contigo?

—No.

Casi escuché los engranajes de su cerebro en funcionamiento. Se puso bastante nervioso. Consideró la posibilidad de matarme. Vi como luchaba consigo mismo para conservar la calma y al final decidía no precipitarse. Asintió una vez con la cabeza y dijo:

—¿Qué quieres?

—El Sudario.

—No —dijo. Había un punto de frustración en su voz—. Se lo acabo de poner.

—Ya lo he visto —dije—. ¿Quién es?

Sus ojos se apagaron y no dijo nada.

—Vale, Marcone —dije—. Me puedes entregar el Sudario o darle las explicaciones pertinentes a la policía cuando venga a registrar este lugar.

—No puedes hacer eso —dijo en un susurro—. No se lo puedes hacer a ella. La pondrías en peligro.

Abrí los ojos como platos.

—¿Es hija tuya?

—Te mataré —dijo con el mismo tono de voz—. Como se te ocurra respirar en su dirección, te juro que te mato, Dresden. Con mis propias manos.

Lo creí.

—¿Qué le ocurre? —pregunté.

—Estado vegetativo permanente —dijo—. Está en coma.

—Querías el Sudario para curarla —dijo en voz baja—. Por eso ordenaste que lo robaran.

—Sí.

—Me parece que no funciona así —dijo—. No es tan sencillo como darle a un botón.

—Pero quizá surta efecto —dijo.

Me encogí de hombros.

—Quizá.

—Pues a eso me aferró —dijo—. Es lo único que tengo.

Volví la vista hacia la ventana y guardé silencio durante un minuto. Luego, con las ideas más claras dije:

—Tres días.

Marcone frunció el ceño.

—¿Qué?

—Tres días —dije—. Tres es el número mágico. Y además ese fue el tiempo que Cristo estuvo envuelto en el Sudario. Después de tres días, tres amaneceres, deberías saber si surte efecto o no.

—¿Y luego?

—Luego devolverás la reliquia. La envolverás en papel marrón y se la entregarás al padre Forthill, de Santa María de los Ángeles —dije—. Sin notas. Sin nada. Solo se la entregarás.

—Y si no lo hago, la delatarás.

Negué con la cabeza y me puse en pie.

—No, no haré nada de eso. La tomaré contigo.

Me miró fijamente durante un buen rato y después su expresión se relajó.

—Está bien.

Y allí lo dejé.

La primera vez que vi a Marcone me engañó para que contemplara su alma. Aunque no conocía todos los datos, supe que tenía un secreto, algo que le daba la increíble voluntad y fuerza interior necesaria para dirigir uno de los imperios del crimen organizado más grandes del país. Había algo en él que acallaba sus escrúpulos, le hacía ser práctico y letal.

Ahora sabía cuál era su secreto.

Marcone seguía siendo uno de los malos. El dolor y el sufrimiento del emporio criminal que dirigía eran responsables de innumerables desgracias humanas. Quizá lo hiciera por una razón noble. Eso lo podía entender. Pero aquello no cambiaba nada. Las buenas intenciones de Marcone solo habían allanado un camino nuevo hacia el infierno.

Pero joder, ya no podía seguir odiándolo. No podía odiarlo porque no sabía si yo no hubiera hecho lo mismo en su lugar.

El odio es sencillo, pero el mundo no. Habría sido mucho más fácil odiar a Marcone.

Pero simplemente, no podía.

Unos cuantos días después, Michael organizó una barbacoa a modo de fiesta de despedida para Sanya que volvía a Europa ahora que el padre Forthill había recuperado el Sudario. Me invitaron, así que aparecí y me zampé unas ciento cincuenta hamburguesas. Cuando hube terminado, entré en la casa, pero me detuve

para contemplar el cuarto de estar desde la puerta.

Sanya estaba sentado en un sillón reclinable con expresión confusa mientras escuchaba algo por teléfono.

—Otra vez —dijo.

Molly se sentó cruzando las piernas en el sofá que había al lado, con una guía telefónica en el regazo y mi lista de la compra que cogió en la casa del árbol sobre la guía. Tenía una expresión seria, pero sus ojos brillaban mientras trazaba una línea roja bajo otro teléfono del listado.

—¡Qué raro! —dijo, y leyó otro número.

Sanya comenzó a marcar.

—¿Hola? —dijo un momento después—. Hola señor. ¿Me podría decir si tiene Prince Albert en lata...? —Pestañeó de nuevo, frustrado e informó a Molly—. Me han vuelto a colgar.

—Qué raro —dijo Molly, y me guiñó un ojo.

Me alejé de allí antes de ahogarme con las carcajadas. Me contuve como pude y salí de nuevo al jardín. El pequeño Harry estaba allí solo, jugando con la hierba vigilado por su hermana desde el interior de la casa.

—¡Eh, chaval! —dije—. No deberías estar aquí fuera tú solo. La gente te puede acusar de ser un loco antisocial. Y cuando quieras darte cuenta, estarás vagando por las calles diciendo: ¿qué *passsssa*?

Escuché un sonido metálico. Algo brillante aterrizó en la hierba, junto a Harry y él inmediatamente se puso en pie, se balanceó y corrió a cogerlo.

Me estremecí de repente, me adelanté a sus intenciones y recogí del suelo una moneda de plata pulida antes de que el crío se agachara. Sentí como un ligero latigazo me subía por el brazo, y tuve la repentina e inexplicable impresión de que alguien, muy cerca, se despertaba de una siesta y se estiraba.

Alcé la vista y vi un coche en la calle, la ventanilla del conductor estaba bajada.

Nicodemus estaba al volante, relajado y sonriente.

—Nos veremos, Dresden.

Y se marchó. Aparté mi mano temblorosa de la moneda.

Ante mis ojos estaba el sello ennegrecido de Lasciel. Oí como se abría una puerta, y de forma instintiva, cogí la moneda y me la metí en el bolsillo. Di media vuelta y me encontré con Sanya. Tenía el ceño fruncido y se quedó mirando la calle. Resopló un par de veces y caminó hasta colocarse junto a mí. Volvió a olfatear un par de veces más y luego miró al bebé.

—Ajá —dijo—. Alguien se ha hecho caca. —Cogió al crío en brazos, y le hizo reír y gritar—. ¿Te importa si te robo a tu colega un minuto, Harry?

—Adelante —dije—. Yo me tengo que marchar ya.

Sanya asintió, sonrió y me ofreció su mano. La estreché.

—Ha sido un placer trabajar contigo —dijo Sanya—. Quizá nos volvamos a ver. Sentía la moneda fría y pesada en mi bolsillo.

—Sí, quizá.

Me marché de la fiesta sin despedirme y me dirigí a casa. Durante todo el camino, oí algo, algo que susurraba de forma casi inaudible. Lo acallé cantando y desafinando en voz alta, y me puse manos a la obra.

Diez horas después, solté el pico y miré furioso el agujero de poco más de medio metro que había excavado en el suelo de mi sótano. La voz susurrante en mi cabeza ahora cantaba *Sympathy for the Devil* de los Stones.

—Harry —susurró una suave voz.

Arrojé la moneda al agujero. Luego coloqué a su alrededor un aro de acero de unos noventa centímetros de diámetro. Murmuré unas palabras e imbuí el anillo de acero de energía. Los susurros se interrumpieron de forma drástica.

Vertí dos cubos de cemento dentro del agujero y lo aplasté hasta que estuvo al mismo nivel que el resto del suelo. Después, salí corriendo del laboratorio y cerré la puerta tras de mí.

Mister se acercó reclamando atención. Me senté en el sofá y comenzó a frotarse el lomo contra mis piernas. Lo acaricié y contemplé el bastón de Shiro que descansaba en una esquina.

—Dijo que debo vivir en un mundo de grises. Que confíe en mi corazón. —Rasqué a *Mister* donde más le gustaba, detrás de la oreja derecha, y ronroneó contento. *Mister*, al menos de momento, parecía coincidir en que tenía el corazón en el lugar adecuado. Pero quizá no fuera muy objetivo.

Después de un rato, cogí el bastón de Shiro y contemplé su madera suave y vieja. El poder de *Fidelacchius* vibró en mis dedos. Había un solo signo japonés labrado en la funda. Cuando pregunté a Bob, me dijo que significaba simplemente «fe».

No era bueno aferrarse al pasado. No se puede pasar uno la vida mirando hacia atrás. Ni siquiera cuando no sabes lo que te espera más adelante. Todo lo que puedes hacer es seguir intentándolo, y tener fe en que mañana será como debería ser... aunque no se parezca a lo que esperabas.

Retiré la foto de Susan. Metí las postales en un sobre marrón. Cogí la cajita donde descansaba el insignificante anillo de compromiso que le ofrecí y que ella rechazó. Luego lo guardé todo en mi armario.

Dejé el bastón del anciano sobre la repisa de la chimenea.

Quizá hay cosas que no se pueden mezclar: como el aceite y el agua, el zumo de naranja y la pasta de dientes.

Susan y yo.

Pero mañana sería otro día.

Notas

[1] N. de la T.: La llegada del hada de los pechos, expresión con la que se hace referencia al inicio de la pubertad de una niña.<<

[2] N. de la T.: En La pequeña tienda de los horrores, la planta Audrey II le pide a Seymour que le dé de comer.<<

[3] N. de la T.: Central Casting es una empresa situada en Burbank, California, especializada en realizar Castings de extras, dobles, etcétera.<<

[4] N. de la T.: La jungla, libro escrito por Upton Sinclair en 1906 en el que denunciaba la precaria situación de los trabajadores en Estados Unidos.<<

[5] N. de la T.: Bullpen, en béisbol zona donde calientan los pitchers antes de salir a jugar.<<